DIÓGENES DECOUD

Atlántida

ESTUDIO DE LA HISTORIA AMERICANA

TERCERA EDICIÓN



BUENOS AIRES
IMPRENTA DE OBRAS DE E. SPINELLI
737 — Callao — 737

V. El Continente Atlántico.—Antes de Colón.—Los cuatro viajes del descubrimiento.—La gloria del éxito.—Atlántida.—Ponce de León.—Solís.—Balboa.—Magallanes.—Hernando de Soto.—Eldorado.—Alvar Núñez.—El conjunto de los héroes.. 143

VI. Conquista y coloniaje.—Los primeros colonizadores.—La expedición de Cortés.—Pizarro.—Las resistencias á la conquista.—El sistema de la colonización española.—La colonización en el Norte.—Consecuencia de los sistemas y de la influencia de las razas..... 168

VII. La influencia religiosa.—La invasión de los monjes.—La Inquisición.—La República Cristiana.—La acción de los jesuitas en la América.—El clero y su dominio..... 211

VIII. El despotismo de Francia.—Consideraciones sobre el medio.—La revolución paraguaya.—Francia y su educación.—El Consulado.—La Dictadura.—La tiranía de treinta años..... 248

IX. La lidia de los Aucas.—Las primeras expediciones.—Los aucas.—Valdivia y Lautaro.—La primera paz.—La guerra de doscientos años.—Arauco para los aucas..... 311

X. La emancipación americana.—WASHINGTON. 339

XI. La emancipación americana en México.—HIDALGO.—Morelos.—Iturbide..... 355

XII. La emancipación americana.—BOLÍVAR.—(*Primera parte*).—Las insurrecciones indígenas.—Miranda y los primeros revolucionarios.—Bolívar.—Los llaneros.—Campañas de 1814 y 1819.—Carabobo.—La revolución del Ecuador.—Pichincha.—Bolívar en Quito..... 370

XIII. La emancipación americana.—SAN MARTÍN.—La revolución de mayo.—La campaña de Belgrano.—Los primeros trabajos de San Martín.—La revo-

lución chilena.—Chacabuco.—Cancha-Rayada.—Maipú.—Expedición al Perú.—Entrevista de Guayaquil.—Los últimos años de San Martín..... 393

XIV. La emancipación americana.—BOLÍVAR.—(*Segunda parte*).—En el Perú.—Junin.—Ayacucho.—Las republiquetas.—Rendición del Callao.—El imperio de los Andes.—Dictadura de Bolívar en Colombia.—La sedición de Córdoba.—Asesinato de Sucre.—Juicio sobre Bolívar.—Conclusión..... 427

DEL DOCTOR ROQUE SAENZ PEÑA

Al dar las gracias á mi distinguido amigo el doctor Diógenes Decoud por su ATLÁNTIDA, me he de permitir significarle la sorpresa y el agrado con que he leido ese rico compendio de erudición, que ha servido á revelarme su talento de escritor en las múltiples materias de su narración y de su crítica.

La refutación económica y política al retusto edificio de la Colonia, como el estudio moral y sociológico de la República Cristiana, que transformó, «al creyente en bestia y al jesuita en alma», me revelan un cerebro nutrido de su propia médula, afrontando los teoremas sociológicos y de alta filosofía que tritura los prejuicios y despeja los horizontes con la luz del exámen y de la verdad.

Como obra histórica, es un poderoso esfuerzo de

condensación: arranca del descubrimiento, sigue á la conquista, hiere de muerte al sistema colonial y llega á la guerra de emancipación, en pocas páginas, de un vivo colorido, que destaca cuadros y evoca personajes con los contornos humanos de la vida real. En mi concepto, es más fácil ampliar que condensar y este último proceso no se realiza sin sacrificios de estilo y de vitalidad, que no se perciben en su libro, repleto de elocuencia y de animación. Yo conocía por Prescott la civilización incásica, pero este autor se difunde demasiado en las rivalidades y grescas de los Pizarro con Almagro. La de los Aztecas me era desconocida en sus progresos materiales; su libro me los ha enseñado con concisión y con grandeza.

El autor de ATLÁNTIDA nos hace saber que este libro lo escribió siendo muy joven; pero en sus pájinas más hondas se perciben las arrugas de la meditación y una intensidad de crítica que marca los vigores de la madurez, más que las eflorescencias de una frente juvenil y tersa; y si el vástago jugoso ha madurado tales frutos, es fácil presentir lo que hubiera dado el árbol sazonado por el tiempo y el cultivo de sus ricas fibras.

Yo ignoraba en absoluto esta potencia inicial de los

primeros rumbos de su espíritu y deben ignorarla muchos otros, porque de haber sido estudiada, habría alcanzado debida notoriedad, y á estas horas la pluma del escritor, del sociólogo y del crítico, ya hubiera quitado su puesto al bisturí. Seguramente la humanidad que sufre y la juventud que aprende con su clínica y sus lecciones de cirujía, preferirá que las cosas hayan pasado así; pero quizás fuéramos más, y muchos más, los que hubiéramos podido aprender, en el desarrollo de esa síntesis, que representa ATLÁNTIDA, extendida y cultivada en el otro anfiteatro de las ciencias sociales, por quien ha sido capaz de comprenderla con tanto brillo y positiva ciencia.

Reciba las más sinceras y efusivas felicitaciones de su afectísimo amigo

ROQUE SAENZ PEÑA.

PREFACIO

Debido á una benévola acogida la primera edición de este libro se agotó pronto, y después del tiempo transcurrido, como la obra había quedado desconocida á la nueva generación, consentí en que fuera re-editada. Su nuevo éxito me anima á publicarlo por la tercera vez, y á los juicios estremadamente elogiosos de publicistas argentinos y orientales, como Mitre, Avellaneda, Sienra Carranza y Daniel Muñoz, me complace agregar en la portada del libro la opinión amable y reciente de Roque Saenz Peña.

En el vasto cuadro que abarca ATLÁNTIDA, se verá esfumado lo más saliente de la historia americana, desde la descripción geológica y geográfica del gran escenario en que se desarrollaron acontecimientos tan extraordinarios y figuras que se hicieron inmortales.

Inspirado en publicaciones muy autorizadas, me inclinaba entónces á la poligenia humana y aceptaba la teoría del autóctono americano. Los estudios del tema prosiguen, pero la controversia se mantiene y todavía muchas investigaciones serán necesarias para definir la cuestión. Las diversas razas difieren tanto que podría admitirse muchos autóctonos, á no ser que la diversidad de tipos se explicara por migraciones accidentales que han quedado en el misterio. Bancroft, Brasseur de Bourbourg, D'Orbigny y Wiener me han servido especialmente para el estudio

del hombre americano en sus diversas agrupaciones, y es en una descripción breve que las presento, señalando los carácteres principales de sus costumbres, de sus cultos y sus tendencias. He debido detenerme en las naciones azteca y quíchua, que llegaron á constituirse sobre la base de civilizaciones anteriores, hasta alcanzar un grado de desarrollo singular y maravilloso.

Al resumen etnológico sigue la parte que se refiere al descubrimiento de América. Colón no sería el convencido de la existencia de un mundo nuevo, como generalmente se pretende, sino al navegante audaz y sinceramente seducido por la idea errada que dió lugar al más grande acontecimiento de su tiempo. Si el resultado fué casual, no perseguido ni deseado, puede ser acaso un título de tanta gloria?

Viene luego la conquista y el coloniaje al amparo de una nueva religión. Habría mucho que estudiar en ese período sombrío de hazañas y tragedias. Yo he debido limitarme al bosquejo rápido de los tres siglos en que actuaron elementos étnicos muy opuestos, en una lucha que presentó los carácteres biológicos clásicos, la fusión, el exodo y la exterminación del más débil. Si esta última como preponderante deja la impresión triste de aquella opresión, la fusión creó el alma nueva de la raza vencida,—y el medio preparado para ensayos extraños.

A la ficción secular de la República Cristiana sucedió un despotismo á la vez curioso y terrible, que dominó treinta años un pedazo del suelo americano,—y como frutos de la época son tan dignos de examen la personalidad que encarnaba la tiranía y el pueblo que la soportaba.

Ejemplo opuesto al de la sumisión de las razas es la lucha obstinada y heróica de Arauco. La leyenda de Ercilla no comprende sino un breve período de aquella resistencia prodigiosa que duró más de doscientos años, y que refiero en sus grandes lineamientos, caracterizando en los tenaces indígenas con quienes más batalló el conquistador, el genio de la defensa autóctona.

Poco tiempo después de terminarse, se completa el ciclo de la dominación colonial, iniciándose la gran guerra de la emancipación, que duró catorce años en la América Española. En la sencilla narración que he trazado se destacan los guerreros ilustres de la epopeya en su acción triunfal y patriótica.

Podría yo decir de la ATLÁNTIDA que es el estudio sintético de la historia americana. Interpreta los hechos, señala las causas y deduce las consecuencias, sin detenerse en las discusiones que no corresponden al plan del libro.

Escrito con el criterio de la edad en que fué concebido, lleva su espíritu, juvenil y ardiente. Había deseado modificarlo, pero pronto me convencí que la tarea equivaldría á hacerlo de nuevo en una forma distinta, de modo que me he limitado á correcciones de detalle, y va así, casi tal como la primera vez, con sus mismos entusiasmos, quizá con sus mismos errores.

Cuando apareció lo encontraron bueno; hoy, estamos en plena evolución y no sé la suerte que correrá. Pero es un hijo de mi juventud y no quiero dejarlo morir. El lector me escusará...

D. D.

El génesis de la Atlántida

I

Invariable en su órbita, el astro candente envuelto en la niebla inconmensurable, rodaba en el espacio movido por el impulso de la atracción solar. Con el tiempo, la fuerza centrífuga le imprimía la forma elipsóide, y por la ley de la radiación, disminuyendo gradualmente el calórico, se condensaban sus vapores en torrentes de lluvia hirviente.

El globo estremecido al rechazar el contacto, inició el cataclismo de los elementos y por las reacciones repetidas se produjo la primer manifestación sólida bajo la forma de grandes moles cristalinas. El agua, evaporada y condensada, cayendo cada vez más abundante, aceleró la hora de su dominio sobre el fuego, y llegó un momento en que el océano termal, sin orillas, lo circundó por completo, sobre la acumulación sedimentosa de agentes indisolubles que templaban la resistencia del calor interior.

Los gases pesados, comprimidos en el centro, estallaron en estrepitosa explosión buscando

salida á la violenta erupción del granito, de los cloruros y de los metales en fusión, que en nueva lucha con la masa líquida, determinaron las estructuras esquistosas, sobrepuestas sucesivamente hasta aparecer en la superficie. Y entonces, en la atmósfera depurada, penetraron las vibraciones luminosas.

Así salvó el astro su faz estelar, la infancia de su período cósmico.

En la época de transición, en el período siluriano, las bocas étneas arrojaban sin cesar vómitos ígneos, en medio de los estremecimientos supremos de sus colosales luchas interiores. En nuestro hemisferio solo se veían á largas distancias, entre uno y otro polo, puntos pequeños de granito, de gneis y de micasquisto, como átomos sobre la inmensidad de las aguas. Al sur aparecía un rasgo prolongado, como partícula de la materia que surge; otro pedazo nacía hácia el centro, más allá otro y en el norte, casi en la extremidad, como la cabeza futura de un mundo, existía otro; y completaban los primeros contornos del Continente, bases informes todavía, trazadas con grandes pinceladas, como para un cuadro colosal.

Por la acción de la luz y por el esfuerzo de la naturaleza brota la vida. Es en el período laurentino, en la tierra hipotética de Lemuria, cuando se vé el monero, constituido por el simple grumo protoplásmico, microscópico, manifestación la más sencilla y rudimentaria de la vida animal, en el cual, sus cuatro elementos principales, el hidrógeno, el ázoe, el oxígeno y el carbono, combinados al azufre, al fósforo, á la cal y al magnesio, engendrarían después otras formas orgánicas, variadas y elevadas por la selección, hasta llegar á la perfección humana.

Ya en el período devoniano se observan los bacteriáceos, como tipos elementales,—las grandes masas de algas y fucus vegetan en las aguas, y más adelante la calamita, el lepidodendron y la sigilaria, cicádeas y equisetáceas gigantescas del período carbonífero, se levantan, crecen, se desarrollan y se trasforman, y por medio de lentas y penosas combinaciones de la función clorofiliana, laborean la atmósfera impregnándola de oxígeno. El suelo estéril inicia su renovación, reacciona sin cesar, y la fauna se caracteriza esencialmente por la primera expansión del tipo de los vertebrados, representado por los peces.

La producción, que había empezado con la lentitud de un vegetal cuyo crecimiento se mide por siglos, continúa más rápida, unida al movimiento animal: un notable grupo de crustáceos, los trilobites, domina por su abundancia en la fauna primordial. Y es en el período jurásico cuando el océano se llena de grandes saurianos y cuando los pterodáctiles, monstruos de alas membranosas como las del murciélago,—tipo primitivo del reptil volador, en proporciones gigantes,—devoran en la caza errante de su vuelo, con sus quijadas largas de enormes dientes, las libélulas que encuentran en la inconsciencia de su senda.

El suelo continúa en el período cretáceo su emersión ascendente, contorneando cada vez más el esbozo de su futura apariencia. Hay la lucha de una renovación constante, palpitaciones desconocidas hasta entonces, arterias que cruzan y se ramifican en todas las direcciones del organismo terrestre; la vida manifestándose en otras formas, variando en relación al decrecimiento de la temperatura.

Viene la época terciaria, la más grande de la Geología, por las revoluciones que en ella se operan. La influencia del fuego central deja de sentirse, y sobre la tierra entera, el calor del sol, intenso y fecundo, difunde la vida hasta su mayor desarrollo. Entonces, á orillas del Amazonas crecieron las salamandras, grandes como el cocodrilo; el zeuglodon, precursor de la ballena, surcó el mar; el mastodonte, superior en corpulencia al elefante, apareció en las márgenes del Ohio, de donde emigró hácia el sur, hasta extinguirse en las llanuras de la Pampa;—y en el período mioceno, el hipotherium, antecesor del caballo, que más tarde debía ser tan útil á la humanidad y constituir como su más dócil instrumento, el elemento del trabajo y de la rapidez.

La evolución continuó durante millares de años, tendiendo siempre á un perfeccionamiento más radical y preparando el terreno para el advenimiento de un órden más completo. El Continente modificó sus yacimientos, los lagos se colmaron por los aluviones, los mares varias veces invasores, se alejaron por el levantamiento buscando nuevos niveles; y á través de edades que se cuentan por millares de siglos, en alternativas duraderas de depresiones y emersiones sucesivas del terreno, se determinaron los límites de delineación que hoy se ven, sin cesar en esa continua modificación que todavía no ha llegado al equilibrio definitivo.

Cuando empezó para el globo la época cuaternaria, una difusión de oxígeno dió más vida al ambiente; la luz, con la poesía de sus colores, se hizo vívida y penetrante; y fueron apareciendo bajo esos auspicios los animales gigantes de especies que desaparecieron en los furiosos cataclismos

del orbe. Los orcopitecas, macacos casi iguales á los de hoy, que habían venido en el período mioceno, saltaban de rama en rama con pasmosa agilidad en los árboles altísimos, cuyos paisajes semejaban la vejetación que ahora se vé en la región ecuatorial. El megaterium, animal edentado de andar pesado, mole de modelo inarmónico, era el rey de la creación: caminaba entre las selvas de magnífica arborescencia con una magestad sin igual, bastante grande para soportarse á sí mismo, y vivía cientos de años masticando solo las hojas tiernas que nunca bastaban á su insaciable voracidad. Apareció el mastodonte, tipo del proboscidiano, perpetuado hasta hoy en el elefante;—el mylodon crecía en las pampas; el mammouth vegetaba en las cavernas;—el broncoterium, otro tipo elefantiano, con dos cuernos, prosperaba en el norte;—y el glyptodon acorazado, propio del diluvium pampeano, más grande que el hipopótamo, representa la primera faz de los tatous. El feliz smilodon, con afilados dientes de nueve pulgadas de largo, fué el tigre primitivo;—el megalonyx, de largas uñas encorvadas, pululaba perezosamente en los bosques;—el dinormis, pájaro colosal de doce piés de altura, cruzaba el espacio, y tantas otras extrañas magnitudes, nacieron, se desarrollaron y desaparecieron al fin, quizá cuando los hielos de la época glacial se derramaron sobre el suelo en toda su extensión, esparciendo la muerte con el frío; sea por los torrentes del diluvium, cuando la emersión definitiva de la Cordillera que ciñe el Continente. como aconteció en Europa con los Alpes y en Asia después con el Cáucaso, ó bien por los cambios rápidos de nivel, determinantes de la invasión brusca de las aguas, que como en el pampeano lacustre

del suelo argentino, sepultó millares de glyptodontes, megaterios, panacotas y mastodontes.

Y pasaban los siglos con magestuosa lentitud, en su inmutable continuidad, hasta que un dia, el Sol iluminó con una explosión de auroras el cielo del Continente y el suelo de las dos Américas!

II

Ahí está todavía en sus grandes lineamentos, tal como era en una edad tan anterior, tan lejana, como no la han medido los años.

Se extiende de uno á otro polo, en una superficie de cuarenta millones de kilómetros cuadrados, en forma de dos grandes triángulos, anchos al norte, en punta al sud, teniendo al occidente la Cordillera, que la defiende en todo su ámbito de dos mil quinientas leguas, á partir de las montañas graníticas del Estrecho de Magallanes.

Sumerge su extremidad en el océano Austral, en pedazos de tierra árida y desolada, y después del Estrecho, empieza la vasta región de la Patagonia. Este glacis que se eleva desde el Oriente hasta los Andes, en líneas paralelas, es un viejo lecho de golfos convertido ahora en vasto depósito cuaternario de arcilla roja y de concreciones margas, donde la mirada no se detiene sino en vagas ondulaciones, mientras que al poniente, las cordilleras chilenas se han ido formando en tres series por la acción de las aguas que siguen derramándose en el océano, por innumerables canales, torrentosos como Niágaras.

En uno de los pedazos más antiguos del Continente se ostentan como guardianes ciclópeos de

un mundo, el Descabezado, el Maipo y el Aconcagua, cumbre la más elevada de los Andes. El arenal ardiente de Atacama, desheredado de toda verdura, es la planicie americana adonde no llega el soplo del océano;—la cuenca del Plata que comprende las pampas interminables, como mares de verde yerba, y la llanura pantanosa y poco ondulada del Chaco, tiene por muros los Andes, la sierra Atlántica y la montaña brasilera que parte desde el nudo de Itacolumí. Son grandes y muy largos los ríos que recogen las aguas de esta inmensa cuenca: las nacientes del Paraná y del Paraguay se mezclan con las de otros dos grandes ríos, el Tocantines y el Tapajoz, y en el porvenir estos canales están destinados á ser la vía de comunicación, pintoresca y fecunda, que unirá el Plata al Amazonas. Se encuentran también aquí esos ríos inacabados que nacen impetuosos en la falda de los Andes, van amortiguándose en la llanura pampeana y al fin se extinguen ó buscan todavía su lecho estable, como el Pilcomayo en la región del Chaco.

El territorio se ensancha: próximo al meridiano veinte, un sábio contemporáneo colocó el núcleo de donde irradiaron las primeras sociedades americanas. Luego, en el centro de la bifurcación andina, en un llano elevado, entre picos más elevados aún, no lejos del océano, está la gran meseta, Tibet del nuevo mundo, según la expresión de Pentland, donde las aguas del gran lago, á cuatro mil doscientos metros de altura, brillan al resplandor de la luna y emanan la primavera sin fin, como la fuente olímpica de Juventa. A sus lados, en la Cordillera Real, sobre las grandes alturas, señalando el centro del sistema andino, sobresalen los nevados del Illimani y del

Sorata, de triple cima, en cuya inmaculada blancura quiebra sus rayos el sol al caer la tarde. En aquella zona el sistema andino alcanza su mayor anchura, ochocientos kilómetros, y la cadena se parte en eminencias elevadísimas, hácia el oriente, hasta perderse en la llanura.

En la márgen del Plata que se lanza al Atlántico por un inmenso estuario, en la antigua tierra del Charrúa, nace la sierra que corre agrandándose al noreste, separando las aguas del Paraná y del Uruguay, de los ríos que desagüan directamente en el océano,—y prolongándose por la costa hasta el cabo San Roque, cambia de nombre según las innumerables ramificaciones que constituyen en el Brasil como la armazon ósea de un descomunal vertebrado, creado por la fantasía del miraje, en los llanos que se extienden á su base.

La gran masa de las altas cumbres nevadas está en Bolivia, y más al norte, en el Perú,—en medio de esa agrupación, sobresalen el Lipes, de seis mil metros, y el Sajama de seis mil cuatrocientos, y el Huascan de seis mil seiscientos. Casi en el Ecuador, que desde el grado veinte refresca la corriente polar de Humboldt, son las maravillas grandiosas las cimas piramidales del Ilinisa y la conjunción de los imponentes volcanes: el Cotopaxi, de majestad simétrica, que se eleva con una regularidad lineal hasta perderse en la perfección de un cono recto, salpicado de mica y de anfibol,—el Tunguragua con sus faldas cubiertas de moles de traquito, pórfido y cuarzo,—el Chimborazo soberano, cuya cima nevada, es visible hasta doscientos kilómetros de distancia, porque se destaca en una atmósfera de admirable trasparencia,—la montaña hendida de Capac-Urcú, el cono truncado de Cayambé, mojón grandioso

sobre cuya cabeza nevada cruza la línea del Ecuador, y el corpulento Antisana, de frente al Pichincha, el tetracéfalo en cuyos cráteres la lava hierve sin cesar.

De aquí, en una línea horizontal hasta el Atlántico, se extiende la anchura que cruzan las aguas rápidas del Amazonas,—«el Ecuador visible americano» — que desde sus nacientes en el lago Lauricocha, aumenta con los más grandes tributarios y derrama en el océano, una masa de ciento veinte mil metros cúbicos de agua por segundo. En la cuenca de este río se produce la maravillosa vegetación tropical, en toda la soberanía de su esplendidez. Esa selva, misteriosa y desconocida, la más grande de la tierra, cubre una extensión de siete millones de kilómetros cuadrados y es todavía una zona inexplorada que guarda quien sabe cuantos encantos y promesas para el porvenir. En el norte, la Guayana, cuya superficie está contorneada por el Orenoque, el Casiquiare y el Amazonas, vasta de dos millones de kilómetros cuadrados, es en realidad una isla, un macizo de granito y de rocas eruptivas aparecido después de la época del trias.

Siguiendo, la trifurcación incomparable de los Andes forma los valles feraces y encantados que con su eterna primavera reasumen las aspiraciones del Eden,—y ostentan antes de llegar al mar de las Antillas, los grandes llanos de Venezuela, sitio de un lago prehistórico, hoy magnífica región que atraviesa el Orinoco, deshecho en el océano por cincuenta bocas; las cuevas sombrías del Guácharo y Tulumí, las montañas selváticas de Quiundiú, el puente de Icononzo—banco natural de cuarzo sujetando dos montañas—el pico micáceo de Calitaminí, que brilla al sol como

una lámina de oro y diamantes,—la caída maravillosa del Kaieteur, y la cascada pintoresca del Tequendana, que saluda con el agitado rumor de las aguas del Funza, á su émula del norte, más grande pero no más poética. La sierra nevada de Santa Marta corona el extremo: con su base de dieciseis mil kílometros cuadrados, con sus contornos antiguamente lacustres, es la montaña más grandiosa de la tierra, porque ninguna como ésta se eleva desde la llanura, destacándose desde su base como un inmenso torreón de cinco mil metros de altura.

El istmo une las dos grandes porciones. La Cordillera, que había descendido á una série de colinas, vuelve á remontarse á cúspides que pretenden ascender al cielo, guardando entre ellas el lago de Nicaragua con sus extrañas islas volcánicas cubiertas de rica vegetación. Los veintisiete volcanes activos de Guatemala parecen salir impetuosos del mar y son con sus cráteres rojos los faros queridos del navegante que se arriesga entre los duros escollos de sus costas.

Del lado de la aurora, en un mar de maravillosa trasparencia, está el archipiélago de las Antillas, vasto núcleo de salpicaduras deformes, recuerdo de una parte sumergida del Continente, distribuida ahora en trescientas islas, donde al lado de las fuentes termales se ven los valles fecundos que el huracán furioso devasta todos los años.

Pasando Yucatán, el antiguo Mayab de ríos subterráneos, la montaña desaparece en todo el trecho del itsmo de Tehuantepec, el límite geológico de las dos Américas, pero pronto emerge de nuevo con sus extrañas y enormes figuras, y sobre el dorso de la Cordillera que forma la proiongada meseta del Anahuac, se destaca el Orizaba—

«el Monte de la Estrella»—que en el golfo, hasta ciento sesenta kilómetros de distancia, los navegantes ven brillar como un faro su cono nevado, gastado por las erupciones violentas;—el Popocatepelt, que se lanza á una altura de cinco mil metros,—la roca porfídica de Mamanchota, que sale de un bosque de encinas;—la montaña basáltica del Cofre de Perote,—el Jacal, con sus columnas de pórfido trápico,—y la deliciosa llanura de Valladolid, donde hace ciento cincuenta años, brotó el Jorullo, soberbia mole traquita, parecida á una negra tumba, en cuya cima la piedra del fonolito se extremece al soplo del aire y gime la nota, como una nueva arpa eólica lanzada á los esplendores del sol.

Al oeste hunde su brazo en el mar una arenosa y estéril península de mil kilómetros, llena de hondas quebradas y de cumbres desiguales, que el oro cruza como hiedra y donde el sol jamás sufre el velo de las nubes. Al este está la península coralígena de la Florida.

Luego el territorio se expande nuevamente, cansado de las vacilaciones de la porción central y despeja con orgullo la superficie que ocupaba el mar. La montaña cambia de nombre al cambiar de suelo: la que vá al norte, prosiguiendo su invariable ruta, es la Rocosa, cubierta de pinos, donde duerme el Utah, último resto del inmenso mar que cubrió la América;—la que se inclina al Atlántico y sigue hasta el Canadá reflejando los colores cerúleos, es la Alleghanis, la piedra angular del Continente, compuesta de rocas primitivas y de transición.

Estos colosos pétreos de las Rocosas y de los Alleghanis limitan las prolongadas praderas que son allí lo que las pampas al sur: el Far-West,—

el oeste lejano—domina la región en doscientas cincuenta millones de hectáreas. La línea plateada, la más larga de la tierra, el Meschacebé de los Natches—la madre de los ríos—nace en el lago de Itasca bajo la ancha catarata de San Antonio, mezclando sus limpias aguas á las turbias del largo Missourí y cruza las campiñas de los Estados-Unidos de norte á sur en una extensión de siete mil kilómetros, aumentando su curso con numerosos afluentes, hasta llegar al golfo tibio de Méjico por diversos brazos, prolongando aún su curso, como un río en el océano, en la corriente que baña las costas del norte y muere en el Gulf-Stream. Ascendiendo el mismo paralelo donde está el delicioso delta de su desembocadura, se deja á un lado la gran obra de las aguas, la caverna de Mammouth, de 240 kilómetros de extensión, con sus misteriosos y admirables laberintos,—el cuadro extraordinariamente pintoresco donde se dibujan las grandes perspectivas del cañón del Colorado,—y se encuentran los ochenta torrentes que se derraman en el Kitchigami, el lago Superior, que es la cuenca de agua dulce la más grande de la tierra. Próximos á este, otros cuatro grandes lagos extendidos en una superficie de trecientos mil kilómetros cuadrados derraman presurosos por el San Lorenzo, en el Atlántico, su abundantísima corriente, confundiendo sus rumores al bramido de la fascinante catarata designada por los indígenas con el nombre de Niágara—el trueno—que retumba hasta setenta y cinco kilómetros de distancia. Más allá, en el Canadá, la costa se vuelve variada, extraordinariamente accidentada, desgarrada por mil promontorios que encierran pintorescas bahías y un encadenamiento de golfos y cataratas,—

y después de la tierra de Cumberland, antes de llegar al frío Labrador, tierra de reservorios lacustres que van disminuyendo por una lenta emersión del suelo, la selva de magestuosos coníferos cubre la tierra con su verde y redonda fronda en un prolongado espacio. Al poniente, sobre la inmensa y fría región de las llanuras boreales, las montañas de Horken y de Brown dominan el Mackensie, que cruza impetuoso el desierto helado, y se mantienen firmes como guardianes de granito en el extremo del Continente, en la inmovilidad de sus cinco mil metros de altura.

Llegamos al Círculo Polar Artico: la región se deshace, á un lado, en fragmentos dispersos del suelo americano, ligados á Europa por Groenlandia; al otro en el estrecho de Behring, que lo une el Asia. Es el límite: detengámonos.

En el pináculo tiendo la vista por el horizonte. Veo al más grande de los océanos, acercarse y lamer las costas con caricias de invasor. Pero la larga cadena orográfica, la más larga de la tierra, que es como una gigantesca columna dorsal, le opone una barrera formidable. Tiende á establecer el equilibrio del Continente: por un lado lo defiende, por el otro lo salva. Allí donde el mar, más quiere acometer, allí la montaña más se eleva y se precipita parando el reto. Es un muro de doce mil metros de altura: una mitad se hunde, en pendiente rápida, en el océano, y la otra se eleva más allá de la región de las nubes. Hácia el naciente, el océano es el factor de la arquitectura costeña: los seis séptimos de la superficie total del Continente arrojan sus aguas al Atlántico; la formación plutoniana del oeste sostiene la llanura neptuniana del este, que á su vez le sirve de

contrapeso. La lucha es secular y contínua: sin la una, la otra sucumbiría. Por eso, para perpetuarse, se asocian. En tanto, la evolución sigue: la acción geológica de las aguas se evidencia de día en día. Las grandes corrientes fluviales al encontrar otras del mar, en su desembocadura, ván formando inmensos bancos, las dunas, luego los deltas, como los que ahora se ven en el Plata, en el Orinoco, en el Mississipí y en el San Lorenzo. El golfo ya muy poco profundo del Plata, será con el tiempo un territorio de cuarenta mil kilómetros cuadrados. En las costas de Chile se vé la emersión de las tierras. Chiloé vá á unirse al continente; el golfo de Remalcavi está destinado á ser un lago porque en sus orillas y en las islas que van surgiendo se ven pruebas incontestables del levantamiento del suelo. Todas las costas del golfo de Méjico y Florida siguen avanzando con terrenos de aluvión; el delta del Mississipí progresa dos kilómetros por siglo. El mar no baja, pero la tierra se eleva. Hay á la vez un descenso de las montañas; y en el porvenir, en edades geológicas, prolongadas como las que han pasado, vá á haber cambios extraños como si la tierra entera buscara su nivelación perfecta.

Todos los climas se reunen aquí, desde el frío del Polo, reminiscencia de la época glacial, que reina en sus confines, hasta el calor de la zona ardiente del trópico. Cuanto más nos aproximamos al norte ó al sur, los rayos solares son más oblícuos; el color vá desapareciendo de la flor y del ave: solo el blanco al fin predomina. Las especies se suceden, variando, porque es un principio incuestionable que la temperatura determina la forma de la vida. Las gradaciones se producen á medida que se acerca al Ecuador: al Occidente,

la altitud evita los inconvenientes de la latitud, y allí prosperan poblaciones situadas á cuatro mil metros de altura: en aquellas dulcísimas situaciones el cielo aparece puro y diáfano como una inconmensurable piedra zafírea. Del otro lado, en el Oriente, el rayo solar cae de plano, con toda su fuerza, sobre la vegetación lujuriosa del trópico, deteniéndose en la copa de los altos árboles, sobre los pinos de noventa y siete metros de altura que describió Humboldt, sobre las selvas de mimosa púdica y de helechos arborescentes, sobre las palmeras variadísimas entre las que se destaca la euterpe oleácea, y luego el masaranduba, el árbol de la leche, el monguba, que pierde sus hojas antes de cada generación, las especies del bombax cuyo ámplio ramaje cubre hasta ciento sesenta metros de circunferencia, el lecythis oblaria que deja caer sus frutos maduros llenos de almendras y las especies numerosas de colosos seculares cuya espesura umbrosa y densa, apenas deja pasar débiles vibraciones luminosas. En la costa el clima es temperado por la corriente fría del Polo y por los vientos alizios: por eso hay regiones donde la temperatura no oscila sino de 24 á 32 grados, como en Georgetown, en la Guayana; pero el interior está aún vedado á la invasión de la humanidad civilizada por causa del calor y de las multitudes de insectos mortificantes: aquello es como un horno donde la vida vá á consumirse. Las selvas vírgenes no calman el ardor tropical; y las frondas murmuran al viento su eterna elegía misteriosa.

Los filones metálicos cruzan las montañas, cuyo dominio disputan el oro y el hierro, la plata y el cobre, imanes poderosos que algún día habían de atraer una nueva civilización. La lama, el huanaco,

la alpaca, la vicuña, eran en el sur lo que el bisonte en el norte, y pacían tranquilos, en las praderas, en inmensas multitudes. Tres mil especies de pájaros alegran la inmensa soledad de las selvas. La flora, rica y típica del Continente, varía desde el musgo de las últimas alturas hasta la flor de la eterna primavera: al lado de las especies útiles, el maíz, la papa, el agave, la coca, la chinchona, el caotchouc, están los árboles que dan una madera más resistente que el hierro, los árboles de fruto variado, el tapai-carpi, el árbol de la lluvia, la araucaria de ramaje vistoso, la sequoia gigantesca de California y los pinos elevadísimos de Colombia. En vastas regiones se destaca el esfuerzo contínuo de los árboles de los grandes bosques por disfrutar la luz del sol,—y donde quiera que se vaya no queda casi ni un lugar descubierto para el señorío de la nada arcillosa.

III

Era en el período plioceno superior de la época terciaria, cuando la tierra toda entera emanaba la vida en la magestad llena de su naturaleza.

Entonces, el hombre americano, contemporáneo del mammouth, señaló con su planta el suelo del Continente. ¿Era el último ó fué el primer ícono de la creación? Una noche profunda cubre el misterio de su venida: hoy, á través de las capas geológicas que el hombre persiste en explorar, se van encontrando las formas animales dibujadas sucesivamente, desde las más elementales, y en su progreso y en su modificación está la gradación

contínua de las especies con sus conexiones naturales. Por la influencia del medio algunas se han extinguido, otras han prosperado y las mejor dotadas han logrado perpetuarse según las leyes biológicas dominantes. Es á través de época cuya duración se cuenta por millares de siglos, que se van encontrando las diversas escalas de la morfología y explicando las condiciones de adaptación al medio. Pero en esos períodos mil veces seculares el encadenamiento se interrumpe y presenta abismos todavía infranqueables. En cuanto al hombre americano, la teoría poligénica le señala su clasificación entre las razas humanas como tipo exclusivo y genérico, que á despecho de la tradición bíblica ha surgido del seno fecundo de la tierra, de la misma manera que todas las otras especies—concepción aún impenetrable—trayendo en su pensamiento las aspiraciones conscientes de su personalidad. Ocupa en inteligenbia un punto intermedio, inferior á la caucásica y á la mongólica, superior á la malaya y á la etiópica. Se ha esparcido en todos los rumbos y ha dejado allí donde la clemencia de la temperatura podía favorecer un desarrollo intelectual, huellas indelebles de su existencia. Autóctono primero,es aborígene después, mezclándose á otras razas, traídas quizá por la corriente cálida y azul del Kuro-Sivo, en épocas remotas, desde las Molucas, las Filipinas ó el Japón, ó migrando de región en región, y confundiéndose, modificándose por la cultura ó degradándose por el salvajismo, ha vejetado como el parásito, ha errado como el ciervo, hasta llegar al fin á reunirse, cultívar, trabajar, razonar y prosperar, formando centros en que la vida habría podido ser un paraíso,

si se hubiesen sujetado las espansiones á límites más fijos y deseos más moderados.

Es bajo estas condiciones como vamos á ver al hombre americano en el estudio de su etnología.

Etnología Americana

SOCIEDADES BÁRBARAS

I

La lenta y paciente investigación científica vá iluminando el pasado con nueva luz. El antropólogo coloca en sus estantes séries numerosas de cráneos, algunos cónicos, otros cuadrados, otros aplastados: las líneas difieren, los ángulos presentan infinitas variaciones, los tipos son distintos. El cráneo fósil, incompleto, se destaca entre ellos presentando apenas el fragmento de la concavidad ósea. Se apodera de él, lo examina atentamente, lo mide, y después de un largo estudio comparativo, deduce al fin que constituye un órden aparte y que es seguramente inferior, con respecto á la inteligencia, al hombre moderno. «No habrá sido un mono perfeccionado, pero sí por lo menos un Adán muy degenerado», dice Vogt.

Ese génesis de la humanidad, génesis muy largo, siempre evolutivo, ha necesitado millares de años para completarse,—y el hombre americano, creación misteriosa de la fuerza creadora, se liga á ese génesis y reune en sí, con la magestad de su concepción, la forma más importante de su

época. ¿Bajo qué apariencia, qué pensamiento le ha guiado en su primera lucha á través de las inmensas selvas, en medio de los grandes animales que fueron sus contemporáneos?

En la primera jornada de su vida, la mente todavía atrofiada, vaga como un extraño, casi inconsciente, impaciente en la impotencia de su desesperación: es un precursor, el antropopíteco, la forma ancestral del hombre. Algo presiente, porque se detiene instintivamente y trata de apartar de su cerebro la sombra que le impide fulgurar su luz interna. Sér nuevo sobre la creación, apenas conoce la tierra en que pisa; poco á poco aprende á hacer el fuego, á fabricar armas de silex para la defensa, pero en su instinto de conservación, vaga temeroso; y cuando por la noche ha logrado recogerse en el antro tenebroso de la montaña ó en el tronco hueco de un árbol corpulento, fatigado, impotente, esperando el peligro sin saber evitarlo, débil, errante é inseguro, esfuerza de nuevo su cerebro intentando meditar. Así, de estos esfuerzos, repetidos por quien sabe cuántas generaciones van naciendo sus facultades psíquicas.

Su mente, que nunca se hubiera desarrollado en una inacción absoluta, adquiría de esta manera, una forma, vaga y todavía indecisa, pero precursora de su mejoramiento, en una escala más ó menos elevada, según el impulso que debían darle cerebros modificados sucesivamente por el ejercicio. El hombre de las cavernas se vuelve después pescador, luego cazador, y en la raza, por la concurrencia vital, se caracterizan sus esfuerzos y sus luchas. Las tendencias son diversas; obedecen indudablemente á la estructura de las

circonvoluciones cerebrales, limitada en unos, densa y expansiva en otros.

En la infancia de la humanidad, después de haber sido el perseguido de las fieras, fué el tallador del silex, el dryopitecus, ese abolengo hipotético común al hombre y al mono. La cronología de su desarrollo se pierde en una oscuridad todavía impenetrable; pero podemos imaginarnos al tipo autóctono americano en su primitivo embrutecimiento.

El rayo ardiente del sol le ha tostado la epidermis, variando sus tonos del rojo cobre al rojo claro. Vive desnudo, impúdico, sin malicia, porque el horror á la indecencia, dice Darwin, es una virtud esencialmente moderna. Tiene la frente pequeña é inclinada, los malares salientes, la mirada lánguida, los lábios espesos, la nariz grande y los cabellos negros, sin lustre y rígidos. En sus brazos gruesos y musculosos, se nota la fuerza, desarrollada por una acción dura y constante: Ancha la espalda, el pecho airoso, la fisonomía hosca, marcha con esa intranquilidad que denota un dominio poco seguro. Su rostro no refleja los colores delicados de otras razas: mantiene la perpétua inmovilidad de una máscara, apenas animada de cuando en cuando, por la intensidad de su mirada, que si no expresa enojo, vaga en una indiferencia fija, no queriendo nada, errante bajo el peso de su destino. Habla siempre despacio y rara vez ríe; es torvo y severo porque jamás ha palpitado en su alma una satisfacción de dicha ó un sentimiento de alegría. Es sério porque es desgraciado. Una inseguridad contínua ha gravado en su rostro un rasgo de melancolía desdeñosa que nada altera. La pena le acostumbra á la fatalidad y se resigna á sobrellevarla. A veces toca

suavemente una pequeña corteza que lleva al cuello, atada á un mimbre: es su paladión. Cree que le preserva de otros peligros y se consuela. Entonces se reanima, apura el paso y llega á la tríbu. La mujer le vé acercarse, pero continúa impávida, sentada sobre yerbas secas, bajo una armazón rústica de hojas verdes, que simula una cabaña sin tapias. A pocos pasos, un niño que no puede todavía andar, asqueroso, se revuelca gritando. El dirige sus ojos á la mujer, que se levanta presurosa y le lleva en un coco hueco el licor fermentado del maíz: se embriaga y duerme.

La mujer no era su compañera: por su debilidad debía ser la esclava y la hembra siempre envilecida. Pasaba de uno á otro, sin saciar bastante, y cuando había concebido, cuando iba á dar el fruto de sus entrañas, era arrojada sola, á orillas del río ó en el desierto, para que verificase en la soledad y en el silencio, lejos de todo auxilio, lejos de toda mirada, el acto de su maternidad. Desde entonces era el sér desheredado de la tríbu, que debía arrastrar su existencia, con el pesado fardo, entregada á sus solas fuerzas. Al aumentar la tribu con un nuevo sér para la desgracia, los ancianos se reunían y prometían lapidarla si volvía á traer sobre la tierra otro engendro que tendría que arrancarles el sustento de la boca.

El padre no amaba al niño que había arrebatado la hermosura adolescente de su hembra, privándole durante un período, de la bestialidad de sus placeres. Y sin embargo, cuando ya podía murmurar su nombre, cambiaba su disgusto en adoración: el hijo era su culto mientras duraba su infancia. Llegado á la pubertad le admitían en la tríbu y le obligaban, si varón á ayudar á su padre en las faenas de la casa ó de la guerra: si mujer,

á ser otra víctima de la poligamía ó de la promiscuidad, á soportar todas las cargas y á recojer en la selva los frutos que el árbol fecundo dejaba caer. Jamás gozó ella, en aquellos tiempos de la barbarie, de una frase de ternura. Incapaz todavía de provocar el amor por el sentimiento ó la pasión, no era amada: se prestaba humildemente al deseo de su señor, y era su destino obedecerle.

La prole crecía y buscaba al semejante, no precisamente por el deseo de unidad, sino por el temor á los otros, por la solidaridad en el peligro, y cuando se habían reunido en número bastante, una parte de la tríbu partía para otros sitios, arrastrada por una curiosidad invencible ó por una aspiración misteriosa. El escenario cambiaba, las necesidades se modificaban, y bajo otros climas los gustos se trasformaban. Un nuevo lenguaje creaba aquella primera migración, que se dividía á su vez en un tiempo no lejano, esparciéndose en otros rumbos, como el pólen de las palmas bajo los vientos del desierto.

Así fué formándose esa diversidad extraordinaria del lenguaje, que como expresión del pensamiento que busca su preponderancia, ha sido en todo tiempo la causa predominante de la inestabilidad de sus moradas, de sus desunionesy de la continuidad de su salvajismo. Eran nómadas por causa del idioma, del culto, de las necesidades, de las guerras y de los cataclismos. Inteligencias limitadísimas, no podían concebir la verdad del más allá. El fuego fué su primera adoración, como en el sabeismo; y luego todo lo maravilloso y grande: la montaña, la fuente, el aire, el mar, la mies, la flor, las duras rocas de pedernal, las hondas carvernas misteriosas, los grandes ríos, el ciervo por su agilidad, el cóndor por su vuelo, la

serpiente por su veneno, el trueno, la Luna, y sobre todos el Sol...

Nacía su culto de la conciencia de su debilidad ó de la esperanza en una protección y acendraba su adoración ante un beneficio casual, ó abandonaba su ídolo á la primer decepción. Inconstanto y frívolo, variaba sin cesar, sin atinar con el dios complaciente que había de serle siempre propicio.

Así vivía, hasta que un día, después de la estación hibernal, á la hora del alba, se recogía sobresaltado en medio de una espantosa gritería. Desde lejos, con la mirada hipermétrope del salvaje de las llanuras, veía avanzar una horda: venían con las caras pintarrajeadas con rayas negras y rojas para tener mayor expresión de ferocidad, y el cuerpo color de hojas secas, para confundirse con las yerbas si tenían que huir, ó arrastrarse sigilosamente si tenían que atacar. La tríbu se defendía, pero el número la vencía. El campo quedaba sembrado de cadáveres mutilados; el vencedor caía rendido, lamentándose de aquel tríunfo que le había costado los mejores de los suyos. Entonces sonaba la voz del augur, que con horribles gesticulaciones y contorsiones inexplicables pedía la venganza. Los prisioneros eran amarrados al árbol del sacrificio: el círculo infernal de mujeres desgreñadas comenzaba el martirio. Lentamente, con el cortante de una diorita, iban arrancándoles la vida. Al sentir la primera herida, el prisionero entonaba con voz gimiente la última canción, relatando sus hazañas y clamando venganza. Había sabido morir: era un bravo, sus huesos serían en adelante talisman para el vencedor. A ser débil le hubieran quemado y arrojado sus cenizas al viento.

Otras veces la saña era mayor. Entonces, el más grande de la tríbu partía de un golpe el pecho del prisionero y le arrancaba el corazón palpitante, para que el augur leyera en sus contracciones supremas el sino que les esperaba. Después, todos en torno de la hoguera encendida, celebraban con la carne del muerto el siniestro festín de la victoria. Y al día siguiente, empezaba otra vez la tristeza de la vida.

Poco comunicativo, sin las expansiones que enternecen ó los sacrificios que estrechan, el salvaje vivía aislado y era más feliz cuanto más solo podía estar, en el tronco áspero de un árbol, bajo su sombra ó en la cueva de la montaña, donde su pereza se soterraba más largo tiempo. Indiferentes entre sí, sin hacerse mal ni bien, se unían solo en el momento del peligro. La necesidad les obligaba á nombrar un gefe: era el más valiente ó el más hábil; bajo su pericia se organizaba la expedición brutalmente, y partían.

La inmensa soledad de la selva se sentía de pronto estremecer. La hojarasca se revolvía, un paso cauteloso se aproximaba. El grupo de los guerreros pasaba silenciosamente. Iban en larga hilera, llevando al hombro el arco, la honda y la estera, y en la cintura el rudo saco de líber repleto de maíz.

II

El maíz ha sido en la América lo que el artocarpo, el árbol de pan de la Polinesia. Producto primitivo y originario, germina en todas partes, sin cultivo, al paso del salvaje, ofreciéndole sus

granos de gluten. Gramínea plebeya del reino vegetal, dice Lineo, brota rápidamente en la tierra húmeda y profunda, al norte y al sur del Ecuador, hasta los cuarenta grados. La raíz fibrosa produce una hoja doblada, pronto convertida en débil tallo que lleva en su interior, como la sangre de una arteria, la médula zacarina. Cuando ha llegado á una pequeña altura, sale de su primer nudo, que constituye el primer período de su vida, una hoja lanceolada, dividida por una nervadura blanquizca, caída como un penacho, estríada longitudinalmente y pubescente en su faz posterior. En la axila de esa hoja, formando una espiga arrollada en su espata, brota la flor hembra, compuesta de pliegues membranosos, superpuestos, que dan salida á pequeños estilos filiformes. La flor macho, verdosa ó ligeramente purpurina, dispuesta en panículo de treinta espiguitas, la fecunda con su sávia.

Así nace la espiga, reclinada sobre la hoja donde se ha sustentado la flor hembra. La cubren cuidadosamente muchas capas caríceas y bajo esas capas un tejido afiligranado envuelve con su fresca honda el dorado grano esférico, encerrado en la gluma, que es su bráctea, é incrustado sobre el pericarpo en séries simétricas y lineales. Pasadas cinco lunas termina su misión: las hojas pierden su clorófilo, el rocío no las penetra más, se descoloran, caen en tristeza, la raíz se seca y la planta muere dejando fecundado con su detritus el suelo árido en que ha crecido. El caminante puede arrancar la espiga del tallo: está á la altura de la mano. Si la deja, el grano caído se encarga de germinar de nuevo sobre la misma tierra que laborean el sol y las lluvias. La naturaleza, que la ha destruido, la vuelve á crear

y es así como puede renacer sin cesar este fénix de la vegetación que constituyó el más poderoso alimento del hombre americano de los primeros tiempos.

III

Muchas de las primeras agrupaciones realizaron toda una evolución retrógrada, por causa de su propia tendencia, hasta extinguirse totalmente; otras continuaron una reproducción esencialmente bestial en una sucesión de siglos, viviendo siempre en el mismo estado, sin variar.

Algunas, en sus largos y penosos exodos modificaban sus hábitos, gradualmente, atemperándose bajo la influencia de otros soles ó por la mezcla con nuevas razas. Las que progresaron, en largas épocas que aún quedan en la oscuridad histórica, llegaron á la organización definitiva de individuos reunidos bajo una ley, con un culto fijo y con los mismos propósitos.

Queda la huella de singulares civilizaciones totalmente desaparecidas, y cuyo recuerdo no quedaría ya sobre la tierra, si no fueran las ruinas perdurables perdidas entre las selvas ó en el desierto, corroídas por el tiempo y que dicen al viajero admirado: aquí fué Tiahuanaco, Palenque, Mitla, Copan, Utatlán ó los Mound-Builders.

En una vasta y pintoresca altiplanicie, situada entre magníficos picos andinos, bajo un cielo siempre diáfano, á poca distancia del Gran Lago, estaba Tiahuanaco, la tierra clásica, monumental, de la antigua civilización del Tuhantinsuyu. Atestiguan su remota existencia, el gigantesco pórtico

monolito con sus bajos relieves de perfección lineal, representando en el geroglífico del Sol, el poder soberano que dá vida y fecunda; el umbral aún mayor de traquito; la estátua de ocho metros, símbolo de su culto, y el muro pétreo que rodeaba la ciudadela como formidable coraza columnaria. Pero el bloc inmenso, quien lo llevó hasta allí? Fué el brazo humano sin el auxilío de la palanca? No sería aventurado atribuir su existencia en ese sitio á la fuerza de las corrientes durante el período glacial, cuya acción ha quedado manifiesta en los cantos rodados que todavía se ven.

Palenque—la gran capital de los mayas—es en América lo que la Memphis del viejo mundo. Se le descubrió perdida entre árboles decrépitos, en la falda de una sierra, ocupando una extensión de dos y media leguas, y ni aún los habitantes de sus inmediaciones, los chipanecas, conocían su existencia. Al reconstituir mentalmente sus mudas ruinas, se vé un cuadro imponente: innumerables casas de piedra, pirámides, puentes, acueductos, palacios, todo lo que representa una ciudad floreciente. Se destacaba sobre las otras construcciones el palacio de los reyes levantado sobre una mole piramidal de dieciocho metros de altura y á la cual se subía por una escalinata de veintiocho gradas, ancha cada una de cuarenta y seis varas.

De todas las ruinas prehistóricas americanas ésta es la más colosal. Aún se adivinan los suntuosos salones del gran palacio, las anchas paredes, las estátuas, unas desnudas, otras ricamente vestidas, lo cual refleja épocas del todo distintas; las molduras curvas, los subterráneos, las pinturas de mónstruos deradelfianos, los adornos y galerías, y en el centro del edificio la pirámide

oblonga de cien varas cuadradas de base y seis de altura.

Mitla—el lugar de los muertos, la mansión de la tristeza—situada en la región ingrata que solo dá vida al reptil y á la tarántula, ostentaba cuatro colosales panteones unidos por innumerables gradas. La más incontestable señal de su grandeza aparecía en el frente de la necrópolis principal, bajo la forma de un monolito de cien piés de largo y cinco de alto, colocado como dintel de tres pórticos á diez varas de altura. Allí la piedra había sido gastada por la piedra y unida sin mezcla, por la simple cohesión: las paredes con incrustaciones de mosáico y dibujos meándricos, bruñidas de bermellón, parecían bañadas en sangre,—y el suelo azul y reluciente, era como un espejo en que se reflejaba el cielo. El aspecto de las ruinas sigue siendo triste; se adivina, á través de los siglos, que aquélla fué la necrópolis donde los descendientes de los zapotecas honraban y recordaban á sus muertos queridos.

Copan: ruinas de épocas remotísimas, de civilizaciones que han quedado en el misterio, ruinas de monumentos asombrosos y de edificios que para levantarse necesitaron, sin incluir los muros de circunvalación, veintiseis millones de piés cúbicos de piedra. Es en el linde de Honduras y de Guatemala, entre tupidos bosques, donde se encuentran las dos grandes pirámides que dan entrada á un inmenso terraplen de dieciocho metros de altura y treinta y un mil metros cuadrados de superficie, cubierto de otras pirámides, y de muros, altares monolitos, y sobre grandes basamentas figurones de piedra de plácido rostro que quien sabe cuantas ofrendas y cuantos holocaustos recibieron. Las piedras grabadas, las gradas de los

altares, la forma de sus cinceladuras y la concepción de tan vasta concentración revelan que correspondían á una sociedad tenaz y trabajadora.

En Utatlán se hallan los restos de la enorme fortaleza de tres pisos y el monolito sacrificador de ancha base, alto de diez metros.

Los mound-builders—constructores de montañas—se les ha dicho á falta de otra denominación, son hoy considerados como los representantes más eminentes de la civilización americana del norte. Ocupaban una gran parte de los Estados Unidos y si bien de ellos no ha quedado ni el nombre, se ha perpetuado su recuerdo en la piedra de los campos atrincherados que situaban en valles rodeados de colinas, reductos extendidos hasta diez kilómetros cuadrados de superficie y que podían dar asilo á treinta y cinco mil individuos. Se calcula en treinta mil el número de túmulos—mucho más imponentes que los dolmens de la construcción céltica—levantados á la gloria de sus héroes ó de sus protectores. Algunos como el de Cahokia, eran verdaderas montañas coronadas con montículos cónicos; otros reproducían en la tierra, extraordinariamente agrandada, la forma del hombre, uno simulaba un mastodonte, y el más original, el de las orillas de Brush-Creek representaba una serpiente ondulada de trescientos metros de longitud, con la cola en espiral, sosteniendo en la boca un huevo de cien metros de circunferencia.

Qué génio, aventurero ó revelador audaz, supo reunir para el trabajo, agrupaciones dispersas y contenerlas en un límite? qué ideal persiguieron todas esas generaciones? Porque solo naciones de obreros numerosos, pacientes y constantes, razas sumisas y severamente dirigidas, vastas

servidumbres, pueden haber realizado en una série de siglos las obras megalíticas que hoy todavía nos presentan con esplendor el reflejo de aquella grandeza y de aquellos prodigios.

De esas razas desaparecidas no quedan otras huellas. Los dibujos hieráticos esculpidos pacientemente en sus piedras dan una ligera idea de sus adoraciones predilectas, pero no revelan ni un indicio de su desaparición. ¿Sufrieron el fuego del cielo como las ciudades del pentápolis ó fueron acometidas y desvastadas por una irrupción de bárbaros? Tal vez ellas mismas verificaron su apocastasia, ó acaso, conmovidas por alguna profecia siniestra huyeron despavoridas, abandonando presurosas sus lares y dejando perdidas en el sueño eterno sus portentosas construcciones.

IV

Las primeras migraciones avanzaron del norte al sur ó del sur al norte? irradiaron de Tiahuanaco, de Palenque ó de los Mound-Builders? Su orígen preciso continúa incierto, como la tradición fabulosa que explica la venida de la civilización egipcia, la céltica y los tiempos heróicos de la mitología griega.

En las regiones del Orinoco, del Amazonas y el Paraná, donde la vegetación es prodigiosamente exhuberante, la barbarie encuentra su asiento. Es allí donde el salvaje instala su albergue bajo las hojas de los plátanos y disputa al macaco, el maíz y el fruto del cocotero. En la región montañosa, por el contrario, las sociedades primitivas lograron formar centros que favorecieron su desarrollo

y progreso, hecho que podría explicarse por los esfuerzos pue han debido hacer allí, en un medio ingrato en su lucha por la existencia.

En la América del Sur la cadena andina ha sido la frontera de separación, la barrera etnológica de la civilización americana. En el occidente consiguieron reunirse y amar el trabajo; en el oriente no lograron conservar ninguna cohesión, decayeron más y más, bajo diversos aspectos, en una extensión vastísima. Tríbus pequeñas vejetaron en las inmensas soledades; otras, errantes, numerosas, vagaron sin cesar, cruzando llanos, ríos y selvas, cambiando de morada al cambiar de estación. En la región meridional existen zonas vastísimas que no alcanzó ninguna planta humana, y en el norte, en grandes extensiones, fué aún mayor esa infinita desolación.

Voy á sorprender alguna de esas asociaciones y bosquejarlas rápidamente en su primitiva barbarie, para dar una idea de sus creencias, de sus costumbres y de sus tendencia en la época de la conquista.

V

Empezando por el Norte, encontramos primero á los *esquimales*, que Morton considera pertenecientes á la familia mongola. Vivían más allá del grado 60, donde empieza el círculo polar ártico, ya sea en la Georgia occidental, á orillas del mar polar, en la costa de los estrechos ó en la tierra de Baffin, región donde el sol no brilla sino en una cuarta parte del año. Estatura pequeña, ojos negros, frente inclinada, tez cobriza, tales son los

rasgos típicos que los asemejan á los mongoles. Vivían casi siempre sobre el hielo, alimentándose con los productos de la caza y de la pesca, y cubriéndose con las pieles del oso, de la zorra, del lobo, del rengífero, de la liebre, de la ardilla y de la foca, que les servía á la vez de pavimento, de lecho y techo de sus estrañas chozas, no tan altas como hondas.

Los meses eran destinados á especiales objetos, sea en la construcción de sus cabañas veraniegas, sea á la pesca de la ballena ó á la provisión de víveres y á armar sus *iglus*, donde en invierno, pasaban tres meses sumergidos en monótona inacción.

Fabricaban sólidas canoas, el kayax ó el oumiax, con pieles de foca, sobre armaduras naturales del cuerpo de la ballena, y con ellas se lanzaban á los mares agitados del Norte, que siempre gimen con el rumor de sus olas. Creían en la existencia del alma, no solo del hombre, sino también de todos los seres animados, y que esta alma una vez libre del cuerpo, vagaba en el aire y adquiría los atributos y las facultades de un genio adverso ó protector. Conservaban y aún tienen la tradición de una misteriosa teogonía, toda llena de fantasías aterradoras y de poderes inexplicables.

En la familia, la autoridad del padre siempre preponderaba; en la sociedad el fuerte dominaba. La promiscuidad era admitida, y en este comunismo sin vínculos estrechos, arrastrando una vida penosa, en la época de la conquista los esquimales eran en el norte lo que los fueguinos en el extremo sur, una de las familias más degradadas de la América.

VI

La parte ocupada hoy por la Nueva Bretaña, ha sido la Escitia del nuevo mundo; la región hiperbórea, poblada por multitud de tríbus tan bárbaras como las de la región patagónica, situada en la misma latitud, más allá de los cuarenta grados. Eran de gran talla y de facciones groseras. Vivían sobre esa tierra fría é ingrata que durante una prolongada estación del año no goza de la luz del sol, sino en cortos períodos, y que obligaba al hombre á llevar sobre sí, para conservar el calor, tremendas capas de pieles que duplicaban la pesantez de su cuerpo.

Uno de los principales tipos eran los *chipewyanos*, los terribles enemigos de sus vecinos los esquimales, á quienes hacían una guerra siempre renovada. La mujer entre ellos era considerada en una escala inferior. Usaban hachas de piedra, y cuando emprendían la guerra, á la par de sus armas, llevaban con igual cuidado el cesto de permican, que es la carne seca del venado, su principal caza. No tenían gefes ni consejeros, y solo cuando expedicionaban designaban al cazador más diestro para que los dirigiera.

Los chipewyanos, que parecen haber sido sobrevivientes del período glacial, tenían una idea del diluvio muy semejante á la de nuestra tradición bíblica. Los ejercicios violentos, la aplicación local de la ceniza de las ramas del sauce, ó los hechizos, constituían la medicación y tratamiento de sus enfermedades. No tenían religión, y se limitaban á la fé en una metempsícosis ingeniosa, que

los animaba y los tranquilizaba en la hora de la muerte.

Los *tacullis*, otro de los tipos del norte, obligaban á la mujer á abrazar el cadáver del marido en el acto de ser consumido por las llamas;—los *kutchines* vivían en las márgenes del Yukon, vistiéndose con la piel del rengífero;—los *kenais* residían en la parte más austral;—los *koniagas*, que comprendían muchas naciones, habitantes de regiones desiertas y heladas, vegetaban en una espantosa corrupción;—los pequeños *aleutios*, que vivían en las islas del archipiélago de su nombre, sufridos, callados y tenaces, se veían constantemente atormentados tanto por las agitaciones volcánicas como por sus guerras de isleños;—los *tklinkites*, tríbu de mujeres hermosas, donde se ejercía el comercio de esclavos,—y tantas otras, de las que todavía quedan restos, sin dar un paso adelante, con todas las peculiaridades de sus extrañas costumbres.

VII

Los *chimuks* moraban en la fecunda tierra de las orillas de Columbia. Lo que para ellos era el modelo de la belleza, para los demás sería el prototipo de fealdad: pretendían que la punta de la nariz y de la coronilla fueran extremos de una línea recta, y para lograrlo aplanaban la cabeza al recien nacido, cuya deformidad aumentaba aún más con los colgajos que después sujetaban á sus narices y orejas. Su lenguaje áspero y desentonado no ha podido ser representado en ninguna combinación del alfabeto.

Los *haidaks*, habitantes de las islas de la Reina Carlota, vivían desnudos tiñéndose de negro para cubrirse de la intemperie, y como los anteriores, su pesca principal era el salmón.

Los *nutkas*, moradores de las islas de Vaucover, se untaban el cuerpo con greda rojiza empapada en aceite de ballena porque así creían resistir á la acción del agua en sus contínuas abluciones. Tríbus enteras vivían en una sola habitación construida expresamente. Con amor cultivaban la elocuencia, y á pesar de su pobre idioma, les agradaba declamar. Buenos para la familia, eran terribles en la guerra, porque obraban inspirados en un sentimiento de venganza que nunca creían bastante satisfecho, y que trasmitían á sus hijos.

Los *chehalis*, una tríbu inmediata, unían á la costumbre de los nutkas, la pasión dominante entre los chimuks, el juego.

Los *suakes*, que vivían del otro lado de las Montañas Pedregosas, representan uno de los tipos más inferiores de la especie humana, por la capacidad del cráneo, capa de un cerebro limitadísimo. Congéneres de los *utahs*, formaban la familia de los *shoshonis*.

VIII

En el norte de los Estados Unidos, extendiéndose por la región del Canadá, vivieron los *onguehonwe*, superiores á los demás de la tierra, según la etimología de la palabra.

No hay en toda la historia de estas sociedades primitivas una que merezca tan especial mención por su sistema político y por su organización social.

La mujer era el alma y la acémila del hogar. Criaba al hijo, le daba nombre, lo casaba con una mujer de otra tríbu, formando así otra familia heterogénea, y al morir le dejaba sus bienes, mientras que los del padre pasaban á sus sobrinos. La mujer también era la que, en el consejo de los gefes, congregados bajo la sombra del Gran Arbol, evitaba la guerra, pidiendo la paz.

Cinco naciones principales formaban la federación, conservando todas ellas su autonomía, bajo la dirección de un solo gefe de guerra, el *atotarho*, y de sus gefes y asambleas especiales. Hablaban dialectos similares que provenían de un mismo orígen.

Esta hansa nació de un peligro, y la unión de las cinco naciones fué consagrada por Hiawath, el hombre divino, cuando los bárbaros de los Grandes Lagos amenazaron destruir sus lares. Reunión de pueblos hecha bajo la base de un arreglo de intereses comunes, cada cual sin embargo, era libre en sus resoluciones y podía emprender la guerra independientemente de los otros.

Su organización era relativamente completa. Tenían nociones de derecho para el arreglo de los negocios civiles, procedimientos sumarios para la criminalidad,—en que el asesino era muerto á su vez por el deudo de la víctima,—y bases para el aumento de la confederación, en la que eran admitidos todos los que lo solicitaban, bajo la condición de la igualdad en las cargas y derechos. Eran obligadas á la esclavitud y al tributo todas las tríbus conquistadas, pero esta práctica cruel la dulcificaba el sistema de adopción, por medio del cual el vencido podía ser exaltado á la categoría de iroqués, si una familia lo tomaba bajo su protección. Y esta adopción era para ellos más

que un favor, el honor más grande que podían deparar al vencido.

La autoridad del primer gefe no podía desempeñarla sino un individuo de la tríbu de los onondagas, que sobresalían en el don de la elocuencia. El atotarho dirigía la guerra con la táctica especial que hizo irresistible los pueblos de la confederación. Iniciada ésta, si no era posible una victoria rápida, pedían la paz y se retiraban. Hábiles en este sistema, no exponiéndose á alcanzar sino triunfos decisivos, sin fracasar jamás, fué como vencieron á los eries, á los lenapis, á los mohicanos, y á los demás formidables moradores de las orillas del Hudson.

El wampun era un objeto de lujo y de utilidad: hecho de pequeñas conchas unidas con un tendón de ciervo, les servía de cinturón simbólico, de confirmación para los contratos de promesa, de memorandum, y á los pueblos conquistados de emblema para recordar su vasallaje.

Tenían formas ágiles y musculares, no eran sensuales y se preciaban de poder sufrir las mayores privaciones. Vestían una túnica de piel de venado, sujeta por el wampun; se cubrían con un gorro adornado con plumas de águila y se armaban para el combate con la flecha, la maza y el tomahawk, pesada hacha de piedra. Sus gustos por los adornos se referían especialmente á la guerra.

Eran de espíritu soñador los ongue-howe. Habían concebido una extraña mitología, llena de episodios atrevidos en que relataban candorosamente rudas batallas con monstruos inmensos; diluvios, apariciones, sitios pintorescos, esfuerzos inconcebibles, espíritus antagónicos como el del bien y del mal personificados en Enigorio y

Eningonhahetgea, los mellizos que se arañaban en el vientre de su madre Atahensic,—y trinidades como la de las tres hermanas que simbolizaban en la égloga primitiva, el espíritu del maíz, de las habas y del cydracote, y que vivían juntas, queriéndose, en un Paraíso de Superstición.

Atahocan, el señor del firmamento, salvador de los iroqueses en todas sus calamidades, era el padre de Hiavath, el que estableció la primer familia, fijó la residencia de las tríbus, enseñó la agricultura y organizó la confederación.

No tenían sin embargo, una adoración especial en ídolos, altares ó templos, sino en la misma naturaleza y en sus diversas manifestaciones. El Gran Espíritu era el ideal á quien dedicaban sus fiestas, celebradas con cantos y bailes, para invocar su bendición al empezar la siembra, al brotar las mazorcas del maíz, al producirse las primeras fresas y al recoger la cosecha.

En sus parodias guerreras hacían revivir el espíritu bélico,—y en sus bailes fúnebres, ejecutados en apartado y solitario lugar, por mujeres que se movían unánimes al son del canto lúgubre y melancólico de los varones, creían evocar el alma de los muertos, abrazarlos y saltar con éllos, como en la danza macabra, á fin de que pudiesen abandonar de una vez el cadáver de sus deudos, colocados en catafalco sobre cuatro troncos, y emprender un vuelo rápido á la región venturosa, donde entre sombras hallarían el descanso y la alegría.

IX

Los *sioux*—«séres de cuatro almas»—habitaban el territorio de Dacota, sobre el Missourí. Ignoraban ellos mismos su orígen y se habían aglomerado en aquellas tierras, sin leyes ni gefes, obedeciendo tan solo á sus costumbres y superticiones.

De todos los idiomas indígenas del Continente, el que ellos hablaban era el más rico, con sus quince mil voces, cuyo sentido era determinado en la mayor parte de las veces por el acento.

El hombre era el parásito de la familia, y la mujer la abeja de la colmena. Desheredada de toda consideración, debía sembrar el maíz, recoger la cosecha, tejer la estera, adobar las pieles, conducir la carga y ayudar á su marido como vil instrumento en fabricar sus armas, construir la canoa y levantar el wigwam, que era cabaña de ramas y pieles en invierno, y en verano cuadrilongo cubierto de anchas cortezas de álamo. Aceptaba su inferioridad con resignación, con amor y hasta con sacrificio. Y cuantas veces, al ver muerto aquel que durante años había sido su único tirano, se despojaba de las guirnaldas del hobus fragans que orlaba su corpiño de piel de ciervo ó su manta de armiño, y se entregaba alegre al sepulcro, como las mujeres de la India antigua.

Los *dacotas* y los *assinibois*, principales tríbus de aquella familia, fueron los creadores de la más rara fantasía mitológica. Todo en la naturaleza lo encontraban sobrenatural y de aquí que llevasen una existencia casi encantada. Veían por doquier el *guacan*, es decir lo incomprensible y lo

misterioso. Creían además en las metamórfosis que podían producir ciertas plantas medicinales, y ésto era objeto de un ensayo minucioso de parte de los clanes, asociaciones numerosas, rivales entre sí, que se fulminaban constantemente en interminables venganzas. Confiaban en sus númenes para ser felices, y cuando sufrían alguna desgracia, la atribuían á un clan rival.

Poseían innumerables dioses representados en un objeto cualquiera, que adoraban en ciertos días y que desechaban por otros cuando no les era favorable, pero el principal de todos era el Onkteri, fundador de la Gran Medicina, que con la virtud secreta de las plantas todo lo podía trasformar ó extinguir.

Wakinyan, el elfo de los sioux, era el inventor de la lanza, que con el tomahawk y las pinturas hacía retroceder el dardo enemigo, aunque fuera arrojado por Haokah, el dios gigante de la Guerra.

Los sueños les producían horribles presentimientos, que no lograban alejar ni los gritos ni los conjuros de los clanes, y cuando morían era en la desesperación, apretando los puños para no dejar escapar las cuatro almas que creían poseer, y de las que, una debía ir al paraíso, otra vagar en los espacios, otra recorrer las calles del pueblo nativo y la cuarta velar el cadáver.

Eran polígamos, y sin embargo continentes, previéndo que se destruirían en los placeres. Su vicio era el tabaco y su pasión el robo. La guerra no era obligatoria, pero una vez emprendida cualquier expedición, nadie podía retroceder, y poseídos de un extraordinario sentimiento de orgullo y de independencia individual, sabían sufrir con indecible calma, cuando caían prisioneros, los rudos tormentos á que se veían condenados.

Existen todavía restos de esa familia de los sioux, tan inclinados á la nigromancia y que tanto lucharon en la época de la conquista por mantener sus costumbres.

Los *horogis* eran del grupo de los sioux, con creencias semejantes, aumentadas con otras fantasías. Su paraíso lo suponían en el firmamento, donde las almas debían ir siguiendo el camino de la vía láctea. Los *iowas,* también divididos en clanes, tenían una bella tradición, consagrada en el jóven que á fuerza de amor logró atraer una estrella que le condujo al sitio donde la caza del venado no tenía fin. Los *osages*, de la misma familia, se creían descendientes de la unión de un hombre con la hija del castor que lo albergó.

X

Los *algonquine*s, antiguamente esparcidos con el nombre de chipewas desde el golfo de San Lorenzo hasta las montañas Rocosas, forman la tríbu más numerosa que habitó los Estados-Unidos, y su idioma dividido en numerosos dialectos, reunía las particularidades de todos los otros de América: constaba de cinco vocales y solo trece consonantes, y sus nombres se dividían en animados é inanimados.

Cultivaban una música cuyos sonidos sin armonía eran de una monotonía desesperante, y la poesía, en la que sabían condensar brevemente un pensamiento: «Quisiera, decía el guerrero, caer sobre el enemigo con la rápidez del pájaro, entregarme con ardor al combate y quedar entre los

muertos, para que después mi nombre se repita con alabanza».

Sencillos y crédulos, habían imaginado un culto dualista, no consagrado en ídolos ó fiestas, pero sí recordado en singulares supersticíones y en los costosos jubileos que acostumbraban celebrar. El Gran Espíritu, omnipotente y bueno, era Gitchi-Monedo, que vivía en el foco ardiente del Sol, de donde venía la luz, la vida y la inteligencia. Mond-je-Monedo, su antagónico, era el dios malo. Pero ni uno y otro ejercían su acción directamente sobre la tíerra, sino por medio de espíritus secundarios que vagaban en el aire, como Wing, el Morfeo de sus creencias, Shawano, el que derramaba el maíz y el tabaco, y Kabaun, el dispensador de las lluvias.

Manabhozo fué el primer hombre concebido por el Gran-Monedo en una mujer caída de la Luna. Trajo á la tierra la idea del trabajo y la instrucción de la agricultura, y al morir fué con su hermano Chibiabos á la región de las almas, situada en la isla de Manitouline, en medio del delicioso lago Hurón, donde en la paz de una eterna primavera, no veían sino la belleza, las flores y las suavidades, y donde los amantes desgraciados podían volver á encontrar las mujeres que habían querido, la realidad de todas las esperanzas, el consuelo póstumo de las mejores caricias.

La idea de estos misterios, desconocida de la multitud, era solo inherente á los mediums, que se denominaban wahenos, medos ó josokids, los que por medio de conjuros y el secreto poder de los objetos que vagan en el vasto seno de la naturaleza, curaban las enfermedades, satisfacían

una venganza sin ejecutarla, ahuyentaban los malos espíritus, predecían, mataban, resucitaban, maldecían y dominaban.

Cuando el muskewinini encargado de administrar una medicina se retiraba vencido por la falta de éxito, el wabeno, con la vara de cobre, el metal consagrado del culto, se apoderaba del enfermo para curarle por medio de exhortaciones espirituales. Esta asociación de magos que dirigía la tríbu con un poder misterioso y disimulado, tenía para la admisión de cada novicio un ritual expreso: el iniciado debía sufrir flagelaciones, pruebas, largos ayunos y cruentas mortificaciones antes de llegar al primer grado. Después, solo por medio de altos ejemplos y de singular habilidad para ejercer los grandes misterios, podían alcanzar los grados superiores.

Referían por la tradición que Chizíguke, el hacedor del día, era el marido abandonado, condenado por Manabhozo á seguir eternamente—sin nunca alcanzarla—á su bella mujer Ozhis-Shenzon, destinada á ser por siempre, para beneficio de los hombres, la dulce Tibikhisis, el sol de la noche.

Los algonquines, que en punto á creencias no admitían límites, no eran muy guerreros, y antes bien, les agradaba vivir en la paz, para el ejercicio tranquilo de sus infinitas ceremonias en todos los actos de la vida, y para aumentar la prole, que cuanto más numerosa, más debía hacer gracia al Gran-Monedo.

No sobresalieron sino en sus supersticiones. La naturaleza, al brindarles con exhuberancia sus mejores dones, los habituaba á la pereza y los inclinaba á las prácticas místicas; por eso tan infecunda hicieron su existencia sobre el suelo que habitaron. De ellos no quedaron sino sus frágiles

túmulos, que ellos acostumbraban renovar cada cincuenta años, y donde habían aglomerado sin órden los huesos de sus antepasados, de dos en dos generaciones, para que reposaran juntos, hasta el día en que rescatados por sus almas fueran llevados al paraíso que soñaban.

Una rama de la familia algonquina, los *ojibvas*,—que vencieron á los crueles munduas en la orillas del lago Erie,—cansados de la vida errante, se habían reunido en la isla Lafunte, donde lograron edificar sus casas en una extensión de seis millas cuadradas y levantar en el centro el templo donde mantenían el fuego sagrado y donde realizaban los ritos ceremoniosos de sus magos.

Un grupo de tríbus, rama también de los algonquines, existió en la Carolina del Norte. En el fondo de sus templos circulares, donde la luz solo penetraba por una pequeña abertura, estaba la imágen de Kewas, el padre de los dioses, representado en la figura de un jóven melancólico.

XI

De los *apalaches* pocos quedan. Vivían cerca de las montañas que cruzan los Estados-Unidos de N. E. á S. O. distribuídos en numerosas tríbus, que hablaban dialectos de un mismo idioma. Los *creeks*, la nación dominante, habían venido desde occidente, dice la leyenda, en épocas muy remotas, defendidos por un perro y guiados por una pértiga. ¿Habían subido ó bajado? Lo ignoraban. Creían el suelo que habitaban como un piso del vasto edificio de la tierra, bajo el cual y sobre el

cual habrían séres semejantes en otras agrupaciones.

Eran adelantados en la aritmética, por medio de la cual podían contar indefinidamente, lo que no era común en las sociedades primitivas. Tenían á su vez supersticiones dignas de notarse: estaban persuadidos de que el mal les venía de enemigos alejados que le herían interiormente mientras dormían, con armas invisibles. Cuando esto acontecía, un augur reunía la parentela en rededor del enfermo, y en medio del bullicio daba su diagnóstico y preparaba una tisana, silbando y pronunciando misteriosamente frases que nadie entendía. Si no lograba la cura, la multitud lo flagelaba.

La guerra era su vanidad y su orgullo. El que no había conquistado lauros en el combate no era considerado hombre: en pena debía dedicarse á faenas ingratas y pueriles; no tenía derecho á inspirar jamás ninguna pasión entre las mujeres de su tríbu, que se habían acostumbrado á no admirar la belleza del típo, sino su valor y virilidad. Consecuentes con este hábito, no perdonaban ni al propio marido: al primer acto de debilidad, lo repudiaban,—y éste, por no enervarse en la continuidad de los placeres, se cobijaba separado de su consorte, bajo otro techo de ripia.

Todos los años, en la época de la cosecha, celebraban, teniendo el fuego por símbolo, la fiesta que sintetiza su culto, y que servía á la vez de purificación y de arrepentimiento de sus faltas. En el día consagrado se apagaba el fuego de todas las chozas, y los guerreros reunidos en enciclopodia en medio de la plaza, bebían al son del zohullah—ditirambo cadencioso de los tres mancebos, el licor blanco de la casma. Luego empezaba el ayuno, se bañaban repetidas veces y al llegar el

octavo día, todos, hombres, mujeres y niños, celebraban en un banquete común, con danzas, juegos y gritos, su propia regeneración. Todas las gracias eran concedidas, todas las penas conmutadas, todos los deseos satisfechos, todos los dolores amortiguados. El sacerdote encendía de nuevo el fuego sagrado, que no debía apagarse más en todo el año, lo distribuía, y los de la tríbu se retiraban tranquilos con la purificación lograda, esperando llegar un día á la mansión de Esce, el dios del aliento y de la fuerza, donde siempre crece el maíz y donde las aguas nunca se agotan bajo el ardor del sol ó al soplo del viento.

Como todos los pueblos guerreros, sabían rendir homenaje á sus muertos queridos, cuyos restos guardaban cuidadosamente en panteones como los de Cofachiqui y Falomeque: allí, bajo las espaciosas naves, en las arcas laterales, depositaban las momias de sus gefes, adornadas con perlas ensartadas en largos hilos y rodeadas con las armas que los hicieron temibles en la pelea.

XII

Los *apaches*, situados en el límite de Méjico y Estados-Unidos y divididos en muchas tríbus belicosas, confederadas en caso de peligro, fueron los temibles enemigos de los primeros conquistadores.

Errantes como los tupis, llevaban una vida azarosa é intranquila, extendiéndose en todas dírecciones, desde los 30 á los 40 grados. Sus habitaciones consistían en la fronda de los árboles, en rústicas cabañas de ramas y hojas, y también en

las oscuras y profundas cuevas de las Montañas Rocosas. De allí salían á veces sigilosamente, uno tras otro, hasta reunirse en el punto donde debían dar una sorpresa ó un asalto y volver con el botin y con los prisioneros que tanto se gozaban en martirizar.

Eran así sus expediciones, no una guerra sino una excursión para el robo y la crueldad, que satisfaciera sus instintos. En el combate el valor era obligatorio: el que quedaba en poder del enemigo no podía volver más á la tríbu.

Tenían un dios sin culto, Yaxtaxítaune, el gefe de los cielos, y un demonio, á quien temían más.

Sus gefes, nombrados expresamente para cada expedición y á quien no obedecían sino en el momento del peligro, dejaban de serlo una vez repartido el botin. Por lo demás, profesaban en sus gustos apetitos voraces y en sus intenciones un libre albedrío ilimitado.

El hombre era mejor proporcionado que la mujer, la cual era obesa, chata, teñido el rostro, y muy poco considerada. La obligaban á todos los quehaceres domésticos y á manejar sin cesar una ruda lanzadera, con la que lentamente hilaba el algodón, para tejerlo después, más lentamente aún, por medio de procedimientos muy complicados.

Cerca de los apaches estaban las célebres tríbus de los *pueblos*, habitantes del Arizona, que contrastaban con sus vecinos por sus hábitos sedentarios. Pertenecían á la raza de más pequeña talla—el polo opuesto al patagón. Los hombres no alcanzaban más de cinco piés, las mujeres cuatro;—pero poseían un conjunto de formas armoniosas, la actitud graciosa, los rasgos finos y simpáticos. Sus casas de piedra—los edificios más

originales de América—altas de seis y siete pisos, situados al borde de un torrente, sobre un peñasco ó en un punto inescalable, alojaban no solo la familia, sino también cada una de las setenta tríbus de aquella liga hanseática. Tenían un aspecto imponente, con las grandes gradas de diez piés de altura y las inmensas azoteas, que se coronaban de gentes armadas de enormes piedras cuando se acercaba el enemigo. Cada una de esas casas era no solo una fortaleza que aseguraba la vida tranquila de los pueblos, sino que á la vez tenían en ella depósitos, elementos de trabajo y las comodidades que más les satisfacían.

Su ídolo era Montezuma, el hombre hecho de arcilla, como Adán, por el Gran Espíritu y que fué el único que salvó del diluvio. Lo adoraban como al padre, al salvador y al protector de su raza, y era en su homenaje que el fuego sagrado ardía todo el año en las grandes estufas de sus laberintos, á cuyo rededor se reunían sus asambleas y celebraban sus ritos y sus fiestas. Ninguna mujer podía entrar allí: élla debía quedar en la casa tejiendo el serape, que era la manta de algodón, ó la saya corta con que vestían; vaciando el barro con que formaron una cerámica bastante notable, y trabajando hasta el día que eligiese á su agrado, sin la menor imposición, el sér al cual debía unir su vida.

Eran pacíficos los pueblos y se dedicaban con ardor al cultivo y á las pequeñas industrias que tanto les facilitaba el bienestar. Tenían gefes que gobernaban de acuerdo con una asamblea electiva. En sus guerras, nunca emprendidas por el interés de botin ó de conquista y si solo por venganza ó por escarmiento, frecuentemente contra los apaches, eran impetuosos, valientes y severos, de

manera de dejar una huella que quitara á sus vecinos la intención de molestarlos nuevamente. Los pueblos mataban al prisionero por no hacerlo esclavo.

Lentos y ordenados en sus costumbres, tenían sin embargo una fiesta anual, en la que turbados por la embriaguez se entregaban á excesos lúbricos con las mujeres de su tríbu, como para satisfacer en un solo día todas las sensualidades, todos los frenesíes que hubieran podido acumular durante el año.

XIII

La región de la California, que se extiende al oeste de los Estados-Unidos, desde los 22 á los 42 grados de latitud, estaba poblada por un gran número de tríbus, con idiomas que eran una Babel: se contaba ciento diez dialectos de pobrísima terminología, que no obedecían á ninguna rama principal. Sus creencias eran del todo distintas: unos admitían la existencia de demonios fantásticos, otros, espíritus protectores ó la esperanza de paraísos terrenales para después de la muerte.

En el norte, los hombres-medicina de que habla Bancroft, constituían asociaciones reunidas en subterráneos abrigados, donde llevaban al enfermo para curarlo con un baño de vapor, en la forma primitiva que habían imaginado. Se creían descendientes de una raza de osos bravísimos, que aún consideraban como congéneres; rendían culto á diablos personificados en el oso grís invisible, en el unicornio ó en el pájaro que levantaba una ballena con el pico. El oso grís era Omabá,

demonio que arrebataba, antes de llegar al paraíso, las almas que iban al descanso eterno. Acostumbraban atenuar sus pesares con danzas y fiestas

La mujer, de relativa belleza, era un objeto de comercio interno; solo podía poseerla aquel que mejor la pagaba. Cuántas veces, como Jacob, el amante era esclavo de sus suegros durante parte de la vida para pagar con su trabajo el precio de su esposa. Hombres y mujeres se tatuaban el pecho por medio de procedimientos penosos, y demostraban con rayas convencionales su categoría y aún sus tendencias: el guerrero que hacía voto de valor, se teñía de negro la cara y no sobrevivía á ninguna derrota. Eran industriosos en la fabricación de sus armas y utensillos. Pescaban de noche al resplandor de las antorchas que sostenían sus mujeres, con flechas de caña, las mismas cuya punta de delicada obsidiana, envenenaban con el virus de la serpiente de cascabel cuando la dirigían contra sus enemigos.

Los *californianos* del mediodía eran en la escala de la inteligencia, después de los shosonis, los más deprimidos de las tríbus de la América del Norte. Formaban un grupo de cobardes, que á la menor duda en el combate huían arrojando á lo lejos sus sables de madera.

Sus guerras no se producían sino entre ellos mismos por causa del rapto de mujeres. De extrañarse es su habitual cobardía, cuando tan severos eran entre sí al consagrar sus guerreros: aquel que quería entrar á la categoría tenía que probar su resistencia dejándose morder por las grandes hormigas, que enfurecidas expresamente le dejaban casi sin vida, y debía escojer después una divisa para imprimirla en su cuerpo de un modo

indeleble. Los gefes, cuyo cargo era hereditario y que podía recaer aún en las mujeres, se asociaban á un consejo de ancianos para decidir la guerra. Querían al hijo, que los abandonaba en la edad púber, para pasar á depender de la tutela de sus gefes; tenían en menos á sus mujeres y mataban á aquellas que llegaban á la senectud. Como estables en sus villorios, eran el colmo de la pereza, y solo trabajaban vencidos por la exigencia del sustento.

Los californianos del sur, extendidos en la pintoresca península, larga de mil kilómetros, asiento de una civilización prehistórica de la que no quedan sino sus colosales cavernas, estaba poblada en la época de la conquista por tres tríbus, cuya fisonomía y carácter pueden figurar en la categoría de sus contemporáneos del mediodía y aún en escala inferior.

Eran desaseados, impúdicos, cacófagos en su alimentación, supersticiosos y corrompidos. No tenían creencias fijas, y en sus fiestas celebraban el culto de las lechuzas, de las ratas, de los murciélagos y de las orugas verdes que devoraban vívoras.

XIV

La Florida es la antigua región del Jacuaca, poseedora del río de Plata, la fuente indígena de Juvencio. La poblaban muchas agrupaciones, mezcla rarísima de cultura y de barbarie, esparcidas en el llano, en el bosque ó en la falda de las montañas, como montículos de hormigas. Los apalaches, sus primeros habitantes, eran sumisos

con sus gefes, indóciles á todo yugo extraño y pérfidos para con sus enemigos. Hombres y mujeres se dejaban crecer los cabellos: ellas los dejaban sueltos, ondeando al viento; éllos los recogían hácia la derecha, como límite donde debía llegar la mano al estirar el nervio del venado colocado en el duro arco de roble, que solo su fuerza podía doblar. Al partir para la guerra, el gefe, rodeado de los suyos, gesticulaba con el lábio extrañas profecías, y haciendo una aspersión de agua sobre la tierra, pedía al Sol le permitiese rociar así otro suelo con la sangre de sus enemigos. Corrían luego á la batalla, y siempre en torno al gefe, agrupados en tropel, rudamente peleaban, con una saña implacable. Al volver, la viuda pedía con imprecaciones la venganza sangrienta, y marchaba en seguida á derramar su cabellera cortada sobre la tumba del marido, que rodeaba con un círculo de flechas, y que en adelante debía constituir para ella el altar de todos sus ruegos.

XV

A orillas del gran río del Norte vivían los célebres natchez. Al recién nacido le comprimían el cráneo con un vendaje especial, y esto por dos ó tres años, hasta lograr deformarlo, alargándolo en una fea forma oblonga; una vez adulto le teñían el cuerpo con dibujos desordenados. ¿De donde venían, que intención los llevó hasta allí? Se atribuían una antigüedad de diez mil años, diez mil años errantes é intranquilos. Sumidos en la anarquía y la ignorancia, los salva Thé, el hijo del Sol. Eran valerosos y se mantenían unidos y libres.

Fueron al Anahuac, y cuando sintieron que una nueva dominación caía sobre esa tierra, emigraron hácia el norte hasta detenerse á orillas del Mississipí: se inclinaron ante su rápida corriente y creyeron percibir en las aguas el soplo profético de lo desconocido que les prometía un amparo tutelar. Al día siguiente, en el humilde cuadrilongo que habían construido, encendieron como el símbolo de su fé, la corteza de encina que cuatro ancianos debían velar sin cesar. El fuego constituyó entre ellos, como en el hombre primitivo, el mayor objeto de veneración.

Eran pocos porque casi todos se entregaban al sacrificio, y todos se degradaban en la crápula. La desigualdad de las clases era la norma de su sociedad. El rey, polígamo, al morir creía pasar á otra vida, y era costumbre que se inmolasen por él sus mujeres y servidores. El gefe-hembra, asociado al poder, repudiaba á sus maridos uno trás otro;—la mujer noble elegía compañero en el ser más oscuro: lo humillaba, lo saciaba y lo despedía.

Todas las mañanas el gefe salía de la choza y saludaba el Sol con tres ahullidos: luego fumaba la pipa consagrada, arrojando bocanadas de humo á los puntos cardinales. En la época del grano, cuando la mies brotaba en el terreno vírgen, dieciseis guerreros llevaban al rey, en medio de las aclamaciones de la muchedumbre, sobre andas cubiertas de hojas de magnolia. Los sacerdotes encendían la lumbre divina, las mujeres cocían á su ardor el dorado gluten, y en tanto los guerreros se referían sus hazañas al son del canto de las mujeres, que danzaban enlazadas unas á otras, con guirnaldas de plumas.

XVI

Las tríbus poderosas de los *alleghanis*, fueron quizá una parte de los mound-bilders, constructores del otero fúnebre, forma primitiva de la tumba, con que dejaron señalado desde el golfo de Méjico hasta la bahía de Hudson los sitios donde moraron y donde dejaron los restos de su antepasado y el monumento glorioso de sus héroes.

De esta civilización cuyos gérmenes y desarrollo se confunden en la niebla de una edad prehistórica, no quedan sino sus túmulos titánicos y el recuerdo de la formidable lucha de cien años en que fueron vencidos y deshechos por los lenapis.

XVII

Los *quichés*, habitantes de Guatemala, son el pueblo del Popol-Voh, el Pentateuco que narra el génesis del orbe, los trabajos del hijo de Vukub-Cahix, que levantaba y hundía montañas, la mágia de los reyes gigantes de Kibalba que movían la tierra al caminar, la venida del diluvio, la creación de ellos mismos, descendientes del maíz y destinados á civilizar las otras gentes—y la historia de las guerras y generaciones siguientes.

Ellos fueron los primeros constructores de las pirámides, la enseña religiosa que levantaban por cientos con fortalezas y palacios en la cima. En sus leyes establecían penas para los delitos contra la honestidad, y concedían á la mujer libertad

para que pudiese abandonar al marido que la maltratase y casarse de nuevo con quien quisiese. Su idioma era extenso y armónico en sus expresiones, al punto de haber logrado la concepción de un drama que ejecutaban con danzas y canciones.

Su cosmogonía revela similitudes con la leyenda hebráica. Por otra parte, en la trinidad dc sus dioses, adorados en el templo de Gumarcaah, no veían sino una sola divinidad. Los quiches estaban divididos en tres grupos mandados por otros tantos gefes, que asociados á asambleas de guerreros gobernaban bajo la curiosa base de una estricta economía en sus propios gastos y la mayor prodigalidad para con los extraños.

VVIII

Más al norte, en Yucatán,—el país de la yuca—existieron las tríbus célebres de los mayas, los itzas y los tutulxios, que á pesar de sus contínuas luchas, realizaron la obra de prodigiosos edificios, de originalísima arquitectura, ricos en arabescos, en relieves de estuco, columnas y pórticos, y donde las construcciones nada dejan que desear, dice Stephen, bajo el punto de vista del buen gusto y de las reglas de arte, pudiéndose citar la puerta de Laban, obra notable por la precisión de sus proporciones y la elegante sencillez de los detalles. Sus ruinas son todavía estudiadas y admiradas en Uxmal, Chichen y Tikoch.

No adoraban á Hunab-Ku, el dios supremo, sino á los ídolos que representaban, como en la mitología griega, la caza, el amor, el baile, la

agricultura, el arte;—ó como los fetiquistas de la India, á los reptiles y á las aves. Todos ellos tenían su altar y con su altar, su templo, sus adoradores, sus ofrendas y sus sacrificios.

Los sacrificios eran contínuos, y es á causa de ellos indudablemente que andando el tiempo, aquella raza de los yucatecas, creadora de tantos monumentos, se extinguió totalmente, dejando estampada su memoria en sus construcciones de piedra, y en aquel pozo de Chichen, ancho y profundo de cien piés, que tragaba á decenas los hombres vivos arrojados para aplacar la cólera del dios en las sequías prolongadas.

Realizaron con buen gusto la concepción grandiosa de sus obras y llegaron á poseer por medio de signos hieráticos, verdaderos libros en donde se señalaba la marcha de las estaciones y la topografía del país.

Los mayas enseñaban á los niños en sus escuelas los conocimientos que consideraban más útiles, las tradiciones y el sistema del calendario, semejante al de los aztecas por su división del año en dieciocho meses de veinte días.

Habían llegado hasta las mesetas del Anahuac: allí terminaron su jornada. Fueron los vencidos de la gran raza invasora de los Nahuas.

XIX

De Yucatan á la antigua Cerquin, que está al sur de Guatemala, la transición es violenta. Es otra vez la tríbu salvaje, lujuriosa, guerrera, con malos hábitos, tradiciones brutales y supersticiones ridículas.

En seguida se encuentra Nicaragua, donde dominaban cuatro tríbus. Allí la mujer ejercía el comercio de las producciones que le traía su marido; por lo demás ella era tenida en muy poco aprecio: aún la entrada al templo le negaban. Tenían infinidad de dioses con altares, sacrificios y ceremonias más ó ménos semejantes por sus danzas y excesos á las de los demás pueblos salvajes.

Más al sur hasta el estrecho de Darien, el culto era Chicuhua «el principio de todo», que moraba en el cielo. Obedecían á un magnate hereditario, y por sus hábitos tranquilos y poco emprendedores, no han dejado historia digna de mención.

XX

El vasto valle de Cundinamarca, situado en las mesetas orientales de la Cordillera, era la región do los *muiscas*,—hombres, según la lengua chibcha—que bajo la advocación de Bochica, llegaron á alcanzar una civilización comparable á la de los nahuas ó á la del Tuhuantinsuyu.

Bochica, el hombre de la larga barba y ancho manto, era el hijo de Zabé, el astro ardiente que derrama sobre la tierra, en su luz radiante, la fecundidad y el calor. Vino del lado de Oriente, en una edad sin memoria y empezó á predicar la virtud, enseñar la agricultura y asegurar los destinos del pueblo. Al mismo tiempo apareció la hermosa y sensual Huytaca, la que atraía con sus gracias y seducía con sus encantos lujuriosos. Era el álma tentadora del mal, y un día, haciendo crecer el Funza inundó el valle de Muequeta, donde hoy está Bogotá. Y el valle se hubiera trasformado

para siempre en lago, si Bochica no hubiese roto la montaña con su vara prodigiosa abriendo un paso á las aguas que se desbordaron impetuosas, formando la maravilla imponderable del salto de Tequendama.

Desde entónces el profeta fué dios, y como tal trasformó á Huytaca en Chia, el fanal de la noche. Fundió en una sola las cosmogonías contradictorias; reunió las tríbus dispersas, las aconsejó, las hizo elejir para zaque, el soberano principal, á Hucacha, y creó el pontificado supremo de Songamozo, cuya elección debía ser hecha en adelante por los cuatro gefes principales. Después se retiró á la montaña, sólo y misteriosamente, para vivir como un penitente, en el ayuno, la continencia y la observación, durante cien siglos muiscas—dos mil años—en cuyo período logró completar su ingenioso calendario, grabado en piedra con los signos hieráticos que solo debían entender los grandes sacerdotes.

Puede decirse de este calendario que es la demostración más importante de la civilización muisca. Era su ciencia, su tradición y su gloria: del calendario dependía su organización y sus hábitos. El día estaba dividido en cuatro tiempos, la tríada en tres días, el mes en diez tríadas, el año rural en ciento veinte y el religioso en un trienio de treinta y siete meses, á fin de completar el término de las revoluciones sinódicas de la luna con la evolución anual del sol.

La lengua chibcha, que hablaban, no contaba las letras *d* y *l* tan usadas entre los quichuas. Las voces eran en gran parte guturales, casi imposibles para la reproducción gráfica, si bien tenían cierto carácter eufónico que las hacía agradables al oído.

Los muiscas celebraban un sacrificio humano en su fiesta rural, en el sexto mes, al principio de la indicción señalada en el calendario. La víctima era un niño arrebatado de la tríbu de los moxas, por cuyo territorio pasó Bochica, al venir. Le llamaban *guesa*, el errante. Llevado cuidadosamente al templo del Sol, no debía ver la luz hasta los diez años, en que le sacaban para que recorriera á su vez la senda que anduvo el profeta. A los quince años, en que completaba igual número de *runas*, el ciclo muisca, le cubrían con la inmensa flor de la aristoloquía—la flor más grande de la Atlántida—le conducían á la plaza circular acompañado de sacerdotes y enmascarados, le amarraban á la columna que servía para medir las sombras solsticiales y equinocciales y le mataban á flechazos. En seguida el sacerdote de Songamozo le arrancaba el corazón para ofrecerlo al Sol, y los demás sacerdotes llenaban de sangre los vasos sagrados para verterlos luego sobre las piedras sagradas de la montaña, donde primero brillaba la luz del astro.

Los muiscas creían en un sér supremo que se manifestaba por las grandes creaciones de la naturaleza y del firmamento, y creían también en el trabajo y en la inmortalidad del trabajo, que debía ser fructífero para los buenos en las tierras fecundas, prometidas por Bochica para después de la muerte.

Esperaban el milagro para conseguir un bienestar mayor. Al suplicarlo, organizaban grandes procesiones, en las que al lado de los magnates, relucientes con sus vestiduras salpicadas de oro, esmeraldas, amatistas y turquesas, iban los grupos de creyentes pintados de negro y rojo, los disfrazados de fieras, los lloradores, los sacerdotes en

primera fila, y trás de todos, los que pregonaban el favor del sol con carcajadas y saltos alegres.

El sacerdote de Songamozo era la gran potencia del reino: tenía poder sobre el tiempo, volvía la salud, era el augur de los destinos, el dispensador de las bondades y el que interpretaba los misterios desconocidos. Él era también quien celebraba los matrimonios, porque aún cuando la poligamía era permitida, todos los muiscas estaban obligados á unirse á una fiel y eterna compañera. Al verificar el acto, él debía repetir por tres veces, solemnemente, que la amaba, y ella debía decir que á Bochica amaría más que á su marido y á su marido más que á sus hijos. En este matrimonio, el mayor de los hijos debía ser varón: si niña venía antes que él, estaba destinada á la muerte, y si la madre moría durante el alumbramiento, el marido era condenado como culpable.

En sus leyes regía el sistema del talión y en sus guerras la ley del valor. Aquel que huía durante la batalla era luego muerto ignominiosamente, y el que huía antes de la pelea, condenado á cambiar su túnica por el traje de la mujer, consistente en una manta sujeta á la cintura y otra á los hombros por medio de un alfiler, de manera que el pecho quedara en descubierto.

Era el sacerdocio un contínuo ascetismo: se imponían el celibato, la soledad, la tristeza, los ayunos prolongados, la obligación de hablar y comer poco y el mascar constantemente el hayo, la yerba purificadora.

La continencia, decían, es la base de la fuerza y de la justicia, y por eso, en ocasiones, aquel que más resistía á los halagos de una bella mujer desnuda, era el designado para dirigir el feudo que quedase sin sucesión. Aún el príncipe se veía

obligado á severas pruebas. Desde niño se le educaba en la práctica rígurosa del templo, de donde, si ninguna falta lo había hecho indigno de la soberanía, lo enviaban para el aprendizaje de la autoridad al feudo de Chía, bajo la tutela de un sacerdote.

Los muiscas llegaron á un grado de bastante adelanto: edificaban casas, tejían, cultivaban el maíz en gran escala y aún labraban en las duras piedras de pórfido, la figura tosca de sus ídolos.

Cundinamarca fué en América el teatro del feudalismo salvaje: en el último siglo antes de la conquista, un feudo desconoció al soberano de Hunca, el heredero de la dinastía, desde Bochica. Y de aquí resultó la división del reino y la institución de los zippas de Bogotá.

Los zippas de Bogotá mantuvieron guerra constante con los zaques de Hunca. En la primer batalla murieron los dos soberanos; en la última, cien mil indígenas armados con hondas, flechas y macanas se acometieron réciamente y la victoria estaba ya próxima á decidirse, cuando un dardo hirió al zippa Nemequene. Los combatientes se retiraron, se ajustó una tregua y fué en su interregno que llegaron á la costa los primeros españoles.

XXI

En el centro del Ecuador, en una meseta situada entre dos cadenas andinas, desde un grado al norte hasta otro al sur de la línea, en una región templada y alta donde el barómetro se mantiene en cincuenta y cuatro milímetros, existió el reino de los Scyris.

La tradición cuenta que hace doce siglos llegó á la costa un grupo de extraños, los caras, mandados por Carán Scyri. Eran humanos, esos aventureros. Exploraron el territorio, y doscientos años después, cuando llegaron á ser numerosos, pasaron la montaña costeando el río de las Esmeraldas y hallaron al pié del Pichincha la tríbu que mandaba Quito. La conquista les fué fácil, y desde entonces quedó establecido allí el nuevo reino de los caras.

Los Scyris que sucedieron á Caran continuaron la conquista de otras tríbus bárbaras al norte, después al medio día y por fin al sur, donde se detuvieron ante los temibles puruhas, y sobre todo antes los cañaris, que manejaban la honda y aún más hábilmente la pesada pequeña maza. Con la série de conquistas ya realizadas organizaron una monarquía de tríbus confederadas, cuyo rey, siempre scyri, gobernaba de acuerdo con los gefes inferiores.

La sucesión entre los reyes de Quito era inviolable, y como al fallecer el undécimo Scyri, á principios del siglo XIV, no tuviera varones, le sucedió su hija Toa, casada con Duchicela, el príncipe puruha que dominó á los del Cañar.

En aquella época esta agrupación había llegado ya á un estado floreciente. Su religión era politeista. Los caras eran más humanos: no hacían sacrificios y adoraban al Sol y á la Luna. En el templo del Sol, construído de piedra simétricamente cortada se encontraba la representación del astro hecha en oro y adornada de piedras preciosas. Alrededor del templo, de forma cuadrada, se levantaban las columnas que servían para medir los doce meses y el cambio de los equinoccios.

El templo de la Luna, representada en plata, era de forma circular.

En la isla de Puna, el templo, cuyas paredes estaban grabadas con esculturas de figuras siniestras, se mantenía en perpétua oscuridad, y en el centro se levantaba el ídolo que representaba á Tumbal, el dios de la guerra, á cuyos piés partían con el hacha de bronce el pecho de los prisioneros sacrificados en su holocausto. En Mauta, el dios era Muiña, el dispensador de la salud, representado en una gran esmeralda, á cuyo contacto los peregrino enfermos creían sanar. Liribamba era el dios de la venganza insaciable: hecho de arcilla, con un cuerpo de gigante, tenía colocada en el vértice la ancha boca que absorbía en su vacío insondable la sangre de los prisioneros inmolados. En la tríbu sanguinaria del Cañar, todos los años al empezar la cosecha, sacrificaban cien adultos para aplacar la animadversión del espíritu maléfico.

Los scyris en sus templos no ostentaban suntuosidad. En sus fortalezas no se notaba la construcción ciclópea de sus contemporáneos del sur. No era sinó la forma primitiva de la defensa: la cumbre del cerro parapetado por un débil muro y por los triples fosos. Al pié de esas fortificaciones obligaban al trabajo á los pueblos conquistados, ó bien lo enviaban á construir acueductos ó á tender sobre las corrientes puentes hechos de agave, bejuco y otras plantas sarmentosas, colocados en forma de maroma y amarrados á los grandes bloques de una y otra márgen.

Los quitos, más que agricultores, eran industriosos. Para su contabilidad tenían cajas de barro divididas en pequeñas celdillas, que llenaban con piedras de diversos tamaños. Construían en la

cerámica vasijas para la bebida y para el sustento; hilaban y tejían la lana de la llama; hacían de piedra, puliéndola cuidadosamente, espejos perfectos; extraían el oro y lo labraban, y con sus cuchillos de pedernal y con piedras aún más duras tallaban la esmeralda, delicadamente, dándole formas caprichosas.

La decadencia de los scyris empezó en la época de sus grandes guerras, cuando fueron obligados á la defensa para resistir la invasión incásica de Tupac-Yupanquí. Pero la organización y el poder de los quitos no podía compararse al del ambicioso Inca. Hualcopo, vencido en Alausi, abandonado de los cañaris, se retiró á Quito desengañado y presintiendo su próxima ruina.

Cacha, su hijo, el heredero de la defensa, tuvo que continuar la lucha con otro enemigo aún más formidable, con Huayna, el sucesor de Yupanquí. Fué el tipo valeroso de su raza, y en su último refugio de Hatun-Taquí, en su última batalla cuando le llevaban en andas de oro para alentar á sus tropas, en un momento supremo, casi decidido el triunfo, fué muerto por los capitanes que más quería y que defeccionaron.

Terminado el combate, su cadáver embalsamado colocáronlo al lado de sus antepasados en el sepulcro piramidal de los Scyris; al mismo tiempo que Huayna, uniéndose á la bella Pacha, la heredera del trono, pudo obstentar en su frente, con la diadema de los Hijos del Sol, la esmeralda sin igual, símbolo de la soberanía de los quitos.

De la unión de Huayna y Pacha nació Atahualpa, el último de los Scyris.

XXII

Ahora estoy en presencia de la raza más diseminada en el Continente, ante los pretendidos descendientes de los antiguos carios, esparcidos en setecientas tríbus en una extensión de mil leguas, desde el Paraná á las Antillas y unidos por un idioma rico en vocales, que sabía expresar en imágenes sensibles las fases de la vida.

Nuestros ascendientes, decían, vinieron en una edad remotísima, del otro lado de los mares y se alojaron en la costa, donde el rencor los dividió. *Guaraní* bajó con los suyos del ecuador al sur, y las familias de *Tupí* se esparcieron hácia el norte.

Tenían creencias definidas y temores supersticiosos; pero ningún culto. *Tupá*, cuya etimología diría: ¿quién eres tú? es el sér creador y omnipotente de la tierra, y *Añá*, el espíritu maléfico, el demonio guaraní. El *payé* era el hechicero, el sacerdote de sus supersticiones. Poseían por la tradición una idea del diluvio, y como el Noé de la biblia, Tamandaré salvó de las aguas por la revelación de Tupá, cobijándose con su familia en la elevada copa de un árbol.

Raza valiente é invasora, venció allí donde fué, sin llevar jamás ningún objeto de civilización sino la avaricia ó el deseo brutal de la posesión de una nueva comarca.

Destruía creencias y no dejaba que el vencido viviera, hombre, mujer ó niño, temiendo que contaminara sus hábitos con otros nuevos.

Ligados solo por el lenguaje, eran aquellos bárbaros una inmensa federación sin cabeza, en la

que cada tríbu disponía de su autonomía bajo la dirección de un cacique. Cuando querían emprender una expedición, un heraldo iba convocando los gefes, que deliberaban al empezar la noche y resolvían ántes de la salida del sol, después de la ablución que les dejaba despejado el entendimiento. Si el vámpiro no había revoloteado sobre sus cabezas ó si las lechuzas no habían silbado al pasar, los gefes deseaban la guerra: se unían al empezar la luna y partían armados de la flecha y la maza, al son del tambor oblongo, y al hombro el tepetí, que era el saco destinado á conservar la mandioca, su principal alimento.

Al volver vencedores, empezaban los preparativos para la matanza cruel de los prisioneros. Se les alimentaba, se les daba placer y en el día designado se celebraba una fiesta. Ocho mancebos cubiertos de las plumas pegadas á su cuerpo con goma elemí, rodeaban al prisionero bailando en torno, mientras los varones de la tríbu se deleitaban con el *oiucou*, el brevaje embriagador. El designado para verdugo descargaba un golpe en la cabeza de la víctima; en seguida tres niños lo despedazaban con sus hachitas de piedra. Las mujeres, que se habían abstenido de beber, hacían revivir á sus hombres, tendidos en la hamaca, y juntos todos, insultaban al muerto. El matador tomaba el nombre de la víctima.

Poco agricultores, se limitaban á cosechar el maíz, la mandioca y la yuca; y lo que la tierra no producía, la caza lo proporcionaba.

La raza tupí-guaraní permaneció siempre estacionaria: por la tradición de exterminación que fríamente ejecutaban, despertaron el ódio profundo de todas las agrupaciones que encontraron á su paso en la vida errante. No les caracterizaba

otro rasgo mejor que la tendencia nómade é invasora. Con haber sido tantos, no dejaron ni un solo monumento, ni otra huella que el idioma que hablaron. Sus moradas fueron frágiles, y sus fortalezas, de la construcción más elemental, solo consistían en altas estacas, fosos y abatis.

La mujer guaraní era la obrera paciente y resignada de la tríbu. El matrimonio no la libraba; era más bien una pena: al anunciársele caía en tristeza y lloraba, porque el nuevo lazo aumentaba su esclavitud y su sufrimiento. El niño, constantemente mimado, querido por su padre hasta la adoración, crecía según sus instintos y al llegar á la pubertad celebraban una fiesta en su honor, análoga á la efelia de los griegos.

Al morir, los parientes reunidos colocaban cuidadosamente el cadáver bajo tierra ó en una vasija de barro y le cubrían de flores, que renovaban piadosamente de tiempo en tiempo. El alma, *ang*, según su expresión, debía vagar alrededor de la tumba, hasta que Tamoi, el primer hombre, lo llevase á la copa del árbol anunciado, donde nunca falta el sustento.

Eran breves en sus expresiones: el lenguaje, monosilábico y polisintético, con voces de extraordinaria onomatopeya, tenía frases especiales para la mujer, que manifestaba las mismas pasiones con distinta palabra que el hombre.

Esta raza, que no realizó ningún acto civilizador, ha ocupado sin embargo, la más vasta región. Los guaranís vinieron al sur, por tierra, lentamente; los tupís costeando, describiendo periplos en las grandes y rápidas canoas que construían del corpulento mangle ó de la planta acuática, el peri, capaz de soportar diez hombres, siguieron al norte. Como al marchar se dividían, dejando en

uno y otro punto girones de su raza, llegaron á ser bajo otro nombre y casi con las mismas costumbres y tendencias, agrupaciones muy numerosas: tapes en la Asunción, carios en el resto del Paraguay, chiriguanos en Bolivia, guarayos en Chiquitos, tupinambas en el Brasil y caribes en la Domínica.

Los callinagos son los tupís isleños, que formaron después bajo el nombre de *caribes*—guerreros—una nueva familia de hábitos y lenguaje distinto. Creíanse una raza única, oriundos de Hiali, nacido de la conjunción de la Luna con una doncella y cuya alma fué llevada á su padre por el yereté, el célebre colibrí de hermoso copete y vistoso plumaje.

Su mayor placer era el baño,—y cuando no ayunaba ó cuando no se atormentaba en aras de la superstición, mientras la mujer preparaba el alimento, él tocaba la flauta ó iba á devastar una piragua que luego cubría con la goma negra del chibou, para hacerla duradera. La *canoua* era su embarcación mayor: medía cuarenta piés de largo por ocho de ancho, y con ella emprendían á veces viajes que se prolongaban hasta doscientas leguas. Ninguno más audaz que éllos y ninguno también más cruel, aún entre los más bárbaros salvajes. Enherbolaban sus flechas con el jugo blanco y lechoso de las ramas del manzanillo, que producía una muerte hidrófoba, y emprendían sus expediciones aventuradas llenos de ira traidora. Vencedor, devoraba á su prisionero, no tanto por el gusto á la carne humana, como para satisfacer mejor la saña de sus guerras.

En el banquete, la mujer de Cumaná, desnuda mientras era vírgen, el cabello suelto como una dríada, impúdica pero casta, escanciaba un licor

que nunca bebía. Educada como el varón para la caza y la pesca, saltaba, corría y nadaba al par del mejor, y el día que era solicitada en matrimonio se condenaba con dos años de anticipación á una reclusión absoluta. Al cabo de ese tiempo, el marido, con aros de oro y con el collar de dientes de los enemigos que había muerto, venía á recibirla y la llevaba á la cabaña, en cuya puerta estaban clavadas las cabezas de los prisioneros sacrificados á su venganza.

El caribe, al entrar á la adolescencia masticaba el jugo de una yerba que le dejaba ennegrecidos los dientes para siempre, y desde aquel día era también uno de los hombres de la tríbu. Sensual hasta la corrupción, antropófago hasta cebar á los niños para hacerlos más sabrosos, era sin embargo industrioso. Labraba el oro y lo cincelaba, fabricaba esteras, hilaba el algodón, pintaba, esculpía, grababa y daba á la yuca un cultivo superior.

XXIII

En las primeras tierras del descubrimiento, en las islas Lucayas y en Jamaica, todos, hombres y mujeres vivían desnudos durante la adolescencia. Un sér inmortal é invisible que moraba en las estrellas, Yocauna, era el dios que profetizaba y amparaba por medio del cemí, el ídolo y el augur de la familia. Huiranvucan, por el contrario, era el demonio temido que se revelaba todos los años en la potencia devastadora del huracán.

En Cuba reinaba el comunismo en el trabajo y los intereses. El más anciano era el gefe de la tríbu.

Todas las mañanas saludaba al sol, á la orilla del mar, bajo los altos árboles; y mientras deliberaba los asuntos con los hombres de su edad, los jóvenes iban al trabajo de la agricultura.

XXIV

En las orillas del Orinoco, en llanuras ora fértiles, ó áridas y desiertas, han existido las tríbus más salvajes del Continente. Allí vivieron los antropófagos *caberres*, que hacían la guerra solo por saciar su apetito con la carne del prisionero; los nómades *guajivos*, que arrostraban el ataque de las fieras por evitar el de sus enemigos; los *achaguas*, comedores de la raíz del cazabe, depurado de su jugo venenoso; los *botocudos*, que según Avé-Lallemant, siguen siendo los monos bimanos; los *salivas*, entre quienes los hombres son afeminados y las mujeres varoniles y donde en la época de la cosecha se azotaban mútuamente para desperezarse al son del ronco sonido de sus trompetas.

Los *otomacos* solo comían al anochecer y durante el día mascaban la arcilla de la costa impregnada en grasa de tortuga. Lloraban á sus difuntos todas las mañanas y luego aquellos de la tríbu destinados á la pesca, sacaban vivos del río á los horribles caimanes y vivos les arrancaban toda la carne que podían, para evitar que al morir, el almizcle esparcido en los tejidos lo inutilizase para la alimentación.

Los *guaranos*, habitantes de la desembocadura del Orinoco, vivían como los palustres prehistóricos en casas de múriche colocadas sobre altas

estacas, donde vegetaban en perpétuo canto y baile. Como el dátil de la Arabia, la palmera múriche era allí el árbol de la vida: el tronco les servía de pavimento y pared, utilizaban la fibra de la hoja en maromas y redes, el fruto en comestible y en bebida y el insecto del múre en manjar sabroso.

XXV

En la falda andina, cerca del grado 16, en uno de los más deliciosos sitios, que pudiera creerse el eden americano, entre bosques gigantescos, palmeras, pájaros, arroyos y torrentes, residían los hombres-blancos del Nuevo Mundo, los *yuracarés*, cuyas formas gallardas y graciosas contrastaban con su carácter feróz y la grave celebración de sus fiestas. Poseían la leyenda bíblica de su primer semejante, personificado en Tiri, el hijo de la bella adulta que á fuerza de amor convirtió el árbol Ulé, de flores color púrpura, en el mancebo que le amaba de noche y le huía á la aurora. De la uña de Tiri nació después Caru, muerto en el diluvio. La leyenda, fantástica y caprichosa, cuenta largas expediciones, regiones deliciosas, conquistas audaces, y cerca de la roca del Mamoré, que nadie puede escalar, señalaba la cueva profunda de donde surgió el linaje humano.

Los yuracarés eran la tríbu más original por su tipo y sus costumbres, de todas cuantas poblaban la America. Hábiles para el esguince, ágiles como el gorila, saltaban de árbol en árbol; ligeros como el ciervo, salvaban rápido las distancias; y nadadores como el caimán cruzaban sin esfuerzo los ríos y los arroyos.

Divididos en familias, la cabaña estaba en un desmontado de la selva, cerca del arroyo, cubierta de hojas de palmera y rodeada de plátanos, yuca y maíz. El niño que nacía bajo buenos auspicios era un dios penate, señor de sus propios padres hasta los siete años, en que empezaba con ahínco incomparable los ejercicios de la caza, para desarrollar su destreza y su agilidad. La mujer, soberana durante su infancia, era consagrada en la edad núbil, vestida con el traje habitual de la túnica sin mangas hecha de corteza con dibujos curvilíneos de vivos colores, el negro cabello suelto ondeando en la espalda y por delante cortado en flequillo hasta las cejas. Colocada en medio del banquete de los ancianos, la desposaban aquel mismo día, en el momento de mayor embriaguez, cuando sorbían por última vez la chicha del maní, en honor de Tele, el del vestido blanco, el hombre de la sabiduría y de los consejos.

Poseídos de su valor, no tenían ningún culto y desafiaban aquello que temían. Como Aquiles agarrado á la roca y mostrando el puño á los dioses, el yuracaré amenazaba con la flecha á Mororoma, cuando oía el resonar del trueno ó cuando se deslumbraba por el fulgor del rayo.

De carácter muy susceptible, á la menor ofensa retaban á lucha singular á su rival y colocados á la distancia, sin testigos, se disparaban flechas hasta herirse ó morir. El anciano de la familia recordaba al muerto en su oración matinal, le lloraba por muchos años y solía suceder que no pudiendo arrancarse esa pena del corazón, se entregaba al suicidio, arrojándose sobre una piedra desde lo alto de un árbol.

XXVI

Antes de llegar á los límites de Bogotá, estaban los *panches*, cuyo culto era la Luna, como símbolo de la fraternidad de la tríbu. Usaban la espada á dos manos y eran temibles por su osadía, más bravos allí donde era mayor el peligro. Cerca estaban los *sutagaos*, los de voz dulce y cándida, los envenenadores de flechas; los *pijaos*, que adoraban sucesivamente de luna en luna, sea á un niño, á un extraño cualquiera ó al sér más inofensivo, matándolo después para deificarlo; los *laches*, que ensayaban el pujilato en el ejercicio de las momas para probar su resistencia y que adoraban su propia sombra; los cobardes *aymorés*, habitantes de las serranías del Brasil, que solo se batían en emboscada y cuya mujer asistía al combate armada de una porra para rematar al vencido y luego deshacerlo en lonjas de carne, que comían con gusto; los *tupinambas*, rama de los tupís, cuyas raras costumbres estudió el viajero Hans Staden durante su largo cautiverio; los *arnacas*, que eran los encarnizados enemigos de los caribes;—y á orillas del Amazonas, las mujeres guerreras cuya existencia asegura La Condamine y que Humboldt confirma, explicando la causa de esa agrupación por la aspiración de evadir la horrible esclavitud á que habían estado sometidas. Las mujeres sin marido admitían en ciertas épocas la entrada de hombres á su tríbu para perpetuar su generación; pero se habían impuesto la condición de matar al recién nacido si era varón.

XXVII

La ribera occidental del río Paraguay era el dominio de los *payaguás*—descendientes de las aguas—los hombres ecuóreos de la América. La canoa larga y angosta de proa aguda, era su principal elemento, ya sea para la pesca, valiéndose de la flecha, ó para la guerra, en que la pala rústica de urundeí, que manejaban de pié, les servía de impulsor para cortar rápidamente las correntosas aguas, y de lanza al sorprender al guaraní, su principal enemigo, cuya cabeza decapitada se complacían en colocar al borde del río. A veces la frágil embarcación se volcaba en medio del bullicioso oleaje. Los tripulantes no desesperaban un instante: subían á la superficie del agua, hacían flotar la canoa nuevamente y seguían.

La mujer,—rasgo típico de aquella tríbu, era en derechos igual al hombre. Se entregaba á él por amor bajo la base de una equitativa distribución de las cargas, hilaba toscamente, tejía la tela que aseguraba en la cintura, cocía el barro, armaba el toldo, preparaba el sustento, y era en fin, en casa, lo que el hombre en sus correrías.

En el día más frio del año se mutilaban con espinas, pacientemente, forma de la expiación de sus faltas, como en las flagelaciones católicas. Al morir, si era en la guerra, le sentían; si en la paz, la tierra recibía su cuerpo, pero la cabeza quedaba al aire, en descubierto.

Aquella tríbu tanto tiempo dominadora, decadente desde la conquista, ya debe haber desaparecido: hace algunos años el Dr. Fontana no

encontró en el Chaco sino sus últimos diez y siete sobrevivientes.

El terreno que ellos dejaron lo ocuparon después los audaces *tobas*, que todavía existen, deteniendo lo civilización. No se conserva de los payaguás, porque muy débiles eran, las largas chozas donde la tríbu se alojaba y donde al mismo tiempo acumulaban las abundantes cosechas de maíz, aún de varios años sucesivos.

XXVIII

La región aún ignota del Chaco, agreste y ardiente, ha sido y sigue siendo el misterioso refugio de innumerables agrupaciones salvajes. Durante siglos, el *guaycurú* que perseguía en la carrera al rápido venado y al furioso jaguar, fué el señor de sus selvas.

Más al norte estaban los *albayas*, que se creían los guerreros más valerosos; los guarapayos, que durante una cuarta parte del año, en la época de las crecientes, vivían en sus canoas; los *jarayes*, habitantes de las orillas del célebre lago, que es fango en una época y mar ilimitado en otra; los ariscos *guatos*; los *chanes*, que ocupaban una gran parte de su tiempo en resistir el ataque de los hormigones, de los grillos y de los murciélagos.

La numerosa tríbu de los *chiquitos* señala un grado de civilización frente á las tríbus del sur, por su idioma, el más rico de la América, según d'Orbigny, con el cual podían expresar una nueva idea con solo cambiar la terminación de la palabra; por sus creencias más definidas, la esperanza en la inmortalidad, sus hábitos hospitalarios y su

poca inclinación á la guerra. El más valiente era el gefe de la tríbu, y la caza era su gloria. Modelos de indiferencia, despreciaban la muerte, no la temían, no la esperaban y lograban olvidar su eterna amenaza entregándose á interminables placeres. Expedicionaban para la caza durante meses enteros y cuando volvían á la tríbu, celebraban al són de la flauta, el canto y el baile, el juego del *guatoroch*. El guatoroch, que consistía en rebotar una pelota con la cabeza, era el juego de los cazadores reunidos, que después de sus numerosas hazañas podían al fin casarse.

Los *moxas*, más industriosos que los chiquitos, fabricaban sus armas, tejían y sembraban con mayor arte. Más sociales también y más hospitalarios, fueron sometidos después, por causa de esas cualidades, al régimen absoluto de los jesuitas....

XXIX

Las orillas del Plata fueron habitadas por los indómitos *querandíes*, los adoradores del Hualichu, el génio del mal, identificado en el ombú, el árbol de sombra de la pampa, que tenía la propiedad de hacer inquebrantable la larga lanza que manejaban y el pedernal de sus flechas. Hastiados de esa infinita tristeza de la llanura, buscaban en una y otra estación nuevas regiones en la costa, nuevos cambios de panorama, y vivían errantes, sin poder nunca satisfacer su espíritu inquieto.

Belicosos como los patagones, se preparaban con prudencia, sin obligar á la guerra á aquellos que no la deseaban, por respeto á la libertad individual. La noche ántes, en el silencio del llano,

envueltos en la oscuridad tenebrosa, prorumpían á un tiempo en gritos, lamentos y prolongados silbidos. Caracteres taciturnos y calmosos, se exasperaban sin embargo en el combate, recobraban todo su vigor y acometían con furia lanzando voces desaforadas. La mujer, que había esperado oculta en el fondo de algún bosquecillo próximo el resultado de la expedición, recibía el botín y luego, de nuevo, volvía tranquilamente á su única faena obligatoria: al cuidado exclusivo de su marido.

El niño no les daba trabajo. Cuando conocían que era suficientemente fuerte, le taladraban el lábio inferior, á la raíz de los dientes, para facilitar la emisión del silbo, y le abandonaban luego á su desarrollo para que siguiera sus propias inclinaciones. Se imponían una prolongada tristeza en homenaje al sér que se iba: se herían, para llorar, con las armas del muerto y expresaban durante muchos meses, en las frases figuradas de su dialecto pintoresco, el sentimiento que les apenaba.

Una rama de esta tríbu, en la costa oriental, los *charrúas*, altos, esbeltos y ágiles, las manos y piés chicos, la piel oscura y tersa, el cabello negro, los pequeños ojos brillantes, la mirada inteligente y la fisonomía dura y severa, aún entre las mujeres, formaban uno de los tipos de mejores formas entre los aborígenes americanos.

XXX

Los *patagones*, pocos y esparcidos en diez mil leguas cuadradas de un territorio más frío que las regiones colocadas en una latitud correspondiente

del hemisferio boreal, son los gigantes americanos, de rostro cuadrado, de musculatura sólida y de un conjunto varonil y severo. Indiferentes y orgullosos, amaban sobre todo la pureza de su raza. En el prenilunio emprendían la expedición guerrera, armados de la larga honda y de la bola de piedra que suelta ó sujeta manejaban con una precisión admirable. Solo atacaban al enemigo sorprendiéndolo impetuosamente, y entónces, repartido el botín, no quedaba varón con vida, y la hembra iba á aumentar su esclavitud bajo otro dominio. No inclinaban la cervíz ante ninguna divinidad, y cuando habían llegado á temer demasiado á algún espíritu del mal, la vieja agorera, de pié en el centro de la tríbu, con contorsiones y carcajadas forzadas, lanzaba el conjuro que les volvía la tranquilidad.

Luego se sumerjían de nuevo bajo el toldo improvisado, donde el guerrero alimentaba su pereza al lado de la fiel compañera. La mujer le seguía en todos sus trances, y cuando moría, élla todavía amante, se pintaba el rostro de negro, cortábase el cabello de la frente y se ocultaba en un lugar retirado para llorarle libremente por largo tiempo.

XXXI

El *pecherai* es el habitante de la tierra frígida y árida, siempre envuelta en la bruma, que se extiende al sur del Estrecho, donde el termómetro nunca sube más allá de los ocho grados. Había sido arrojado de los climas más suaves del norte, por el patagón, tipo de su misma raza.

Pintado de rojo, adornado con collares de

conchilla y cubierto con una pesada piel de lobo marino, se mantenía largas horas en su piragua, el dardo en la mano, atento y silencioso, esperando la salida del pez que debía herir. En tierra acechaba al ave que detenía en su vuelo con la piedra de la honda. Terminada la caza, la familia se trasladaba á otra isla, y mientras el hombre empezaba nuevamente su tarea, la mujer construía la choza profunda, especie de hoyo cubierto de arcilla, que aparecía sobre la tierra en forma de pequeño cono. Allí se sumerjían mientras tenían alimento.

Al ver tales séres, dice Darwin, cuesta creer que sean nuestros semejantes y habiten el mismo planeta. De noche, cinco ó seis de esas criaturas humanas, desnudas y apenas protegidas contra la intemperie de ese horrible clima, se acuestan sobre el suelo húmedo, replegados sobre ellos mismos, como los animales, y oprimiéndose los unos contra los otros.

Sin vínculos, sin pasiones y aún sin gefes, con muchas supersticiones, y para expresarse un dialecto que apénas explica las necesidades imprescindibles, vivían y siguen viviendo sin pensar, sin producir, ignorando el pasado, sin saber donde van. Al considerarlos en su estado tan esencialmente primitivo, con sus pobres instrumentos y sus armas talladas en silex ó en la concha de huevos de foca, y sus costumbres tan inactivas, se piensa instintivamente en lo que tal vez ha sido el autóctono americano en las primeras edades de la época cuaternaria.

XXXII

Llego al término de esta brevísima peregrinación á través de las sociedades primitivas de la América. No he recorrido sino una parte, pero aún así, las hemos visto bajo todos los climas, sobre todos los suelos, en las diversas manifestaciones de su vida. El idioma marca el límite más preciso de su división: alcanzaban á cuatrocientos cincuenta grupos principales y si se contaran los dialectos ese número fácilmente llegaría á dos mil.

El chipewyano, habitante de la región hiperbórea, en el grado 60, era tan bárbaro como el fueguino del sur, del grado 55,—así como las civilizaciones que produjeron las construcciones prehistóricas de Uxmal y Tikoch, en el grado 17, fueron tan adelantadas como las que levantaron las obras titánicas de Tiahuanaco, en el grado 15, rasgo similar que se observa en las dos Américas en casi todas las latitudes.

En la gran parte de las agrupaciones étnicas que he recorrido, un estado les caracteriza especialmente: el estado primitivo de cazador, con el espíritu errante é intranquilo, como los tupís y los algonquines.

En aquellas que, moderando sus tendencias se detuvieron en la vida sedentaria, se señala un rasgo de adelanto, la agricultura, y con la agricultura, la industria y la prosperidad. Pueblo que es agricultor tiende á civilizarse, y así encontramos á los muiscas, los pueblos, los ongue-honwe y los scyris.

Por lo que se refiere á rasgos peculiares, los quitos se señalaron por sus industrias, los muiscas por el concepto elevado de su religión, cuya base era la creencia en un solo sér supremo y la esperanza en las recompensas; los tupís por su diseminación, los iroqueses por su organización política y social; los sioux y los chiquitos por su rico idioma; los algonquines por su número; los apalaches por sus hábitos guerreros; los pueblos por sus grandes edificios; los natchez y los patagones por su espíritu independiente; los quichés por su leyenda, los mayas por la soberbia ejecución de sus monumentos, los caribes por su canibalismo, los yuracarés por su agilidad, los payaguás por su navegación, los californianos y los shoshonis por la depresión del cráneo.

He comprendido á todas estas tríbus bajo la misma denominación de sociedades bárbaras; en seguida diseñaré las que alcanzaron un gran desarrollo y formaron en confederación de reyes y pueblos, las civilizaciones tolteca y quíchua.

Etnología Americana

LA CIVILIZACIÓN DE LOS TOLTECAS

I

Anahuac—la región que está cerca del agua—es el valle inmenso y maravilloso del Norte, situado en el mismo dorso de la Cordillera. Su circuito oválico de sesenta y siete leguas, á dos mil doscientos metros del nivel del mar, contiene cinco lagos y está rodeado por las montañas porfídicas de la Cordillera que sirven de base á cuatro grandes volcanes, el Popocatepetl, el Perote, el Iztacihuatl y el Orizaba, estupendos torreones de aquel bastión triangular. La meseta posee landas, porciones salinas, nopales gigantes, piedras perladas, selvas de liquidambar, la laguna salada, el cerro del Peñol de aguas minerales, y aquí y allá, sólo ó en grupos, alternando con la opuntia elegante, y sembrado por el viento que lleva sus simientes, el árbol amado de los aborígenes, el agave americano, cuyo tronco rodeado de glaucas hojas espinosas, crece para florecer y muere luego bajo el peso de su primer flor, ámplia y hermosa.

Aquel pedazo de suelo, escogido y original,

primor de la naturaleza, fué el imán atrayente de pueblos errantes que, infelices en las zonas áridas del Norte, perdían la mirada en las praderas buscando el oásis prometido de sus tradiciones. El instinto misterioso que guía al animal en el desierto y que dirige el vuelo de las aves á través de los aires en prolongadas distancias, había de llevar allí, como á un paraíso, á las tríbus que se debatían en un estéril salvajismo.

Los mitos, que en el fondo reflejan la verdad, decían que los primeros habitantes del valle fueron los quinametzin, los hombres gigantes, los tipos autóctonos quizá. Pero pasaron sin dejar huella, y trás éllos otros pobladores, los xicalancas y los olmecas.

Aparecieron luego los toltecas, primeros civilizadores del Anahuac. Vinieron del Norte, costearon la Sierra Nevada, dejaron á un lado la península californiana, penetraron en la tierra de México, y ciento cuatro años después, contados por varias generaciones, trás penurias, desalientos y un exodo de infatigable tenacidad, se detuvieron en Tullantzingo, el punto fértil que iban buscando. Allá fundaron su primera ciudad; pero el aliento y la fé que los había llevado les reveló que aún no habían llegado, y pasados dieciseis años, marcharon nuevamente. Tullán los esperaba con su clima dulce y su suelo fecundo. Allí dieron fin á su peregrinación: levantaron consistentes edificios de piedra,—y fué previsora aquella nación aún embrionaria al buscar su grandeza en la asimilación de las tríbus dispersas.

Los toltecas eran altos, de lindas formas y despejados. Vestían una larga manta, pero al ir al combate la arrojaban á lo lejos, colocábanse en la cabeza un casco de oro ó cobre, en el pecho

la cota de algodón, y armados de la honda, la flecha ó la maza, peleaban impetuosamente. Con estas condiciones no debió serles difícil la conquista de su nueva pátria, y la aprovecharon bien, destinando los vencidos que sometieron á la cautividad, á las obras inmensas que ejecutaron y cuyas ruinas aún son testimonio de una grandeza análoga á la del Tiahuanaco.

Xochicalco—la mansión de las flores—levantada en la pendiente de la montaña, era la ciudad de los guerreros: rocas desprendidas habían sido pulidas y grabadas con figuras de cocodrilo y colocadas después majestuosamente, formando cinco terrados que subían á veinte metros de altura. Cruzaban el monumento, dedálicos subterráneos de bóveda vertebrada destinados á los muertos,—en uno de los más grandes bloques, tallada en la misma piedra, estaba la sala del santuario y en lo alto de todo, el conejo gigantesco de granito.—Papantla era la pirámide sagrada, de dieciocho metros de altura, con siete gradas, revestidas de geroglíficos y nichos armónicamente distribuídos. Teotihuacan, la ciudad santa, situada en el camino de los muertos, poseía el grupo tumulario de las doscientas pirámides de arcilla cubiertas de amigdalóide: la más grande, de cincuenta y cinco metros de elevación y rodeada de un muro, alto de treinta varas, estaba dedicada al Sol, representado en una gran piedra figurativa, cubierta de láminas de oro; la otra la destinaban al culto de la Luna, y las demás, de diez metros de altura, eran como inmensos sarcófagos donde se depositaban los cadáveres de los jefes.—En Tula, la capital del imperio, defendida por la ciudadela de Toltecatepetl, estaba el templo de Tlalloc en la cúspide de una pirámide. Allí, bajo la bóveda que

sostenían pilares de alabastro, aparecía la imágen de oro del dios de las lluvias, con un collar de esmeraldas, sosteniendo en la mano un jarrón, en la actitud de las danaides, y en la otra, la hoja acuática del nenúfar.

Pocos años después de la fundación de Tula, los toltecas, que durante su larga travesía habían sido dirigidos por siete jefes, alternativamente, eligieron su primer rey y organizaron la monarquía con la alianza de las provincias de Colhuacan y Quautitlan.

Eran los toltecas agricultores é industriosos; rompían la piedra, la esculpían, la tallaban; hilaban, labraban metales, modelaban la arcilla y tejían con el plumaje de las aves tapices para sus palacios, mantas, parasoles y adornos; tenían idea precisa del tiempo por su matemático calendario y conocían el arte hierático en las infinitas complicaciones, manifestadas en el Teo-Amoxtli, que era como el Zend-Avesta, el libro sagrado de la Persia. Socialmente, eran monógamos,—políticamente, habían adoptado un sistema de federación que les hizo fuertes, conservando la unidad,—religiosamente, concentraron sus creencias en Teotl, el dios invisible, causa de todas las causas, y en Tlalocteuctli, señor de las montañas, del agua y de las tempestades, representado groseramente en una estátua de piedra blanca, con el haz de rayos en una mano, como Júpiter, y con un vaso en la otra, en actitud de recibir las ofrendas. Sus sacrificios se limitaban á codornices y sus ofrendas á liquidambar, flores y mieses.

El dia en que la sangre del cautivo manchó la piedra del altar, apareció Quetzalcoatl.

II

Quetzalcoatl es el profeta, el reformador, el Confucio de la civilización tolteca. Nace príncipe bajo los auspicios de una predicción feliz; toma el nombre del dios de los aires, venga á su padre matando á los matadores, y desaparece luego misteriosamente, prometiendo volver en un día no lejano. Reaparece, quince años después, sin saberse de donde venía. Su rostro es claro, larga y negra la barba, cubierto de una blanca túnica y precediendo un grupo de artistas, músicos, astrólogos y maestros. Se detiene en Tollantzingo, llama á los antiguos servidores de su padre y los envía á predicar la regeneración del pueblo por la abolición del sacrificio, la enseñanza del arte y de las industrias, la paz y las creencias nobles. Muere el rey de Tula y su trono le llama. Purifica los templos, crea escuelas, establece el ascetismo en el sacerdocio, enlaza las naciones con las naciones por medio de la viabilidad, erige monumentos, funda reclusiones para la enseñanza de la moral y el ejercicio del ayuno y la penitencia, reorganiza la monarquía feudalmente, construye puentes, proteje el comercio, fomenta la agricultura, derrama abundante el bienestar y funda la edad de oro sobre la tierra del Anahuac. Pero las exigencias del culto sangriento no se extinguen, y Quetzalcoatl indignado, abandona la ciudad silenciosamente, y llora, sintiendo dejarla. Sus discípulos le siguen. Andan, y al percibir la primer ciudad, los músicos tañen las flautas, que como el éco milagroso de la lira de Anfión, debía levantar el teocalli

de Cholula. Las gentes del lugar salen á su encuentro, le aclaman señor y dios, y por súplicas le obligan á quedar. El no vacila, y al día siguiente acomete resueltamente la construcción de la pirámide truncada que sobrevivió á su raza, á las luchas y á la acción destructora del tiempo.—Difundió el arte, civilizó la comarca, y sin terminar su misión, es perseguido aún allí, por su rival de Tula. Pero su sistema es de paz. Rompe las armas al pié de la pirámide, elude las súplicas del pueblo para resistir, y escogiendo cuatro discípulos jóvenes, emprende su tercer retirada, anunciando que en el porvenir vendrían de oriente hombres como él para continuar su civilización. Llega á orillas del Guazacoalco, se despide de sus últimos amigos, sube al esquife fantástico hecho de pieles de serpiente, y perdiéndose en la bruma, se dirige hácia la tierra edénica de Tlapallan, por la que tantas veces había suspirado.

Su huella fué tan luminosa, su acción tan saludable, como duradero el monumento de su memoria. El teocalli de Cholula, es en efecto, el más grandioso, el más célebre y el más pintoresco del Anahuac. Al mismo nivel que Méjico, en una llanura casi erial, está la truncada pirámide—colina humana, frente á la túrgida montaña que rodea la meseta. Oriéntase precisamente por los cuatro puntos cardinales, y sobre su enorme base de ciento noventa y tres mil metros cuadrados, se asienta la primera grada hecha de adobes, capas de arcilla y creta. Tres gradas más, sobrepuestas á la primera, completan la altura de cincuenta y cuatro metros, donde se llegaba por una escalinata de ciento veinte peldaños. En sus faces, extraños signos contaban los dogmas y las glorias del profeta, y en la cima estaba el templo de piedra donde

se ostentaba la imágen dual de Quetzalcoatl, dios y profeta, con el cetro y el escudo en las manos, cubierto con la blanca túnica y coronado con el penacho de plumas verdes. Allí iban los peregrinos, desde doscientas leguas de distancia para dejar sus ofrendas y fortalecer su espíritu.

Al tiempo de desaparecer Quetzalcoatl, empezaron á agitarse hácia el norte, tríbus de bárbaros que como los antiguos sitiadores de Roma, acudían atraídos por el foco luminoso de aquella civilización. A la vez, la reyecia de los pequeños estados feudales, se movía por la ambición; unos á otros se destrozaban, la corrupción invadía todas las clases, la tierra erial dejaba de producir, las pestes desvastaban y la alianza se deshacía. Entónces los chichimecas, que habían venido acercándose lenta y paulatinamente, se unieron de pronto y cayendo sobre Tula, la destruyeron.

Así terminó, después de cuatro siglos, el imperio de los primeros civilizadores del Anahuac.

III

Los chichimecas habían sido troglodítas, prefiriendo la caverna á la cabaña artificial. Como nómades, después, no pasaron del estado cazador. Tenían la tez aceitunada, los cabellos negros, gruesos y largos; la talla regular. Hombres y mujeres casados cubríanse con una piel tundente; las solteras estaban obligadas á ostentar su desnudez en toda estación. Se alimentaban de la caza ó de los frutos que hallaban al paso. Su culto no era de los más rudos, limitándose á ofrendas venatorias al Sol y á la creencia en un sér creador.

Resaltaba sobre todo la veneración por sus antepasados, y este amor á la propia genealogía, fué indudablemente el orígen de su organización.

Cuando emprendieron la invasión, Xolotl los mandaba. Vestía una piel entera de león, símbolo de la monarquía y una media corona de plumas rojas. Jefe de los bárbaros, era sin embargo, conciliador. Llamó á los restos dispersos de los toltecas, de quienes aprendieron sus usos y sus artes; sometió á Colhuacan, unió sus hijas á la familia destronada, creó feudos para sus capitanes y extendió su imperio poderosamente. Bajo el reinado de Nopaltzin, un descendiente de otra raza enseñó al pueblo el cultivo del maiz y del algodón, próximos á concluir por el abandono, y así la influencia civilizadora de los toltecas continuó á través de los tiempos. Con las nuevas ciudades se crearon nuevos señoríos, y se fundó el reino en momentos que del Norte venía el rumor de otra invasión.

IV

Aztlan fué el polo simpático del Anahuac, la tierra misteriosa de donde irradiaron las tríbus bárbaras que el instinto de un porvenir mejor arrastraba hácia el Sud. Bajo distintas denominaciones habitaban ese punto, cuya existencia apocalíptica escapando á todas las investigaciones, ha quedado para la historia como imaginaria. Fué quizá la primer pátria de los toltecas, originarios á su vez de los antiguos nahuas.

La emigración de las siete tríbus, empezó en la segunda mitad del siglo XI. Moviéronse lentamente, una primero, después otra. La última, la de los

aztecas, partió recién en 1070. Eran apénas en número de quinientos, altos, fuertes, valerosos, bien formados. Tenían pasión por la arquitectura, y parece que á ellos pertenecían las construcciones eurítmicas que se hallaron después en las márgenes del Gila.

Su peregrinación fué penosa, porque las dificultades del camino no fueron menos temibles que la agresión de las tríbus que hallaban á su paso. Al mando de Mexitli ó Huitzitzon, su futuro ídolo, ganaron la cordillera occidental y se detuvieron en Acohualtzíngo, donde al terminar una de las indicciones de su calendario, celebraron la renovación del fuego sagrado. Emprendieron nuevamente la marcha hasta cerca de Tula, y allí, por consejo de los sacerdotes, se decidieron á hacer sus primeros sacrificios humanos. Se establecieron en Zumpango, pasaron después á Acocolco, donde la miseria los sorprendió, y luego la esclavitud, durante cincuenta años, bajo la dominación del rey de Tezcuco. Pero habiéndose suscitado guerras entre los soberanos de la región, se asociaron los aztecas á los más fuertes, adquirieron renombre por sus inesperadas victorias, se aliaron á los aculhuas, tipos de su misma raza, y ya libres, vieron en el valle de Anahuac, sobre el árbol de nopal, un águila que con las alas extendidas devoraba una culebra. Era aquella la señal profética de que debían detenerse. Entónces, después de más de doscientos años, dieron fin á su peregrinación y se instalaron definitivamente.

Los mandaba Tenoch, y fué por consiguiente Tenochtitlan el nombre de la nueva ciudad, compuesta en un principio de cabañas construidas sobre los chinampas, las pequeñas islas formadas en el lago por masas de tierra desprendidas y trabadas con raíces fibrosas.

V

Pasan tres siglos y vemos al imperio dirigido por un triunvirato que representa las razas invasoras del Anahuac, los tolfecas-culhuas, los chichimecas y los tecpanecas, en los reinos de Tenochtitlan, Tezuco y Tlacopan, divididos á su vez en treinta feudos.

La capital de los mexicas había dejado de ser una aldea: era ya una gran ciudad. Una ancha calzada conducía á Tenochtitlan, situada como una Venecia americana, sobre las islas de la laguna salada. Antes de entrar á ella estaba el baluarte triangular de Xoloc, de pretil almenado y coronado con dos torres. Las calles, anchas, rectas y largas cruzaban la ciudad con simetría. Los sesenta mil edificios, sencillos ó fastuosos, cubiertos de blanco estuco reluciente y hechos de tetzontli—especie de amigdalóide porosa, ligera y sólida, fácil de extraer y labrar—estaban alineados en orden, con sus jardines á la entrada. En trechos equidistantes se levantaban los santuarios de sus ídolos, en cuyas cúspides, las piras del fuego sagrado, siempre encendidas, servían á la vez de luminarias durante la noche. En el corazón de la ciudad se ostentaba la metrópoli, el gran templo del dios de la guerra.

Mexitli era el dios de la guerra. Lo concibió una vírgen que un copo de plumas fecundó, y nació durante la peregrinación al Anahuac, armado con el escudo y el dardo, la cara encendida, los músculos y los brazos pintados de azul, en la cabeza la corona de plumas; valiente sin igual desde el

primer momento. Murió misteriosamente, y desde entónces, su cadáver siempre velado por cuatro ancianos era consultado en todos sus negocios.

El adoratorio de los primeros tiempos se convirtió después bajo el reinado de Ahuitzotl en el gran templo de los aztecas. El peribolo, de seis piés de alto con bajos relieves de serpientes enroscadas y dibujos meándricos, coronado de almenas, estaba sobre una área de cuatrocientas brazas en cuadro, y encerraba en su recinto las cuarenta torres, que no solo eran mausoleos de magnates, sino también templos de ídolos principales. Entre una y otra estaban las habitaciones de los sacerdotes, los depósitos de armas, el local de huéspedes, el salon de la escuela, el del ayuno y penitencia, el del cautiverio de los dioses quitados á los vencidos, las fuentes para las abluciones, la selva mística y la plaza de los bailes sagrados. En el centro encontrábase la truncada pirámide de cincuenta y cuatro metros de alto, formada por una mole rectangular de cinco cuerpos, sobre una base de cien varas en cuadro y cubierta de la amigdalóide roja, que le daba el aspecto de un sudario sangriento. Una escalera en caracol conducía á la plataforma, donde se levantaban dos torres de catorce metros de altura, divididas en tres cuerpos. Los dos superiores eran el depósito de los ornamentos sacerdotales y los objetos del culto. En los bajos estaban los ídolos.

A la derecha, sobre un pedestal de pórfido, se veía la talla gigantesca de Mexitli, hecho en madera lapidescente. Con sus formas inacabadas y extrañas, estaba sentado sobre un trono pintado de azul, del que salían por sus cuatro ángulos serpientes enormes. Tenía la frente celeste y cubríale el rostro una máscara de oro; en la cabeza llevaba

un casco en forma de pico de ave, cubierto de plumas rojas; en el cuello un collar de diez corazones de oro, en la mano derecha un cetro y en la izquierda un escudo con las cuatro flechas punteadas de amatistas, que según la leyenda, le habían sido enviadas del cielo. Al pié de las torres, á la altura de los ídolos, ardían las piras del fuego perenne, semejantes al *pur abeston* de los griegos; entre ellas, frente al Oriente, de manera que pudiera distinguirse claramente, destacándose como un aparato mortífero, estaba el texcatl, trozo convexo de verde jade axiniano, ornado de relieves, donde era amarrada la víctima, con un yugo de serpentina sobre el cuello, á fin de que el sacerdote armado de la cortante navaja del itzli, la obsidiana negra, le partiera de un golpe el pecho, para arrancarle el corazón, en seguida ofrecerlo al Sol, arrojándolo luego aún tibio á los piés del ídolo.

La operación era rápida, aunque larga por su incesante repetición. El cuerpo del sacrificado caía por la escalera, reemplazándolo al instante una nueva víctima. A veces sin embargo, cuando el cautivo era de distinción, le permitían la muerte heróica, luchando, como los gladiadores en el anfiteatro romano. Al pié de la pirámide era donde estaba el temalacatl, la piedra pulida y redonda del sacrificio gladiatorio: cerca situábase la multitud anhelante, y el prisionero, con un pié sujeto, armado con una rodela y una corta maza, debía pelear con seis adversarios provistos de las mejores armas. Si vencía, volvería libre á su pátria, pero como esto jamás sucedía, allí mismo, cuando caía estenuado, el sacrificador le arrancaba el corazón.

En el centro de la pirámide había otro santuario, donde un basalto de tres metros de alto y otro tanto de ancho, con relieves de serpientes, garras, dientes, cráneos y rasgos fantásticos, representaba los atributos de Miclaumtetlin, dios de la tumba; de Quetzalcoatl, dios de las tempestades, de Tlaloc dios del rayo, y de Teryamiqui, diosa de la muerte.

Cinco mil sacerdotes atendían el culto en Tenochtitlan. El sacerdocio era la gran potencia moral de los aztecas. Dividíase en muchas gerarquías y el más humilde podía llegar á la primera dignidad, de grado en grado, si se había mantenido puro, ayunado sin alteración, sostenido estrictamente todos sus votos, observado celo indiscutible en los sacrificios y héchose acreedor por sus virtudes y su saber. Unos se dedicaban á arreglar las fechas de las fiestas, otros á la música, otros á conservar las tradiciones orales, algunos á la astrología, los más á la educación. La mujer podía ejercer todas las funciones del sacerdocio, con excepción de los actos del sacrificio, y aún alcanzar con la práctica de la moral, sino una dignidad más, una gran recompensa. Sin embargo, una vez que entraba en la vida ordinaria, su acceso al templo, como en la ley de Moisés, le estaba vedado.

VI

En el centro de la gran plaza mejicana, de vastísimo rádio, estaba el bloc circular de basalto de veintiuna toneladas de peso, que diez mil cautivos habían traído de más allá de la laguna de Chalco.

Esta piedra representaba con relieves geroglíficos el calendario azteca, copia exacta del de los toltecas: la semana era de cinco días, el mes de veinte, el año de dieciocho meses, con cinco días suplementarios. La indicción tenía trece años, el lío cincuenta y dos y el ciclo ciento cuatro con veinticinco días, completando así, matemáticamente, el período de las evoluciones del Sol.

Al fin de cada ciclo, que ocurría siempre en la estación hibernal, celebraban la renovación del fuego sagrado. Apagaban todas las hogueras cinco días antes, renegaban de sus dioses penates, rasgaban sus vestiduras y cumplían un cúmulo de supersticiones. En la noche determinada partían los sacerdotes del templo de Mexitli con todos sus paramentos. Iban ceremoniosamente, seguidos de una multitud y precedidos por un cautivo. Cuando llegaban á la cumbre del monte cercano, se detenían en silencio, y una vez que el grupo de las siete estrellas trasponía el horizonte, el sacerdote partía el pecho de la víctima y sobre su sangre frotaba los dos maderos. Encendida de nuevo la hoguera, la multitud espectadora prorrumpía en gritos de júbilo, corría llevando á sus altares la llama sagrada, rescatábanse los ídolos perdidos, se hacían ofrendas de mieses y aves y la mascarada del regocijo se prolongaba durante tres días.

Esto al fin de cada ciclo. Al fin de cada semana, cada cinco días, se celebraba la féria. Efectuábanla en la gran plaza, donde treinta mil personas vendían géneros, joyas, plumas, maíz, piedras para la edificación, maderas, aves, venados, drogas, esteras, frutas, miel, plantas, y artículos necesarios ó de ornamentación. El comercio exterior era exclusivo para objetos de lujo, plumas

brillantes, pieles, mantas, maxtles, besotes de ámbar muy apreciados por los nobles, orlas, pendientes: el tráfico de esclavos era reputado como negocio honesto. El cambio se verificaba por medio de pedazos de estaño en forma de T, plumas de ánade cubiertas con polvos de oro, y con los sacos de habas de cacao, que no pudiendo conservarse mucho tiempo, impedían su acumulación y evitaban la avaricia. Su contabilidad era por lo demas muy sencilla: las unidades eran veinte; luego cifras vigesimales hasta cuatrocientos, y para completar el cubo cuatricentenas hasta ocho mil, siguiendo así sucesivamente.

Frente á la plaza estaba el Tecpancalli, donde un magistrado resolvía las demandas sumariamente. La justicia era severamente administrada en el Imperio. El Cihuacohuatl era el juez supremo é inapelable en cada provincia y bajo su jurisdicción estaban los tribunales de tres miembros elegidos por el pueblo, semejantes al parabiston de Atenas, para atender solo en los asuntos de poca importancias. Las leyes, fundadas en el terror y promulgadas por medio de geroglíficos fácilmente comprensibles, protegían más á la persona que á la propiedad; castigaban al adúltero con la lapidación, al ladrón con la esclavitud, al homicida con la muerte, á la prostitución con la continencia, y la embriaguez con el ayuno.

VII

Para comprender el rápido desarrollo material *del imperio*, basta tener en cuenta que la guerra no tenía otro objeto que la fácil conquista, y la

conquista era un recurso más para la riqueza pública. Tríbu vencida era al instante ó esclava ó tributaria. Si esclava, la tarea no tenía fin: las grandes obras, bajo la dirección de hábiles ingenieros, demandaban brazos sin cesar, ya sea para el doble acueducto de cantería que desde el cerro de Chapoltepec traía el agua limpia á Tenochtitlan, ya para los teocallis, que sucesivamente se levantaban en homenaje á nuevos ídolos, ó para la construcción de las calzadas y de los inmensos palacios.—Si tributaria, debía contribuir con lo mejor de sus productos: maíz, mantas, papel, maderas, sal, miel, aromas, copal, cacao, barras de oro, piedras finas, pieles y plumas. El día en que el tributario no podía pagar, el estado lo vendía: debía ser en adelante propiedad de otro amo.

El número de esclavos era extraordinario: si bien todos nacían libres, perdían pronto su libertad ya por venderse á sí mismos ó por cometer algún crímen sujeto á esa pena. Padres había que entregaban á sus hijos. La esclavitud, sin embargo, no daba al señor derechos de muerte; pero podía obligarle al trabajo, venderle si era ocioso, castigarle por medio de los jueces, casarle y libertarle.

VIII

El imperio necesitaba ejércitos para sostener sus luchas, sofocar sus revoluciones y extender sus dominios,—y una gran ventaja de sus guerras era que á la vez le suministraba prisioneros para sus sacrificios y obreros para la ejecución de sus

obras públicas. Consiguientemente, la milicia debía ser el medio más fácil de llegar á las distinciones, á la riqueza y á la nobleza. El soldado solo podía vestir al principio el neuquen, grosera tela blanca de fibras de maguey. Sus armas eran según sus fuerzas: unos usaban el pesado macuahuitl, espada dentada de obsidiana con la cual de un golpe podían dividir á un hombre; otros llevaban hachas de jade y piedra lídica, otros lanzas con puntas de pedernal negro; ó bien arcos y dardos de tres puntas. Los nobles, adornados con collares y aretes, usaban una cota de algodón ó de láminas metálicas y en la cabeza el yelmo de madera representando la cara de un monstruo.

Iniciada la guerra, los contingentes se reunían en un punto determinado para empezar las operaciones. Formábanse cuerpos de doscientos soldados y divisiones de ocho mil, cada cual con estandartes simbólicos. Marchaban en órden, y á la vista del enemigo, los sacerdotes encendían el fuego sagrado, para que empezara la batalla. Entónces avanzaban cantando, y al son del teponaztli, que era el tambor militar hecho de madera purpúrea, atacaban dando gritos, afanándose sobre todo en tomar prisioneros, porque á la vez de ser esa la verdadera prueba del valor, daba derecho á los premios, á las distinciones y al uso de las divisas. La táctica de los jefes consistía especialmente en sorpresas, emboscadas ó en la impetuosidad de sus ataques. Si caían heridos, tenían hospitales donde asistirse, y asilos, si quedaban inválidos; pero sabiendo que la muerte en el combate conquistaba el mayor fruto en la inmortalidad, y siendo por otra parte penado con la inmolación los que no demostraban arrojo, no

escaseaba el valor y era fácil el triunfo de sus ejércitos.

La nación conquistada, sometida á un nuevo régimen, era convertida en feudo tributario.

IX

Los aztecas tenían su vida determinada con anticipación desde la cuna al sepulcro. El tonalpouhque decía su horóscopo en presencia del recién nacido, y luego le daba un nombre, le ceñía el maxtle, le colocaba el manto en los hombros y le entregaba la rodela, el arco y los dardos. Si niña, le cubría con el vipil y le daba la rueca, el huso y la lanzadera. Pasada la infancia debían hacer el aprendizaje del culto y cumplir su tributo de servicio á los dioses, desde los siete á los veinte años. Unos quemaban incienso á los ídolos, otros aseaban el templo, otros mantenían las piras, otros labraban los campos sagrados.

Los nobles se dedicaban desde un principio á las severas prácticas del ayuno, la humildad, la penitencia, los padecimientos corporales, el uso de las armas, las doctrinas de moral, el arte de la guerra, el hábito á las inclemencias y el desprecio de la vida. Aprendían á la vez las tradiciones de su historia, escritas hieráticamente en hojas de maguey—el papirus mejicano,—que plegadas entre dos guías, en forma de abanico, se habrían como un gran libro. En la escuela superior de Calmecac, los hijos de los nobles aprendían la teología, la ciencia del gobierno, las leyes, la táctica, la interpretación de los mitos, la poesía, la astrología y la oratoria. Las jóvenes consagradas al culto,

recibían desde la niñez la preparación necesaria, bajo la tutela de las sacerdotisas, cuyos actos siempre presidía la más severa disciplina.

Llegados los veinte años, el varón era para la guerra, la mujer para el hogar. Él, entregaba á su maestro el hacha que llevaba, en señal de despedida, y de la escuela pasaba al matrimonio monógamo. Pobre, su traje era sencillo: el tilmatli, que era la capa de algodón; en la cintura el maxtle adornado con borlas, y sandalias en los piés. La mujer, con el negro cabello envuelto en una red de pita, no usaba más que la saya y la túnica exómida sin mangas que le cubría el pecho desde el cuello á la cintura. El hombre celebraba la complicada ceremonia del enlace con la novia que su padre le había elegido, y entraba en seguida á una de las secciones en que estaba dividido el imperio para las necesidades de la guerra, del trabajo ó de los impuestos, como obrero ó soldado si plebeyo,—y si noble, como capitan, subordinado á su vez á otros jefes superiores. Todos debían tener alguna dedicación, y la agricultura era una tarea tan obligatoria para el hombre como el servicio militar y religioso. Debían alternarse cultivando la tierra algún tiempo, y cuando gastada toda su fecundidad, quedaba estéril, la dejaban érial hasta que rejuveneciera de nuevo. La mujer derramaba la simiente, limpiaba el grano, hilaba y bordaba.

Si alguna vez el azteca faltaba en su conciencia, tenía como los católicos el recurso de la confesión. Pero esta confesión no podía hacerse sino una vez en la vida: el sacerdote daba la pena y absolvía la culpa. Sin embargo, absuelto ó no, su destino en el futuro no era otro que «el lugar sin esperanzas de las sombras perpétuas», donde

debía sufrir la expiación de todas las faltas. La mansión divina del Sol estaba reservada á los guerreros que caían en la pelea, ó á las mujeres que morían en el acto supremo de la maternidad, y «la región donde no existen penas» solo la alcanzaban los prisioneros que perecían en el sacrificio ó las víctimas de determinadas enfermedades.

Cuando el rico moría, se inmolaban en su holocausto veinte esclavos de su servicio. Su cuerpo era quemado y conservado en una urna, en la misma pieza que habitó en vida, para que sus hijos pudieran hacerle ofrendas. Esta costumbre de la incineración se extendía á todas las clases; los que no podían costearla, depositaban al difunto cubierto con los vestidos de su deidad tutelar y envuelto en hojas, en un sepulcro de piedra, al lado del sendero.

Las prácticas morales de los aztecas, que se habían hecho tan rigurosas, contrastaban con su culto sangriento.

X

La barbarie ha exagerado en todos los tiempos el sacrificio. Cuando los dioses no eran propicios á sus humildes ofrendas de mieses ó flores, ofrecían primero un culpable, y después del culpable, un inocente. Creían que la sangre de la inmolación complacía al dios insaciable de sus creencias. Pero ni los romanos, ni los cartagineses, ni los egipcios, jamás llegaron al grado exaltado de los aztecas. La boca ardiente de Moloch no ha tragado tantas víctimas, ni el druida fanático de Teutates ha partido tantos corazones, como los que

el victimario arrancó del pecho de la vírgen, del niño ó del cautivo, sobre la piedra del texcatl, al pié del altar de Mexitli.

El sacerdocio, que inspiró en las antiguas civilizaciones el arte escultural, inspiró también entre los venidos de Aztlan el modelo plástico de sus ídolos, tan monstruoso como sus misterios, ficción grotesca de la personalidad, que no imagina una belleza serena ó un dulce encanto, sino la expresión terrible que pretende dominar por el terror, salvar por la muerte ó perdonar por la esclavitud.

Los griegos elegían el mármol más puro y más blanco, el mármol de Paros, para representar sus dioses;—los aztecas amasaban con barro y sangre humana, los ídolos fétidos y feos que adoraban. ¿Qué pedían en sus ruegos los creyentes étnicos? No era por cierto la eufemia austera de los antiguos lacedemonios, la sencilla plegaria que dirigían á sus dioses pidiendo unir la gloria á la virtud;—era un ruego siniestro como el fondo insaciable de Chichen, que demandaba más cautivos para la inmolación, más sangre con que regar el suelo del templo.

Al empezar su peregrinación, siguiendo la huella de los toltecas, sus ofrendas eran humildes, á veces ideales. Poco á poco los infortunios que hallaron al paso, les hicieron rebeldes á sus primeros sentimientos, y fué al fin después de una derrota en la guerra sostenida con los habitantes de Xocimilco, que iniciaron el sacrificio humano. Entónces la suerte propicia les pareció la sonrisa de Mexitli contento. Partieron el pecho de una bella vírgen, la hija del rey de Culhua, para deificarla después con el nombre de Tocitzin, las

inmolaciones se sucedieron, y andando el tiempo, otros dioses exigieron víctimas á su vez.

Mientras la guerra continuó, los sacrificadores no descansaron en su tarea, y cuando Ahuitzol fundó el templo del dios de la guerra, con su poema de belleza trágica, sesenta mil cautivos dejaron de vivir en la cima de los teocallis, deshaciéndose así de un enemigo interior que consumía y no producía. Desde entonces el holocausto se difundió con todo su salvaje prestigio. Cholula, la mansión que purificó y santificó Quetzalcoatl, exigía seis mil niños todos los años; Mexitli tenía siempre su texcatl fresco de sangre; Tlaloc, el dios de las lluvias, recibía el corazón de niños comprados á familias pobres; Tlazoteutl, diosa de la lujuria, Ometochtli, de la embriaguez; Vitcilopuchtli, del homicidio; Macuilxochitl, dios de las cinco flores; Chicomecoalt, de los alimentos; Xiuhtecutli del fuego, para todos éstos los cautivos eran quemados vivos y antes de morir se les arrancaba el corazón; otros doscientos ídolos del calendario, debían ser satisfechos á su vez.

Entre todos, los sacrificios de Tezcatlipoca y de Toci eran los más ceremoniosos. Tezcatlipoca, inferior solo al sér supremo, era el alma del mundo, representado bajo la forma de un jóven adolescente, que simbolizaba la juventud perenne: á él le pedían la salud, el consejo, la riqueza y los triunfos. Este jóven, vivo y renovado cada año, hacía su aprendizaje ejerciendo las funciones de un dios adorado de la multitud: era bello y arrogante, tañía la flauta y amaba el perfume de las lindas flores. Cuando se aproximaba su último día, cuatro vírgenes hermosas é impúdicas, simulando otras tantas divinidades, le saciaban de amor y le preparaban al sacrificio haciéndole libar la copa

de methl. En la época designada un inmenso populacho lo llevaba en andas hasta el delubro, donde uno de los seis sacerdotes que lo recibía, le arrancaba el corazón y lo arrojaba al pié de la deidad suprema.

La diosa Toci era la madre de la tierra y la protectora de la medicina. Las médicas jóvenes ó ancianas, empezaban á celebrar sus fiestas con danzas guerreras. Al día siguiente, aquella en quien la diosa se había encarnado, era llevada en triunfo y entregada á los sacerdotes de Chicomecoatl, que la dejaban en un lugar solitario, asegurándole que el monarca iría allí á buscarla, lúbricamente. A media noche conducíanla al teocalli, la herían de muerte, vistiendo en seguida con su túnica ensangrentada á la más jóven de las sacerdotisas, nueva personificación de la diosa, que escogía entre el grupo de cautivos aquellos más robustos para que cayeran bajo la navaja de itztli. La fiesta terminaba con la revista que pasaba el monarca á un cuerpo de guerreros, quienes por el hecho de recibir nuevas armas, quedaban comprometidos á morir valerosameute en la primer batalla.

Después de estos holocaustos, la multitud se retiraba alegre para entregarse á las danzas, á los juegos y á la embriaguez, que en los días normales no se consentía sino á los ancianos.

XI

Antes de llegar á la cumbre de la preponderancia azteca, voy á detenerme un momento en Tezcuco, el reino de los chichimecas, rival de

Tenochtitlan, que brilló con el génio de la Atlántida.

La historia de todas las naciones indígenas no nos presenta un ejemplo de más elevada cultura intelectual, de más refinada organización política, de más pureza en el sentimiento religioso. Poseía todos los adelantos de los aztecas, sin sus defectos: era más moral en sus preceptos, más sábia en sus sistemas, más progresista en su civilización. Fué fiel heredera de los toltecas: en sus recintos las artes se perfeccionaron, las letras se cultivaron, la arquitectura se engrandeció, el culto se dignificó. Hay motivo para decir del Tezcuco, como Taine de Atenas, que la inteligencia activa era allí el alma de la pátria.

Estaba situada como Tenochtitlan en el valle del Anahuac, con idénticas perspectivas en el horizonte. Fué primero tributaria, luego dominadora, cayó bajo el furor de Maxtla, el Átila americano, gefe de los tecpanecas, y con Netzahualcoyotl después, alcanzó su mayor prosperidad.

La vida de Netzahualcoyotl fué en sus primeros tiempos llena de aventuras. Nació á la salida del sol, aprendió la guerra con su padre, se libró de todos los peligros milagrosamente y salió airoso de sus empresas, como perseguido por un destino feliz. Logró escapar aún de las persecuciones de Maxtla, reunió cien mil adictos y emprendió la campaña para rescatar su trono. Alcanzó rápidas y decisivas victorias, salvó á los aztecas, tomó la ciudad de Azcapotzalco, mató á Maxtla y entró triunfante á Tezcuco. Entónces, para satisfacer las aspiraciones de las razas, dividió el reino en triunvirato. Embelleció su capital y construyó el soberbio alcazar, especie de ciudadela pintoresca, que reunía no solo los departamentos para los

reyes aliados, sino también el serrallo, los grandes jardines, los almacenes de depósito, el museo, los aposentos de la guardia y los salones de los poetas, de los historiadores y de los jueces.

La alta Cámara se componía de los jueces inferiores presidida por el rey. Reuníase diariamente en una sala tapizada con pieles de tigre y realzada por innumerables adornos de oro y piedras preciosas. A los lados del trono sentábanse los catorce feudatarios, que formaban el Consejo del Estado. Cuando llegaba el caso de resolver una sentencia de muerte, poníase el rey la corona y tocaba con una flecha de oro la esmeralda piramidal, colocada sobre un cráneo, cerca de él. La cámara resolvía de acuerdo con las numerosas leyes que formuló Netzahualcoyotl.

A mediados del siglo XV, cuando Tezcuco disfrutaba de su mayor animación, fué construido el delicioso palacio de Tezcotzingo. Estaba situado á dos leguas de distancia, sobre un cerro cónico, al que se subía por una escalinata de quinientas veinte gradas talladas en la roca. El agua traída desde la montaña por un acueducto colosal que llegaba al terrado superior, caía en un estanque en medio del cual una inmensa piedra decía con geroglíficos las hazañas del rey. El palacio, en medio de cedros gigantescos, era una agrupación simétrica de pórticos y pabellones glíficos, embellecidos con las cascadas, los jardines de plantas esmeradamente cultivadas, los baños de pórfido, la estátua marmórea de una mujer, el león alado, y las tres fuentes emblemáticas de los tres estados, que derramaban hermosas caídas cristalinas. Allí fué, en ese eden encantado de la civilización tezcucana, donde Netzahualcoyotl grabó en el pápiro las églogas tiernas, los cantos patrióticos

y las meditaciones escépticas que la multitud aprendió después para repetirlos en todas sus fiestas. Su espíritu era monoteista y fué así como concibió la idea del culto al dios sin nombre, creador del universo, inmutable en su eternidad grandiosa.

Condenaba la idolatría, se resistía á presenciar las inmolaciones humanas, y sin embargo las consentía por no herir las preocupaciones profundamente arraigadas en su pueblo. Poco á poco logró sustituir la inmolación de cautivos por el sacrificio de aves, y por último eligió como su mayor obra el templo de su dios: elevábase sobre una base piramidal bajo la forma de una torre de nueve pisos, alegoría de los nueve cielos; la parte exterior del último estaba salpicada de estrellas y el interior incrustado de oro, perlas, esmeraldas, turquesas y plumas irídeas. En la cumbre, había una luna de bronce, en la que se repicaba para llamar á los creyentes, cuatro veces al día. No tenía el templo representación alguna de ídolo ó símbolo.

Es incuestionable la influencia de Netzahualcoyotl en el imperio: fomentó las artes, las industrias y la agricultura, aseguró la justicia y elevó el nivel intelectual de las clases, fundando escuelas donde se enseñaba la poesía, la historia y las instituciones.

XII

La civilización azteca llegó á su apogeo en el reinado del hijo de Axayacatl.

Las industrias completaban su desarrollo: en la

orfebrería usaban el oro de los filones basálticos, el cobre de Zacototlan; la plata, el plomo y el estaño de Tasco aplicado á diversos usos; tallaban las maderas, confeccionaban telas ricamente bordadas y teñidas con la cochinilla; la agricultura prosperaba, y el maíz, consagrado á Tzinteotl, florecía en todas las tierras; la escultura había llegado á producir un busto de mujer tallado en durísimo basalto negro y cubierto con una calántica, semejante á la que los egipcios colocaban en la cabeza de Isis; la pintura, sin sombras ni medias tintas, estampada con el colorido saltante, era la escritura, y la escritura era el iconismo simbólico cuando representaba la cosmogonía, y geroglífica cuando daba una idea por medio de una imágen y por signos convencionales, á veces de tal modo complicados que solo podían usarla los que á ella se dedicaban especialmente.

Su idíoma, el más rico del Norte, no tan sonoro como el quíchua, pero capaz de expresar con sus dos mil cuatrocientas voces pensamientos íntimos, tenía sus fuentes en el nahuatl. Su originalidad consistía no solo en lo largo de las palabras, algunas hasta de diez y seis sílabas, por la facilidad en variarlas según expresaran la acción ó su resultado, diminutiva ó aumentativamente, sino también por sus términos abstractos, tan numerosos que excedían á los del idioma inglés, y que tanto servían á los sacerdotes para explicar su intrincada cosmogonía y los orígenes de sus divinidades.

La arquitectura era monumental en los templos y en los palacios; la ciencia estaba condensada en el calendario, legado de los toltecas; la aritmética se extendía indefinidamente, y la estrategia contaba en la frontera, sobre la escarpada roca, con el reducto formidable de Mitla, consistente

en un doble muro de seis varas, ancho de quince piés y alto de diez y ocho, con ángulos equidistantes y teniendo en su interior enormes edificios de piedra donde se podían alojar tropas y almacenar víveres.

XIII

Una mañana, después de verificada la elección del nuevo monarca, los delegados de los señores feudales encontraron en el templo de Mexitli un sacerdote de porte austero que barría humildemente el pavimento. Era Montezuma. Cuando le avisaron su elección cayó en llanto y rehusó. Sin embargo, debía aceptar: junto los guerreros que tantas veces le habían acompañado en los combates, y partió para Tlascala:—la república que los aztecas habían dejado independiente para que pudiera proporcionar continuamente cautivos destinados al sacrificio.

La expedición no fué larga y el nuevo emperador volvió con suficiente número de víctimas que inmolar en el texcatl en festejo de su coronación. El día designado fué al templo rodeado de todos sus feudatarios, sin otra vestimenta que el maxtle. Subió á lo más alto, donde el pontífice le tiñó el cuerpo de negro y con un aspersorio le virtió el agua sagrada. Cubrióle luego con el traje siniestro de la consagración, sonaron los teponaztlis y la multitud celebró el acontecimiento bebiendo el pulque, licor dulce de maguey, el atole hecho de maíz, y aún el mescal, la bebida prohibida.

El monarca debía pasar cuatro días en el templo ayunando é incensando los ídolos, y después

de recibir la tiara real teñida con el rojo vivo del múrex, la púrpura azteca, entraba en el pleno ejercicio de su autoridad. Toda una soberanía despótica y fastuosa.

El palacio de Montezuma era la vivienda de todas las sensualidades. En sus numerosos jardines crecían todos los árboles: el ahuehete, pino enorme en cuyo tronco cabían diez hombres; el roble, el alto ciprés de Chapultepec, el alerce de tronco rojo; el maguey que se utilizaba para papírus, alimento, bebida y vestido; la opuntia, en cuyas ramas cilíndricas se cría la cochinilla, que vive para iluminar con su color la tela ruda; el ocozotl, que daba por incisión la fragante aroma amarilla del liquidambar, y el copal, que produce el ánime; luego las piñas, chirimoyas y dátiles; la planta del yetl, el tabaco primitivo que los indígenas fumaban después de comer en pipas de plata, mezclado con sustancias aromáticas; el equinocactus, masa vegetal informe, armada de grandes dardos; el maíz, que daba pan y azúcar; el cacao, cuya hoja masticaba el pobre y del que se sacaba el chocolatl, bebida favorita de los nobles; el plátano, la vainilla y las flores fragantes.

En numerosos estanques de agua dulce ó salada, constantemente renovada, habían peces de brillantes colores y aves acuáticas. En el pabellón de las aves se veía la extraña águila de dos cabezas, el huacamayo, el alcotrace, que solo se alimenta de sardinas, el pájaro mosca, el pito real de largo pico, el arcotris de vivos colores, los bellos cardenales y el pavo, que era la principal ave doméstica; otros pabellones contenían las fieras y los reptiles, y todo era atendido por más de seiscientos servidores escogidos entre la nobleza.

El palacio, hecho de hermosas piedras, tenía dos miradores, y en el centro el vasto salón destinado al comedor. Allí se reunía toda la comitiva del monarca, compuesta de señores feudales, príncipes y vasallos ilustres á quienes obligaba á vivir á su lado. Servíanlos trescientos babuinos que corrían rápidos sobre el pavimento de jaspe, llevando sobre braserillos, en platos del barro más fino de Cholula, manjares especiales, entre los que podía encontrarse la carne de algún prisionero ilustre recién sacrificado, ó el pez extraído un día antes en la costa y que traían los correos escalonados en trechos de dos leguas por todos los caminos.

En un salón inmediato estaba Montezuma vestido con su traje habitual, que consistía en una túnica delicada tejida con el plumaje del colibrí y del couroncou, la capa cuadrada de finísimo tisú salpicada con amatistas y perlas; sandalias de piel de tigre sujetas al tobillo con una trenza de oro: en el cuello un collar de perlas, los cabellos recogidos en el vértice con una cinta colorada, distintivo militar de los valientes, y cubierto con el penacho de plumas verdes.

Cuatro mancebos de alta nobleza le servían los más escogidos condimentos en vajilla que no volvía á usar, y después de tomar el chocolatl en una gran copa de oro, lavábase las manos en la fuente de pórfido negro. Luego recibía á los magnates, que se descalzaban al entrar á su presencia y pronunciaban en breves términos la demanda que él apénas se dignaba contestar con una breve palabra.

El monarca había llegado á ser la encarnación de la omnipotencia humana y sin ser como los Incas de una «esencia divina», era aún más

respetado y más admirado que ellos. Cuando salía en su litera metálica, llevada por los reyes cautivos y precedida por tres príncipes, en plena solemnidad triunfante, las gentes se inclinaban á su paso y todos los ruidos callaban. Iba al templo de Mexitli, su dios favorito, al serrallo donde sus seiscientas escogidas bordaban con plumas las telas que el monarca no usaba sinó una vez, y pasaba á sus jardines de Chapoltepec, á cuya entrada se destacaba—grande como el coloso de Rodas—el bajo-relieve en pórfido de los dos Montezumas, burilado con la obsidiana, por artistas descendientes de los toltecas.

XIV

Durante el estío visitaba sus estados: por doquier no hallaba sino feudos y tributarios. Ya Tlacopan, el pequeño reino de los tecpanecas, no era más libre, y ni el Tezcuco mantenía su independencia. Todo lo había dominado Montezuma: por el Pacífico desde Autlan hasta Atitlan, y por el Atlántico, donde la franja de tierra caliente es á veces arenosa, á veces fértil, desde Tuxcan hasta Aculapa. No pasaban de diez y seis mil leguas cuadradas, y hubiera podido entrar entera como pequeña provincia en el reino vastísimo de los Incas. Sin embargo, en esa pequeña región que guarda la tierra fecunda del Anahuac, se habían reconcentrado ocho civilizaciones en setecientos años, y se había formado con ciudades y provincia florecientes, el más poderoso imperio de la América.

Pero en sus límites Tlascala era independiente, y como ésta la ciudad santa de Cholula, la comarca de Gozacoalco, la sierra de Tenich, Huexotzingo, Metztitlan y muchas otras que sometidas un día, se sublevaban en seguida y llamaban constantemente la atención de la cabeza del imperio, aún impotente para contenerlas bajo su yugo.

Las razas invasoras de antes conservaban á través del tiempo su unidad, sus costumbres y sus propósitos. Toltecas, chichimecas, culhuas y tecpanecas jamás pudieron amalgamarse, y por la fé y el respeto á sus viejas tradiciones, mantenían constantemente una actitud de insubordinación y amenaza. Hay que creer sin embargo que la asimilación es una base de civilización entre razas descendientes de una misma genealogía, y que su contacto engendra la industria, perfecciona el arte y estimula el trabajo, siempre que encuentre centros cuyo clima ó posición fértil favoresca su desarrollo, como aconteció en el Tuhuantinsuyu con los Incas, al mismo tiempo que nacía el imperio mejicano.

Los soberanos aztecas habían dominado por la fuerza, sin extender el dominio de sus estrechos límites, sin intentar cimentar sus avanzadas más allá de las fronteras alcanzadas siglos atrás. Se contentaban con la posesión pequeña y desde allí extendían por momentos sus brazos vigorosos, siempre para arrebatar. No pensaban en el porvenir, no lo esperaban sino para después del sepulcro, y era esa la causa porque ni la profecía de Quetzacoatl fué recordada, ni atendida la prevención de Netzahuilpilli, pocos años antes de la llegada de los conquistadores.

El monarca no quería ver cerca de sí agitarse ese enemigo de Tlascala, que aceraba sobre la

piedra el pedernal de la flecha y se aprestaba á la lucha. No veía tampoco bullir más allá de la montaña, en el mar, del lado del alba, la fuerza invasora de una nueva civilización.

Etnología Americana

LOS ADORADORES DEL INTI

I

Una leyenda que explica la fundación del reino de los Incas, dice que una mañana, Manco-Capac, á orillas del clásico lago, contemplando la lenta y magestuosa ascensión del astro sobre las aguas tranquilas, se sintió poseído de un espíritu superior.

Entónces, recogiendo la vara legendaria que heredara de sus antepasados,—quizá los monarcas aimarás de la antigua civilización del Tiahuanaco—dió la mano á Mama-Ocllo y se dirigieron hácia el lado del Norte, con el aliento de la fé en una misión. La voz misteriosa que había murmurado á su oído le ordenaba detenerse allí donde la vara penetrase en la tierra sin resistencia, como para hacerle comprender que debía esquivar las áridas cortezas de granito y elejir la blandura del suelo fértil.

Anduvieron silenciosamente siguiendo la meseta que presentaba casi sin cesar duras rocas de basalto y pedernal, hasta que en la cima agreste del Huanacauri, sobre un suelo húmedo, la vara

se hundió, y se detuvieron en aquel término de la primera etapa de su largo viaje.

«Somos hijos del Sol, que dá calor á la tierra, hace brotar la miés, engendra y dá vida,—dijeron en su lenguaje sencillo á las tríbus sorprendidas,—venimos á enseñar su culto, á proteger el trabajo, á mantener la paz, para cultivar, edificar y vivir todos bajo su protección». Y para probarlo, tomó el Inca su hacha de cobre, partió un trozo de chonta, la madera de hierro, abrió un surco y dejó caer las semillas del quinua, el rico grano que germinaba en las regiones más estériles; rebotó el pedernal sobre el pórfido y formó la pequeña estrella que sujeta á un mango de pisonay, debía constituir en adelante el arma de los fuertes, la maza temible del combate; recogió la arcilla, la modeló con elegantes contornos, y secada al fuego presentó un vaso hecho con el tecnicismo de un procedimiento nuevo; unió la piedra á la piedra por medio de la mezcla del hormigón, que al secarse adquiría la dureza del granito,—y para tener una morada levantó un muro y luego otro, formó el techo con hojas de maguey, y quedó así construido un edificio sencillo: la base de la que debía ser después con suntuosas mansiones la gran ciudad del Cuzco.

Las tríbus que durante largo tiempo se habían agitado en la miseria, en la guerra y en la intranquilidad, se apresuraron á someterse como á una divinidad á este profeta de otra generación que les llevaba en una forma práctica y breve el trabajo y el bienestar.

De esta manera elemental, al decir de la tradición, fundó su imperio el Hijo del Sol y aseguró los primeros eslabones de la dinastia incásica. Poco después de su aparición, siguieron su rumbo,

él al Norte, ella al Sud, á dominar por la persuasión, á conquistar por la palabra y el perdón, venciendo sin pelea, para fundir los individuos en pueblos, destruyendo sus ídolos y unificando sus creencias en un solo culto y sus dialectos en un solo idioma.

Qué debieron hallar á su paso?

II

Las tríbus de aquella región, diseminadas en las mesetas andinas y en las costas del Pacífico, desde los quince grados hasta el Ancasmayu, representaban restos de antiguas civilizaciones vueltas al estado salvaje.

En tiempos muy anteriores, cuando estaban en el apogeo de su desarrollo, construyeron los monumentos de Tiahuanaco, los palacios del Gran Chimú, la fortaleza de Pisaac, tallada en una montaña inaccesible,—la no menos gigantesca de Ollantaitambo, levantada en lo alto de una roca escarpada y rodeada de fosos que la hacían aún más formidable, y el templo hípetro de Pachacamac, el símbolo de la unidad de sus creencias.

Pachacamac sobrevivió á su época y fué durante siglos no solo la vasta necrópolis de aquel mundo bárbaro, sino también, como otra Jerusalem, el lugar á donde acudían los peregrinos de todas las tríbus.

El templo se levantaba sobre el Rimac, en una colina que dominaba el horizonte á todos los rumbos. Anchas piedras rectangulares, colocadas unas sobre otras y unidas por extrañas mezclas de asperón, sin la apariencia del sistema

ciclópeo de la primera época, formaban los muros sin techumbre que constituían el santuario. Dentro de él, no había ídolos, ni altares, ni ningún aparato de culto; representaba solo el círculo misterioso y santo destinado á la plegaria fervorosa, á la súplica y á la meditación.

Pachacamac—tierra poderosa—según su etimología, era el sustentador del mundo, el dios supremo á cuyo templo se enviaban las ofrendas de todas las comarcas y á cuyo rededor se construían las sepulturas y se depositaban los muertos como bajo un amparo divino. El peregrino, terminada su misión, formulaba mentalmente su última reverencia y volvía á la tríbu donde seguía adorándolo en un objeto cualquiera, en una estrella ó en un animal, no importa que, pues en todo veía un reflejo de su obra.

Cerca de Pachacamac, en otro valle, estaba Rimac, el oráculo de los Yuncas, revelador del destino, oculto en el fondo del templo.

La cadena de esa historia todavía misteriosa queda rota durante un período no calculado, y sobre los restos de antiguas creencias y de antiguos monumentos es donde fué á plantearse el nuevo culto del Sol, con el reinado más prolongado y más digno de estudio en las sociedades étnicas de la América.

III

El Inca nacía consagrado, vivía adorado y moría deificado, porque era hijo del Sol y su alma debía volver un día á la tierra, después de muchos siglos de ausencia, para rescatar sus

entrañas guardadas en el templo de Tampú, y mezclarse otra vez á su cuerpo momificado, que esperaba sentado, con inalterable inmobilidad, sobre el sillón de oro, en el templo favorito del culto.

La costumbre establecía que al morir se cerrasen sus palacios, se conservasen como depósito sagrado todas las riquezas que había acumulado, y se sacrificasen, gustosos por seguirle, sus servidores y sus mujeres, obedeciendo con esta paciente y generosa inmolación á la creencia general de los Tuhuantinsuyus en la inmortalidad, en la resurreción, en la recompensa y en el regreso.

El primogénito sucedía al padre. Había sido educado esmeradamente por los amautas, instruído en todas las leyes de su país y en todos los secretos de su religión y armado como guerrero en la ceremonia del Huaraca, donde como en el palario romano, demostraba su agilidad y su valor. Ya soberano, emprendía su inspección á los pueblos del Tuhuantinsuyu. Iba sobre las andas de oro llevadas por los descendientes de los Incas, ejercitados largo tiempo en esa tarea, y la ley, muy severa en todo lo inherente al hijo del Sol, castigaba con la muerte al que caía conduciendo la honrosa carga. Visitaba el monarca su reino, con toda la ostentación del fausto, deteniéndose para descanso en los tambos, grandes palacios situados en el camino, que podían hospedar no solamente su séquito sino un ejército entero, y que servían á la vez para almacenar el producto de las cosechas. Las tríbus le adoraban al pasar; él dispensaba honores y gracias y cerciorado de las necesidades de su pueblo volvía al Cuzco, donde le esperaba la gran festividad del año.

Era en el solsticio del invierno que se celebraba la ceremonia del Raymi. Tres días antes empezaba el ayuno y se apagaba el fuego en todos los hogares. En la primera mañana del solsticio la multitud se reunía desde el alba en la gran plaza de Haucaypata. Todos, grandes y chicos, magnates y plebeyos iban engalanados con sus más brillantes galas: el yanacona con las divisas en que resaltaba la púrpura del llimpi, y los Incas con el pelo al rape, en las orejas los grandes rodetes que le tiraban el cartílago hasta los hombros, en la frente el llautu carmesí con las cinco plumas de águila, enseña de la nobleza, y cubiertos con las mantas de compí, la más rica tela.

El monarca se destacaba entre ellos. Llevaba en su frente bronceada la borla colorada, pendiente del cintillo de oro que sostenía como insignia real dos plumas del coraquenque, ese fénix incásico que solo se hallaba á orillas de la laguna de Villcaunta, al pié de la inaccesible Sierra Nevada. Cubría sus hombros la túnica suave hecha de pieles de murciélagos, y bajo ella, la vestidura de finísima tela de vicuña que más tarde tanto había de agradar á Felipe II. De sus orejas pendían los grandes rodetes constelados de esmeraldas, en el cuello tenía collares de perlas y turquesas, en el pecho la imágen del Sol hecha en oro y tan bruñida «que cegaba con su resplandor», en las piernas y brazos gruesos brazaletes y en los piés las sandalias de piel de alpaca sujetas con delicadas trenzas de lana. Tomaba asiento sobre la tiana, el trono de oro macizo, y tenía á su lado á la emperatríz, su hermana y compañera elegida.

Cuando los primeros fulgores del sol, trasponiendo las alturas vecinas dibujaba en el horizonte sus rayos dorados, el silencio de la multitud se

transformaba de improviso, á una señal dada desde el Intihuatana, en una inmensa explosión de júbilo y exclamaciones alegres. El coro de las vírgenes entonaba el cántico tríunfal con el acompañamiento de la quena, los atabales resonaban con estrépito, un mismo grito de doscientas mil voces saludaba el día naciente, y cuando el astro asomaba su brillante disco, todos á un tiempo caían al suelo, la cabeza baja, la actitud ferviente, enviando al sol, con las manos, besos humildes. El Inca se levantaba entonces para hacer su libación, vertiendo primero al suelo con sus manos reales el sora guardado en la copa gigantesca de oro, y levantando en su diestra la otra, bebía por aquellos á quienes más amaba.

La familia real emprendía luego su procesión al Coricancha, el gran tempio. Pasando el muro, todos se descalzaban en señal de sumisión. El monarca entraba al santuario, murmuraba sus súplicas y regresaba á la plaza á inaugurar el sacrificio de las llamas, en que el gran sacerdote, como un arúspice, leía en los estremecimientos supremos del animal, sujeto y próximo á morir, la suerte futura del pueblo. Luego empezaban las danzas al golpe monótono y salvaje del huancar, el atabal tremendo, y del cuyví, la trompeta de cinco voces; en la plaza se distribuía el pan consagrado del yancú, hecho por las vírgenes, y la bebida embriagadora del agave; los amautas representaban el Ollantay ó las tragedias guerreras de triunfos y acciones heróicas y la fiesta no terminaba hasta el último día del solsticio, en que el Villac-Umu encendía con la piedra cóncava engarzada á su anillo, el montículo de taquia que las vestales debían velar todo el año en el Aclla-Haci, como el fuego sagrado del Tuhuantinsuyu.

El Aclla-Huaci era el convento de las reclusas púdicas, veneradas del pueblo, que hacían voto de conservar por siempre su virginidad. Pertenecían á la familia de los Incas, y las hijas del pueblo no podían entrar allí sino debido al prestigio de una extraordinaria belleza. Manteníanse en perpétua clausura, hilando y tejiendo la trenza del llautu, las insignias de la familia real y las riquísimas telas que vestían. De aquel encierro voluntario de la nobleza y de la aristocracia de la belleza, ninguna nunca más debía salir, ni ver á nadie, sino por una excepción, para satisfacer un antojo del Inca ó ser honrada en su lecho real, en cuyo caso pasaba enseguida á otro convento. Si alguna vez, exaltada por una pasión inclinaba su amor por otro, estaba condenada á sufrir como las vestales de la antigua Roma el suplicio de ser enterrada viva.

IV

Cerca de la casa de las escogidas estaba el sagrario grandioso del Sol, que se destacaba sobre una meseta artificial, en un circuito de seiscientos metros rodeado del muro pelásgico. Había empezado su construcción bajo el reinado de Manco-Capac y terminado con Yupanquí, que destinó diez mil obreros, durante cuarenta años, para completar aquel prodigio de grandeza arquitectónica, Basílica ó Partenon incásico, al que habían contribuído con su arte ó con su ingenio los hijos de veinte generaciones.

Severo, monumental y misterioso era su aspecto. De fuera las gruesas piedras de diorito, de

pórfido, de granito y de basalto, unidas con pilca y cubiertas todas sus hendiduras con una aleación de oro, plata y plomo, formaban dos paredones ciclópeos coronados por la cenefa dorada, ancha de una vara y siempre reluciente. El pórtido, grande y alto, ancho en el umbral, angosto en el dintel, de frente al oriente, daba entrada á la nave silenciosa que el sol iluminaba de lleno en las mañanas del equinoccio. Otras dos cenefas de planchas de oro rodeaban á guisa de friso y cornisa las paredes interiores, incrustadas de jade, obsidianas, serpentinas, mármoles y meandros laberínticos de armoniosa monotonía. En el fondo, ocupando toda la pared, resaltaba fulgurante, como si estuviera animado de calor y luz, la enseña del culto, el gran lignorómato. Formábalo una cabeza de hombre bosquejada incorrectamente, con záfiros en las cavidades orbitarias, y rayos de oro, cortos y largos, en que las incrustaciones de esmeraldas, turquesas, perlas y nácares, pulidos cuidadosamente con el esmeril, parecían animados de luz centelleante. Al frente estaban los doce grandes vasos de plata destinados á las ofrendas de maíz, que los creyentes renovaban sin cesar por medio de sus sacerdotes; y á los lados, en sillones de oro, veíanse en la actitud de una eterna inmovilidad contemplativa, las momias de los sucesores de Manco-Capac. Estaban sentados, la cabeza apoyada en las manos, cubiertos con sus joyas más preciosas y recamadas de la chaquira, más primorosa que el aljófar.

Manco era el primero.—Le seguía Sinchi-Roca, el ágil y el fuerte, que siguiendo la ley de su antecesor venció por la persuasión y dividió el Tuhuantisuyu en cuatro grandes provincias.—Lloque-Yupanquí, que venció á los collas, á los canas

y á los ayaviris, y estableció con los vencidos, llevados á otras comarcas y mezclados á otras razas, las colonias de los mitimaes, al pié de nuevas fortalezas.—Mayta-Capac, el monarca batallador, que construyó sobre el Apurimac el gran puente de bejucos, considerado por los chumpihuilcas como obra de dioses: venció á los allcas, á los cacyaviris refugiados en la cumbre de su sagrado cerro y á los catorce mil collas que pretendieron detenerle en la quebrada de Umasuyu. —Capac-Yupanquí, que conquistó pacíficamente á los célebres aymarás, habitantes de las ásperas faldas de la Cordillera; á los umasuyus, enemigos de aquéllos y á los quíchuas de Cotapampa y Cotanera, extendiendo su dominio á todos los vientos.—Inca-Roca que hizo otro puente sobre el Apurimac; sometió en tres años á los temibles chancas, «descendientes del león»; conquistó á Tunu, la tierra de la coca, y llegó en sus expediciones vencedoras hasta Charcas y Chuquisaca. —Yahuar-Huacac, «el llorador de sangre», que abandonó su ejército cuando los cuarenta mil chancas sublevados se acercaron á Cuzco.—Viracocha, que venció debido á la aparición protectora de un extraño sér de larga barba y blanca trábea; llegó hasta Tucumán, construyó las grandes acequias, ensanchó el templo del Sol, edificó la morada veraniega de Yucay y murió como otro dios, con un templo erigido á su memoria.—Pachacutec, el pensador de máximas sentenciosas, que venció á Cuismancú, el soberano de los valles de Pachacamac, Rimac, Chancay y Huancau, y unificó todos los dialectos en el idioma quíchua. —Yupanquí, que después de estrellarse contra los chiriguanos y los moxos, cruzó el Atacama, llevó sus dominios hasta el Maule, volvió al Cuzco,

reunió á los sacerdotes y para establecer la unidad de las creencias, declaró que Viracocha-Pachacamac era el único sér supremo y el Sol su primera y esencial manifestación.—Tupac-Yupanquí, el rey más guerrero, que venció penosamente con cuarenta mil soldados á los huacracuchus, á los chachapayas y á los huamucas é inició la gran conquista de Quito, venciendo á los formidables cañaris y después en Alausi, á Hualcopo, el rey de aquella región.—Y por fin, Huayna-Capac, que terminó la conquista del reino de los scyris, y que por ser el más grande, el más sábio y el más emprendedor de los Incas, estaba en ese cenáculo de las momias en distinta actitud que los demás, mirando de frente el emblema del Sol.

La gran nave comunicaba con cinco santuarios. El primero, más grande que los otros, era dedicado á la Luna, representada bajo la forma de una cabeza argentina de rasgos femeniles. Todo el recinto estaba tapizado de plata y eran también de plata los sillones donde las momias de las hermanas á la vez que esposas de los doce Incas, esperaban en silencio su resurrección. Seguía el santuario de las estrellas representadas en Chasca, paje del Sol, y en las más bellas constelaciones del cielo. Luego estaba el santuario del relámpago, del trueno y del rayo, designados con el nombre de illapa, según se le mirara, se le oyera ó cayera. El cuarto estaba dedicado al arco iris, divisa sagrada de los Hijos del Sol: sobre la pared, cubierta de uno á otro ángulo por la ancha lámina de oro, estaba grabada en toda su intensidad, con los colores de ocre y del azogue, con salpicaduras de esmeraldas é incrustaciones de coral, turquesas y lapizlázuli, la curva iridescente que refracta los siete colores del rayo solar. El

recínto del gran sacerdote era el último: estaba también cubierto de láminas de oro y plata, y desde un asiento de pórfido negro, el hermano del monarca, director del culto, enseñaba á los otros sacerdotes las verdades consagradas, ordenaba los sacrificios, combinaba las grandes fiestas, meditaba, profetizaba y se extasiaba.

Luego seguía el hieron de claustros, alojamiento de los sacerdotes del culto, y para completar el grandioso cuadro de estas magnificencias, el gran jardín donde se habían reunido las maravillas del arte quíchua. En el centro, cuatro grandes fuentes de piedra, con depósitos metálicos, vertían el agua del riego que debía dar frescura al ambiente y á las plantas raras y útiles: el quinua, el maguey, la yuca, el maíz, el plátano, la papa, la coca, y el amancay, semejante á la azucena, que daba una flor en forma de campana. Aparte, en los pequeños prados de delicada yerba, parecían pacer las imitaciones en oro y plata de la llama, la alpaca y el venado, próximos al huanaco y á la vicuña que solo se alimentaban del ichea, la yerba de las cumbres, imitadas en el jardín sobre rocas artificiales, de manera que la naturaleza se uniese al arte en una misma grandeza.

V

El Inca era el pontífice, el dueño y el dios de sus súbditos. Jamás soberano más pacífico se impuso con leyes más severas sobre millares de habitantes.

Elevado sobre todos los demás hombres, superior á su mujer, señor de sus hermanos, veía desde lo alto de su trono,—tallado en todos los bloques de granito que habían rodado hasta los valles,—cómo se cumplían sus órdenes, cómo sus ejércitos marchaban presurosos á la victoria, allí donde los dirigiese, ya fuera contra los yuncás, los cañaris ó los chancas, reflejando el brillo de sus armas desde las aguas del Pacífico hasta la blanca corola de los Andes. Veía á las multitudes deslumbradas inclinarse á su paso y adorar el suelo que su planta había pisado; veía los chasquis, educados desde niños en el ejercicio, salvar las distancias con toda velocidad llevando sus órdenes; veía el trabajo formicular de sus súbditos, el movimiento, la alegría y la grandeza de su pueblo, cada vez más próspera por su iniciativa y su voluntad.

Su espíritu era guerrero. Con Manco-Capac los límites no llegaban á más de doce leguas del Cuzco; con Huayna, la extensión sometida arrancaba del Maule y terminaba en el Ancasmayu.

Pero sus guerras no eran de exterminio: la conquista asimilaba y civilizaba. Los vencidos eran llevados en calidad de colonos á puntos donde el clima no debía hacerles extraño su suelo natal, y se les destinaba á la construcción del pucara, la fortaleza que corona el cerro, á cuyas faldas debían instalar su morada, sembrar, tejer y procrearse. Pronto el amauta visitaba la naciente colonia, designaba las tierras que debían cultivar, en proporción igual á todos los demás, estudiaba sus costumbres, las corregía, aprendía lo bueno y volvía al Cuzco con un nuevo recurso para la industria y nuevas voces que agregaba al idioma nacional, impuesto á los vencidos como base

segura para la estabilidad del imperio. Era la resurrección del antiguo sistema ateniense, que tomaba á los esparciatas y en especial á los dorios los rasgos más importantes de sus costumbres, de su estilo arquitectónico, de su régimen y de su arte.

No podía producirse ninguna tentativa de sublevación, porque el «mitimac» calmaba sus ódios en el trabajo y sus apetitos de venganza se sofocaban en el centro donde siempre había un número mayor de súbditos leales. Si á pesar de esto cabía algún peligro, el poder del Inca era inmenso: podía trasladar de un punto á otro no tan solo una colonia ó un pueblo, sino una provincia entera, y ninguno se hubiera atrevido á resistir.

La guerra se hacía por medio de poderosos ejércitos, en que los soldados iban armados con la lanza punta de jade, la espada corta de huayacan, el dardo arrojadizo y el huactana, formidable maza de chonta: con frecuencia la simple excursión del ejército incásico bastaba para dominar, y el pacífico triunfo se aseguraba por la persuasión, el perdón y el olvido. A veces, haciendo emigrar una tríbu, establecían su señorio sobre el territorio abandonado y esperaban que se afianzase esta conquista para emprender otra. Si había lucha, no importa, peleaban con fé, y por medio de nuevos contingentes que se trasladaban rápidos por sus lindos caminos, imponían con la presencia de estos refuerzos, la victoria retardada.

La tríbu así sometída era dividida en varias fracciones, y luego el Inca invicto, satisfecho de su conquista, regresaba para hacer su entrada triunfal al Cuzco, rodeado de sus guerreros y en medio de los himnos de alabanza.

El Cuzco era la Roma, la Atenas, el emporio de la civilización incásica. Estaba situada en una

meseta pintoresca y elevada, donde la temperatura reinaba más suave y más pura, protegida por la montaña, que como un muro la defendía del viento ardiente del trópico. Cinco corrientes cruzaban el valle llenándolo de frescura y de poéticos murmullos. La fortaleza de Sacsaihuaman, inmensa, imponente, era su centinela de avanzada, su más invulnerable guardián. La ciudad estaba dividida en cuatro barrios, representación en pequeño de las cuatro grandes provincias del imperio, que estaban gobernadas por cuatro virreyes, consejo del Inca. El yanacona, su principal morador, era el obrero y el productor, aquel que según los nobles no poseía alma. Vivía en pequeñas cabañas, en cuya construcción el maguey representaba el principal elemento, contrastando con las sólidas y soberbias viviendas de la familia real.

Llegado á cierta edad, el yanacona debía elegir compañera y casarse. La comunidad le construía casa y el Estado le dotaba con una nueva porción de tierra. Su vida debía deslizarse en adelante en el trabajo, sencillamente, como en los tiempos de Régulo. La mujer en tanto le prepararía la alimentación del maíz y del chuñu é hilaría constantemente el hilo que él debía llevar en su saco, al marchar al trabajo, para tejer sus propias ropas. No perder tiempo era el fundamento de su biometría. De antemano le había sido fijada su tarea, ya sea en la construcción y conservacion de las acequias y de los dos grandes caminos, anchos de diez y ocho piés y de más de quinientas leguas de largo, que arrancando del Cuzco iban salvando montes, punas, torrentes y montañas, hasta las fronteras del Imperio,—ya sea en la obra de los grandes palacios, bajo la direccién de hábiles

arquitectos, en el gran taller de cerámica, en los hornos, en el ejército, en la fabricación de armas, de joyas, de cuchillos de pedernal, de pequeños espejos de bronce donde nunca debía mirarse, ó en el cultivo de las tierras.

Debía trabajar constantemente en acatamiento á la ley de Manco-Capac que prohibía la ociosidad. Y sin embargo, en ese sistema de comunismo, el trabajo no le aseguraba la propia independencia: podía hacer prodigios de actividad y de inteligenca y no se garantía sino el sustento de cada día. En los grandes almacenes se recogía la cosecha y de allí se destinaba lo necesario para cada cual, bajo la base de la más estricta igualdad, á fin de que el mayor derecho á la posesión no diese lugar á la formación de una nueva casta ó de una gerarquía pretenciosa. La organización del trabajo garantía el bienestar de la colectividad, pero impedía que nadie fuera rico. Esa organización le aseguraba tanto contra la miseria como contra la libertad.

Y no solamente debía esforzarse para sí. Cada año se hacía una nueva distribución de tierras, limitada ó extensa, según el número de obreros disponible: cultivaban primero las tierras del Sol, luego las que correspondían á los soldados, viudas, huérfanos y ancianos; en seguida las que les estaba asignada y por fin las del Inca. Iban contentos y cubiertos de sus mejores galas á labrar la parte que correspondía al Hijo del Sol. En el día designado celebrábase la ceremonia, en la que el Inca daba el ejemplo del trabajo revolviendo la tierra con una pértiga de oro, como Osiris, al frente de sus pacíficos ejércitos armados de arados. Luego ellos emprendían el cultivo cantando el epinicio triunfal de sus guerras,

cuyo retruécano entusiasta terminaba siempre en «aylli», el grito alegre de sus victorias.

En esa vida agrícola, el llama era la bestia amada del pobre de la montaña: le quería más que á su hijo, «aún más allá de los límites de la razón», dice Ulloa, porque ese paciente animal formaba una parte estimada de su propia familia. Le acompañaba, le servía, le consideraba aún como correligionario, porque el quíchua creía ver una salutación en el balido humilde que el llama emitía todos los días á la aparición matinal del astro. Habituado á la aridéz, pacía la pobre y escasa yerba de las alturas y podía decirse que era feliz allí, porque languidecía en la llanura fértil. El llama se había modelado en la vida sóbria y séria del Indio: le era útil como animal de carga y le daba su lana que le servía para tejer la tela ruda de su vestimenta. Cuando le llegaba su hora, la edad del trabajo, la familia celebraba una fiesta en su honor, le cubrían de telas y de adornos y desde entónces entraba á formar parte de la comunidad. La bestia soportaba su servidumbre con calma, convencida de su destino y solo exigía el buen trato: era tan susceptible al castigo, que si alguna vez el látigo caía sobre él, protestaba á su modo arrojándose al suelo, de donde su conductor no le arrancaba más, y sufría la crueldad hasta morir, sin defenderse, ni ceder.

En marzo recogían el fruto en medio de grandes fiestas, que terminaban con la cosecha del maíz en el ubérrimo anden de Collcampata, jardín del Sol. Se llenaban los graneros, se renovaba con nuevas tropas las que operaban en los confines lejanos, llevaban el guano desde parajes apartados para distribuirlos en los terrenos estériles de la Cordillera, hacían enormes excavaciones

en las tierras calientes y arenosas de la costa, donde nunca llueve, hasta dar con el humus fecundante del cereal, y por medio de las acequias, largas hasta de ciento cincuenta leguas, traían el agua del torrente, perforando peñas y salvando abismos, para derramarla abundante sobre el suelo que había de fertilizar.

Al comienzo del verano, cuando las viudas solían entonar el miriólogo de su dolor, después de la peregrinación que anualmente una mitad de la población verificaba al templo de Pachacamac, empezaban los preparativos del Chácu.

El chácu era la cacería real, el certámen de la agilidad y del valor, la gran caza en que no se mataba, efectuada cada cuatro años y alternando en una extensión de treinta leguas. No era permitida aisladamente en ningún tiempo, porque una sábia ley, comprendiendo sin duda que el estado cazador es el primitivo, evitaba un placer que podía corromper los hábitos de trabajo. En el día fijado para el chácu, treinta mil indios armado de palos formaban un dilatado círculo que estrechaban rápidamente. Y el huanaco, el llama de largo cuello y dulce mirada, la vicuña, el venado, el corzo, el oso, la gama, el león y la zorra, sorprendidos en el valle, en la selva ó en la falda de la montaña, corrían presurosos sin atinar una salida dentro del vasto muro humano, que proseguía su marcha hasta detenerse formando cuatro columnas en un llano determinado de antemano. A golpes de lanza destruían las alimañas y luego sujetaban los llamas, todos de propiepad del Inca, á los huanacos, y á las vicuñas, cuya abundante lana bien tejida en el Aclla-Huaci, la destinaban á la confección de las vestiduras reales.

Terminado el chácu, se celebraba alrededor del Surihualla, el prado de los avestruces inmediato al Cuzco, la fiesta en que las mujeres de los expedicionarios danzaban el paso del huayne, al unísono del pucuna, la flauta de Pan, mientras el monarca fatigado se retiraba al retiro veraniego de Yucay.

Yucay era el valle encantador de la belleza silvestre, cruzado por arroyos, refrescado por manantiales y sombreado por las sierras que en los horizontes completaban el panorama. Allí entre jardines, manantiales efluentes y el primoroso baño donde el agua caía de la boca de un león de granito grís sobre una cubeta de oro, estaba el palacio, que habrá consistido en un vasto verandah, perfumado y voluptuoso, en cuyo centro, sobre la suave estera polígroma, el Inca, rodeado de sus más bellas jóvenes adolescentes, bebía en un vaso de oro el licor de ambrosia del Chirimoya, para luego adormecerse al son del canto tierno y apasionado de los haravis.

VI

No obstante la magnificencia, realzada por la abundancia del oro y las exhuberantes producciones del suelo, los tuhuantinsuyus vegetaban en la edad primera de la industria. Como desconocían las aplicaciones del hierro, para romper el granito recurrían al silex y á la obsidiana. Pero las necesidades aguzan el ingenio, y fué así, como después de infinitos ensayos pudieron obtener con la aleación de noventa y cuatro partes de

cobre y seis de estaño, el duro metal que debia facilitarles la ejecución de sus obras.

A la falta de instrumentos débese el poco uso de las maderas en los edificios y en los objetos útiles, porque no podían vencer con sus cortantes de cobre ó de piedra, la fibrosa tenacidad de los árboles. Solo en la cerámica alcanzaron el arte: sus vasos de arcilla, de greda ó de combinaciones terrosas que daban una pasta incomparable, figuraban peces, aves ó animales, con cierta delicadeza de formas. El tejido representa en los tuhuantinsuyus una de sus más vivas manifestaciones de paciencia: cada cual sabía hilar y tejer sus ropas y lo hacían al ir y al volver al trabajo, al empezar el día, al descansar, conversando, durante la noche y aún durante sus enfermedades. Se esmeraban en poseer buenas telas con que cubrirse, porque la misma ley que había prohibido la ociosidad y castigaba los menores delitos con la muerte, imponía la obligación al aseo. La ley era la voluntad del Inca y nadie podía infringirla sino ofendiéndole. Inclinaban la cabeza al peso de la coyunda y marchaban silenciosos y graves por la senda que les estaba señalada, sin que jamás exclamaran ni una queja, ni una protesta.

La gente del pueblo, «fragmento de tierra animada», según la expresión de los amautas, no vivía para sí, ni por sí, sino que continuaba la vida de su padre en la misma tarea que á su vez debían proseguir sus descendientes en una série de generaciones. Era la rueda, el resorte aislado de una grande y complicada máquina de producción. No debía aprender nada que no fuera de su oficio, para que el saber no le despertara la ambición ó la convicción de su superioridad. Los secretos de las ciencias, el estudio del quipus, la

administración de la riqueza, la historia y el conocimiento de las leyes estaban reservados á los incas y á los curacas.

El tuhuantinsuyu plebeyo no tenía otro padre que el Estado, y para que no lo olvidara debía concurrrir cada mes al banquete fraternal de los de su clase. Todos entónces, vestidos con el mismo traje, el guara de fibras de maguey en la cintura, la camisa corta sin mangas y la negra cinta de lana en la frente, comían los mismos alimentos, frugales y sencillos—que satisfacían el apetito sin pervertir el gusto—el tauta, que era el pan cuotidiano, el maíz, la quinua y la papa, y bebían por la gloria del Inca y su mayor grandeza. Bebían hasta embriagarse, para engañar la monotonía de la vida.

VII

Hasta sus creencias eran distintas. No habiendo sido instruídos en todas las verdades reveladas, creían firmemente que el Sol al descender todas las tardes era detenido por los sacerdotes al anillo de oro del intihuatana, ya sea en Pisaac, Quoncacha, Sacsaihuaman, Ollantaitambo ó Vilcas-Huaman. Se prosternaban ante ese Sol cuya potencia fecundante era palpable, pero no le adoraban exclusivamente. Eran panteistas cuando creían que Pachacamac eran el gran todo; eran trinitarios cuando creían en Inti, el Sol; en Pacha, la tierra, y en Quon, el Agua: eran politeistas cuando adoraban á la tierra en Pachacamac, al agua en Quoncacha, al león y al mochuelo en Huamachuco, al Sol con sus ídolos y atributos en el Cuzco

y Tiahuanaco, á la serpiente en Chavin, ó á la perennidad de la raza, representada en los chulpas, príapos monumentales de Copacabana y Puno; eran fetiquistas cuando tenían por culto el huaca, el río, la piedra del camino, la roca, la montaña, el fruto del maguey, ó el conopa, dios penate de las familias,—y eran antropomórficos cuando invocaban á Viracocha Catequil, al oráculo del Rimac, al Huarí de Quichumarca ó á la estátua andrógina de Hilaví. Mama-Ocllo no era una divinidad casta como la Ceres de los griegos, sino una diosa fecunda y engendradora, la única del culto quíchua.

No es de extrañarse esta heterogeneidad de creencias, siendo tan heterogénea la nación que formó el Tuhuantinsuyu y recordando que los Incas jamás prentendieron destruir los ídolos de las razas conquistadas, sino imponer el culto del Sol, «el autor de su raza».

Pero entre los Incas, los sacerdotes y los amautas, únicos poseedores de la verdad, las creencias consistían en un culto razonado y no supersticioso, algo como el bramanismo, solo inherente á la casta. Para ellos el intihuatana no era sino el gnómon donde el sacerdote medía la sombra solsticial á fin de determinar los cambios de estación y la duración del año, dividido en doce meses lunares, que agregados á los días de festividad completaban la epacta; el altar de Quonn no era sino un aparato higrométrico y su templo un observatorio astronómico; el hatunchulpa no era sino el columbario que debía guardar eternamente sus grandes héroes. Para ellos Pachacamac era el único creador, el espíritu supremo, la fuerza omnipotente é invisible que se revelaba por medio del Sol, la Luna, el rayo y las constelaciones estelares. Todo lo demás lo admitían como

atributo, pero no como esencia, de manera que á la ingénua ignorancia de un politeismo vulgar, oponían una mezcla de panteismo materialista. No combatían la superstición, porque contribuía al sostenimiento y consolidación de su despotismo; —por el contrario la fomentaban, ya cubriendo de sal y anatematizando para siempre la cabaña, el campo ó el palacio donde cayese un rayo, ya protegiendo á los perros é interpretando sus aullidos, por considerarlos amados de la Luna; ya admitiendo el mironismo del Sol, propagando los errores de sus infinitas tradiciones ó conservando en el templo de Pachacamac los ídolos de las tríbus sometidas.

Este contraste no había de ser duradero,—y pronto la omnipotencia del Inca iba á deshacerse en fragmentos. A la vez que Huayna-Capac presagiaba la venida de los viracochas—hombres de otra raza—la fuente de Quonn se secaba y la piedra que había sorbido la última gota de su agua, adquiría la coloración candente del pirógeno. La decadencia del Imperio se aproximaba.

VIII

Las razas que se asimilaron al culto de Manco-Capac formando una civilización que iluminaba cuatro siglos después la diadema del más poderoso de los Incas, representan para la tierra del Tuhuantinsuyu como esas multitudes de mirmidones que Júpiter lanzó para poblar la Tesalia.

Bajo las severas leyes del trabajo, perseverante y contínuo, pero sin arte, sin expontaneidad, sin emulación y sin libertad, cientos de tríbus

dispersas formaron una nación de hombres consagrados en interminable dedicación á la grandeza y á la deificación del Inca.

Nacían todos ellos á una vida de sumisión, imposibilitados para disponer de sí mismos, porque abdicaban su individualidad en favor del conjunto.—Tenían desde la cuna un destino invariable y no debían alcanzar nunca un premio, ni aspirar á nada, sino trabajar bajo el yugo, automáticamente, en su juventud y en su vejez, en invierno y en verano, hasta la hora de la muerte. Solo momificados dentro de la rústica sepultura hallaban al fin el primer momento del descanso. Después de haber pasado tan silenciosamente, debían esperar recién allí, en la soledad del huaca, su recompensa en el valle delicioso de la tierra «donde no hay calor ni frío»—ó su castigo en los dominios de Cupay, el demonio Quíchua.

Qué habían dejado al morir? Aisladamente nada, aunque como miembros de la colectividad contribuían con sus esfuerzos á levantar los monumentos sin arte, pero soberbios, casi monstruosos, pretendiendo la perpetuidad, sin imaginarse que las piedras son tan deleznables como las generaciones. Sus monumentos no tuvieron otro mérito que la constancia en su ejecución con una paciencia resignada. El Coyor era en todo semejante á esos dédalos intrincados que millares de termites levantan en la llanura, cerca de un camino, en forma de montículo cónico.

El Coyor fué en Cajamarca la pirámide comunal de muchas generaciones. Estaba situada al lado de una laguna, en un valle, y como nueva acrópolis, sobre una roca ovalada, poco elevada y de ciento veinte mil metros cuadrados de superficie. Los primeros pobladores construyeron

un mausoleo en el centro y sus casas alrededor, sobre la periferia de la plataforma. Y un día las momias llenaron el mausoleo y fué necesario construir sobre su techumbre otro depósito, formando así la primera grada. A medida que el tiempo pasaba, el círculo se estrechaba y las gradas sostenían un nuevo piso, hasta que aquel edificio en que los vivos moraban al lado de sus muertos en extraña comunidad, quedó reducido sobre diez y ocho gradas, á una pequeña plataforma donde erigieron un santuario al Sol.

La fortaleza imponente de Paramonga, sobre el Océano, fué empezada en una edad sin memoria, continuada por otra civilización y terminada bajo el reinado de los Incas. La casa de Ollantay, construida sobre el cerro calcáreo que domina el valle de Vilcamayo, representa el trabajo de millares de hombres durante diez años. El gran Chimú surtido por los largos acueductos que venían desde el río Choche, poseía laberintos, huacas, palacios y templos. El palacio de Viracocha-Pampa, sobre una superficie de veintiseis mil metros cuadrados, estaba rodeado por un muro y cruzado por innumerables canales de irrigación. La fortaleza de Huanuco era el centro estratégico del Imperio. En Huanca-Vilcas estaban los sepulcros columnarios, altos algunos de cincuenta metros y destinados á guardar los restos de los guerreros valientes. El fuerte de Sacsaihuaman, con tres torres, rodeado de una triple muralla y comunicando con los palacios del Inca por medio de un laberinto de calles subterráneas, representa la más imponente construcción ciclópea. Los chulpas de las orillas de la laguna de Humayo eran tristes y siniestros mausoleos de granito negro; el trilito gigantesco de Copacaban; el templo de Viracocha,

grande y extendido, con el techo formado de enormes piedras, alojaba la estátua del Dios, representado en un hombre de larga barba y flotante túnica;—los baños del Inca; la fuente de Quoncacha; las tumbas delicadas de serpentina; las glifos en que se narraban hechos gloriosos ó aspiraciones ideales y las grutas funerarias de la Cordillera, eran otras tantas maravillas de paciencia y de labor mirmega.

Manco-Capac, en presencia de las ruínas mudas de Titicaca y de las construcciones megalíticas diseminadas en la región, encontró predispuestos á continuar sumisos la tarea á los restos salvajes de las antiguas civilizaciones extinguidas, gérmenes aún susceptibles de fecundidad,—y bajo la dirección patriarcal, despótica é invasora de los doce Incas que le siguieron, se reorganizó y completó, sobre esa inmensa porción del suelo americano, la gran nación de los hombres-hormigas del Continente.

IX

Había requerido quinientos años. Allí debía detenerse, y hubiera vuelto, á no ser la conquista, al estado salvaje de sus antecesores, como bajo la ley de una palingenesia retrógrada. El Tuhuantinsuyu se había unificado por el idioma y por la creencia; pero la unidad del culto de la casta fué al fin antagónica á la diversidad de creencias del vulgo, de modo que vacilaba ya la cohesión de la piedra angular de ese edificio, y el Sol no brilló más con toda su virtud sobre la tierra de los Incas. El yanacona, desdichado en medio de la

felicidad colectiva, sorprendió un día á su señor en la molicie y se depravó á su vez. Pensó que podía alcanzarle en sus placeres y en su descanso, y ya resuelto agitó los brazos como para sacudir esa presión de siglos que lo eternizaba en el trabajo, le ocultaba la esperanza y detenía la libertad de su pensamiento.

Simultáneamente oyó un rumor extraño. Acudió á la plaza del Cuzco y vió al chasquis que llegaba corriendo trayendo en la mano el quipus colorado, señal de la guerra. Del antiguo reino de los Scyris venían las huestes sublevando los pueblos tributarios. Era llegado el momento, pero venía cuando la fibra de la raza se había corrompido al exagerar la desigualdad de las castas, la diversidad de las creencias y la limitación del bienestar. El tuhuantinsuyu invasor y conquistador, era á su vez invadido y agitado por el inmenso clamor del peligro.

Acaecía el término de su grandeza en momentos en que el indígena aterrorizado, veía una luz rápida y desconocida iluminar el valle y oía á la montaña repetir el trueno siniestro del arcabuz.

El Continente Atlántico

I

Venecia, Fenicia de la Edad Media, duena por su poder marítimo de los intereses comerciales de Oriente, había logrado excluir á Génova, su rival, de los mercados de Egipto y someter á su monopolio á la Europa entera, debilitada por las guerras. Fué entónces que nació la idea de contrarestar su dominio, buscando un nuevo camino al Asia, y esta tendencia debía impulsar á los navegantes, á los genoveses especialmente, á perseguir su expansión en tierras más lejanas.

Eran estrechos entónces los límites geográficos del mundo. Al Norte la Islandia, como la última Thulé, representaba el linde trás el cual no existían más que las oscuridades del mar borrascoso é infinito. Al sur el promontorio del Nó era el muro severo que como en otro tiempo las columnas de Hércules, parecía prevenir el punto hasta donde era posible aventurarse. Al este el Asia, misteriosa, rica, grande, tan ilimitada, que sus confines no se conocían. Al poniente las islas Afortunadas, donde según las creencias de los antiguos se hallaba la dulce mansión de las almas.

Muy atrevido debía ser el marino que salvando las preocupaciones consagradas por los siglos, osara descorrer el velo sombrío de los horizontes conocidos; pero hay un hecho que la historia nos enseña, y es que las necesidades del comercio son capaces de dar bastante impulso para salvar las vallas más profundamente arraigadas. Circulaban entónces y eran leídas con avidez copias de las fantásticas narraciones de Carpini, de Mandeville, de Benjamin de Tudela, Ascelin y sobre todo las de Marco Polo, el más audaz viajero de su tiempo. Exajerábanse las raras aventuras de las expediciones, las pompas de la India y las maravillas del Imperio del Gran-Khan, y esto á la vez que contribuía á despertar un intenso anhelo, estimulaba el espíritu singularmente. «Mil relatos, dice Michelet, inflamaban la curiosidad, el valor y la avaricia, se deseaba ver esos misteriosos países en que la naturaleza había prodigado los mónstruos y donde había sembrado el oro hasta sobre la superficie de la tierra». Era por otra parte productivo al exceso el comercio con el Asia: de allí, las caravanas que cruzaban la Arabia ó la Abisinia traían la seda, el marfil, la carísima pimienta, la canela, el clavo aromático, el jengibre, la nuez moscada y todas las otras valiosas especias cuyo comercio había exaltado al último grado la prosperidad veneciana.

Destruir ese monopolio avasallador debía constituir el móvil de todas las empresas, y para conseguirlo no había otro medio que tentar una ruta al Oriente.

II

El día en que una flota portuguesa franqueó el Nó y llegó hasta el cabo Bojador, descubriendo nuevos horizontes, se despertó vivamente el génio aventurero de la navegación. Ser el primero en ver las costas ignotas del sur, fué desde entónces el ideal acariciado de los marinos.

Dos hidalgos protegidos por el rey Enrique, al intentar doblar el Cabo fueron lanzados por un vendaval á la isla de Puerto Santo, desde donde pudieron ver á lo léjos, en el ocaso, como una pequeña nube, otra tierra que los atraía. Así encontraron la isla primaveral de Madera, á la luz del sol, exhuberante de vegetación, como un paraíso abandonado. El descubrimiento siguiente de las islas del Cabo Verde y de las Azores, y el paso de la línea ecuatorial, trás la que se suponía existir un aire enrarecido y mortífero, coronaron estos primeros triunfos, sobre todo cuando vieron aparecer al fin en el cielo austral, como un símbolo de fé para los navegantes, brillando entre el Centauro y la Vía láctea, las cinco estrellas de la Cruz del Sud, que el Dante tanto había anhelado ver.

Por aquel tiempo, Bartolomé Diaz llegó costeando, como Hannon en su periplo, hasta el cabo Tormentoso, donde el gigante Adamastor, de pié y airoso, detenía con la fuerza de las tempestades al navegante temerario que se atrevía á profanar la soledad sagrada de los mares desconocidos. Salvado aquel paso se pensaba que quedaría abierto el camino á las Indias, y Vasco de Gama

se disponía á acometer esa empresa, la más osada, cuando murió su protector, demorando diez años su inmortal triunfo.

Independientemente de estas tentativas, adquiría prosélitos la idea de abreviar el camino buscado, por una vía opuesta, cruzando el Atlántico. El cardenal Aliaco la había sostenido en 1416 en su tratado de Cosmografía, y Toscanelli, el físico de Florencia, la apoyaba decididamente. Sin embargo, teníase por visionario al que creía en los antípodas, y los que admitían la teoría esferoidal calculaban á la enorme Asia una extensión mucho mayor de la que realmente tiene, de donde provenía el error de que sus extremos podían encontrarse precisamente donde está situado el Continente Atlántico.

Colón fué el más esforzado campeón de este pensamiento. Había llevado la vida dura del marino en el Mediterráneo y se había acostumbrado á la vez al peligro y á la observación. Cuando se iluminó su espíritu con la esperanza de encontrar un mundo desconocido, era todavía muy jóven, apenas treinta años, pero desde entónces, aquel iba á ser en adelante el único objetivo de su vida. Meditó la idea, la estudió y se la demostró á sí mismo con la íntima satisfacción de un secreto descubierto y del gran problema que decidiría su porvenir. Toscanelli, su Mentor contestaba así en 1474, á las objeciones que le había hecho:—«Veo que tenéis el grande y noble deseo de ir al país donde nacen las especias, y en respuesta á vuestra carta os envío copia de la que dirijí hace algunos días á un amigo mío al servicio del serenísimo rey del Portugal, que recibió órden de consultarme á este respecto. Podría con un globo en la mano demostrar lo que deseáis, pero prefiero

en bien de la empresa señalar el camino en un mapa semejante á las cartas marinas, donde he dibujado toda la extremidad del Occidente. Veréis que el viaje que intentáis es menos difícil de lo que se piensa y estaríais persuadido de esta facilidad si como yo hubieseis tenido la ocasión de hablar con un gran número de personas que han estado en la India de las especias».

El mapa de Toscanelli, que le señalaba hasta el derrotero de su viaje, le confirmó sus propias opiniones. Debe haberle alentado también en sus numerosas lecturas aquel párrafo de Séneca en las *Investigaciones sobre la Naturaleza*: «Qué distancia hay de las riberas de España á las Indias? —El espacio de pocos días si el viento es favorable al buque».

Colón admitía el cálculo predominante sobre la extensión del Asia, que según Plinio alcanzaba á una tercera parte de la tierra habitable, y se apoyaba en el libro apócrifo de Esdras para afirmar que de las siete partes del globo solo una ocupaba el agua.—«Lo que sobre todo hizo creer á mi padre, dice Fernando Colón, que el espacio á recorrer entre la España y el Asia era muy corto, era la opinión de Alfragan y sus sectarios que admitían la circunferencia de la tierra mucho menor de la que le suponían los cosmógrafos, calculándole al grado solo 56 $^{2}/_{3}$ millas. Como según esta valuación la esfera entera era muy pequeña, pudo halagarse con la idea de que el espacio que Marin de Tyr consideraba como desconocido, podía ser recorrido en poco tiempo. Hay que agregar á esto que la extremidad oriental de la India aún no había sido alcanzada, de manera que el Almirante pensaba que esa extremidad debía estar próxima á la parte más occidental de Europa y Africa».

Estas fueron las bases más positivas de sus planes y las pruebas de mayor evidencia que se preparaba á dar. Los mapas y los datos de Perestrello, los informes de ese aventurero de Huelva que se había refugiado y muerto en su casa, los vestigios de tierras de ultramar traídos por la corriente del Gulf-Strean hasta las Azores; el cálculo de Marín que colocaba á la China á quince horas al este de Portugal, no quedando por consiguiente sino nueve horas entre Europa y la China por el oeste; las antiguas referencias de Diodoro y de Avieno, las de Plutarco, las de Tespompo en el Meropis y mil indicios de pilotos, de libros y de proposiciones matemáticas, le confirmaron plenamente en sus suposiciones y no quizo demorar más tiempo una empresa que llevaría su nombre á la inmortalidad.

III

Pesaroso de que el Senado de Génova, su pátria, calificase de quimera su plan, y desengañado del rey Juan, que influenciado por el obispo de Ceuta mandó verificar secretamente el derrotero señalado, se trasladó á Palos y se alojó durante dos años en la casa del duque de Medinaceli, su primer protector en España.

Recién en 1486 pudo presentarse á los reyes.—«He navegado, decía en su petición, desde hace cuarenta años, recorriendo todos los mares y explorándolos cuidadosamente; he conversado con un gran número de sábios de todos los estados, de todas las naciones y de todas las religiones; he

estudiado la navegación, la astronomía y la geometría: puedo dar cuenta de todas las ciudades, ríos y montañas y asignarles su lugar en los mapas; he leído todas las obras publicadas sobre cosmogonía, historia y filosofía: me siento pues dispuesto á hallar las Indias».

Pero por aquella vez debían escucharle solo los profesores de Salamanca, teólogos profundos, ciegos reverentes de los textos santos, imbuidos en la tradición y en las preocupaciones. La Biblia dice explícitamente que la tierra es una superficie plana, suspendida milagrosamente en el espacio por la voluntad de Dios. Luego, apoyados en Lactancio y San Agustín, negaban la existencia de los antípodas y por consecuencia la forma esférica de la tierra; algunos, si bien la concebían probable, se oponían al proyecto temiendo al calor mortal que reinaría en el otro hemisferio, y por la imposibilidad de volver á remontar el océano, pasada cierta latitud, donde las corrientes arrastrarían cualquier buque á espantosos precipicios; otros, como Hernando de Talavera, que presidía el Jurado, alegaban con la mayor ingenuidad que si hubiesen países al occidente ya hubieran sido descubiertos por los osados marinos que cruzaban los mares desde tiempos inmemoriales, y los más no titubearon, fundados en la fé expresa de los libros sagrados, en insinuar contra el navegante esa terrible acusación de impiedad y heregía que cincuenta años más tarde de seguro lo hubiera conducido á la hoguera.

Grave fué para Colón aquella singular controversia de la teología con la geografía. No estando aún demostradas las leyes armoniosas de la atracción y del movimiento no era posible una prueba científica,—pero aún en tal caso se hubiera

estrellado en el cúmulo de los aforismos teologales. En vano los refutó con los axiomas de la experiencia, los hechos y las inducciones matemáticas, con argumentaciones poderosas que habrían convencido suficientemente á un auditorio desligado de los compromisos de las órdenes religiosas. Por doquier no halló sino la frase que le decía lo insensato de su pensamiento.

Otros en cambio, hombres de autoridad en las letras y en las ciencias, allegados al trono, eran favorables al proyecto. No pudieron pues los reyes desistir de él por completo, y demoraron á Colón cuatro años entreteniéndolo en tanto con subsidios ó halagándolo con promesas. Próxima ya la rendición de Granada, en 1491, el navegante intentó un nuevo esfuerzo, pero otra vez derrotado, se retiraba con el mayor desaliento, cuando halló en su camino á fray Perez, el monje de la Rábida. Había luchado ya durante diez y ocho años para vencer las resistencias, por medio de las estratagemas y del talento persuasivo que aprendió en su vida aventurera del mar.

Reabiertas las negociaciones, hubieron de frustrarse á causa de las exhorbitantes pretensiones manifestadas, á no haber sido la oportuna intervención de don Luís Santangel, escribano de ración de la Corte Aragonesa,—y á pesar de la oposición de Fernando el Católico, la reina favoreció y autorizó la expedición, acordando los privilegios solicitados para «buscar el Oriente por la vía de Occidente».

IV

La partida no se verificó bajo buenos auspicios: los tripulantes habían sido reunidos sin voluntad, algunos violentamente, en tres barcas frágiles y pequeñas, y todos estaban bajo el peso de los temores y de las dudas inquietantes. Pero Colón confiaba en su valor y tenía fé en una empresa para la cual se sentía desde algunos años ántes, como impulsado por la Providencia. Se consideraba el predestinado á realizar la célebre predicción de la Medea, que tantas repitió en sus infortunios y en los días mejores de su gloria: «Vendrá un día en los siglos lejanos en que serán tranqueadas las barreras del Océano, en que se descubrirá una vasta tierra, en que el mar revelará nuevos mundos y en que Thulé no será más el límite del universo terrestre». Y Colón no dudaba que la visión de Séneca se refería á la porción del Asia entónces del todo desconocida que avanzaba en el Océano en inconmensurables distancias. «Buscar el Oriente por el Occidente, decía él mismo, era el móvil de su viaje, y pasar por la vía del Oeste á la tierra donde nacen las especias». Creía firmemente encontrar el Continente Asiático y todos los ricos países de que hablaban Marco Polo y Tudela, el Zipan-gou, el Catay, el Mangy, abundantes en oro, en pedrerías y en riquezas prodigiosas. Este fué el sublime error que lo llevó. El alisio del noreste se encargaría después de impulsar sus naves.

Impúsose á las tripulaciones por su espíritu bondadoso y por su profundo convencimiento.

Árdua fué su lucha en los primeros días de la navegación, cuando los marinos creían divisar en las distancias nebulosas del horizonte, esa isla fantástica de San Brandan, que los habitantes de las Canarias se figuraban ver emergir todos los años del seno de los mares como una aparición siniestra y desaparecer después en una noche de tempestad.

Nada hay que se oponga más al éxito de los grandes pensamientos que las preocupaciones arraigadas de una época. Destruirlas de golpe es imposible, modificarlas es penoso y solo la elevada disposición del espíritu que constituye el carácter y que establece la superioridad del hombre sobre el hombre, puede sobreponerse á ellas y contrarrestarlas. Imagínese pues el esfuerzo de Colón, que á la vez de borrar de los mapas de entónces el nombre de mar tenebroso, dado al Atlántico después de las Azores, debía desvanecer la idea de las islas engañadoras, de las horrendas vorágines y de los abismos oceánicos donde imperaba «el príncipe de las tinieblas».

Una cruzada de la convicción contra la tradició fué esa larga travesía del mar ignoto. Diariamente el Almirante, alarmado por la declinación de la brújula, anotaba las distancias, y las disminuía al anotarlas, como minutos sustraídos al tiempo para esperar un fin. En la mañana, á la salida del sol que parecía un mensajero de las costas de la pátria, el ánimo se retemplaba en las tripulaciones,—y por la tarde el astro, al hundirse como un inmenso globo rojo en el océano, parecía augurar una señal triste, precursora del último límite de las grandes aguas.

El trascurso del viaje alternaba entre incertidumbres y esperanzas fugitivas. A veces las aves

que divisaban á los lejos, en su vuelo rápido, infundían el aliento de un buen presagio, y en otras ocasiones los maderos flotantes indicaban silenciosamente su orígen en una tierra no lejana. Una tarde, ya al oscurecer, cincuenta días después de la partida, Martin Alonso Pinzón, de pié en la popa de la «Pinta», dió de pronto el grito triunfal de *Tierra!* La tripulación fascinada afirmó igual cosa y todos á un tiempo entonaron de rodillas el «Gloria in excelsis Deo». Pronto la noche de otro cielo sideral suplantó al crepúsculo, impidiendo alcanzar el oásis divisado, y al alba, cuando lo buscaron en la penumbra dilatada del océano, no encontraron sino la línea igual, redonda y siempre ilimitada del horizonte. El celaje los había engañado, y como éste otras veces el fucus natans que hacía aparecer el mar, á lo lejos, como vasto campo de verdura. Debieron resuscitar de nuevo los cuentos de las islas quiméricas y pensaron que la continuidad de los vientos alisios, cuya causa desconocían, los llevaría invariablemente á la sima de los últimos límites. Era bastante para que empezara á cundir el desaliento: sordos rumores de insubordinación llegaban á oídos del Almirante.

Aún así sucediéronse todavía dos semanas de indecible espectativa; pero la ansiedad llegó al colmo y las tripulaciones desencantadas exigieron terminantemente volver el rumbo de las carabelas. Fué entónces que Colón, imponente sobre la cubierta de su buque, con la actitud profética del iluminado, pidió el plazo supremo de los tres días. Pudo dominar á todos su súplica á la vez altiva é inspirada, más memorable que la ironía salvadora de Vasco de Gama, cuando al doblar el cabo de Buena Esperanza, en un día sereno de luz y

vida, viendo en el mar desconocido la ola enhiesta de un terremoto submarino venir rebramante como para despedazarlos con su furioso choque, dijo á la tripulación aterrada:—«Marinos, no haya cuidado: es el mar que tiembla ante nosotros».

Habían andado ya más de mil leguas y Colón estaba más persuadido que nunca que no tardaría en divisar las costas de Catay. Sucesivamente, en esa inmensa soledad del océano, los indicios habían ido aumentando y en la noche del once él mismo pudo ver, á lo léjos, como un fuego fátuo, una luz vacilante que no semejaba á la de las estrellas. Se retiró á su camarote con la angustia de la última ilusión.

A las dos de la mañana, el centinela del puente Rodrigo de Triana, al percibir entre las medias tintas de la noche de luna, la sombra espesa de la isla próxima de Guanahani, lanzó con su voz sonora el grito de *Tierra!*—y Tierra! gritaron todos á concierto con el júbilo de la exclamación de «Italians!» con que los troyanos prorrumpieron cuando conducidos por Eneas divisaron las costas tanto tiempo buscadas!

V

Colón consideró á las Lucayas como parte de esas doce mil setecientas islas, con montañas de oro, perlas é infinita variedad de especias que mencionaba Marco Polo. No le abandonaba la idea primordial que inspiró su expedición.

Descubrió sucesivamente cinco islas, la parte setentrional de Cuba,—Haití, que equivocó con Ofir, y la elevada isla de Monte-Cristo, donde se

persuadió, al ver las doradas arenas del Yaque, que estaba en el buscado Zipan-gou. Recogió muestras y emprendió la vuelta, halagado con sus descubrimientos insulares.

Su regreso fué saludado universalmente como el más grande triunfo de la navegación, y millares de aventureros, nobles y plebeyos, se aprestaron á correr en pos de las riquezas fabulosas de las Indias Occidentales. Colón confirmó sus títulos y privilegios y se preparó rápidamente para la segunda expedición.

Esta se verificó en condiciones incomparablemente superiores. No eran ya los pequeños barcos de la primer jornada, sino tres grandes navíos y catorce carabelas con mil quinientos voluntarios entusiastas, caballos, mercancías, semillas, los célebres perros corsos, y para complemento catorce sacerdotes y un cargamento de imágenes. El viaje fué más breve, porque siguiendo un derrotero de siete grados más al sur, pudo encontrar con muchos días de anticipación las pequeñas Antillas. Nuevamente equivocado, Colón creyó que Cuba era el Japón, y escribía con este motivo al rey: «Quiero después ir á la tierra firme, á la ciudad de Guinsay (capital de la China bajo la dinastía de los Hong) y enviar al Gran Khan las cartas de Vuestras Altezas».

Exploró una gran porción de Santo Domingo, descubrió otras islas y á los nueve meses regresó á España, ignorando aún la inmensidad de su descubrimiento y perseguido por la tenaz idea de que había encontrado el camino más corto al Asia. En este segundo regreso halló muy debilitado el espíritu público. Tantos sacrificios, tantos desastres, tanto dinero gastado sin ningún resultado práctico, habían variado totalmente la

benevolencia que encontró en un principio. Se le hicieron inculpaciones graves, le llamaron aventurero; y el español, en su orgullo resentido, lo insultó, diciéndole: «Genovés!».

VI

En tanto, cinco buques de la marina inglesa partían de Bristol en la primavera de 1497, dirigidos por Juan y Sebastián Cabot, para tentar un paso al Catay por el noroeste, descubrimiento reservado para 353 años después á Max-Clure, el intrépido explorador de la región polar ártica. El 24 de junio descubrieron la isla de Terra-Nova, entre las brumas que ocultan sus escollos; costearon luego el Continente desde el Salvador hasta la Florida, adquiriendo con esta empresa la gloria de haber encontrado—los primeros—la tierra nunca vista del Nuevo Mundo.

El mismo año Vasco de Gama había doblado el Cabo y llegado hasta Calcuta, dejando comprobada definitivamente la posibilidad del verdadero camino al Asia, por el Oriente.

Pero en aquellos tiempos era imposible conocer un suceso hasta mucho tiempo después, de manera que Colón, al partir en su tercer viaje, ignoraba la gloria que le usurpó Cabot y el problema que resolvió Vasco de Gama.

Este tercer viaje fué por otra parte el más memorable de la vida de Colón. Tenía cuando partió 63 años y se había resuelto seguir la línea equinoccial, porque según Jaime Ferrer, hácia el Ecuador las cosas más preciosas serían encontradas en gran abundancia. Inclinóse efectivamente

al sur y halló en el grado 10 la isla de la Trinidad. Allí las corrientes del Orinoco, que penetraban al mar dulcemente, le sugirieron la idea de que no podían provenir sino de un gran río y que este no podía ser otro que el Ganges. Había llegado por primera vez, sin saberlo, á la tierra firme, equivocando aquella que buscaba, todavía distante tres mil leguas al ocaso.

Fué entónces que para calmar la mala impresión subsistente en España, escribió á la reina comunicándole que las tierras que acababa de descubrir eran las de Ofir, y que contaba sacar de allí el oro necesario para sostener la guerra contra los mahometanos y rescatar el Santo Sepulcro.

Es conocido el tercer regreso. Colón volvió cargado de los hierros que le colocó Bobadilla, engendro inquisitorial que inauguró los atropellos del coloniaje. La llegada del ilustre navegante, preso y engrillado, reavivó su gloria. Estalló un sentimiento general de indignación y se cubrieron con honores las injusticias pasadas.

El cuarto viaje fué el más largo y lo emprendió algo agobiado por los años y las enfermedades. Quería encontrar entre las islas ya descubiertas el paso directo que siempre creyó debía existir para alcanzar las costas de la India, recién visitadas por Gama. Había calculado bien el paso posible, pero el itsmo le detuvo. Llegó luego á dos días de Yucatan, costeando Honduras y los Mosquitos, y explorando Costa-Rica y el itsmo de Veraguas, que suponía vecino al Gran-Khan. La costa de Honduras, donde encontró edificios, tierras cultivadas y utensilios bien labrados, la confundió con la de Malabar,—y es allí probablemente donde habrá oído hablar de los montes que se elevan al Oriente de Nicaragua, en cuyas faldas existían

yacimientos auríferos. Al decir del geólogo Marcou, esos montes conocidos con el nombre de «América», fueron quizá los que originaron la denominación del Nuevo Continente.

Cuando volvió á España después de un año de cautiverio forzoso en las costas de Jamáica, creyendo haber encontrado la mina famosa del Aura Chersoneso, de donde según Josefo se extrajo el oro empleado en el templo de Jerusalem, su protectora la reina Isabel había muerto, y Fernando, cansado de recibir promesas en vez de las riquezas que tanto tiempo había esperado, tuvo para él una fría recepción. Poco después el sublime visionario moría en Valladolid, apenado por la ingratitud con que se premiaban sus afanes y en momentos en que más estaba convencido de haber hallado la tierra asiática.

VII

Murió sin saber que había descubierto un mundo!

Jamás dió fé ní á la Atlántida de Platón, ni á los Campos Elíseos de Homero, ni á la Gran Antilia de Aristóteles, abundante en bosques, regada por ríos navegables y rica en frutos. No era pues un mundo que buscaba, sino una costa, una tierra poblada, una vía más próxima, útil á un objeto comercial. Jamás se detuvo á considerar las antiguas profecías, por no incurrir en los fatales errores de las preocupaciones;—prefirió ser sábio, positivo, matemático,—y si se equivocó fué en virtud de los principios de la ciencia entónces aceptada. Al hallar las costas no pensó estar en

presencia del Continente que imaginara Séneca, porque no había ido trás él, y porque para aceptarlo como tal hubiera tenido que cambiar antes todas sus convicciones de cuarenta años.

Al emprender el primer viaje su pensamiento fué abrir la ruta del comercio y preparar la prosperidad de la nación que le había oído; pero al día siguiente del hallazgo de las Lucayas, sus afanes cambiaron: se lanzó trás el Ofir y el Aura Chersoneso persiguiendo el oro que siempre le huía, —y como creyente fiel á los dogmas, ligó sus esperanzas y sus aspiraciones al interés de la religión. Obedeció siempre al plan que se había propuesto, lo persiguió inflexible para coronar su obra, y ni las islas, ni los ríos, ni las extendidas costas, ni el itsmo, ni el periplo de Cabot, ni la hazaña de Vasco de Gama, pudieron cambiar su intención de llegar al Asia. Para conseguirlo, no quizo detenerse, no dió á las tierras que descubrió la importancia que tenían, no pudo comprender ese Continente inesperado que se presentaba á su paso para ofrecerle una gloria más elevada y un premio más inmortal,—como hombre de carácter no vaciló ante los obstáculos más colosales, y persistente, é inalterable, pretendió ir aún más allá, hasta dar cima á su empresa.

La grandeza de Colón no consiste precisamente en el descubrimiento de la América, porque los hechos no se juzgan por el resultado imprevisto ó afortunado, sino por el móvil consciente que los produce. Es atributo del génio la inspiración, son sus manifestaciones la perseverancia y la lucha, su consecuencia el triunfo y su recompensa la gloria. Pero lo extraordinario no forma la gloria sino su éxito. El nombre de Colón es grande por su abnegación en abrazar una idea que en

los tiempos en que fué concebida era un sueño, una quimera y una heregía; por su tenacidad inquebrantable de veinticinco años en conseguir un propósito y su afán de quince años por completarlo, por su heroísmo temerario en lanzarse á los mares desconocidos y misteriosos, terribles por la leyenda; por haberlo cruzado el primero y por haber roto con las preocupaciones intolerantes de esa época, despejando el horizonte é inaugurando la éra que condujo á la más prodigiosa de las conquistas humanas. El mundo plano se hizo esférico y se completó. Por eso se ha dicho muy ingeniosamente que su gloria consiste no tanto en haber llegado como en haber partido.

VIII

Colón es el iniciador de la série de los grandes descubrimientos geográficos. Trás él surgieron pléyades de navegantes osados, afanosos por las aventuras de lo Desconocido.

Pinzón, protector y actor del primer viaje, pasó la línea en 1499 y reconoció ese caudaloso Amazonas que se derrama con el torrente de sus aguas, hasta trescientos kilómetros en el Océano, bajo el sol de fuego del Ecuador. El mismo año, Alvarez Cabral, que seguía con trece buques la nueva ruta de Vasco de Gama, se apartó de la costa del Africa para evitar el contínuo inconveniente de las corrientes y de los vientos contrarios, y sin imaginarlo cayó en otra corriente, en la ecuatorial que parte del golfo de Guinea y que lo llevó insensiblemente hasta la costa brasilera,

hácia los 17 grados de latitud sur, confirmando así con otra casualidad el descubrimiento de la tierra atlántica. En el extremo opuesto, Verazani, que buscaba un paso á las Indias por el norte, costeó setecientas leguas, y como Solís fué deshecho por los salvajes. Después, antes de terminar aquel siglo, efectuóse la expedición que más debía perjudicar al nombre de Colón: dirigíala con cuatro naves Alonso de Ojeda, que llevaba la ilusión de los últimos descubrimientos, pero no fué funesta por ésto, ni por haber llegado al norte del Ecuador, ni porque hubiese reconocido las aguas dulces del Orinoco, sino porque con él iba Américo Vespucio.

El aventurero florentino, piloto mediano, poco geógrafo, escribió al regreso el célebre diario, en el que, al pretender haber descubierto la tierra firme un año antes que Colón, trazaba el relato fantástico de sus viajes y de las tierras que visitó, que también creyó pertenecían al Asia. Años después, Martín Walseemuller publicaba un tratado de Cosmografía, seguido de las cuatro entretenidas relaciones de Vespucio y proponiendo al emperador Maximiliano, á quien dedicaba la obra, el nombre de AMÉRICA para el nuevo mundo. Escrita en español y traducida luego al portugués, al italiano, al francés y latín, logró,—á falta de otra mejor para despertar y contentar la curiosidad,—una circulación universal, y universalmente cundió la costumbre de llamar «América» al nuevo Continente. Así fué grabado ese nombre por primera vez, por Petrus Apianus, en un mapa de madera, en 1520.

Si entónces no se le dió ni el nombre de su profeta Séneca, ni el de Colón, que lo halló, al buscar otras tierras, ni el de Cabot que lo costeó

el primero, á esta gloria colectiva podría adaptarse el nombre de ATLÁNTIDA, no por ser la isla soñada del Timeo, desaparecida bajo las aguas y resurgida en el largo cómputo de las edades geológicas, sino por ser bañada y acariciada en el prolongado ámbito de sus costas por el gran océano Atlántico.

IX

Los primeros años del siglo XVI pasaron en los ensayos de la colonización.

En 1512, cuando Ponce de León—«amante de la vida»—llegaba á la Florida, en busca de la isla de Biminí, donde se suponía la existencia de la fuente cuyas aguas, como las de Holmat, restauraban la juventud,—Juan Díaz de Solís, el compañero de Pinzón, que había ido á continuar sus huellas y buscar por el extremo sur el estrecho que condujera á las Molucas, encontró el Mar Dulce, mezclado al océano por un estuario de doscientos treinta kilómetros de ancho.

Un año más tarde, los restos anarquizados de la colonia de Ojeda, en el Darien, convenían en elegir como gefe salvador á un noble aventurero, reputado por su talla y su fuerza prodigiosa. «Su brazo era el más firme, su lanza la más fuerte, su flecha la más certera; hasta su lebrel de batalla era el más inteligente y el de más poder». Vasco Nuñez de Balboa acepta el encargo y emprende con ciento noventa compañeros bien armados y bien dispuestos el descubrimiento de otras tierras.

No saben precisamente donde ván, sino que al cabo de muchas penalidades podrían encontrar oro ó regiones fértiles y aparentes para subsistir. La montaña escarpada los detiene, pero no importa: trepan á ella, ayudándose unos á otros, y la pasan;—luego viene la selva vírgen y la cruzan; y trás ella se levantan otras montañas y otras todavía más allá. Perdidos en el dédalo pétreo, luchando con tríbus feroces y con los obstáculos más tremendos, no se amedrentan; siguen, y después de veinticinco días de angustias, el gefe, que vá siempre adelante, sube á la cumbre del gran macizo de Pirri, divisa en el verde azulado del horizonte sin límites el océano más grande de la tierra, y repite el grito supremo de victoria con que prorrumpieron los compañeros de Xenofonte al salir de las soledades del Asia: «Thalassa! Thalassa!» el mar! el mar! Bajan todos y Balboa, armado con todas sus armas, como los antiguos caballeros, entra al agua hasta recibir el embate de las olas, en nombre del rey de España levanta el estandarte de Castilla, y mojando en la espuma la espada desnuda toma posesión del inmenso océano, «desde el polo norte hasta el polo sur, por ahora y siempre, por tanto tiempo como el mundo dure y hasta el juicio final de todas las razas mortales».

En 1520, Fernando Magallanes, el más enérgico y el más glorioso de los navegantes de su época, cruzó el Estrecho que conserva su nombre, hallando al fin el paso tan buscado que llevaba á las Indias; entró al Pacífico con el célebre piloto Sebastián de Elcano, uno de los pocos que logró volver á España con el «Victoria», el quinto y último buque que les quedó y con el que se realizó

el primer viaje de circumnavegación, en tres años y catorce días.

Pedro de Alvarado conquistó el reino de Guatemala; Gonzalez Dávila recorrió la Nicaragua; y en 1542, Hernando de Soto, soldado de Pizarro enriquecido en el Perú, partió para la Florida en busca del Eldorado y de la fuente de Juvencio. Descubrió ríos, pasó los montes Alleghanis, llegó á la rica comarca de Cofachiqui, gobernada por una mujer, tuvo con los indios batallas que le fueron fatales, se encontró una vez en el círculo ardiente de selvas incendiadas, descubrió el Missisipí, y contrajo en el pantano de sus orillas la fiebre que lo mató. Sus compañeros colocaron el cadáver en un féretro de piedra, lo abandonaron una noche á la corriente del río para ocultar su muerte á los indios, y desde entónces, dice Bancroft, el descubridor del Missisipí descansa en medio de sus aguas. Había recorrido gran parte del Continente en busca de oro y lo más notable que encontró fué el sitio de su sepultura.

X

Fué la primera víctima del Eldorado. Casi en la misma época, Orellana dejaba á Gonzalo Pizarro en la soledad de los intrincados montes, donde se descubrió el canelero americano,—mientras él se abandonaba en una barca improvisada, singlando en las corrientes del Marañón. Ignoraba su derrota en aquel río prolongado que nadie conocía; ignoraba si alguna vez llegaría, si arrebatado de improviso caería en el torbellino de alguna catarata; ignoraba si podría volver;

y penetraba como bajo una oscuridad tenebrosa, donde debía andar al tanteo, espiando los infinitos peligros de todas las horas.

No había nacido en él la primera idea de ese mundo de oro y pedrerías trás el cual iba. Años antes, los indios maravillados por el reflejo argentado de la luz sobre las montañas micáceas, referían cándidamente que las nubes tomaban el color de la plata, abundante en la región. No se imaginaron los conquistadores el simple error de aquellas sencillas gentes y se dejaron seducir por el atrayente imán.

Los exploradores que partieron en seguida, al encontrar el más triste desengaño, temiendo el ridículo del fracaso, prefirieron regresar simulando satisfacción y refiriendo mil invenciones halagadoras;—y era por ésto que, á cada expedición fracasada, antes de llegar al imperio del Gran Moxo, renacían otra vez más esperanzas y más certidumbres.

Tal aconteció con los enviados de Balalcazar, con Díaz de Pineda, con Martinez, que aseguraba haber estado siete años en el imaginario reino y que describió los suntuosos palacios de oro y plata, de Manocia, la capital; con Diego de Ordaz, aquel que se alababa de haber sacado azufre del cráter ebullente del Popocatepetl; con Orellana, que verificó ese milagro inconcebible de navegar todo el Amazonas salvando los mayores peligros, en una débil embarcación; con Jorge von Specier y con Felipe von Hunten en 1545.

Walter Raleigh, el intrépido inglés, creía firmemente en esa visión mágica del Eldorado. Lo suponía en la rica porción de tierra que media entre el Orinoco y el Marañón, y una trás otras se desbarataron en los montes inaccesibles y en los

áridos llanos, las tres expediciones que dirigió. Fué el más obstinado en hallarlo y tuvo el mérito de no desmayar ante los más grandes contrastes. Muchos más, intentaron realizar esa fabulosa empresa—tanta era la fé que en ella se tenía—y en 1775, doscientos cincuenta años después de la primera revelación, partía todavía en pos de ese sueño siempre renovado, más remoto que la piedra filosofal, la última expedición.

Nunca los esfuerzos son estériles: todas estas tentativas, á pesar de su fracaso no fueron infructuosas porque dieron lugar á descubrimientos sérios y á la designación precisa de sitios geográficos desconocidos.

XI

Alvar Nuñez Cabeza de Vaca es otro de los temerarios viajeros de la época de la conquista. Hizo su aprendizaje con Pánfilo de Narvaez en la expedición á la Florida y fué uno de los cuatro que pudieron regresar después de algún tiempo de cautiverio entre los salvajes. Nombrado Adelantado del Río de la Plata, desembarcó en Santa Catalina, en la costa Atlántica, y de allí, con doscientos cincuenta hombres cruzó las inmensas selvas solitarias y llegó hasta la Asunción, realizando un viaje tortuoso de más de mil leguas, tan difícil que no se ha vuelto á verificar.

Trás él sigue la larga lista de los heróicos aventureros, los progenitores de nuestra raza, los hombres de hierro, con el corazón más templado que la espada que esgrimían, de cuerpo y de valor incontrastable, impasibles en los peligros,

denodados, impertérritos, arrastrados por la misma ambición del metal, llenos de una vaga ilusión de gloria, y cuyas siluetas aparecen á través de los siglos, envueltas en aureolas de luces y de sombras, con la noble arrogancia y las bajas crueldades del soldado, mezclando sus hazañas á sus crímenes, sus esperanzas á sus desesperaciones, sus tentativas á sus éxitos felices, con desastres de Odisea y triunfos de tragedia.....

En otro órden de conquistas, el holandés Lemaire cruza el estrecho de su nombre en 1616 y constata que los dos océanos se unen al sur de la América por un vasto mar austral;—aparecen los mapa-mundi de Gemma Frisius esbozando el Continente desde la Tierra del Fuego al Labrador; Vaucover, Hudson y Berhing completan sus descubrimientos en el norte; Jacobo Cartier remonta el San Lorenzo y descubre el Canadá; el capitán Texeira realiza en sentido inverso la hazaña de Orellana remontando el Amazonas, desde el Grao Pará hasta Quito (1638); en 1780 Alejandro Mackensie salva las Montañas Rocosas y atraviesa la América Setentrional en toda su latitud; Martius, Mawe y Neuwied recorren el Brasil; Bonpland y Mutis estudian la flora, Humboldt la física del Continente; D'Orbigny la zoología y la etnología. Fitzroy la hidrografía de las costas australes; Darwin, Philippi y Pissis la geología; Dana y Domeyko la mineralogía, Azara la ornitología; Shoolfrat, Brasseur de Bourbourg y Lord Kinsborough la etnología; Tchudi la arqueología, Agassiz la ictiología, Burmeister la paleontología y Morton la antropología.

Quedando luego para honra del Nuevo Continente y para gloria de la humanidad, el nombre de estos héroes de la Ciencia!

Conquista y Coloniaje

I

Los ensayos de la colonización como consecuencia del descubrimiento, se iniciaron en Haití, centro de las grandes resistencias del elemento indígena contra el conquistador. El número de aventureros enviados de España para poblar las nuevas tierras fué limitado si se compara con el de presidarios arrancados de las prisiones, sin hábitos de trabajo, sin industrias y con las malas inclinaciones que tan funestamente debian influir en los primeros días del coloniaje.

La opresión violenta que hicieron pesar desde un principio provocó la insurrección general de los isleños, dirigidos por sus cuatro gefes, que murieron todos, desde Canaobo hasta Anacaona, la heróica viuda que en uno de sus desesperados ataques fué hecha prisionera y luego quemada. Más que el cañon y el arcabuz sirvieron en aquella ocasión á los españoles, los perros dogos, amaestrados expresamente para atacar á los hombres de piel roja y alimentarse con su carne.

A estas exacciones, que originaron los escritos conmovedores y geniales de Las Casas, siguieron los impuestos exagerados para costear con su importe nuevas expediciones, al mismo tiempo que redoblaba el envio á España de cargamentos de indios destinados á la esclavitud. De esta manera la población debía disminuir rápidamente, y en 1506, la de Haití, que en la época del descubrimiento pasaba de medio millón de habitantes, no era entonces mayor de sesenta mil. Dos años más tarde, este número había descendido tan considerablemente, que el gobernador Ovando, autor del auto de fé de sesenta caciques en Jaragua, tuvo que recurrir á los aborígenes de las Lucayas para poder atender las plantaciones de caña de azucar. En Cuba, en 1532, dice un informe oficial, no quedaban sino cuatro mil indios. Los caribes prefirieron emigrar ó hacerse exterminar, antes que aceptar la esclavitud; contrariamente á lo hecho por una rama de su misma raza, bajo otro clima. Por todas partes era la matanza, la guerra de exterminio;—y como consecuencia, una sombría soledad empezó á reinar.

La conquista era eminentemente destructora: pretendía la posesión absoluta del suelo como cosa ganada á costa de sacrificio y de valor. El axioma admitido entonces como una verdad irrefutable, era de que, la superioridad de la raza europea establecía explícitamente su dominio sobre la raza atlántica. Unido esto á los intereses de la religión, tan reavivados por la intransigencia fanática de Fernando el Católico, constituían la profesión de fé del navegante, del soldado y del aventurero, que venían impulsados por una misma idea y atraídos por una misma ilusión al mundo recién descubierto.

Cuando Ojeda y Nicuesa obtuvieron el privilegio de la colonización de la América Central, el rey Fernando les dió facultad «para atacar á los indios con el fuego y la espada y reducirlos á la más desapiadada esclavitud si no querían abrazar la fé católica». Aventureros de todas las categorías y de todas las nacionalidades, compañeros más ó menos inseparables en las fechorías de la guerra, fueron los componentes de las grandes expediciones que se organizaron, y bajo la base de las ilimitadas concesiones obtenidas, se lanzaron á la América, como el cuarto caballero del Apocalípsis «para hacer perecer á los hombres con la espada, por el hambre, por la mortandad y por las fieras de la tierra».

Abandonada la colonización por la autoridad real, quedó desde entónces monopolizada por una agrupación ávida del lucro inmediato, y podía esperarse por consiguiente el resultado infructuoso inherente á las empresas mal dirigidas. Pero aún con los contrastes, el espíritu aventurero no cedía, y las tentativas por encontrar el Ofir, el Eldorado y los ricos imperios que los indígenas nombraban, estimulaba singularmente las más osadas excursiones, como la de Cortés, que fué realizada en momentos en que había empezado á declinar el ánimo de estos perseguidores de sueños hasta entónces siempre desvanecidos.

II

La conquista de Méjico tuvo por orígen el relato de las maravillas referidas por Alvarado, á quien Grijalva envió desde Tabasco con las

muetras curiosas, confirmantes de todos los datos anteriores sobre la rica y poderosa nación que mencionaban los indios.

Diego de Velazquez, que gobernaba entónces en Cuba, protegía á un jóven audáz y emprendedor, apasionado por la gloria de las excursiones lejanas y peligrosas, y que se aleccionó en sus infinitas aventuras, desde su llegada á la Española en 1504, en el sistema de la guerra con los indígenas y en la estrategia de sus combates. Había prosperado á la sombra de su protector, realizando muchos de sus sueños y forjando otros para una gloria más grande, en un porvenir cercano. Altivo á la vez que simpático, ciego admirador de la fama que nace de las batallas, educado en un tiempo de empresas caballerescas, y caballero él mismo, como se solía ser entónces, reunía todas esas condiciones del hombre bien preparado para las hazañas en las empresas arriesgadas.

Al ser él, á pesar de las protestas, de las rivalidades y de las murmuraciones, el designado para llevar adelante la expedición, no perdió tiempo en organizar sus elementos, pensando quizá que toda demora era un instante suprimido á su gloria. Sus capitanes fueron Cristobal de Olid, Pedro de Alvarado, Escalante, Ordas y Montejo: su historiador, Bernal Díaz del Castillo, y su piloto Antón de Alaminos. El ejército ascendia á ciento nueve marinos y quinientos seis soldados; el armamento principal constaba de diez cañones, trece arcabuces y treinta y dos ballestas; sus medios de movilidad se reducian á dieciseis caballos, y su divisa: «Por la cruz y por la espada, ahora y siempre». La flota, compuesta de once buques, zarpó con precipitación el 10 de febrero de 1519.

La partida de Hernan Cortés con rumbo á un imperio innominado, exaltado por el prestigio de lo misterioso, con un puñado de compañeros, señala uno de los acontecimientos más propiamente culminantes en la primera etapa de la Conquista.

III

Cuando Montezuma, el principe deificado en vida, supo por tercera vez que los hombres blancos se acercaban á las fronteras de sus dominios, llamó á los sabios sacerdotes del templo de Mexitli, para consultarles el arcano de aquella aparición. Pavorosos presagios habían alterado la paz opulenta de la nación: un año, las cosechas se perdieron por la seca; en otro, el gran lago creció insensiblemente é inundó las calles de Tenochtitlan; incendiáronse misteriosamente las torres del gran templo y se vió entre el humo de sus llamas figuras gigantescas de mónstruos desconocidos; los labradores afirmaban haber oído en el aire los ruidos confusos del acúsmato; numerosos areolitos habían cruzado la atmósfera rápidos y fugaces, y un cometa se había acercado flamíjero y desaparecido luego entre una nebulosa. El comento de estos fenómenos al despertar el recuerdo de malos augurios, predisponía los ánimos á extraños acontecimientos.

En los hombres de Cortés, los aztecas vieron á los descendientes del divino Quetzalcoatl, que había prometido volver del lado de Oriente, después de los siglos,—y los oráculos del emperador, si no afirmaban igual cosa, no la rectificaban.

Bajo la influencia de esta preocupación, Montezuma no resolvió ninguna actitud enérgica; sometido á la presión de los presagios, esperó y transigió. No tuvo escrúpulo en enviar al conquistador presentes de oro y plumas, pretendiendo seducir á aquel que no se contentaría ni con la posesión del imperio entero.

Después de la batalla de Tabasco, contra tres mil indios, Cortés consiguió la alianza de los totonaques, tributarios de la confederación, y derribó los ídolos de Zempoala, logrando imponer con este acto audaz una supremacia supersticiosa sobre los indígenas sorprendidos. Con los datos que allí obtuvo sobre el gran imperio, le halagó la atrevida idea de conquistarlo, contando con poder aprovechar en su beneficio las disidencias regionales y el descontento general de las tríbus heterogéneas que formaban la nación.

Mientras daba descanso á sus tropas y maduraba el plan de la gran campaña, la intriga de sus enemigos tendía á arrebatarle la consistencia de una autoridad imprescindible á sus proyectos. Para evitarlo declinó el mando; se hizo reelegir bajo la base de su propio prestigio; prometio á sus compañeros con entusiasta convencimiento, llevarlos á las riquezas y á la gloria, y resuelto á todo, en el trance supremo, deshizo sus buques, imitando á Agatocles, que para impedir el refugio de una retirada, quemó sus naves antes de marchar sobre la ciudad púnica.

En tanto, Cortés aparentaba no darse cuenta de las sujestiones de Montezuma para que se retirara de sus dominios, y por el contrario ofreció á los embajadores ir personalmente á agradecer al monarca los presentes que le había enviado. Su resolución se fortaleció aun más, cuando poco

antes de emprender la marcha decisiva recibió á los emisarios de Ixtililxochitl, el jóven príncipe azteca, futuro historiador de los chichimecas, que le ofrecía su alianza y le indicaba el medio de alcanzar otras.

Partió con tres mil auxiliares zempoales, dejando una pequeña guarnición en Veracruz. En el camino se le unió la importante guarnición de Xocotlan, y en la llanura de Tlloantzingo se encontró frente á un ejército de seis mil tlascaltecas, los obstinados enemigos de Montezuma. En la batalla que libró estuvo muchas veces á punto de ser destrozado: los mayores esfuerzos debieron estrellarse; los expedicionarios todos hubieran perecido y la conquista hubiera terminado en el más espantoso fracaso, quedando Cortés en la categoría de los héroes olvidados ó desconocidos. Pero el valor de sus soldados que marchaban firmes y compactos como arietes, que peleaban con mesura dirigiendo sus golpes con seguridad; la caballería que los indígenas admiraban como si se tratara de un escuadrón de centauros, y las descargas de la artillería, lograron infundir un supersticioso espanto en las filas del fogoso Xicotencal. Aquel triunfo le abrió las puertas del imperio.

Aliado á los vencidos, á quienes seducía la acariciada idea de venganza contra su opresor, recibió en seguida el vasallaje de Huexotzingo y de las comarcas vecinas. Cholula, la ciudad sagrada, le permitió la entrada; pero sabedor por Marina, la princesa cautiva, querida, confidente é intérprete del conquistador, de que se tramaba un complot traidor, ganó el golpe ordenando un saqueo de dos días y la muerte de seis mil cholulanos. Incorporó á su causa á los nuevos

vencidos, á la vez que Ordaz llegaba al cráter del Popocatepetl, á 5400 metros de altura y desde la cima soberana descubría un pasaje fácil al valle del Anahuac, donde los templos de la gran ciudad se destacaban entre lagos brillantes.

Siguieron avanzando á pesar de la insistencia de Montezuma para que no entraran á sus Estados, y al bajar las llanuras del Chalco, cruzando las poblaciones sorprendidas, vieron á lo lejos, casi perdida entre las nieblas que se levantaban del lago, la ciudad grande, la metrópoli azteca, la Tenochtitlan buscada. Al entrar á ella, el monarca, precedido de la cohorte de príncipes y nobles de las razas tributarias, con toda la ostentación de la pompa mejicana, se presentó al paso del extranjero pretendiendo deslumbrarlo con el brillo de su grandeza.

IV

A Cortés le precedía el terror, el prestigio, la fama de sus armas, y más que todo quizá, la superstición de la profecia de Quetzalcoatl. Montezuma, indeciso y débil, después de esforzarse en vano por alejar aquella irrupción incontrastable, reconoció vasallaje al rey de España, se esforzó por la paz, insinuó, ordenó, suplicó y cedió por fin, sin medir el valor de su consentimiento. No había tiempo que perder: los expedicionarios hollaron las calzadas, pasaron los baluartes, penetraron á las calles de la capital mejicana, se alojaron en el palacio antiguo de Axcayatl, y por la noche celebraron el clásico acontecimiento con las descargas de la arcabucería, cuyo éco retumbó como

trueno en el silencio de la población asombrada. Iniciadas las negociaciones, el monarca azteca convino en suprimir los sacrificios humanos, pero se resistió en hacer pública adoración al Dios cristiano.—«Creo, dijo al conquistador, que todos los dioses son buenos: seríamos pues ingratos si abandonásemos los nuestros, que no han hecho sino bien á los aztecas». Cortés irritado pretestó el ataque de que había sido víctima la guarnición de Vera-Cruz; pidió y obtuvo la ejecución de Cualpopoca y otros nobles en la hoguera, y en seguida aprisionó al mismo Emperador, acto de audacia que salvó el éxito de la conquista.

Pasó medio año de expectativa, en que el carácter del conquistador pareció decaer ante la magnitud de la empresa, y cuando ya no creía hallar recurso salvador, llegó la expedición reconquistadora de Narvaez. Corrió á su encuentro, la derrotó en una noche de tempestad, recibió un refuerzo providencial uniendo las nuevas tropas á las suyas, volvió á Méjico y encontró la ciudad sublevada á causa de la matanza realizada por Alvarado en el día de los sacrificios al dios Huitzilopochtli. Logró sin embargo incorporarse á sus compañeros amedrentados, dejó libre á Cuitlihuatzin, hermano del monarca, para que negociara la paz, y éste se puso á la cabeza de la rebelión. La furia de los mejicanos llegó á su mayor exacerbación: atacaron el cuartel de los españoles y los combates se sucedieron de día y de noche con breve intermitencia. Entónces fué cuando el emperador salió á exigir á sus súbditos la suspensión de las hostilidades, pero en la demanda una piedra perdida le derribó al suelo. Más que la herida influyó en su espíritu el sentimiento de aquella irreverencia: se resignó

estóicamente, rehusó el alimento y el consuelo y murió á los tres días, maldiciendo á los españoles y clamando por su última hora.

Terminadas las ceremonias fúnebres, los españoles se encontraron en los momentos más críticos: no les quedaba otro medio de salvación que dejar la ciudad, á fin de reunirse á los aliados y continuar la guerra en mejores condiciones. La retirada del primero de julio de 1520 ha quedado en la historia bajo el nombre de la *Noche Triste.* Fueron acometidos desde la salida de su alojamiento por millares de aztecas animados por la venganza y dispuestos á la muerte, que más de una vez estuvieron á punto de romper la pequeña columna. Jamás se desarrolló en tan corto número de horas un drama de sucesos más heróicos, de choques más tremendos, de acciones más serenas, valerosas y abnegadas, desde el salto prodigioso de Alvarado, hasta el sacrificio voluntario de los soldados que defendieron el paso en el último puente. Cortés desesperado, sin conocer el resultado de la batalla, creyéndolo todo perdido, se había retirado, pasado el peligro, bajo el ahuehuete solitario que eleva su copa colosal en la ruta de Méjico á Popotlan, y que aún se conserva, dice un historiador, con sus ramas deshechas, como el símbolo de la hora desastrosa, en que dudando de su estrella, se sentó á su sombra, donde no debía recobrar la tranquilidad hasta ver llegar á Alvarado, á Sandoval, á Olid y Ordaz, los intrépidos compañeros que creía perdidos.

La batalla de Otumba, que siguió á la célebre retirada, fué la más encarnizada y donde tuvieron que competir contra mayor número de enemigos. En aquella acción púdose ver en medio del humo de las descargas, al capitán español que cruzaba

á galope con unos pocos compañeros las filas contrarias, penetraba dentro de la masa compacta y arrancaba el estandarte real de los aztecas, decidiendo con esta inaudita audacia el éxito de una batalla en que todos hubieran perecido.

Se refugió luego en el territorio de Tlascala para reorganizar sus elementos, y seis meses después, habiendo Guatimotzin rechazado con orgullo todas las ofertas que se le hicieron en cambio de su vasallaje, Cortés acometió el gran sitio de Tenochtitlan. Al cabo de sesenta y cinco días, cuando ya habían perecido cien españoles, treinta mil auxiliares y ciento cincuenta mil mejicanos, la ciudad cayó en poder de los sitiadores. Proezas extraordinarias se realizaron en ese espacio de tiempo, y palmo á palmo ganaron el terreno de la ciudad, abandonada en cenizas y escombros. El último que se retiró fué el príncipe soberbio de la defensa, heróico, como Asdrubal en los últimos días de Cartago. Prisionero y conducido á la presencia del gefe español, pidió á éste, señalándole el puñal que pendía de su cintura, que le diera la muerte:—«Valiente general, le dijo, he defendido á mi pueblo como correspondía á un rey. Ahora os toca quitarme una vida ya inútil, puesto que no puedo seguir defendiendo mi reino, y sería feliz en poder morir en manos de un guerrero tan ilustre, para ir á gozar del reposo con mis dioses».

Pocos dias más tarde sufrió impasible el tormento del fuego antes que descubrir el secreto de los tesoros escondidos; reflejando su sentimiento en la expresión que le arrancó el lamento de su compañero de infortunio, el rey de Tlacopan: —«Por ventura, le dijo, estoy yo acostado en un lecho de rosas?» Esta crueldad para con los caídos fué después un remordimiento para el

conquistador y una vergüenza que no se atrevió á confesar en sus cartas al rey.

Con la toma de Méjico, dice Brasseur de Bourbourg, terminó la monarquía culhua y la dinastía real, que remontaba, de varón á varón, á los primeros jefes del imperio tolteca. Ciento ochenta y seis años habían pasado desde la fundación de esta ciudad, y ciento setenta y uno del reinado inaugurado por Ylaucueitl y Acamapichtli, cuyo trono había sido ocupado sucesivamente por once soberanos. El signo del día de su caída era el llamado Ce-Cohuatl, ó sea la Serpiente, favorable y próspero según los cálculos astrológicos de los sacerdotes y que vino á ser de pronóstico funesto. La Iglesia católica, que fué á instalarse sobre los restos del culto antiguo, celebró la fiesta de San Hipólito, mártir, que después fué considerado como el patrono principal de la nueva ciudad de Méjico (13 de agosto de 1521).

Reedificada bajo un plan distinto y distribuido el inmenso botín recogido, el insaciable capitán sometió á Panuco, sembrando el terror por medio de su teniente Sandoval, que quemó cuatrocientos nobles,—y emprendió por su parte la expedición á Honduras, en cuyo trayecto, sea pretestando ó bien seguro de una conspiración contra su persona, hizo morir en la hoguera á tres reyes prisioneros: á Guatimotzin, de Méjico,—á Tetlepan-Quetzatl, de Tlacopan,—y á Cohuanococh, de Tezcuco. Anduvo tres mil millas en un territorio desconocido, durante dos años, en los cuales, según el comentador de las Cartas, manifestó más resolución personal, más entereza física y moral y más constante perseverancia, que en ningún otro período de su brillante pero sanguinaria historia.

Al volver á Méjico pudo haber restaurado bajo su tutela el trono de los aztecas, obedeciendo á las sujestiones que se le hicieron; pero no se encontró bastante fuerte para elevar su responsabilidad á tal grado. Partió á España para reclamar sus prerogativas, y volvió gran marqués del Valle de Oajaca. Podía ya terminar sus días en el fausto y en el brillo de su gloria; pero sus instintos le arrastraron á las últimas aventuras: pensaba que en las costas del oeste encontraría, á la vez que el deseado pasaje para las Indias, más riquezas, y no se hubiera equivocado si hubiera sabido buscar en esa tierra ardiente que él llamó «la cálida fornax», la arena aurífera de la California. Las flotas que le precedieron se estrellaron una trás otra en los bancos rocosos,—y aún así no se desilusionó hasta haberse convencido personalmente de lo infructuoso de sus tentativas en las aguas solitarias del mar Bermejo.

V

Con este fracaso se apagó la vibración del último éco de sus pasados triunfos. El virrey Mendoza le arrebató su autoridad en Méjico y vanas fueron sus protestas ante el emperador Cárlos V, regla más ó menos invariable en los azares de la fortuna, que crea un nombre, y cuando el hombre ya está suficientemente envanecido, lo abandona á ingratitudes inesperadas.

Cortés es la más viva personificación del aventurero de iniciativa, de valor y de perseverancia. Una casualidad le impidió unirse á las legiones que en Nápoles mandaba Gonzalo de Córdoba,

cuyas caballerescas proezas le seducían; otra casualidad le impidió ir con Balboa y Pizarro á la desgraciada expedición de Ojeda, y fué entónces que, ayudado por Ovando, acompañó á Velazquez en la conquista de Cuba, iniciando de ese modo el gran período de su destino. Llegado el momento, no vaciló: se lanzó á la guerra, dice él mismo, como Gensérico, que creía ir hácia los pueblos que Dios en su cólera quería castigar.

Precipita la expedición temiendo se la arrebaten, antes de partir; la suerte le sonríe por doquier; baja en Tabasco y á sus caballeros los creen centauros, y á sus soldados teules y á él hijo de Quetzalcoatl. Aprovecha el error, lo explota en su favor, gana á las tríbus subyugadas, las estrecha por crímenes á una alianza indisoluble, las lanza adelante en la pelea, pregona su poderío, hace alarde de su invulnerabilidad y de la prepotencia de su artillería, seduce á sus soldados por el premio del oro y por la promesa de la gloria, destruye sus naves para no dejar otra alternativa que la victoria ó el sacrificio en la piedra del texcatl; penetra á los templos, pisotea los ídolos y coloca otros sobre la antigua base; apresa al rey azteca en medio de su corte; construye catapultas y torres con el genio de Scipion Emiliano para improvisar elementos; quema á los príncipes, tortura á los reyes, luego los mata; asedia, incendia, destruye, despoja, vence en medio de peligros; reedifica, organiza, deshace pueblos para fundir una nueva nación y ofrecerla á su rey; se apodera del tesoro de los dioses, guarda para sí las cinco esmeraldas de Mexitli talladas primorosamente por los mejores artífices toltecas, y derrama el oro hasta hacer millonarios á sus soldados. Esclaviza, perdona y asesina,

como si el crímen debiera compartir su gloria, y realiza en cinco años de peripecias, episodios y cambiantes, la más valiosa conquista del nuevo mundo. Incansable en la lucha, emprende una nueva expedición al suelo ignoto que le amenaza con sus misterios, recibe honores y distinciones; vuelve, sin poder saciarse, pero vé á su estrella apagarse, y muere, mal querido, casi olvidado, como Colón. No la justicia sino la ingratitud había empezado para él antes de su última hora.

Llameante fué su vida, y fugaz, como el lampo de su espada en las batallas. La discordia le abrió las puertas de una nación compuesta del conjunto informe de razas rivales; penetró á ellas, en aras de su ambición, creyéndose impulsado por su propia fé. No fundó nada, porque era el tipo genuino de una época en que la conquista era para la opresión; destruyó, asoló, trasformó, y satisfecho de su obra, dijo: ésta es mi gloria. Fué un azote en el valle fecundo del Anahuac, la tierra clásica de la civilización autóctona, un azote inflexible, tenaz, enérgico, con el frenesí iracundo del valor ensoberbecido y las raras anomalías del caracter triunfador. Bastábale el temple y fortaleza no le faltó en los trances apurados. Más atrevido que inspirado, fué el mimado de la suerte, y su genio no fué otro que el genio temerario de la aventura. Pero por el tiempo en que luchó y por las tendencias que le guiaron, la conquista del Imperio le dió un nombre que ha de sonar todavía como el nombre del capitan más constante, más suspicaz y más afortunado de su época.

VI

Su émulo en el Sur es Pizarro.

Oscuros fueron su nacimiento, su infancia y su juventud. Entregado á su destino, solo en el imperio, se desarrolló, vagó incierto, sin rumbo, sin ímpulsos; tuvo todos los vicios y todas las pasiones de un sér abandonado y ya hombre fué impelido por la ola fascinadora que en aquel tiempo arrastraba con sus promesas á los desposeidos del porvenir. No se sabe donde desembarcó primero, en que expediciones tomó parte, cuales fueron sus peligros, sus reveses, quienes sus protectores. La historia lo encuentra por primera vez, fuerte y emprendedor, en la malograda expedición á la tierra de Uraba; luego se le vé á las órdenes de Balboa, á través de las montañas, en busca del mar del Sur; en seguida, con Pedrarias en el Panamá y poco después en las excursiones contra los indios indómitos de Veraguas.

Había cumplido su mitad de siglo, y seguía siendo tan pobre como el día de su partida, pero animoso y firme, «aunque taciturno y de poca conversación», dice Oviedo. Las versiones de ese imperio fabuloso por sus riquezas que los indígenas señalaban al medio día, le despertó una gran esperanza, y sea por emulación, sea por intrigas ó por trabajos independientes de él, tuvo la oportunidad de ser, por órden de Pedro de Arias, el apresador de Balboa, su competidor en el mismo objeto, cuando se disponía á emprender la expedición. Posteriormente celebró con un

igual suyo, Almagro, y con el licenciado Espinosa, por intermedio del cura Luque, un contrato de alianza y de sociedad para la conquista de la desconocida y poderosa nación, rica á la par que el Eldorado, cuya existencia se admitía como muy posible. En aquel contrato Pizarro no se obligaba sino con su persona y sus conocimientos, porque no disponía de ningun recurso pecuniario, pero se establecía para el ingratitud en los beneficios, por haber sido el iniciador de la idea, el que la había alimentado varios años y el mejor preparado para realizarla.

Aunque en malos buques tuvo el valor de efectuar la partida con un corto número de compañeros, que no hubieran bastado para contener el ímpetu de una tríbu decidida. Las penalidades en el Puerto del Hambre los educaron en la primera etapa de su conquista, templándolos para la constancia y los reveses. Al poco tiempo, tan remoto se presentaba el éxito de la empresa, que Pizarro, abandonado de la mayor parte de los que le siguieron, solo quedó con trece de ellos, que persistieron en su puesto por el honor de la jornada.

Es patética la estadía de aquellos osados aventureros en la isla árida de la Gorgona; pero sus sufrimientos fueron fecundos, en el sentido de que despertó en los colonos del Darien, un verdadero sentimiento de admiración, que aumentó por la fé y la esperanza con que seguían manteniéndose en aquel retiro solitario. Aprovechando esta impresión, Almagro consiguió reunir tropas y se apresuró á ir en socorro de los expedicionarios, ya desesperados por cinco meses de abandono. Continuando después el periplo emprendido, llegaron á Tumbes, situado en el límite

norte de los dominios del Inca; allí pudieron recoger oro, muestras preciosas y abundancia de datos para acometer sériamente la conquista de una nación que desde entónces consideraron realmente grande y prodigiosamente rica

Volvió Pizarro á Panamá; cruzó el océano y al llegar á su patria fué preso por deudas, él, á quien el destino le guardaba la posesión de un Imperio. Sin embargo, como tuvieron en cuenta el móvil de su viaje y sus recientes descubrimientos, recuperó la libertad y obtuvo de Carlos V, con el auxilio de Cortés, el título de Gobernador y Adelantado de las regiones que se proponía someter. Los consejos del antiguo camarada le valieron después más que sus recursos y su propia experiencia, y debió haber partido con la persuasión de que, siguiendo fielmente su ejemplo, alcanzaría un éxito igual.

De nuevo en Panamá y salvadas las infinitas dificultades que siempre se oponen á las empresas atrevidas, y que solo se vencen con calma y constancia, los expedicionarios se pusieron en marcha. Variando el derrotero anterior, bajaron cerca del río de las Esmeraldas, penetraron á Tacames, donde recogieron un buen botín, y siguieron hasta el golfo de Guayaquil. Posesionáronse de la isla de Puna después de alguna resistencia y entraron luego á Tumbes: pronto llegaron los auxilios pedidos á Panamá y Nicaragua en cambio del oro enviado, y se apresuraron á organizar los elementos para la expedición á Cajamarca, residencia de Atahualpa.

VII

Como en Méjico, los pronósticos y las agorerías abrieron el camino de la conquista. Huayna-Capac, «el más sabio y poderoso de los Incas», al saber la llegada de buques y hombres extraños á la costa cisandina, predijo sin vacilar que la dinastía de los hijos del Sol terminaría con él, el duodécimo Inca, porque una raza superior iba á dominar la suya. Murió repitiendo ese augurio que tanto había de favorecer á los conquistadores, y dejando por otra parte, con la división de su imperio, el gérmen de la anarquía futura, entre los últimos Incas, los laridones de sus antepasados.

La paz que le sucedió fué breve. La ambición del predominio absoluto sobre el imperio del Tuhuantinsuyu y de los Scyris dió lugar á la guerra entre Huascar y Atahualpa. La prisión del primero y el triunfo del Quito fué el resultado; pero los quíchuas, fieles á sus tradiciones, si bien sometidos, solo aguardaban una oportunidad para rebelarse. Quizquiz, Ruminawi y Chalcuchima, los intrépidos generales de Atahualpa, tenían que recorrer el imperio de un lado á otro para sofocar los levantamientos de pueblos y tríbus, sin conseguir reducirlos á una completa tranquilidad.

Fué en estas circunstancias que llegaron á Tumbes, Pizarro y sus compañeros.

VIII

Los expedicionarios emprendieron la marcha el 30 de setiembre de 1532. Eran ciento sesenta y cuatro infantes y setenta soldados de caballería, con solo tres arcabuces y dos falantes; reducidísimo ejército que acometia la temeraria empresa de conquistar aquel imperio extraordinariamente extendido y poblado.

Al penetrar en la Cordillera encontraron el camino real de Cuzco, y á pesar de que contrariaba el deseo de los fatigados soldados, Pizarro prefirió continuar por entre los rudos y agrestes desfiladeros, porque no quería dejar atrás un enemigo poderoso, y sobre todo la cabeza de ese enemigo. Capturar al monarca, ser dueño de él y de su voluntad, como Cortés de Montezuma, fué en aquella situación el móvil principal de todas sus resoluciones. La noticia de su marcha había llegado ya á oidos de Atahualpa, comunicada por los chasquis corredores, de manera que á la mitad de su camino halló al hermano de éste portador de una embajada. El pequeño número de los expedicionarios, sus disposiciones de paz, la calma que simulaban en un país desconocido, lo atrevido de sus expresiones y los ademanes imperiosos del gefe español dejaron atónito al real Inca. Al ver hombres blancos con larga barba recordó las predicciones del Viracocha y no dudó que los extranjeros serían sus descendientes ó sus enviados. Atahualpa á su vez aparentó la más perfecta tranquilidad: consultó á sus sabios y á

sus capitanes, y si bien poseído de cierto recelo, se dejó estar. Podía haberlos detenido en las sierras y en los pasos laberínticos de la cordillera, podía haberlos destrozado sin exponer uno solo de sus soldados, pero sea temor, sea por indolencia ó por supersticiosas presunciones no quiso oponer trabas á su marcha.

En mes y medio los conquistadores traspusieron el llano y los Andes y entraron al valle magnífico de Cajamarca, donde el monarca, con su ejército, disfrutaba de la gloria de sus recientes triunfos. No se sabe si le preocupó la llegada de los extranjeros, y cuando una diputación de veinte soldados á caballo fué á anunciarle su llegada, escuchó muy tranquilo las frases de Hernando de Soto, tuvo aún el desdén de no contestarlas por sí mismo, y fué uno de sus allegados que se limitó á decir:—«está bien».

Pronto la situación de los españoles se hizo singularmente crítica: encontrábanse solos en un valle sin salida, en medio de un inmenso número de enemigos, obedientes á un rey de «orígen divino», hombre y dios, reverenciado y adorado hasta el sacrificio. Huir, hubiera sido demostrar debilidad ó temor; quedar, era exponerse á la muerte: no cabía otra alternativa que abandonarse á las contingencias de la suerte, buscando por la audacia un éxito semejante al que Cortés lograra en Méjico. Esta resolución se imponía y fué forzosamente aceptada; á su vez habían quemado las naves, y tenían que vencer ó morir en la jornada.

Al día siguiente, Atahualpa se presentó á la vista de los españoles sobre el palanquín de oro, rodeado de su ejército, cuyas armas brillaban al sol, en un hormiguero de chispas. Penetró casi

solo y muy confiado al cuartel de éstos, ya concertados para la traición salvadora que habían ideado. Una vez dentro, dióse la señal: retumbaron los falantes y los arcabuces, salió á galope la caballería repartiendo la muerte sobre la multitud asombrada, no descansando hasta haber logrado despejar las últimas resistencias y tener prisionero al gran Atahualpa. Un éxito completo coronó la atrevida jornada. El monarca se hizo cargo de su situación, se resignó á ella con la paciencia filosófica del autóctono, y comprendiendo cual era la única ambición de los extranjeros, ofreció por su rescate, suma mil veces más grande que la que jamás ofreció príncipe antiguo ó moderno: en pié en el cuarto de su prisión, extendió el brazo y haciendo con el índice una señal en la pared, prometió llenarla hasta allí de oro, y de plata hasta igual altura, dos habitaciones contiguas. Reverenciado como siempre en su prisión, despachó sus mensajeros, con la consigna de que debían cumplir la promesa á que se había obligado, en el término de dos meses.

Mientras se reunía el rescate, Fernando Pizarro fué á explorar el territorio, encontró el oro abundante en Pachacamac, apresó á Chalcuchima en medio de su ejército, y al regresar se halló con las tropas codiciosas de Almagro. De los templos y de los palacios llegaban sin cesar los quíchuas cargados con ornamentos de oro, plata y pedrerías, todo lo que sus artífices habían labrado primorosamente en largos siglos de labor. Fundido en barras, fué distribuido, aquel botín sin igual, que valía diecisiete millones de duros.

Entónces el monarca reclamó su libertad, pero los soldados de Almagro se opusieron, y Pizarro,

temeroso á su vez de entregar á sus enemigos el gefe que les faltaba, se decidió á someterlo á un consejo de guerra, estableciendo como base de la acusación, inculpaciones á su sistema de gobierno antes de la conquista. En una tarde se le acusó y se le condenó. El cura Valverde, á quien se le había consultado, en el interés de salvar los últimos escrúpulos, aconsejó sin vacilar, la muerte,—y en la misma noche, á pesar de las protestas, las promesas y las súplicas del confiado Inca, se le sujetó al madero, donde las llamas le arrancaron el último suspiro, al son del *Credo* de sus verdugos. Al alba, el ejército de los españoles rodeó para orar, el féretro donde yacía aquel que los había enriquecido y que acababan de asesinar.

«Era Atahualpa, dice Garcilaso, de buen entendimiento y agudo ingenio, astuto, sagaz y cauteloso,—y para la guerra de ánimo belicoso, gentilhombre de cuerpo y hermoso de rostro». Su falta, como en Montezuma, no consistió sino en su propia debilidad; el crímen inútil y odioso de su ejecución forma una de las páginas más negras de la historia de la conquista. Fué el grado bajo de la traición y de la insaciable voracidad de la turba de aventureros que conquistó el Perú.

La noticia de aquel atentado infundió profundo terror: si la nación entera no se levantó entónces á un solo grito de indignación, era porque la institución patriarcal de los Incas, la había ido degradando hasta la condición bestial de la inconsecuencia.

IX

A partir de aquel día, el Cuzco fué la presa ambicionada de los conquistadores. Lo imaginaban con todos los colores de la leyenda, con templos, edificios y mansiones maravillosas. El ejército había aumentado ya, con los esfuerzos recibidos, á cerca de quinientos hombres, número aún bastante reducido, pero con el que confiaban vencer todos los obstáculos.

El interregno fué breve. Toparca reemplazó á Atahualpa en el trono de los Incas, pero su poder ya no debía ser ni una sombra de la omnipotencia de sus antepasados. Débil y sumiso, lo envenenaron sus súbditos para dar lugar á la exaltación de Manco-Capac, el hermano del infortunado Huascar.

Entretanto los expedicionarios emprendieron la marcha victoriosa por el camino real, á veces áspero, á veces suave, cruzando montañas, valles, desiertos y ríos. En Jauja empezaron á sentir el movimiento de la insubordinación, vengada por el momento con otra víctima, Chalcuchima, que murió en la hoguera, inmutable en el dolor, invocando á Pachacamac. En el resto del camino, vieron sin cesar al enemigo aparecer y desaparecer silenciosamente, atrás, adelante, á los costados, en la distancia lejana y en la cúspide de la montaña, como preparando el golpe supremo que los debía exterminar. En un desfiladero, Quizquiz, el temerario capitán que dedicó su talento á Atahualpa para vencer á Huascar, se opuso al paso de los aventureros, y

cuando huyó en la derrota, sus propios soldados desesperados al encontrarse solos, corrieron, lo alcanzaron y mataron al génio de su defensa. Después, las resistencias fueron débiles: llegaron al valle de Sacsaihuaman y entraron al codiciado Cuzco, donde la decepción que sufrieron al comprender que los tesoros habían sido escondidos, les incitó á entregarse al saqueo y á la profanación.

Al mismo tiempo, los tuhantinsuyus celebraban con sus antiguos festejos, la consagración del nuevo Inca y se entregaba impúdicamente á las báquicas orgias que acostumbraban, con el mismo frenesí de antes, sin cuidarse del yugo ominoso que sobre ellos pesaba. Pero los atropellos y la avidez del oro, cada día más tenaz en los conquistadores, daba lugar á mayores desbordes: después de los templos, fueron profanados los aclla-huaci, esos conventos venerados donde seis mil vírgenes guardaban un retiro sagrado.

Recién entónces se oyó un inmenso clamor: los quíchuas, pacientes y confiados se lanzaron á las armas dirigidos por Manco-Capac. La multitud se precipitó al asedio de la ciudad sagrada, y tríbus enteras, con todas sus armas, concurrieron presurosas dispuestas al combate y á la muerte. El valle del Cuzco se llenó de la turba innumerable y tumultosa de los sublevados, amenazando no dejar sobre la tierra ni la ceniza de los invasores. Arrojaron sobre la ciudad dardos, flechas y teas encendidas que comunicaban el incendio, haciendo aparecer por momentos entre el humo, á los soldados de la conquista, infatigables en la pelea. En una ocasión, Hernando Pizarro se decidió con un puñado de valientes

á tomar la fortaleza inmediata, que mayor daño les hacía. El Inca que la defendía, valeroso entre todos, perdió uno tras otro, en medio de los gritos de venganza, los bastiones que rodeaban la fortaleza, y acometido en su último refugio, muerta toda esperanza, subió intrépido á la más alta almena, invocó sus dioses amados, se cubrió el rostro con la manta, y se arrojó á la escarpada roca para evitar el dolor de vivir oprimido. Muchos seguían el mismo ejemplo: morían como los dos Decios, como Curcio y como los héroes de la antigua Grecia. La muerte antes que la esclavitud; la gran muerte por la patria.

La sublevación cundió por todos lados. Después del terror vino la reacción. Los quíchuas dejaron internarse los cuatrocientos soldados, que en diversos destacamentos mandaba Pizarro en socorro de Cuzco, y cuando creyeron seguro el golpe, cubrieron la cima de dos montañas y derramaron torrentes de piedra, hasta deshacer al odioso invasor, con ese nuevo elemento que hacia frente al temible arcabuz.

Fueron pertinaces, continuaron el asedio durante cinco meses;—pero llegó la época consagrada al trabajo y todo lo abandonaron por seguir sus viejas costumbres. Las huestes se disolvieron para ir á labrar sus campos, y el Inca Manco se retiró á la inexpugnable fortaleza de Yucay. Allí detuvo una sorpresa, y desde lo alto de sus elevados recintos pudo á su vez resistir y vencer: pero fué el último triunfo. Desde entónces la lucha continuó desesperada, terrible, y siempre desastrosa para los quíchuas. La insurección, apagada en un punto, se iniciaba en otro, y llegó un momento de trégua,—la trégua que preludia la sumisión,—cuando el gefe evadió

todas las persecuciones, sumergiéndose en el intrincado dédalo de los Andes, en las misteriosas cavernas, oscuras y húmedas, donde el frío y la sombra reinan eternamente.

X

Guiados por insaciable voracidad de oro, sin la más remota aspiración á la gloria, soldados arrojados por la casualidad, vencedores afortunados de una nación supersticiosa, inepta para la defensa, no iban á asegurar con los rasgos caballerescos de su época la colosal conquista alcanzada. Cuando al día siguiente de su llegada, Almagro declaró á su socio y rival la identidad de propósitos, ambos llevados por el mismo instinto, acometieron la obra. Pero el poder no se distribuye á medias: las hazañas se comparten, pero no los triunfos. Era menester una supremacia.

El rey católico, en quien no predominaba sino el deseo de participar en las ganancias, discernía honores, distribuía tierras, fijaba límites y señalaba horizontes que aún no habían sido determinados. De ahí nacía la discordia. La historia de la conquista del Perú desde la retirada de Manco á las escabrosidades de la montaña, es una série de ambiciones desenfrenadas por parte de los conquistadores.—«Aquí es mi dominio», decía el uno.—«Ésta es mi conquista», respondía el otro. Y bien, dominio ó conquista, no había razón que valiera para el aventurero. Afilaba el sable y se lanzaba á perseguir á aquél con quien ántes perseguía. La lucha fué entónces entre ellos mismos, implacable y apasionada: de ella resultó el

suplicio de Almagro, la prisión de Hernando Pizarro hasta morir en su centenario, el asesinato del protagonista de la conquista, las trágicas desapariciones de los vencedores, y por último la dominación insurrecta de Gonzalo Pizarro, no terminada hasta su decapitación...

XI

Es siniestro ese gran episodio de la conquista del nuevo mundo: Francisco Pizarro fué una calamidad para el Tuhuantinsuyu y su patria no podrá envanecerse con su nombre. Fué el héroe de las guerras bárbaras, héroe frío y abominable que exterminó una raza sin piedad, cruelmente.

Estos nombres que pasan á la historia rodeados de una aureola sangrienta, no conservan otra inmortalidad que la de una gloria vana, y son tan funestos que al repetirlos vibra el éco de las maldiciones pasadas. Pizarro solo tuvo el mérito de un caracter audaz y perseverante. Su obstinación por ir en busca del Perú,—nombre de río, de pueblo ó de indígena—que expresaba seguramente el de un imperio opulento, los trabajos continuados que supo sobrellevar y que no le desalentaron, su permanencia en la Gorgona, su llegada á Tumbes, su sin igual osadía en acometer la empresa con limitados elementos, la travesía por desconocidas montañas, son los títulos ilustres de este heróico aventurero siempre coronado por el éxito. Pero desde el día en que, descendiendo los Andes, penetró al valle de reposo de los Incas, su vida se empaña con las crueldades, los latrocinios y los vicios.

Más ignorante que supersticioso, prohijó la muerte de Atahualpa por lisonjear las bajas pasiones de sus soldados; holló al Cuzco como un flajelo, profanó todo lo que tenía un tinte de pureza, hasta á la vestal del convento incásico; dió libre expansión á los instintos de sus aventureros, complaciéndose en degradar cuanto le fué posible esa nación ya enervada por la civilización quíchua. Al empezar la conquista, Hernando de Soto, prudente, experimentado y hábil, fué su guía y su más sano inspirador,—y al terminarla, Hernando Pizarro, el odiador y el verdugo de Almagro, aparece como el génio malo de todas sus obras. Belalcazar llena una página de su historia con la conquista de Quito, y Alvarado forma la epopeya con la arriesgada expedición á través de las Sierras Nevadas, en que los soldados se despojaron sin pesar del oro que arrastraban, para poder hacer frente á la guerra contra los elementos, tan superiores á las fuerzas humanas.

La conquista del Perú fué afortunada y provechosa como ninguna, pero no iguala en heroismos y abnegaciones á la de Méjico. Aisladamente, Pizarro es el hombre de hierro de las hazañas: jamás lo enfermaron ni los padecimientos ni las inclemencias de los variados climas de la región andina. Al ideal de Cortés, «la guerra por la fé», él opuso la cruzada por el oro. Fué de lucha su infancia, su adolescencia, su edad madura y su vejez; y murió peleando, como los gladiadores romanos, con la espada en la mano, contra sus antiguos soldados,—trágico destino del hombre de los trágicos instintos. Ávido y soberbio, muchas veces irresoluto, pocas veces generoso, en la fiebre ardiente de sus crueldades, ni con la

posesión del más rico imperio del Continente creyó colmada su ambición extraviada. A sus oprobiosos defectos opuso cualidades que al investigarlas, se eclipsan desde el primer momento ante esa nube que surgió de la hoguera de Atahualpa, para caer luego sobre él, como una pesada lápida que ni los siglos podrán arrancar de encima de su nombre.

XII

Hay en esta conquista de la América muchos sacrificios discutibles, y entre las acciones de constancia y de valor, queda una huella execrable en el largo período de la exterminación. A la ingenuidad de las razas aborígenes opusieron la astucia; aprovecharon de todos los recursos que pudieron hallar, sin desechar ninguno, por malo que fuese. Todos los aventureros repitieron el terrible ejemplo de César en las Galias para imponerse por el terror: tronchaban las manos á los prisioneros, dejándolos después libres é inútiles. Con razón Bancroft deplora más de una vez el paso de los europeos por las comarcas del Pacífico.

Es de notarse que donde menos resistencia hallaron fué presisamente en las dos naciones mejor constituidas, que por obedecer á las preocupaciones y á los augurios cedieron al principio, impidiéndose á si mismas reaccionar más tarde; eran los países de las grandes alturas americanas, donde la atmósfera enrarecida de oxígeno disminuye el vigor del cuerpo y la actividad psíquica. Las tríbus salvajes de las

otras regiones, por el contrario, en su mayor parte, se defendieron valerosamente al ver en el conquistador un usurpador y un opresor. Las numerosas poblaciones de los Estados-Unidos, los sioux, los natchez y los pieles rojas principalmente, han dejado señalado con surcos interminables de sangre la historia de su firmeza, en la defensa de la tierra que amaban. Siglos sucesivos han sido necesarios para desalojarlos, y aún todavía, en los desiertos y en las montañas no abandonan sus costumbres y sus sociedades por fidelidad á la tradición. En la América del Sur, con excepción de los guaranís, los moxas y los chiquitos, todas las tríbus opusieron una resistencia vigorosa y abnegada. Aunque en otra forma, esa resistencia persiste: á través de los siglos, en muchas partes, los indígenas conservan su idioma, entero é intacto. En Yucatan, los mayas saben el español pero no lo hablan; en Méjico, en Bolivia, siguen fieles á su pasado y forman una masa unida, con sus mismas costumbres de antes. Los misioneros insisten en convencerlos, los bautizan, pero ellos no se declaran cristianos y les halaga seguir siendo indios.

Los aventureros traían sus armas bendecidas por el Papado para exterminar á los infieles, como en las gacias, y cumplieron su consigna sin escrúpulos, cobijándose bajo este amparo para destruir, despedazar, quemar, matar y trasformar cuanto encontraron. La lucha en que se habían comprometido demandaban víctimas, sin duda, tenían que seguir siempre adelante y siempre vencedores para no ser destrozados á su vez. Por ésto precisamente es horrible aquella conquista del tipo medieval, porque usurpaba, incendiaba, arrebataba, asesinaba y esclavizaba.

En sí no era civilizadora, sino por las consecuencias de la asimilación de las industrias y de las razas; pero ésta á su turno debía decaer cuando á su desarrollo se oponían los sistemas de aquel coloniaje insensato. «Conquistar es someter», y los aventureros españoles no entendieron su empresa en otro sentido. Desde el día en que vencieron, el soldado fué un opresor y el indio un esclavo. La holganza de la fortuna le hizo soberbio, intransigente y cruel: nada enseñó, porque él nada sabía; era tan ignorante como su víctima, además de ser infinitamente más corrompido; y si algo pudo enseñar, no lo hizo, por obedecer al sacerdote, que le prohibía difundir la luz, por temor de enseñorear á una raza que juzgaba inferior á la suya y peligrosa para el futuro. En el hecho, la conquista no realizó sino la opresión: por mucho que respondiera á su época, fué un colosal atentado de lesa humanidad.

Con la invasión española, la población autóctona empeoró su situación. El libre, si no se sometió al dominio del conquistador, tuvo que batirse, morir en la contienda, ser exterminado á fuego lento ó presa de los perros corsos, que los atacaban como á fieras, tan terribles como aquel que los dirigía. El siervo por su parte no hizo más que cambiar de opresión, condenado á someter su aspiración triste y desesperada á un amo inconsiderado que le exigía más, no conociendo de la vida sino sus amarguras y monotonía.

Solo de los siglos pudo esperar su regeneración y el impulso civilizador que no le trajera la raza conquistadora.

«La palabra civilización, dice el autor de *Perou et Bolivie*, pertenece al siglo XVIII. En el XVI se decía: santa fé. No se puede reprochar á la

España el haber escogido mal sus apóstoles. Cuando un licor en fermentación desborda, la hez sale primero, y fué la hez de la sociedad española la que se derramó. Es pues, muy natural lo que pasó en América. Religiosos fanáticos, hombres de espada sin escrúpulos, brazos sin desfallecimiento, glotones de oro, ignorantes en toda materia que no fuese su oficio de espadachin, y su fé, que se reducía á las prácticas del culto, los conquistadores redujeron un mundo á la nada. Pasaron una esponja roja de sangre sobre la página del gran libro de las civilizaciones seculares. En menos de medio siglo habían conquistado en provecho de la corona de España, una región casi desolada, en lugar de haberle sometido un gran pueblo, lleno de actividad, y un país cubierto de obras de utilidad pública, construidas por soberanos inteligentes y obreros pacientes é innumerables..... Los españoles, para apoderarse del poder, tuvieron que elegir dos caminos: esparcir la claridad por doquier ó apagar el gran foco de luz y sumir el país entero en la noche: se decidieron por este último partido. Que se constate la inmensidad de tinieblas que siguió á la catástrofe que absorbió á los soberanos autóctonos, y se juzgará fácilmente de esta obra de destrucción».

XIII

La mita, la encomienda y el repartimiento formaron la base del coloniaje.

La esclavitud de los indios, propuesta por Colón hasta el tráfico, tuvo por pretexto el costeo

de nuevas expediciones y posteriormente fué aceptada bajo la forma de encomiendas, á la que todo indígena estaba obligado por dos ó tres generaciones. «El gobierno español, dice Samper, hacía concesiones de pueblos enteros de indígenas y tierras cultivadas por ellos, con privilegios que hicieron de cada uno de los encomenderos, más que un señor feudal. El encomendero reemplazó al cacique, pero en lugar de ejercitar la autoridad patriarcal de los caciques, se hizo el verdugo del rebaño de aborígenes».

Era un sistema de opresión tan aniquilante, que no debía estar destinado á resultados benéficos. El indio se resistía á someterse á un trabajo ímprobo que no le daba ningún provecho y al cual no se acostumbraba; de manera que si no se sentía bastante fuerte para huir ó combatir, se entregaba perezosamente, sin voluntad ni aspiración, como una masa inerte é inútil, cuyos esfuerzos indóciles no podían contribuir en mucho para la prosperidad del amo que detestaba. El autóctono americano no ha tenido la conciencia de la inferioridad que hace del autóctono africano un sér sumiso, automático y fiel al convenio humillante de las servidumbres. Por esto es que, pasada la primera impresión, no vió en el conquistador una raza superior, sino un poder opresor, y experimentó naturalmente ese movimiento á la vez altivo y resignado con que confiaba salvar su persona y sus sentimientos íntimos. Esta extraña rebelión, á pesar de los esfuerzos que se hicieron por modificarla, contrarió todos los planes del aventurero, que se encontró falto de brazos, allí donde esperaba hallarlos á millares. El negro africano le reemplazó en la ruda tarea de la agricultura que rechazaba su índole natural, y

á cuya aversión atribuye Vogel una de las causas de su rápida extinción.

La conquista de Méjico abrió un nuevo campo al coloniaje. Los españoles adoptaron el sistema de la nobleza azteca, halagando á los oprimidos con la continuación de sus tradiciones y de sus costumbres; pero el afán por las riquezas se sobreponía á todos los planes, y haciendo incurrir al conquistador en nuevos errores, provocaban la resistencia y la desmoralización de sus subordinados. Nuño de Guzmán, siendo gobernador de la provincia de Panuco, vendía indígenas con sus mujeres á los tratantes de las Antillas, después de marcarlos con el fuego rojo. Soldados ignorantes salidos de la nada, aventureros de la última escala, con los resabios de las correrías, ignorantes de todo lo que no fuera vicio ó maldad, incapaces para la menor dirección del trabajo y elevados por méritos de fuerza entre episodios trágicos, encontrábanse de pronto al frente de una colonia de indígenas: entónces pretendían la resurrección de baronías feudales con blasones y siervos, y caían en seguida por causa de sus propios extravíos en nuevos crímenes ó en aventuras que les despejara horizontes más fáciles y riquezas más rápidas.

XIV

Un día de 1545, un indio que corría en persecución de vicuñas descubrió sobre el cerro cónico de Potosí, que es «el punto culminante de una cadena metálica sin rival sobre la tierra», la mina de plata que con el tiempo había de producir una

suma fabulosa. Aquel cerro, bajo cuya porfídica cima se entrelazan las venas de cuarzo ferruginoso donde se halla abundante el blanco mineral, fué el sitio donde se hizo por primera vez el ominoso ensayo de las mitas y de los mitayos.

El uno era un forzado al trabajo, condenado perpétuo á la minería, con un salario que no bastaba ni para engañarle y que le formaba deudas para obligarle á la continuación indefinida de la misma tarea; el otro pertenecía á la conscripción civil, impuesta á cada distrito para que suministrase todos los años cierto número de hombres destinados al servicio obligatorio del propietario de tierras ó minas. Cuando la suerte le designaba, la familia del desgraciado, reunida tristemente, entonaba la fúnebre canción, antes repetida sobre la tumba de sus deudos,—y acompañaba luego al conscrito hasta la boca de la mina. Allí le miraban desaparecer por última vez en una sima negra, donde iba á pagar con su trabajo y su vida el vasallaje á que el conquistador lo había sometido. De manera que el indígena, ya antes de nacer tenía impuesta una servidumbre para toda la vida, como criado, como esclavo ó como neófito fiel, desheredado de las leyes, extranjero en su misma pátria, pária de la sociedad en que vivía.

El descubrimiento sucesivo de las minas, las de Guanajuato y Zacatecas en Méjico y luego las de azogue en Huancavelica para dar impulso desgraciadamente á las de Potosí, fué nuevo pretexto y mayor causa para la opresión de los indígenas. Agréguese á esto los tributos de la capitación, y podrá tenerse una idea de la condición á que estaba sometido el vencido. Un monopolio aún más odioso y esquilmador era el

del repartimiento, privilegio acordado en su orígen á los corregidores y gobernadores, por medio del cual tenían el derecho á suministrar todos los objetos necesarios y de consumo, dando lugar á los abusos de una escandalosa rapiña.

XV

Del sistema de las encomiendas provino el ensoberbimiento del conquistador, al punto que cuando el Consejo de Indias quiso suprimirlas, halló resistencias y protestas. En el Perú, Blanco Nuñez de Vela, comisionado real, fué decapitado por los aventureros sublevados que se acogieron despues á Gonzalo Pizarro con la intención de independizarse de España y fundar un reino en el imperio de los Incas, idea que la hubieran realizado á no haber sido las hábiles maquinaciones del jesuita Gasca. Al poco tiempo surgieron otra vez los antiguos vicios, y con ellos, allí como en los otros puntos de la conquista, las pueriles aristocracias del nacimiento y las distinciones de la fortuna y del color. Una nobleza profundamente corrompida é ignorante, entre la que se distribuía el territorio, soberbia por la impunidad de sus usurpaciones, era la que dirigía los negocios públicos y ejercía naturalmente una violenta presión sobre el pueblo indígena.

Fueron suprimidos por consecuencia los ayuntamientos, que tenían las atribuciones y los deberes de los municipios populares, y reemplazados con los vireinatos, las capitanías generales y las audiencias, compuestas exclusivamente de españoles dominados por el clero. Sus facultades se

apoyaban en las famosas leyes de Indias, confusas, contradictorias y retrógradas, reconociendo fueros, con procedimientos especiales para cada jurisdicción, ya fuera civil, militar, comercial, marítima ó eclesiástica, con la particularidad de que el indígena no debía encontrar en ellas sino un amparo efímero y difícil.

En cambio, el virrey, cuya asignación anual era de sesenta mil pesos, ó el capitan general que tenía cuarenta mil, sin contar con los emolumentos prodigiosos que los transformaban prontamente en potentados, ostentaban una corte suntuosa, con los ceremoniales y las etiquetas de los ducados medievales, paseaban en triunfo sus nuevas riquezas arrancadas de las minas por el trabajo y la vida de miles de indios ilotas, «sus hermanos espirituales», se abandonaban al fausto, dioses de la corrupción, de la tiranía y de la inercia, descuidando todo lo que pudiera tender á la prosperidad evolutiva por la dirección benéfica del trabajo y el desarrollo del comercio.

XVI

El exclusivismo absoluto caracteriza el sistema opresor de la España para con sus colonias. El monopolio fué su regla invariable, sin contar que con él, la metrópoli era la más perjudicada, favoreciendo solo la riqueza ilimitada del menor número, la miseria de muchos, la ruina del indígena y el estacionamiento del régimen colonial.

El tercer Concilio de Lima, poseido de la avidez de todas las gabelas, estableció á fines del siglo XVI la incomunicación, prohibiendo la

entrada del extranjero, de la industria y de los elementos precisos para el progreso. Fué suprimida hasta la comunicación mútua que se hacía hasta 1636, por dos buques, entre el Perú y Méjico, impidiendo de esta manera el primer gérmen de la naciente marina colonial. Solo de España podían venir los artículos de comercio y solo con ella se podían efectuar las operaciones comerciales. Sevilla primero y despues Cádiz fueron los puertos habilitados para el tráfico de las Indias, monopolizado por unos pocos. «Era condición del pacto colonial, dice el economista español Colmeyro, que la metrópoli gozase del privilegio exclusivo de abastecer los mercados de la colonia con sus géneros y frutos, llevando en retorno los suyos y consumiéndolos ó dándoles salida á reinos extranjeros. España no producía lo bastante para la provisión y surtido de los nimensos dominios de América, y sin embargo se obstinó en conservar aquel imposible monopolio. Al cebo de una ganancia que algunas veces subía al quinientos por ciento, acudió el contrabando con la diligencia acostumbrada, y en vano se esforzaba el gobierno por impedirlo, teniendo que vigilar más de cuatro mil leguas de costa. No llegaban á cuarenta las naves que en el siglo XVIII salían cargadas de nuestros puertos para América, y las de otras naciones pasaban de trescientas. Estaba el comercio interior entorpecido con las aduanas de tierra y gravado con multitud de tributos y gabelas, de modo que los géneros y tributos de España llegaban ya caros á los puntos de embarque. Allí eran otra vez castigados por la mano del fisco con nuevos derechos, entre los cuales había el de palmeo, así llamado porque se cobraba por el bulto y no

por el valor de la mercadería; método absurdo, porque mas adeudaban, por ejemplo, los paños bastos que los finos y un palmo de bayetas que otro de encajes. Aumentábase el costo de las mercaderías con los gastos de trasporte á las Indias, siendo carísimos los fletes de la navegación en conserva. Si consideramos los beneficios que la España reportó de la posesión de sus grandes y ricas colonias, dice el mismo autor, hallaremos que sacó de ellas inmensos tesoros de la labor de sus minas: arroyos de oro y plata que pasaban humedeciendo y no fertilizando la tierra».

Durante el reinado de Cárlos III estas trabas al comercio se modificaron pero no se suprimieron: con otras interdicciones se siguió favoreciendo el contrabando en perjuicio del comercio lícito. El exclusivismo continuó, si bien no tan pesado, con las mismas tendencias, y si entónces se consintió la explotación del cáñamo y del lino, la recolección de la sal y el plantío de viñedos, á pesar de que esto perjudicaba el consumo de vinos de la metrópoli; si se aminoró la tiranía contra las industrias, es porque las minas explotadas sin ninguna regla dejaban de producir y se temían nuevas sublevaciones, como la que por falta de maíz ocurrió en Méjico.

Eran las consecuencias del aquel sistema de coloniaje sin plan ni rumbo.

XVII

El pacto colonial inherente al espíritu mercantil de la época, que obligaba á la colonia, considerada como elemento de beneficio para

la metrópoli, á consumir únicamente los productos de ésta, fué de igual modo adoptado por Inglaterra y Francia. Pero ni una ni otra fueron conquistadoras, sino colonizadoras, y de ahí el incremento rápido de sus establecimientos. Enviaron al nuevo mundo en vez de soldados, obreros, y en vez del sacerdote intransigente, la tolerancia religiosa.

Jamestown, en la Virginia, fué después de los fracasos de Gilbert y Walter Raleigh, la primer ciudad fundada en los Estados Unidos por las compañías de Lóndres y Plymouth, no con aventureros, sino con hombres de trabajo, dispuestos á fecundar con el sudor la tierra vírgen y hacerla rica y productiva. Ellos y sus sucesores tuvieron que luchar con tríbus temibles, sin rival en el Norte por su resistencia, y comparables por su heroicidad á los aucas; pero hicieron frente á las dificultades con serenidad, confiando en sus esfuerzos y amparados por el libre ejercicio de sus libertades.

Más tarde, en 1620, el *Mayflower*, fletado por los Padres Peregrinos, desembarcó en la bahía de Massachussets los cien individuos que fundaron la colonia de Plymouth. La segunda expedición de los puritanos fundó á Massachussets el mismo año; otros, dirigidos por Royer Williams, se establecieron en Rhode-Island en 1631; el pastor Hooker, con sus discípulos, atravesó vastas soledades y se detuvo á orillas del Connecticut en 1634, al mismo tiempo que nacía Maryland, bajo la base de la libertad absoluta del culto y de la opinión.

Estas seis poblaciones fueron el plantel de la gran nación del Norte. Los ingleses, al abandonar la pátria por mantener su fé y sus creencias,

no llevaron otra protección que la Carta del rey Jacobo, favorecedora de la emigración, y el deseo ardiente de tributar culto á su Dios, sin restricciones ni temores, al aire libre, en el seno mismo de la naturaleza. Querían gozar del patrimonio de todo hombre sobre la tierra,—ávidos de libertad, como en el mediodía afanosos por el oro,—esperanzados solo en el trabajo y en la constancia. No eran aventureros, sino creyentes, y su plan no fué destruir, sino crear.

XVIII

Con el tiempo se demuestra el valor del esfuerzo humano, poderoso é ilimitado como el progreso; se revela el hacha del agricultor más fecundo para la riqueza que la pica del minero,—y se admiran las ventajas de la libertad, de la tolerancia, de la educación y de la honorabilidad del trabajo, sobre la opresión del coloniaje español, la intransigencia, el fomento de la ignorancia, los títulos de la hidalguía y la ociosa esclavitud del indígena.

Después, la diversidad del sistema nos hace ver que al lado del cerro de Potosí, que en trescientos veinticinco años produjo ocho millares cuatrocientos millones,—más escaso hoy de plata que de cedros el Líbano,—no queda sino una pobre ciudad de veinte mil habitantes;—mientras que en el Norte, el estado de Massachussets, rodeado de montañas y fajas arenosas, con pocos valles fértiles, tiene dos millones y medio de habitantes y ocupa el segundo lugar en el rango comercial de los Estados-Unidos.—Con el tiempo se constata que Zacatecas, poseedora

de la incomparable Veta Negra, queda relegada á un lugar muy secundario frente á la prosperidad de Maryland, donde se bate el fierro y se cultiva el algodón. Son las consecuencias incontestables del trabajo cuando lo preside una distribución lógica y una dirección liberal; y esto explica la teoría de Adam Smith al establecer que las colonias, cuando son de hombres civilizados,—aunque que se sitúen en un país desierto,—marchan más rápidamente que ninguna otra sociedad humana á la opulencia y á la grandeza, porque la prosperidad no depende tanto de las ventajas de la tierra como de la virtud moral de sus habitantes.

Go ahead es la divisa progresista de los pueblos yankees, y á ella se unen las locuciones de *self-goverment*, *sweet-home y reading-people*, que expresan elocuentemente sus aspiraciones para el porvenir y sus rumbos en el progreso. El pionnier es el antagónico del aventurero, que sobrepone los títulos honorables del trabajo á los de hazañas inútiles y á los nombres de nobleza legendaria.

El influjo de la raza se revela en los resultados del coloniaje. En el Norte, á pesar de las ingratitudes del suelo, el trabajo crea el gran centro de la industria, del comercio y de la ciencia; revela después al mundo la existencia de los vastos yacimientos del carbón, el *oro negro*; en el Sur, ni las exhuberancias de la vegetación ni los filones metálicos de los Andes favorecieron el desarrollo de los nuevos países. Fué el coloniaje en la América Española una larga época de transición, que no pasó hasta que la alborada de la emancipación, rompiendo las ligaduras de sistemas retrógrados, despejó un nuevo horizonte de libertad y prosperidad.

La influencia religiosa

I

Simultáneamente con el hombre de espada, aparecía en el gran escenario de la conquista española el representante de las supersticiones de aquella época. Lo mandaba el viejo mundo bajo un pretexto santo, y venía beato y maldiciente, con el báculo y la biblia en la mano, alimentando en la mente la idea retrógada de su siglo.

En aquellos tiempos de ardiente fé religiosa, el sacerdote guiaba el destino de la humanidad: asesoraba á los reyes, tenía la tutela de los grandes, dirigía las conciencias amparado por el secreto del confesionario; monopolizaba todas las enseñanzas, aún las ciencias conocidas, en cuanto no pugnasen con el texto bíblico; y el culto, sometido al dogma romano, parecía haber relegado al Cristo y á su doctrina, en el recuerdo de la leyenda. Modelado en la escuela fanática de Fernando el Católico, era como él intolerante y apasionado, cargado de errores, escaso de conocimientos. Cuando España se despobló por la

expulsión de cien mil familias judías, y se aterró ante el Santo Oficio, que empezara obligando á los moros á la alternativa del bautismo ó de la tortura, la acción de las comunidades religiosas quedó de pronto limitada á un círculo muy estrecho. El fraile, teólogo pero ignorante en su condición clerical é incapaz para otras aptitudes, se encontraba sin esperanza en su propia patria, agobiado por la presión uniforme de esa insípida disciplina conventual, que lo encerraba en el lento fastidio de la vida monástica.

Por un oportuno contraste, la tierra atlántica, sorprendida en su misterio trás el límite conocido del mar, le atraía con el brillo de las relaciones fantásticas, y sintiéndose con fuerzas, rompió las ligaduras del claustro, y lleno de codicia se encaminó á ese mundo nuevo que tanto le prometía.

Pronto los grupos de monjes bajaron á las playas americanas, penetrando humildemente en la selva,—aún más allá que el conquistador arrogante—distribuyendo imágenes y escapularios en cambio de las reliquias primitivas de oro y plata que constituían el sencillo adorno del salvaje que se proponía regenerar. Fué así como el sueño de la fortuna se despertó en ellos: en adelante la conversión del indio no debía ser sino un medio que facilitase la riqueza de las comunidades.

Las leyes de la época obligaban al clero á amparar y enseñar á las tríbus indígenas, y ese fué el bendito pretexto de su venida. Una vez en el medio, no tardó en desviarse su buena intención: guiaron la espada del guerrero que, obediente á la autoridad que encarnaba su religión, hería sin piedad allí donde podía obtener un resultado inmediato; impulsaron al aventurero contra el sér á quien iban á proteger, y el aventurero que

peleaba por la fé, invocando á su santo tutelar, no vacilaba en exterminar, destruía los hogares y se arrodillaba después con recogimiento al pié del altar improvisado para recibir las bendiciones del sacerdote. Entónces la conquista empezó á revestir un sombrío carácter de barbarie.

En Cuba, el franciscano instigador de las crueldades, instaba á Hattuey, amarrado al palo de la hoguera, á reconocer la fé cristiana, prometiéndole el cielo en recompensa.—«Hay españoles,—preguntó el cacique después de un momento de silencio,—en esa mansión de delicias de que me hablas?—Sí, respondió el monje, pero solo los que han sido buenos y justos.—Sin embargo, exclamó la víctima, el mejor de ellos no puede tener justicia, ni bondad; yo no quiero ir á un sitio donde encuentre uno solo de esa raza maldita». Y las llamas no le arrancaron ni un grito.

«Los cristianos, dice Las Casas, mataron doce millones de hombres, mujeres y niños con su tiranía y obras infernales». Un alto sentimiento de humanidad le impulsaba en su obra de reparación: pidió clemencia para los indios, y entónces Sepúlveda, el capellan de Cárlos V, replicó con el *compello intrare* del Deuteronomio, sosteniendo que «según las leyes de la Iglesia, era un deber exterminar á los que rehusaban abrazar la religión cristiana».

II

Los clérigos eran como la sombra del aventurero: le seguían á todas sus empresas, y por su carácter y por su cultura, lo influenciaban. Acompañaron á Cortés, y su primera obra fué colocar,

sobre la misma basamenta, en vez de Huitzilopohtli, dios azteca de la guerra, á Santiago, dios católico de la guerra, en cuyo nombre mataban al entrar en pelea. La imágen sustituía á la imágen: era de formas más puras, sin duda, pero de igual significado. Y poco tiempo después, los doscientos veinte ídolos de la raza conquistada habían sido suplantados por otros tantos eones figurados de la adoración católica, desde los que procedían del paganismo, como Baco representado por Dionisio, el Sol por Nicanor y las Saturnales por Saturnino, á quien imploraban en la Española para que destruyera las hormigas, hasta Santa Bárbara, patrona de los artilleros, y San José, protector de los carpinteros, con la sierra en la mano, semejante al ídolo Daikuku, del Japón.

Siguieron á Pizarro, y cuando Atahualpa arrojó la biblia, diciendo:—«Esto que me dais no me habla ni dice nada»,—Valverde vengó la injuria obligando al Inca á aceptar la nueva religión bajo la promesa de que no sería quemado, y encendió en seguida la hoguera que debía consumirle. Poco después, la enseña venerada de los quíchuas, la estampa bruñida del Sol, era aceptada á su vez por el sacerdote católico y colocada como aureola sobre la cabeza de un santo.

Hacían la propaganda sin enseñar, con una precipitación cuya rapidez equivalía á su ineficacia: reunían los indios, pronunciaban alguna oración en latín y sin otra explicación los bautizaban. Hubo sacerdote que en un día convirtió así á cinco mil aztecas: los nombres conocidos no hubieran bastado, de modo que el mismo lo recibían grupos enteros, arrodillados. No era un acto de convencimiento sino de imposición, porque creían que el bautismo bastaba para la regeneración del salvaje.

En Méjico, el primer arzobispo, el franciscano Zumárraga, recogió frente al antiguo templo de Mexitli todo el papirus en que creía ver un reflejo de idolatría y donde toltecas, culhuas y aztecas habían grabado con geroglíficos sus leyendas, sus progresos, sus ciencias y sus proezas sobre la tierra del Anahuac. Cuando la pila enorme adquirió las proporciones de la pirámide truncada, acercó la tea ardiente y comunicó la llama que convirtió en humo el misterio de aquella civilización, como aquel Omar que al incendiar la biblioteca de Alejandría decía á sus tenientes: «al fuego los libros con mentiras, y al fuego también los que digan verdades, porque para verdades tenemos el Koran». Torquemada califica de santo al franciscano Zumárraga. Bobadilla, en Nicaragua, quemó también todo lo que quedaba de la civilización nahua, en pinturas religiosas é históricas, en calendarios y en documentos.

A su vez la persecución de la herejía debía extenderse hasta este lado del océano, para aumento de las calamidades que pesaban sobre la América. De España entónces aterrada, era lójico que viniera la Inquisición, porque allí gobernaba Felipe II, el rey sombrío «cuyo corazón de bronce no latía ante nada humano, inflexible, sanguinario, vengativo, con el temperamento á la vez pusilánime y cruel que le hacía experimentar un goce convulsivo en presencia de un auto de fé y temblar en medio de la batalla».

Durante su reinado se estableció la Inquisición, en el Perú primero, en Méjico después, en 1571, si bien exonerando, á los indígenas de su jurisdicción. El Santo Oficio se instaló sin omitir aparato, con sus temibles máquinas de tormento,—

que tan hábilmente manejaban los familiares,—con las vestiduras pontificales del Gran Inquisidor, los grandes candelabros de plata; los sanbenitos amarillos y los bonetes de cartón terminados en punta y pintados con llamas, con demonios y cruces rojas; las imágenes de los muertos en condena, los cofres colorados con huesos humanos, el estandarte encarnado cruzado con una espada que llevaba por inscripción: «justitia et misericordia», los crucifijos que debían sostener los condenados al ser entregados á las llamas, los santos de la devoción, los largos cirios de las procesiones, los nichos del terrible emparedamiento y los otros atributos de la institución.

Pronto lanzó al espionaje las cofradías domínicas: observaban con sus infinitas miradas las más secretas acciones de la vida privada; penetraban hasta las intenciones íntimas, las censuraban, las dirigían y las denunciaban, y si algún espíritu sensible llegaba á estallar, sin previsión, en un momento de indignación, los mil ojos de la Inquisición lo delataban antes que volviese á su reflexión, y la Inquisición no perdonaba: si eximía de la hoguera, aplicaba el garrote y luego quemaba el cuerpo del muerto.

El auto de fé se celebraba en la plaza mayor con su ceremonial pintoresco y trágico: llevaban á la víctima silenciosamente, entre alabarderos y domínicos, precediendo una larga procesión. Una vez llegados, lo amarraban con cadenas al madero, encendían la hoguera y no se retiraban hasta haberse saciado de oír chirriar las carnes del condenado y de haberlo visto retorciéndose, casi perdido, entre las espesas llamaradas. Ave! Señor!

Aquel espectáculo, flagelo de las colonias, fortificó al quíchua en su mala opinión contra el

sacerdocio y recordó al azteca los sacrificios de sus dioses. El auto de fé había venido á reemplazar las prácticas salvajes de la civilización que iba á innovar.

La Inquisición impidió todo lo que pudiera llevar un destello á la inteligencia. No permitía otra lectura que la de los libros que ella misma circulaba,—textos embrutecedores de la mente mejor preparada,—persiguió la expontaneidad del pensamiento, sumergió á la conciencia en las tinieblas y persistió en la obra iconoclástica que empezó Zumárraga. Así establecieron su poder en la América. Su norma fué la destrucción y la muerte por el fuego: más que delegados de un culto, parecían apóstoles siniestros de una fé demente.

III

El jesuita, después de la Inquisición, continúa en la historia los extravíos del catolicismo en el período de la conquista, extravíos que la iglesia no desdeña aceptar, venerar y santificar: Domingo, el canónigo de Osma, é Ignacio de Loyola han sido consagrados por la Iglesia.

El jesuitismo admite el delito si su fin es en bien de la Compañía; consiente la prevaricación, el robo, el perjurio, el homicidio y la mentira, si son *ad majorem Dei gloriam*. La Inquisición no permitía otra luz que la de la hoguera. La Compañía se convirtió en secta para dominar; el Santo Oficio fué proclamado por la Iglesia como institución luminar de las conciencias; y ambos fueron para la tierra americana el presente griego del catolicismo . . .

La Inquisición con sus leños y familiares instaló sus centros de acción con todo aparato en el Perú y en Méjico. El jesuitismo se difundió paulatinamente en Méjico y Chile, en el Perú y en Venezuela, en el norte, en el centro, en el sud, en todos los puntos donde había probabilidades de establecer una base de opinión. Estas fuerzas dispersas, débiles en apariencia, al obrar en un sentido igual y á un mismo tiempo, debían dar por resultado una suma considerable de influencia y de poder.

La dominación universal era el objeto final de su programa, y como para una tan grande teocracia era menester un ensayo, eligieron un sitio apartado, perdido en la inmensidad del Continente, sin oro que despertara la codicia del aventurero, sin otra riqueza que el suelo, y donde la raza, domada por el clima, atemperada por el hábito sedentario y vasalla de la vegetación ubérrima, era susceptible de una influencia eficáz.

Hecha la elección quedaba á ejecutar el plan concebido.

IV

La zona escogida, despertaba el anhelo á la vida pacífica y suave, á la vida sin cuidado, en el silencio, alejada del movimiento. La cruzaba el río que Azara llamó el Nilo americano y estaba situada entre selváticas sierras. El hombre allí era pequeño en medio de la naturaleza prepotente, tan pequeño que el vegetal tendía á dominarle y casi le asimilaba.

La gramínea de verde intenso apenas ocupaba espacio, en tanto que la arboleda reinaba, sola, infinita y misteriosa. La selva era vírgen, primitiva, enmarañada, impenetrable, de tal manera que el colorido no daría una idea de ella ni en los magníficos cuadros de Lorrain y de Forbin. Entre redes de lianas y guirnaldas de flores, con todo el vigor de las fuerzas de la naturaleza, reunía las variedades del citrus de frutos dorados y azahares fragantes; el árbol del paraiso; el cotero espinoso y el plátano de largos gajos con racimos de bayas ambarinas; el cinamomo oloroso, la acacia, el durísimo lapacho, ei cedro; los árboles que dan el palo santo, el palo rosa y el palo amargo; el laurel, el algarrobo, la sensitiva delicada; el aguaray y el icí que dan la goma incensaria; el tayí de madera incorruptible; el timbó alto y recto; el ambai de hojas argentadas; las plantas textiles; y en grupos interminables la caña, la araucaria y el ilex paraguayensis, cuyas hojas aromadas tienen el tinte verde oscuro. El galaripso trepador tejía de árbol en árbol una red tenaz y se mezclaba á las lianas fibrosas, al epidendro, á la pasionaria, á los bejucos colgantes, á los líquenes y á los parásitos que en amable simbiosis se sustentaban de los colosos de la arboleda. En medio de aquel caos de la flora en rut, la serpiente agitaba su seco cascabel, la culebra se confundía con el bejuco, el mono saltaba sin cesar, la zorra expiaba la presa con ojo vivo, la gacela pasaba rápida, la onza rugía y el anta no se apartaba del légamo de las orillas del Paraná. En el día, las bandadas de cotorras confundían su color con la esmeralda de la floresta; el flamante al volar parecía agitar alas de fuego, los cardenales servían de manjar á las serpientes

que los atraían con su mirada hechicera, los colibrís á millares libaban el pólen de las flores y se mezclaban á los lepidópteros que nacen de las metamórfosis y á los dípteros innumerables de diminuta trompa absorbente. En la noche el vampiro ávido de sangre cruzaba el aire á la par del ñacurutú de grito disonante, y la selva inmensa, con sus extraños y misteriosos ruidos, se llenaba de las chispas fugitivas que despedían los lámpiros de cruz roja y los elatéridos de mirar fosforescente.

Numerosos arroyos pasaban murmurando bajo los altos árboles y se derramaban en el gran río, que viene desde lejos, del norte, angosto ó profundo, sesgado ó recto, cruzando valles ó partiendo sierras. Ancho de mil doscientos metros cuando se acerca á la cordillera de Maracayú, se abre paso por un estrecho canal de cincuenta metros, en donde se forma la estupenda caída del Guaira, y corre luego turbulento, despedazado sobre rocas oblícuas de basalto negro, en un trecho de más de dieciocho leguas, entre picos y despeñaderos que dibujan extrañas y enormes figuras. Aquella lucha magnífica entre el agua y la piedra, cuya enseña de guerra es el arco iris, duplicado y centuplicado en el polvo líquido, produce un grito mugiente que acalla el trueno, estremece la tierra y aleja la vida animal. Solo la flor del aire, suspendida en la roca, sobre el abismo, acompaña con su misteriosa tristeza el supremo ruído de las aguas.

El cuadro aún no se completa: á un lado el Iguazú presenta la asombrosa catarata de mil quinientas varas de ancho y setenta y tres de altura; al otro, el salto precipitado del Mberuy y las rompientes rápidas del Uruguay.

Así, esa tierra elegida concentraba la armonía de las grandes maravillas. La cascada tonante moría al fin, en su último rumor, allá en el fondo de la selva grande, altiva en su silencio, soberana en su recogimiento. Era el sitio escogido de la paz profunda. El salvaje había penetrado á ella por entre sus intrincadas barreras, cobijándose bajo la sombra de su ramaje, cuyos frutos pendientes le servían de alimento. La naturaleza, al brindarle sus encantos, le predisponía á la inacción, á la vida sin el movimiento, que es la vida del vegetal. Se unía á la cálida opulencia de la selva y en ella se desarrollaba, sin esperar nada, debilitada la mente por el reposo prolongado, degenerado en la especie, hasta llegar á despreocuparse de su propia personalidad. Antes había sido el guaraní nómade é inconstante que iba sin saber donde, sin ningun ideal, como impelido por un destino: ahora era sedentario, había perdido el hábito de la guerra y se limitaba á la práctica tranquila de sus supersticiones.

Un día oyó un sonido que no era como la queja del viento entre las hojas y un ser extraño se apareció á su mirada. El jesuita había ido á someter al habitante de la selva vírgen, pero no ya con la cruz ni con el breviario: solo, convencido del poder de la música, llegó armado del arco que arrancaba arpegios de la cuerda. Fué el secreto de su primer poder en aquella región para él todavía ignota: el salvaje extremecido en su íntima sensibilidad, se sintió subyugado al éco de la nota que le hablaba al oído con caricias de melodías.

V

A orillas del Pirapa, sobre cuya corriente los cedros dejaban caer una sombra apacible, se estableció la primer aldea. Se denominó reducción, por ser sitio destinado á la conversión de los indios; pronto el contingente de neófitos que se unió al primer grupo, dió lugar á la formación de otra aldea, al mismo tiempo que Lorenzana, atraído por el prestigio de aquella fácil conquista, establecía la de San Ignacio. En 1629, veinte años después de la fundación de Loreto, el número de las misiones establecidas alcanzaba á veintiuna.

El jesuita llegaba cargado de cruces y rosarios, persuasivo é insinuante. Su religión no era de guerra: proclamaba la paz y el consuelo. El dios de los guaranís era *Tupá*, un dios inmaterial, creador de todo: Tupá siguió siendo su culto.—Pero, dijo el jesuita al neófito, Tupá tuvo madre, —y entónces la vírgen María fué llamada *Tupá-sí*, «madre de dios». Luego el indio arrojó el amuleto y en su lugar colgó al cuello al rosario: símbolo por símbolo. Creía en la inmortalidad del alma; pero como aún no tenía la idea del mal, por que lo hacía sin comprenderlo, pensaba que esa inmortalidad que todos alcanzaban, era la inmortalidad del descanso.—El fraile le enseñó á creer en un cielo y en tres infiernos, de los cuales él podía absolverlo, estableciendo así, en una forma explícita, esa nueva base de su superioridad. Esto para empezar;—en seguida, el catecúmeno recibía sin comprender el agua del bautismo y escuchaba la misa, cuyas ceremonias le

recordaban, por las frases latinas, las evocaciones incomprensibles de sus *payés*. En realidad, sus creencias seguían iguales. Ni el nombre de su dios variaba; seguía adorando á Tupá, tal como lo había imaginado, y en conciencia no hallaba sino la novedad de exterioridades mas afectadas.

El indio tuvo confianza : supuso que, en efecto, los hombres de las *ropas negras* no intentaban alterar sus costumbres, sino hermosearlas. Por otra parte, jamás se había preocupado de sus creencias, y ahora prefería arraigarlas, porque esto le prometía, lo que aún no había esperado : en la tierra esas frulerías de cuentas de vidrio, que tanto le encantaban y en el cielo un paraiso de placeres y beatitudes. El jesuita, que había empezado á insinuarse con la ternura de la música, continuó para dominar con la prédica especulativa. Hizo más aún; lo salvó de las encomiendas, el odioso sistema de servicio que organizaron los conquistadores, y convirtiéndose en aliado contra sus cómplices, lo libró de una esclavitud para aprovecharlo mejor en otra.

La aldea, pobre al principio, tuvo después todas las comodidades posibles. En el frente de un gran cuadrado estaba la Iglesia y el colegio; á los costados los grandes almacenes de la comunidad, en el fondo el cementerio. En todos los edificios, hechos con gruesas paredes de adobes, el benéfico verandah estaba sostenido con pilares de tayí. El carandai y el lapacho se usaban para los techos; la piedra y el asperón predominaban poco. Era esa construcción baja, frágil y pesada del antiguo estilo arquitectónico español, sin gusto y sin elegancia, que aún siendo nueva tiene la apariencia decrépita. De cada ángulo del cuadrado partían en líneas rectas las calles estrechas,

donde se situaban las cabañas rústicas de los indios, y sobre una senda de pinos, naranjos, palmeras y araucarias, que rodeaba la aldea, colocaban las capillas ó altares, donde se estacionaban en sus largas procesiones: allí practicaban la homelia, lo más sencilla posible, para que penetrara en la inteligencia limitada del salvaje catecúmeno.

La idea de la República Cristiana nació después de fundada la tercera reduccion y se organizó definitivamente bajo la base del comunismo, la obediencia á la fuerza moral y el aislamiento de todo contacto con los colonizadores, de acuerdo con el plan trazado en el Perú por Baltazar de Piñas.

La mansedumbre, y más que todo, la candorosa credulidad de los indígenas les facilitaba el ensayo. Comprendiendo que sin mucho esfuerzo, aquella tierra fecunda podía producir mucho, no chocaron, en la distribución de las tareas, con la natural indolencia de los neófitos. En efecto, el trabajo era limitadísimo: cada cual tenía designada la porción que debía cultivar, y á más, el *tupambaé*—cosa de dios—cuyo producto estaba reservado á los gastos del culto.

A la salida del Sol, en invierno como en verano, la campana de la iglesia congregaba á todos los habitantes de la reducción. Después del oficio religioso partían los labradores llevando en procesión, al son de flautas y violines, una imágen cualquiera, Céres católica, protectora de las mieses, renovada con frecuencia. Llegados al punto del plantío, improvisaban un altar y empezaban á trabajar. El regreso se hacía con la misma ceremonia. Entre tanto la mujeres hilaban el algodón que recibían en proporciones iguales

todos los sábados, para devolverlo trasformado una semana después, ó bien bordaban para el altar esa tela laboriosa del ñanduti—tejido de araña — que no tenía otro mérito que el de una paciencia formicular; en los talleres se tejian y se confeccionaban las ropas, se imprimían librejos en guaraní y se hacía todos los otros trabajos de la comunidad. Los tejidos, productos naturales y artefactos, eran enviados á España, en donde deducida la parte que correspondía al fondo de la Compañía, se traían en cambio imágenes vistosas, oropeles, collares, drogas y aquellos objetos de poco valor que tanto seducían á los indios.

En las reducciones mayor tiempo demandaban las atenciones del culto que las del trabajo. El templo, tapizado con pieles de tigre, estaba siempre iluminado, en honor de un santo ó de una vírgen. Por cualquier pretexto celebraban fiestas para distraer á sus neófitos, que á pesar de todo, jamás tuvieron agrado en la labor. Si alguna vez se afanaron en sus quehaceres, fué por compensarse después en la ociosidad de las funciones. Les agradaba llevar el cirio con actitud respetuosa, sufrir las andas que no eran más que un yugo de otra especie, perfumar con el incensario, sostener el aspersorio, levantar arcos triunfales, adornar los altares y entonar los cánticos. Amaba las fiestas porque también podía volver á tomar el arco, revolear la honda, agitarse en las danzas guerreras y penetrar libremente en la selva. Entónces el salvaje se despertaba en él y con placer cazaba otra vez la fiera, la gacela ó el ave, que parecían llamarle á su antigua existencia de peligros y de rudas alegrías.

El gobierno de la reducción estaba aparentemente á cargo de funcionarios nativos: un cacique

y varios alcaldes que elegían los mismos indios; pero en realidad la dirección pertenecía á dos jesuitas, el uno exclusivamente dedicado á las funciones religiosas, el otro encargado de la vigilancia del trabajo. Una singular organización presidía todos sus actos. El sacerdote de las funciones espirituales, mantenía una vida severa y misteriosa, que maravillaba á los neófitos. Jamás salía: siempre en la Iglesia, en oración, en éxtasis.

La reducción estaba materialmente aislada, y cuando el río, el arroyo ó el pantano no la defendían, estaba el foso profundo, de manera que nadie pudiera entrar ó salir clandestinamente. Si algún extranjero llegaba de visita, lo alojaban en un local cerca del templo y lo atendían cuidadosamente, durante los tres días que debía durar su permanencia; en caso de ser comisionado le obsequiaban empeñosamente, pero en seguida le insinuaban la retirada. En lo demás estaban tan independientes de la tutela del Rey, que á no ser el impuesto de capitación, devuelto casi entero en forma de emolumento, jamás hubieran tenido que entenderse con él. Conseguido el derecho de administrar el sacramento, el aislamiento se había hecho aún mayor: fuera de sus límites todo quedaba proscrito, el hombre y la civilización.

Tenían leyes especiales para su singular sistema. El neófito era siempre el tipo paciente y productor: para mejor hacerle servir, ligaban todas sus tareas á actos religiosos, lo dominaban por la superstición, lo obligaban al trabajo por el temor, lo distraían y lo ofuscaban con la pompa religiosa y lo alimentaban bien, porque la predicción de San Pablo, según el proverbio, es clara, «para penetrar en los paganos, hay que entrar por la boca».

Por medio de la confesión estaban al cabo de todos sus secretos, de todos sus deseos, y aún de sus tendencias. El confesor era por otra parte su único intermediario entre su conciencia y Tupá. Por medio de él hacía sus ofrendas, obligatorias por la costumbre, á los santos de su devoción, casi todos los del calendario. Vivía por la religión y trabajaba para ella con el anhelo de la recompensa que el sacerdote le había hecho presentir, para después. Si algún neófito enfermaba, le asistían con paternal cuidado y le curaban según los pocos medios de que podían disponer. Si sanaba, celebraban el acontecimiento, atribuyéndolo á la intervención de algún santo; si moría, era porque Tupá lo llamaba al cielo. Inhumaban al muerto con gran aparato, rociaban con agua bendita la tierra que lo cubría y colocaban encima una cruz, una piedra y un epitafio laudatorio en guaraní. Los pocos niños á quienes se les enseñaba á leer rudimentariamente, deletreaban la inscripción y la propalaban entre los indios, envanecidos con aquella última demostración.

El guaraní no fué desterrado de las reducciones: con ser un idioma escaso, los jesuitas lo aceptaron entero, y esta adaptación al medio es una de las cualidades que mejor explica su triunfo. Sabían ellos que de este modo halagaban las pasiones del sencillo indígena, á la vez que hasta por la palabra lo alejaban más todavía de la civilización, porque es un hecho bien probado que cuanto más limitado es el lenguaje, más se estrechan las concepciones y las facultades intelectuales. En la escuela le enseñaban algunas voces y frases en latín sacadas de la Vulgata, las oraciones, los innumerables deberes del creyente, el respeto y la sumisión al sacerdote, y en último

término algunos principios de la contabilidad, pero esto solo á aquellos á quienes por sus manifiestas disposiciones de fidelidad, se les podía confiar encargos para Buenos Aires, cuando se les enviara conduciendo los productos de las Misiones. Cuando el niño llegaba á la pubertad, el fraile conocía las pasiones del indio, le elegía mujer y lo casaba.

Las cosechas recogidas fueron después un aliento más: era el fruto de la solidaridad en el esfuerzo y en el trabajo, y aquellas pobres gentes que jamás habían guardado, no atribuían sino á un favor divino la abundancia que empezó á reinar. El fraile acrecentó su poder y su influencia, á la vez que el ejemplo conquistaba pacíficamente nuevos adeptos y daba lugar al establecimiento de otras reducciones. Hasta los tapes desconfiados vinieron humildes, á pesar de ser montañeses, y bajo la tutela del Padre Gonzalez se establecieron en la costa occidental, sitio futuro de otras reducciones.

El ensayo salía bien: la producción era enorme, incomparables los beneficios del trabajo y del ahorro común. Los jesuitas hallaban al fin una tierra de promisión, allí donde habían alcanzado á ser no patriarcas, sino más dioses que aquellos por quienes intercedían. Las humildades, las adoraciones, las ofrendas, ellos las recibían de aquel pueblo sencillo tan bien dispuesto para la subordinación y la servidumbre y donde tan cómodamente se ejercitaba el dominio absoluto, que era la tendencia primordial de la Compañía. Realizado así el plan, la República Cristiana estaba formada.

Fué necesario entónces una cabeza capaz de dirigirla y conservarla. Pronto, de Roma llegó un

enviado y se instaló en la Candelaria, la capital de las reducciones.

Hasta entónces por solo la fecundidad de la raza aquella nación nueva había resistido á la obra de la muerte; pero de pronto la prosperidad de las misiones fué vivamente interrumpida: del norte vinieron los terribles paulistas asociados á los tupis. Aquella numerosa agrupación compuesta de indios y de negros, que peleaban por la esclavitud, cayó sobre las misiones como nueva incursión de bárbaros. Rápidamente destruyeron todo, y pasaron, llevándose sesenta mil indios.

De los cien mil con que contaban las reducciones no quedaron sino doce mil, con los cuales el padre Montayo pretendió remontar el Paraná en setecientas balsas, sin contar con que el Guaira había de oponerle una dificultad insuperable.

Volvió y con aquella base empezó la reorganización de la provincia jesuítica, con tan buenos auspicios, que ocho años después de la primera invasión estaba ya en condiciones de rechazar nuevos ataques. Los indios fueron armados con mosquetes y aleccionados en duros ejercicios, bajo la dirección de frailes venidos de Chile, donde habían preferido cambiar la espada por el báculo, á causa del desaliento que les produjo la guerra con los aucas.

A mediados del siglo XVII, las reducciones, decididamente protegidas desde España, alcanzaron un alto grado de prosperidad. Los indígenas, perseguidos por los paulistas, vinieron desde largas distancias á buscar allí un refugio, con el aliciente de que podrían vivir tranquilos y alimentarse sin trabajar mucho. Al norte del Paraná se formaron once reducciones, entre el Paraná y el Uruguay quince y en la orilla derecha del

Uruguay trece. El límite estrecho del principio se había extendido á seis mil leguas cuadradas. Imperium in imperium.

Las reducciones llegaron á constituir en ese período una rica fuente de recursos para la Compañía. Su administración fué aún mejor atendida y para asegurarse contra los ataques de los paulistas, no solo se armaron con cañones y enseñaron á sus neófitos el arte militar, sino que trataron de mantener siempre vivo su espíritu en contra de ellos, ya fuera por medio de la propaganda cotidiana, ya con representación de dramas en guaraní cuyos temas se referían á las invasiones y derrotas de los traficantes de indios.

VI

Si se eliminan las cuestiones suscitadas en repetidas ocasiones por los católicos de la Asunción y algunos ataques frustrados de los paulistas, las reducciones siguieron pacíficamente su existencia patriarcal.

En 1730, después de ciento cincuenta años, los padres habían bautizado setecientos mil indígenas y la población de las misiones alcanzó su mayor cifra: ciento treinta mil indígenas jesuitizados. Pero aquí comienza el primer éxodo: una violenta epidemia de viruela los diezmó de un modo implacable. Jenner, el descubridor de la vacuna, aún no había nacido, y como los directores de la República ignoraban otra terapéutica que la de algunas sencillas yerbas medicinales, dejaban morir á los epidémicos casi sin asistencia, abandonándolos á su fé y al milagro de algún santo.

En un cuarto de siglo la población disminuyó á setenta y cuatro mil habitantes, y si bien veinte años después aumentó otra vez á ciento siete mil, una repetición de la viruela los redujo en 1764 á noventa y cuatro mil.

Entretanto, la fama de las Misiones se extendía á lo lejos, aumentada como por la acción de un políscopo. De Provincia se transformaba en Estado, de República Cristiana en Policracia independiente. A mediados del siglo XVIII se opusieron á la cesión de las misiones orientales, hecha por España á Portugal en cambio de la colonia del Sacramento. Los indígenas, instigados por los jesuitas, se sublevaron y se mantuvieron en actitud armada, hasta que cediendo á la fuerza, empezaron á evacuar las reducciones, lentamente, no con el fin de dejarlas definitivamente, sino para permitir que los sucesos evolucionaran en su favor. El tiempo ganado, les valió en efecto la anulación del tratado; pero en cambio su causa empezó á perder terreno.

Ya en aquella época no disimulaban sus tendencias de dominio sin restricciones y parecían dispuestos á hacer frente, á cualquier emergencia. Silenciosamente se habían diseminado por toda la América, se introducían por doquier y representaban por su organización una verdadera amenaza. Entónces la corte de España no vaciló más y dictó la cédula de expulsión, que debía cumplirse un año después.

Los jesuitas de las reducciones no opusieron dificultad, y comprendiendo que su resistencia había sido prevista, se entregaron pacíficamente. Franciscanos y domínicos los reemplazaron en las Misiones, continuando el sistema del comunismo. Pero no poseían ese secreto de la administración,

que engañaba con la más pesada coyunda, embrutecía para domar y halagaba con todas las esperanzas. De manera que treinta años después, cuando Azara visitó aquel teatro de la más brillante institución monacal, el número de sus habitantes había bajado á cuarenta y cinco mil.

Posteriormente, las invasiones de los portugueses llevaron nuevamente la desolación. España reclamó, pero la atención universal se reconcentraba entónces en el hombre sin par que enceguecía á todas las naciones con la llamarada de su génio. Bajo la dirección avara de los portugueses, después de la invasión de Rivera, quedaron aún más deshechas. Los restos los dirigía Francia por medio de un cura y un mayordomo, y en 1848, el dictador Lopez declaró libres á las reducciones que quedaban é incorporadas á la organización normal de la República.

Los sobrevivientes de esos doscientos cuarenta años de comunismo autoritario, eran apenas seis mil, y se vieron emancipados de un sistema que la costumbre prolongó; pero tan pobres, que no poseían ni un albergue.

VII

Cataldini y Mazeta, al partir á su primer misión, declararon su confianza en poder hacer hombres y cristianos, pero nunca esclavos. Ni hombres ni cristianos formaron, sinó máquinas serviles de trabajo y séres recargados de supersticiones.

Aprovechando esa tendencia á la irresponsabilidad que se nota tanto en el salvaje como en el ignorante, cautivaron al guaraní con la idea

persuasiva de la recompensa, lo dominaron por la práctica exagerada de la religión en sus fases grotescas y se impusieron como tutores eternos de una raza.

Enseñaron al indio el trabajo liviano, lo acostumbraron á las pompas pueriles, lo atontaron en el fanatismo, le grabaron en el corazón, no la idea del bien por el bien, sino la del bien por el premio, y lo unieron así, ligaron el neófito al jesuita por un mecanismo especial, tan sólido, tan duradero, tan premeditado, que el creyente se transformaba en bestia y el jesuita en alma. No consintieron la regeneración del salvaje por la inteligencia. No dejaron en su cerebro vacío ni un gérmen fecundo; lo mantuvieron estéril, árido, embrutecido. Le enseñaron del trabajo lo elemental y rudimentario; pero no le dieron el secreto del trabajo, que nace del cultivo intelectual. Pudiendo transformarlo, se limitaron á reformarlo; pudiendo regenerarlo, solo lo modificaron.

De un poder extinguido, del Tuhuantinsuyu, arrancaron el misterio de su sistema, y como allí formaron una población de ineptos, sin iniciativa, sin expansiones ni entusiasmos, incapaces para los destinos superiores de la vida. Su obra terminó como en el reino de los Incas, dejando una multitud humilde y obediente, preparada para la sumisión con otro amo que seguiría explotándolo y que perpetuaría su descendencia en el servilismo.

Durante un siglo, desde 1650, las reducciones no recibieron ningún impulso. Predominaba la vida igual y monótona, la vida que tendía á asimilarse al vegetal de las selvas vírgenes. No era el desarrollo de un pueblo, sino la continuidad de un plan. El estado estacionario de las Misiones demuestra, si no un fin retrógrado, un sistema

absurdo, porque la civilización no tiene manifestaciones de inestabilidad, sino un carácter de progreso constante é indefinido.

El sometimiento de los guaranís á un régimen monacal, bajo la base de un comunismo aparente, la imposición de dogmas que no eran comprendidos y el hecho de persistir en mantener un estado de embrutecimiento invariable, caracterizan claramente la institución de las misiones y demuestran que su designio no fué civilizador.

El guaraní de las selvas continuó siendo un adulto de mentalidad infantil, bajo la tutela del jesuita, que le enseñó solo aquello que podía dar resultado en favor de la Compañía. Después de haber sido el objeto de un ensayo y la víctima de un sistema, volvió al estado salvaje, con sus mismas costumbres, su idioma limitado y sus tendencias apáticas.

VIII

Ensayo semejante realizaron en la California. Como en las orillas del Paraná, aquella comarca estaba alejada en un extremo, pero variaba mucho en su naturaleza: el suelo era árido y pedregoso: no tenía sino el cielo muy azul y sin nubes. No buscaban allí la naturaleza; querían al bruto. Lo querían en toda su salvaje deformidad, inconsciente é inepto, y tal lo encontraron. En aquel centro, el proselitismo fué aún más fácil, porque la propaganda penetraba más fácilmente. Los californianos de la península se dejaron guiar, y si con ellos se organizaron agrupaciones, fueron reducciones de autómatas cuyas escasas fuerzas

solo se utilizaban en bien del comercio de la Compañía.

El resultado fué después tan provechoso que los jesuitas, á fin de no despertar celos á la corte, ó deseos al aventurero, daban la más mala idea del país. De esta suerte pudieron utilizar á los indígenas durante más de un siglo, dejándolos cuando la expulsión, como quedaron en el Paraguay, sin rudimentos para su propia vida y predispuestos á continuar en su pobrísima condición humana. La California no volvió de su silencio hasta el día de la llegada del anglo-sajón activo y emprendedor.

IX

Al Brasil llegaron los primeros jesuitas con la expedición de Tomás de Souza. En cuanto se establecieron, prohijaron la servidumbre de los indios y la importación de esclavos. Penetraron al interior con firme resolución y eligieron un lugar apartado, el campo de Piratiminga, casi inaccesible y que apenas por un camino podía comunicar con la costa. Esta circunstancia permitió que allí se refugiasen aventureros y criminales, que pronto en contacto con el considerable núcleo de tríbus pacíficas que lograron reunir los jesuitas Nóbrega y Anchieta, formaron esa secta terrible y emprendedora de los paulistas,—cazadores de indios bajo la dirección espiritual de los misioneros,—y luego, independientes de ellos, terribles traficantes de esclavos, como consecuencia de las máximas utilitarias que habían aprendido con el ardor del creyente sincero de aquellos tiempos.

Donde quiera que estuvieron llevaron las mismas tendencias. En el Perú, donde el espíritu servil de los quíchuas no podía serles desfavorable, eran sin embargo odiados, porque azotaban á los niños y á las jóvenes, tenaces en venerar los dioses penates que sus padres conservaban. En Méjico se establecieron con treinta colegios, en Quito con dieciseis, en Colombia con trece, y esas instituciones, á la vez de servir de focos de propaganda, eran otros tantos centros para la administración de sus innumerables bienes.

En Venezuela las misiones no lograron ningún éxito: «La voz del Evangelio, dice un jesuita del Orenoque en las CARTAS EDIFICANTES, no es escuchada sino allí donde los indios han oído el ruido de las armas y el éco de la pólvora. La dulzura es un medio muy lento: solo castigando á los naturales se facilita la conversión». En Chile se encontraron con los soberbios aucas: ni con las demostraciones más humildes consiguieron atraerlos, y se repitió el caso que cita Diderot:—«Qué ganaríamos, preguntaba el autóctono, con ser creyentes?—Ser un servidor de Dios, contestó el misionero.—De ninguna manera, replicaba el indio, nosotros no queremos ser servidores de nadie». Tuvieron que retirarse dejándolos en sus creencias, de igual manera que á los tobas en el Chaco.

Como clero regular, la Compañía de Jesús se infiltró en todas partes, insaciable con sus posesiones, tratando de abarcarlo todo y sobreponerse á las demás órdenes. Durante toda la época colonial no ocurrió acto al cual no estuviera ligada, y es de notarse que cuanto ocurrió entónces fué esencialmente retrógrado. Debido á su organización de máquina sólida é ingeniosa, sus riquezas

se habían acrecentado en proporciones extraordinarias; habían minado los poderes públicos, su influencia llegaba á la autoridad irresistible y sus planes estaban próximos á alcanzar la última fórmula. En Europa su prestigio no era menos poderoso: como secta dominaba, como institución penetraba en todas partes: era la espada amenazante, «cuyo puño estaba en Roma y la punta por doquier».

La resistencia que opusieron las misiones del Paraguay con motivo del cambio de la Colonia del Sacramento y la tentativa de asesinato contra el rey José fueron las causas que decidieron al gran marqués de Pombal á darle un golpe de muerte. De acuerdo con el conde de Aranda, su émulo en la idea filosófica de los enciclopedistas, combinaron la expulsión de los jesuitas, en un mismo día, de todas las posesiones españolas y portuguesas, y un año después, en 1767, se cumplía en el continente Americano. Los ciento doce colegios que dirigían fueron clausurados y los diez mil individuos de la Compañía sorprendidos en su poder, repentinamente, no pudieron resistir y tuvieron que ir á vegetar la vida en Rusia y Alemania, en Italia y Francia, bajo vigilancia. Sus inmensas riquezas fueron confiscadas, y sus establecimientos entregados á otras órdenes.

Esta expulsión, dejando el campo libre á las otras asociaciones del clero regular no dió lugar á protestas. Solo en Méjico algunos levantamientos parciales hicieron formar las milicias, que se aleccionaron para servir después en la revolución de la independencia.

Así quedó abatido ese poder, «peligro social y escándalo de la cristiandad». Había realizado una ficción memorable y secular, pero la expulsión

imprevista frustraba sus planes en momentos decisivos, dejando sin embargo las huellas de su dominación é impreso un carácter que había de ser funesto para muchas generaciones.

X

El catolicismo no fué humano ni civilizador en las sociedades americanas. El primer obstáculo que encontró para la conversión del salvaje, cuando lo intentó, fué la explicación de los misterios sagrados:—Dios, decía el sacerdote á su catecúmeno, es uno y trino: uno, porque es él solo—tres, porque el padre es Dios, el hijo es Dios y el espíritu santo es Dios.

Como misterio está bien: pero para el salvaje la contradicción era evidente, señaladísima; el indio, con su alcance de niño, percibía las ideas bajo una forma material, atinó pronto en que era por cierto bastante original un sér semejante: tres personas reunidas en una con atributos especiales. Jamás había imaginado la creación de un ídolo tan monstruoso, y creció su asombro cuando supo que la Vírgen María se descomponía en mayor número de personalidades, en la Concepción, en la Natividad, la Presentación, la Visitación y la Asunción, representada en otras tantas hechuras. En cuanto á la concepción de María por obra y gracia del Espíritu Santo, el quíchua pudo comprenderla con poco esfuerzo, porque en sus antiguas creencias admitía que pudiera verificarse el contacto del Sol con una vírgen del Aclla-Huaci, fenómeno, sin embargo que jamás se había realizado. El indio, opuesto por

naturaleza á toda discusión, oía atónito y silencioso la explicación del pecado original, de la trasustanciación, de los poderes de la Iglesia y de las fantasías apocalípticas, y como continuase callado, el sacerdote se daba por satisfecho y terminaba su misión. En realidad el neófito podía haberse hecho ortodoxo: no cristiano.

Pero ni siquiera era creyente: continuaba adorando sus dioses bajo otra imágen y con más supersticiones, consecuente á las creencias de sus antepasados: se inclinaba ante la cruz, pero su ruego era á su antiguo ídolo. Cien años después de la conquista, los muyscas persistían en sus antiguas creencias y se reunían en un subterráneo, como los primeros cristianos, cerca de la ciudad de Ramiquisi, donde iban sigilosamente á hacer sus ofrendas de oro y esmeraldas. Cuando á principios del siglo, Bulloch desenterró de la iglesia universitaria de Méjico la estátua de Quetzalcoatl, un viejo azteca que presenciaba por acaso aquel acto, exclamó con expresión resignada, dirigiéndose á un estudiante:—«Es verdad, teneis tres dioses extranjeros muy buenos; pero para ser felices nos hubieran podido permitir conservar algunos de los de nuestros abuelos». A la mañana siguiente el ídolo apareció cubierto de coronas y guirnaldas. Este recuerdo de la tradición se perpetúa á través de los tiempos, cariñosamente: no hace mucho tiempo el coronel Mac-Leod ha observado que el fuego sagrado ardía aún en algunos pueblitos del Méjico meridional.

En el Perú el quíchua desdeñó siempre el nuevo culto, y si bien simulaba aceptarlo en sus ruegos y en sus intimidades, en el templo, sobre la cabeza del santo, la auréola brillante era para

él la enseña del Inti, y su ruego era al Sol y no á la imágen. «Más de una vez, dice Wiener, sobre las altas planicies, por donde casi nunca pasan viajeros, hemos visto al pastor indio, á la salida del sol, ó á la hora del sol poniente, arrodillarse cerca de la cruz, hecha con dos ramas gruesas. Sacaba del seno, del fondo de un saquito, una de esas pequeñas llamas de piedra, semejantes á las que frecuentemente se encuentran en las tumbas del interior, y ponía resina en ese incensario del Sol, que encendía al pié de la cruz á cuyo nombre habían sido exterminados sus abuelos. Es entónces, al ver los viejos dioses americanos incensar al Dios nuevo, que comprendimos esa mezcla de prácticas religiosas, esa fidelidad del indio al culto de sus antepasados y su sumisión á la religión de sus amos,—y hemos creído comprender el enigma religioso que, bajo el punto de vista social, ha dado lugar á una solución violenta, como la del nudo gordiano, una solución que ha cortado la dificultad sin resolverla».

«En medio de ese mundo de conquistadores, agrega después, brutal hasta la ferocidad y vicioso hasta el cinismo, aparece á veces el capuchón sombrío y la figura pálida del capellan, trasformado en misionero apostólico. Lo mismo que en España, se hace forzosamente en el nuevo mundo el gran ordenador de la vida pública y de la vida privada. Su ciencia cambia de naturaleza y de objeto, según el centro que escogen sus emprendedoras ovejas para desplegar su actividad, para gastar sus fuerzas y arriesgar sus días. Colocado fuera de la existencia vertiginosa del soldado, él solo domina la situación, él solo la comprende. Si permite la destrucción de los vestigios del pasado, debe tener su fin. Si defiende

la exterminación completa de la raza indígena, debe tener también su fin. Ha venido á plantar la cruz sobre el suelo de la América: la cruz dominará el nuevo mundo, y él sostendrá siempre la cruz: ese es su deber de sacerdote. En cuanto á los medios, hélos aquí: al llegar el misionero al Perú, encontró un soberano, hijo del Sol, investido de la potestad teocrática y del poder temporal. El Inca, ese dios encarnado de la América, tenía en su mano poderosa los rayos de la guerra y los rayos bienhechores de una luz civilizadora. Tenía en su rostro una severidad augusta, y fija sobre los labios, una sonrisa benévola: tal era el dios indígena.

«Frío por naturaleza, fiel por hábito, trabajador por fuerza, sumergiendo á menudo su pensamiento en los torrentes del sora, que fortifica sus músculos al embrutecer su inteligencia, tal era el pueblo. El misionero comprendió que para dominar ese mundo, no había más que sustituir al Inca. Llegado al Perú de una manera que parecía milagrosa al indio, venció de una manera milagrosa por medio del *conquistador.* Trató pues de aprovechar este doble respeto, reemplazar al hijo del Sol por el hijo de Dios y asociar al español laico á una tarea que solo á él debía beneficiar. Pero el indio es incapaz de comprender á Dios. Comprende la fuerza bienhechora del astro; ignora la de un sér invisible, impalpable. Esa fué la primera dificultad que se eludió, trasformando la mujer-madre de la América, Mama-Occlla en la santa Vírgen: el indio comprendió la fuerza fecundante, comprendió la fecundidad. No sabía el sentido ni el objeto del misterio divino, pero se le trazaron sus contornos á grandes rasgos. Jesús fué suprimido, y la santa Vírgen apareció sola en el templo».

XI

El catolicismo se imponía y el salvaje lo aceptaba, repetía las fórmulas que le enseñaban y que él no trataba de profundizar; admitía el absurdo y aún lo veneraba, como san Agustin, *credo quia absurdum*; pero en su conciencia seguía respetando las creencias de sus padres y odiando el culto de su dominador y de su déspota. Por otra parte, esta religión tan degenerada de su primitiva sencilléz, apartada de sus fundamentos de moral, de dulzura, de perdón, caridad y pureza; que le enseñaba á temer y no á amar, no le seducía de otra manera que por el aparato ceremonioso ó por las fiestas pomposas, como si fuera un gnois y no una verdad. Después de los años no conocía de su nuevo culto sino lo aprendido el primer día. Se le había dado un santo para su amparo, pero éste no lo protegía ni en las desgracias ni en las penas de su esclavitud, y pasaba su adoración de san Juan á santa Rita, de santa Rita á san Ignacio, de san Ignacio á san Pedro y de san Pedro á la vírgen del Rosario, dioses lares insensibles á sus súplicas, que no eran propicios sino por coincidencia y cuyo favor al fin desconocían por completo.

El clero no se esmeraba en su educación y solo trataba de convencerlo con las exterioridades. En su afan de considerar la vida como un paso efímero sobre la tierra, se dedicaba más á evitar los males de una vida futura que sus desgracias presentes. La mayor parte de los días estaban consagrados á las ceremonias religiosas, bien fuera

con procesiones de día ó con plegarias nocturnas que no pocas veces terminaban con bailes. De la liturgia á la bacanal.

Estas fiestas servían para la ostentación, daban lugar á las ofrendas y oblatas más ó menos voluntarias, realmente obligatorias, ya fuera para las cofradías ó para responsos, sangüis, mementos y óbitos que tenían ese curioso privilegio de librar las ánimas del purgatorio. Las ventajas de este sistema fueron poco á poco tan completas y productivas, que aventureros y mercaderes ignorantes preferían la sotana á la espada y después de ordenarse en alguna congregación se venían de Europa, codiciosos é insaciables, para colocarse á la par del hombre del traje talar en su ávida ambición de acumular riquezas.

El número de las cofradías aumentó rápidamente y con ellas la esclavitud y la desgracia del salvaje, fundada en la teoría que había sostenido Quevedo, el obispo de Darien, de que los indios «eran una especie de hombres destinados á la servidumbre, por la inferioridad de su inteligencia y de sus dotes naturales, y que sería imposible instruirlos ni hacerles dar ningún paso hácia la civilización, si no se les mantenía bajo la autoridad perpétua de un dueño».

El clero regular, al llegar levantaba un monasterio espacioso, creaba conventos, esparcía capillas y adoratorios y no tardaba en adquirir una vasta área de tierra para el cultivo. Y estas tierras seguían siendo en todas partes, como anteriormente las tierras del Sol, donde los indios cumplían un precepto al trabajarlas gratuitamente. Le iban en ello indulgencias generosas. Pero estas indulgencias no les libertaban del trabajo: del cultivo de las tierras de la Compañía pasaban

al servicio de las encomiendas: la servidumbre sucedía á la servidumbre. Obligaba al trabajo del esclavo, á ese indígena que no consideró ni aún como sér humano, hasta un siglo después de la conquista, cuando Paulo III declaró á los indios «criaturas razonables y aptas para recibir el sacramento».

La impunidad originó después las reincidencias; de la disciplina del monasterio el monje fué cayendo por el hábito en otros abusos. En 1618, el príncipe Esquilache, virey del Perú, trató de contenerlos, pero no pudo resistir á la hábil maniobra de las comunidades que recurrieron á las supersticiones de la plebe y obtuvieron pronto del débil Felipe III, por medio de la intriga jesuítica, la tolerancia de sus prácticas. Salvado el obstáculo, cayeron en una inmoderación mayor, al amparo de sus fueros y de sus tribunales especiales.

Solo uno que otro miembro del clero secular, amante del martirologio ó sincero creyente de la parábola del Buen Samaritano, seguía las huellas de Las Casas amparando á los indios y complaciéndose en enseñarles, en sus inclementes moradas, el ejercicio de la virtud cristiana.

XII

El régimen colonial, guiado en todos los tiempos por el clero regular, produjo en la América el retroceso ó un estado estacionario debido al fomento de la ignorancia. El profesorado estaba á cargo del sacerdote, único institutor, cuya tarea se limitaba á la enseñanza de la religión y de los

sucesos más importantes de la monarquía española. Después, el que se hallase con vocación al estudio debía limitarse á la lectura de los Santorales, del Año Cristiano, del Catecismo de Ripalda, de los cánones y de la teología escolástica. De ahí nacieron esas generaciones tan singularmente atrasadas, agenas á todos los conocimientos, á las ciencias, á las artes y á las industrias. El aislamiento debía contribuir para asegurar ese estado. En 1583, el tercer concilio reunido en Lima, estableció la incomunicación en el órden político, religioso y comercial, por el interés de asegurarse la libre explotación del cerro de Potosí.

El sacerdocio influía no solo por sus privilegios y la posesión de las verdades reveladas por la Iglesia, sino también por sus inmensas riquezas. Dirigía el gobierno de los vireyes, conocía sus más secretos planes, los evitaba ó los precipitaba, y en los pueblos establecía el régimen de las costumbres y de las supersticiones. La vida estaba dedicada entera al culto: aquel que no veneraba en su casa una série de santos y vírgenes, era al instante excomulgado y perseguido. Fuera de la religión, el pensamiento no debía tener jamás ni una expontaneidad, haciendo la existencia completamente incapaz para designios más elevados en cualquiera de sus nobles manifestaciones.

Durante tres siglos su dominio fué preponderante sobre la tierra americana. Amparados por la apariencia de una noble misión se esparcieron numerosos, sin resistencia, en todos los países conquistados. Méjico únicamente contaba con cuatrocientos conventos servidos por diez mil monjes y cuatro mil legos. Monopolizaron las

funciones públicas, los negocios comerciales y el culto, todo deliberadamente bajo la base de un absolutismo que debía ser funesto. Puede muy bien decirse, que con los prestigios de la investidura sagrada, disponiendo de las condiciones de un poder estable y fuerte, impidieron la marcha de la civilización por causa de sus supersticiones, por el extraño ingerto de sus adoraciones, en que se distinguía el culto de la dulia; con el Jesuita que engañaba á la Europa con las famosas «Cartas edificantes y curiosas», dando á entender que fundaba una Arcadia en el Paraguay, cuando realizaba un plan solamente útil á la Compañía; con la Inquisición, que «no hacía sino suprimir», con las demás comunidades religiosas que enseñaban á no saber, y con el clérigo secular, que concurrió á su vez como actor de todas las intolerancias.

No realizó la obra apostólica que le fué encomendada: al secar las fuentes del saber, evitaron la lenta dignificación del salvaje por la inteligencia; esparciendo dogmas imposibles, ofuscaron el entendimiento; con la incomunicación paralizaron el comercio; con la Inquisición acentuaron su dominio por el terror; con el jesuita fundaron factorías de abyección;—y las excepciones honorables palidecen ante los hechos de la colectividad.

En el Norte, en Virginia y en el Canadá, también lograron establecerse, y por sus restricciones infinitas comprimieron el movimiento, impidiendo el desarrollo del comercio, que por el contrario se expandió en Maryland y Massachusetts, donde debido á la tolerancia religiosa se convirtieron en centros de actividad y de trabajo, como ciudades pobladas por nuevos briareos.

Después de la revolución de la independencia, cuando desapareció la opresión secular del

coloniaje, la influencia del clero disminuyó considerablemente, y entónces le llegó la oportunidad de señalarse en muchas causas malas, sosteniendo tiranías, agitando ódios, proclamando luchas civiles, como en Méjico, con un estandarte mixto de fanatismo patriótico-religioso. Pero la voz del púlpito no repercutía ya tanto en el fondo de las conciencias. Andando el tiempo, la evolución se ha producido, y por mucho que hayan sido sus esfuerzos para oponerse á toda idea nueva, los cambios se operan, las sociedades se trasforman: toda la armadura de ese sistema religioso se quebranta, y ya escuchan estremecidos el acento de la frase pronunciada mil años atrás: «Inclina la cabeza, soberbio; adora lo que has quemado, quema lo que has adorado!»

El despotismo de Francia

I

Seamos severos con los pueblos pacientes que se inclinan ante las grandes tiranías y reconozcamos con fé sincera que uno de sus grandes factores es la indiferencia pública. No se funda el despotismo sino cuando hay ausencia de virtudes cívicas, y cuando el hombre, caído de sus sentimientos de dignidad, se relega á su suerte y olvida su misión en la pátria y en sus propios destinos. Será siempre por lo menos una teoría saludable no justificar á los pueblos en sus complacientes complicidades con los mandatarios, porque al fin uno y otro son igualmente culpables en la recíproca solidaridad del opresor y de la víctima.

En la historia de las tiranías americanas, me he detenido ante esa bella tierra del Paraguay, singular teatro de oprimentes ensayos, donde se desarrolló impunemente, sin protestas ni sacudimientos, un despotismo absoluto, como fruto híbrido del coloniaje, de la raza, de la educación y del clima, asociados por la casualidad.

Vamos á verla ahora en sus interesantes manifestaciones y descorrer el velo que cubre todavía el fenómeno de aquella prolongada y tranquila sumisión, soportada silenciosamente, sin ódios, con una calma que jamás se llegó á turbar, y que tendía á perpetuarse por mucho más tiempo, bajo el mismo dominio, si la vida hubiera sido más larga. Es en ésto que más consiste su originalidad, y por eso he querido detenerme para estudiarla, porque las otras tiranías en las demás naciones del Continente, tuvieron su razón de ser, nacieron del éxito de una batalla, se apoyaron en ideas ó en hombres y respondieron á circunstancias precisas preparadas por hechos anteriores, que vinieron al resultado fatal y que terminaron á su tiempo, por esa lógica de los acontecimientos humanos que impulsa adelante su evolución, segura de su triunfo en el futuro, y que es bastante poderosa para minar colosos, destruir preocupaciones y derrocar á sus más fuertes dominadores.

II

El ideal de los hombres para el ejercicio de su acción individual, es el de los pueblos para su desarrollo político. Este ideal, que es una aspiración indefinida, señala sus propósitos presentes ó sus rumbos en el porvenir: por él lucha, es tenáz, sucumbe ó vence, y la libertad deseada es al fin su corona y su gloria. Sin ella, hasta el pensamiento se limita, la vida no tiene horizontes, y la pátria no es sino en el nombre, como el suelo agreste que el salvaje ama porque allí nació.

Pero la libertad, como la simiente que no germina en la tierra estéril, huye de los pueblos que abdican, para enseñar por su ausencia, su valor. La religión impone sus dogmas, el arte sus reglas, la ciencia sus principios, la ley su autoridad: la libertad impone sacrificios. A veces la barrera del despotismo formada por los siglos y las costumbres es casi infranqueable; pero si á pesar de todo se lucha, aunque se estrellen los esfuerzos, esos esfuerzos son santos, son una vindicta para la humanidad y una esperanza para la libertad.

Cuando el sentimiento de rebelión y de independencia está del todo extinguido, cuando un pueblo ya no se siente capaz de mostrar su desafección, ni por el incendio, como en la antigua Constantinopla, ni aún por el suicidio como en la India; cuando se inclina y enmudece para siempre, entónces ese pueblo se encuentra en circunstancias anormales de otro órden y su actitud obedece á causas análogas á las de los pueblos del Asia, la tierra clásica del despotismo, donde una raza sin aspiraciones sufre sin violencia la omnipotencia monstruosa de sus opresores, en quienes no ven sino hombres superiores, colocados por la mano de un dios para dirigirlos en la vida.

III

Las tendencias de una raza obedecen al clima, se sustentan por la tradición, se exaltan por la asimilación ó se modifican por la educación. El clima influye decididamente en los pueblos no

civilizados, y sobre todo en las razas en formación, ya sea disponiendo al hombre, en una temperatura baja á la lucha con la naturaleza en la lucha por la vida; ó habituándolo á la inacción bajo una atmósfera enrarecida, en que los movimientos del organismo se hacen forzosamente más lentos y obran sobre el espíritu en igual sentido. El hombre meridional no se resuelve á la manera del hombre del norte: otros elementos modelan sus tendencias porque son las influencias sensoriales, siempre, las que dirigen la actividad cerebral del individuo. El fakir taciturno bajo el clima ardiente de la India, vivía del mismo modo que el monje convertido en asceta en las soledades cálidas de la Tebaida, donde el ánimo encuentra una predisposición especial para la existencia contemplativa. En América, las regiones bajas y exhuberantes de vejetación, bajo los trópicos, han abrigado tríbus sedentarias é inactivas y en las regiones montañosas ó frígidas se han desarrollado agrupaciones emprendedoras y guerreras. La apatía del carácter y la apatía del movimiento, son inherentes á los países en que predomina una elevada temperatura, porque es regla fisiológica que el calor relaje todas las funciones orgánicas y traiga aparejada la pereza intelectual. La alimentación tiene que ser escasa, forzosamente, debido á la languidez de las funciones digestivas, y el sér entero al fin se debilita: la actividad de las funciones es el verdadero regulador de la nutrición y la tendencia á la pereza es más bien una consecuencia de la debilidad, una necesidad al par que una causa de su existencia.

En las raza las manifestaciones de sus tendencias se perpetuán por tradición y herencia de

generación en generación; los hijos continuan las costumbres y los preceptos de sus abolengos por siglos continuados, cuando no los alteran la guerra ó la conquista. Rara vez la asimilación ha producido un resultado desfavorable en la marcha progresiva de las sociedades humanas. En el salvaje aislado, el instinto, como sentimiento de la animalidad, es el único movimiento que le guía: no tiene otro discernimiento que el de la conservación; con la asociación adelanta, pero solo por obedecer al mismo objeto, y como no se despiertan en él otras aspiraciones, queda estacionario, más que todo por la inferioridad ancestral de su constitución mental. Andando, sean invasores ó invadidos, viene la fusión de las razas con nuevas costumbres y otras iniciativas, originando así una evolución frecuentemente progresiva, cuyo resultado inmediato es la selección, moral y física. La asimilación ha exaltado casi todas las civilizaciones anteriores, mientras que el aislamiento ha determinado la degradación sucesiva. Las leyes de la evolución, sábiamente formuladas por Darwin, encuentran la más ámplia confirmación en el estudio sociológico de los pueblos.

De otro punto de vista, se observa que la educación desvía y encarrila las inclinaciones, tendiendo á la creación de otras nuevas, elevándolas ó modificándolas, y debido á su acción pueden desaparecer muchos obstáculos, llevando su influencia hasta al temperamento nativo. Pero la trasformación es lenta, difícil y penosa, cuando hay que combatir á la vez el carácter típico formado por el clima, la tradición y los rasgos de la raza. ¿Qué tiempo sería menester para variar un pueblo de la China y suprimir sus resabios endurecidos por el hábito en decenas de siglos?

IV

El Paraguay presentaba un nuevo ejemplo. Su clima es de analogías evidentes con el de la región que fué elegida para el ensayo frustrado de la República Cristiana. Como allí, el suelo fértil ostenta las exhuberancias de la vegetación con la maravillosa variante de la belleza: hay como un vértigo de crecimiento; los árboles, muy próximos, parecen envueltos en un contínuo abrazo, y en la selva de suntuosa florescencia todos se afanan en multiplicarse, en elevarse los unos sobre los otros, por el amor á la luz del sol. Bajo la sombra protectora del vegetal fecundo el animal es feliz: vive de la vida vegetal, y por más que en ese hormiguero de floras y faunas se agiten variedades y especies las más diversas, hay alimento para todos, sin gran esfuerzo. La lucha por la vida se ejercita suavemente....

Poseídas de un instinto migratorio, tríbus numerosas de guaranís llevaron durante siglos una vida errante, se diseminaron desde la línea ecuatorial en prolongada extensión, guiadas quizá por el secreto deseo de habitar la tierra del descanso, y cuando encontraron esa región fecunda, que á los atractivos de una temperatura dulce y serena agregaba los prestigios de una naturaleza seductora, dieron por terminado su éxodo, y quien sabe cuantos años vieron deslizarse el tiempo, pacíficamente, en una comunidad fraternal y estacionaria. El guaraní, guerrero en un largo período de su desarrollo, se había esparcido rápidamente al norte y al sur, y no venció sino que

exterminó las razas que halló á su paso, eludiendo todo principio de asimilación. En el nuevo medio sus hábitos intemperantes tuvieron que variar: se hizo sedentario, en una vida sin manifestaciones progresivas, y su índole primitiva cambió radicalmente por el vicio de la tranquilidad: pronto la indolencia fué su hábito y puede decirse que debió fatigarlo hasta la idea de una ocupación.

Pobre de espíritu, débil de constitución, manso, pacífico y sumiso, frío hasta la insensibilidad, más dócil que el quíchua ó el moxa, fué el aborígene que el conquistador encontró en la costa oriental del Paraguay, de modo que con más facilidad que en el Perú, pudo allí establecer su dominio. Ya entónces la acción del medio había acumulado su efecto, y como consecuencia, la resistencia que opuso al invasor fué breve y sin entusiasmo. El guaraní, con el tronco y la corteza de una dulzura resignada, se entregó voluntario á la sumisión, sin imponer condiciones,—más como esclavo que como vencido—y el vencedor por su parte no vaciló en aprovecharlo, llevándolo sin ningún escrúpulo hasta la condición del ilota: la conquista realizaba la tendencia estéril de su tiempo. Hizo más aún el guaraní: ayudó al conquistador á someter las tríbus cercanas, que odiaba con el bajo espíritu de su rivalidad salvaje, lo dirigió por entre las selvas más extraviadas, sosteniendo el peso de sus armas, como el galerio romano, lo guió á comarcas desconocidas, lo proveyó de víveres y hasta le sirvió de acémila, aherrojándose sus propias cadenas. Esa sumisión tenía que serle fatal.

Posteriormente, cuando no espedicionaba, se sometía al servicio interminable de las encomiendas, que distraía la mejor parte de su vida en una

tarea que no debía aprovecharle, como en la servidumbre consagrada del Tuhuantinsuyu. Setenta y cinco años le duró ese yugo, para ser reemplazado por otro y por la influencia funesta del clero. A mediados del siglo XVII empezaron las luchas estériles de los jesuitas contra los católicos de la Asunción, sin otro resultado que asegurar la sumisión de las clases. Después, altiveces de aventureros como Abalos y Barua, ó los esfuerzos de los comuneros por sostener sus fueros contra el poder real, llegaron á conmover un poco la población española; pero desde entónces, desde 1735, empezó para el Paraguay su primera época de paz invariable y patriarcal.

V

Esa primera época debía fijar el carácter del pueblo, ya bosquejado por el clima y la raza. A su vez, el conquistador empezó á asimilarse al salvaje: mezclóse al guaraní y lo dignificó con su sangre, pero en el contacto el espíritu de este lo contaminó,—tal como habia pasado cuando Alejandro, volviendo triunfante de su expedición á la India, inculcado con la molicie y los hábitos del país vencido, trajo el gérmen del despotismo asiático que dos siglos después se desarrolló en Roma. Vencedor, era influenciado por el vencido. Era la influencia de los muchos sobre los pocos, demostrado por Lucas en sus PRINCIPIOS SOBRE LA HEREDAD. Era más que todo la influencia del clima: allí, el sol poderoso y soberano, con sus cálidos rayos enrarece el aire, y bajo la influencia

del viento húmedo del Norte se siente un enervamiento indefinible, el espíritu languidece en las horas tórridas de la canícula, y en el día claro que deslumbra, el trabajo es lento, á veces imposible: el reposo es obligado y no queda vida sino para la imaginación. Como una dulce compensación, en el interlunio, en las noches silenciosas y profundas, á través de una atmósfera trasparente, las estrellas del cielo del Paraguay brillan con un encanto singular: en el solemne silencio, en la soledad magestuosa, la brisa relente pasa sobre el cuerpo medio desnudo como un cosquilleo á la vez tierno y voluptuoso,—y en el verandah ó en la terraza hípetra, perfumada, el sueño cae penetrante de concupiscencias, como en el amor fantástico de Endimión. Al venir el día el cuerpo queda estenuado y vencido, y la mente no se siente inclinada sino á la suave contemplación de las cosas.

En aquella naturaleza exhuberante y lujuriosa, que invita al abandono, el colono pierde su entusiasmo en la lucha por la vida: si evita la mezcla por mantener la pureza de su sangre, pronto se esteriliza, y siempre, una consecuencia primera, es la pérdida de su actividad;—por una singular anomalía, es él quien adquiere los vicios debilitantes del aborígene y se corrompe á su vez. Al europeo, aquella vida de calor tórrido, saturada de encantos, lo consume dulcemente: el hecho es que la existencia es allí más fácil, y antes que el áspero combate de todos los días, halaga el suave deseo de la quietud, delicioso pero fugaz y estéril, porque la vida se agota en la indolencia, se vá volatilizando lentamente al calor del sol brillante, en la dulce dicha del reposo: toda la concepción del nirvana. Y pronto, en el conquistador

se realizaba esta cenogenesia, no quedaba sino una pobre herencia con caracteres bastardos, que apenas podía disimular la vanidad de la casta, pero ya sin vuelo ni entusiasmo. En ese cálido escenario de magníficas perspectivas, el colono iba fundiéndose en los elementos étnicos. El mestizo, después, participaba del legado del guaraní apático y del español vencido por la influencia del medio: sus costumbres reflejaban ese orígen híbrido caracterizado por la inactividad del entendimiento y por la pereza en todos los actos, —y es de notarse que esas manifestaciones son las más peculiares á los pueblos aparentes para la sujeción. El hábito iba fijando sus tendencias: la herencia las trasmitía. Otras circunstancias actuaban á la vez.

Gobernadores mas ó menos incapaces que compraban el cargo en España, venían con ínfulas de conquistadores, organizaban inútiles expediciones y cuando habían agotado el vigor de sus entusiasmos, sin preocuparse del desarrollo agrícola ó industrial del país que debían dirigir, aumentaban la miseria general con las contribuciones onerosas y las opresiones personales. El peso de los impuestos quitaba el estímulo al trabajo y favorecía de este modo indirectamente las disposiciones naturales de la población, ya de por sí inclinada al abandono. Ese sistema agregaba su influencia perniciosa á las tendencias de aquellas gentes sencillas é ingénuas, fáciles de guiar, faltas de iniciativa y sin las luces que despiertan en la inteligencia ideas de tentativas superiores.

VI

A principios del siglo, el país, inmóvil en su estacionamiento, había atrasado. Disfrutaba de esa paz profunda, que en presencia de la historia hace pensar en un pueblo soñoliento y que preludia una época de letargo. El monopolio de las principales producciones reducía el esfuerzo individual y anulaba la vitalidad de toda industria, por sencilla que fuera; la agricultura, muy elemental, casi primitiva, apenas alcanzaba á llenar las necesidades del consumo interior, en un suelo fecundo en donde la semilla rápidamente se reproduce; y la factoría, «sistema de robo ideado á nombre del Estado», extinguía cualquier aliciente del comercio.

La instrucción social era nula. En sus escuelas no se percibía sino el abecé de las primeras nociones, y los que cursaron en el colegio de la Asunción han de haber preferido olvidar los textos pesados impuestos en la enseñanza como para embotar la mente, antes que envanecerse con sus inútiles estudios. Una pequeña aristocracia que pretendía su dignificación por la casta y que se preciaba de ostentar títulos más ó menos nobiliarios, establecía la desigualdad de las clases y acostumbraba á los negros y á los indios á habituarse pacientemente á los infortunios de la esclavitud. En realidad preparaba, sin darse cuenta, la suya propia.

A los guaranís y mestizos, que estaban inhabilitados para ejercer los puestos públicos, se les imponía el servicio militar, el de postas y el de

encomiendas, sin retribución ninguna, y se les obligaba á costear sus gastos, injusticia de la cual nunca osaron reclamar. La moneda no circulaba, las transacciones se verificaban por medio de permutas, y las disidencias se transaban al amparo de leguleyos sin título, porque en observancia de la famosa cédula de Cárlos V, no eran admitidos allí los hombres de toga. El pueblo no se ejercitaba en ningún acto de la vida política, y por otra parte se restringía su acceso á los negocios públicos, de manera que siempre se mantuviera en la inacción. Vegetaba en la paz de la inercia.

Párias de la instrucción, no podían ni siquiera pensar reformas ó ventajas para mejorar su estado. Las costumbres primitivas, relajadas ya, se unían á los usos del culto, que habían concluido por ser grotescos y que más bien contribuían á pervertir las conciencias. Solo uno que otro criollo de mejor temple, poseido de astucia y de buen sentido, se sobreponía á los otros y se atrevía á veces á verter apreciaciones, que no obstante jamás traspasaron los límites precisos para innovar ó favorecer alguna modificación en la situación dominante. El país, enclavado en el centro del Continente, alejado por la distancia y por la falta de medios de comunicación de la política y del comercio, cuyo foco estaba concentrado en el Plata, no recibía ni promesas para el porvenir, ni impulsos del pensamiento para su desarrollo intelectual, ni capitales para su desenvolvimiento económico,—y las revelaciones del progreso, las inspiraciones del patriotismo, los gritos de la libertad y los estallidos del mundo, no repercutían allí sino mucho tiempo después de acontecidos, en sus últimas débiles ondulaciones.

La conquista no había traido la educación; lo bueno de la fusión se había pervertido á su vez, la muerte del comercio por los impuestos no permitía el crecimiento de las fuerzas vitales, y se apagaron así los elementos que podían haber concurrido al progreso del país. El pueblo, sin emulación, como anestesiado en su tranquilo sopor, decaía lánguidamente; y cosa admirable, contento con su destino. No tenía ideales para la pátria ni para la vida y nada grande ni bello se adivinaba en la forma vaga de sus aspiraciones. Al mirar el horizonte, no se imaginaba un más allá: sus límites se reducían, á un lado en las llanuras impenetrables del Chaco, salpicada de tríbus feroces, y hácia los otros vientos, en la solemne soledad de las inmensas selvas silenciosas.

Ese era el cuadro uniforme de la tradición secular del coloniaje.

VII

El éco de la revolución americana llegó desfalleciente al Paraguay, y pasó, sin fuerzas para vibrar en las fibras adormecidas de la acción. Poco después, Belgrano, durante se expedición, encontró ese mismo estado de espíritu, tan árido para toda innovación;—pero las ideas son siempre fecundas, y de las conferencias de Tacuarí, prolongadas deliberadamente por el patriota argentino y pronto difundidas con el prestigio de una causa simpática, se despertó la primera aspiración á la independencia. Con todo, aquella sociedad paraguaya, siempre sofocada en sus anhelos, no

se incorporó con entusiasmo á este sentimiento de la pátria propia: se entregó sencillamente á la corriente de los sucesos,—y cuando el historiador investiga detenidamente aquellos hechos, vé con desencanto que á ninguno de entónces le corresponde ni el primer esfuerzo ni la gloria de la iniciativa. La revolución surgió como la planta que brota y florece de la semilla fecunda confiada á la tierra, para la vida.

Fué así que algún tiempo después, acordes los ánimos de unos pocos y combinado el plan sencillamente, el movimiento revolucionario se verificó una noche, con toda tranquilidad, sin gritos, sin efusión de sangre y hasta sin programa fijo. La Junta gubernativa que se improvisó, compuesta de tres miembros, formábanla, el prohombre del movimiento, Caballero;—un gefe de milicias que adquirió valimiento durante el rechazo de la invasión, Yegros;—y un doctor en teología, apartado hacía muchos meses del lugar de los sucesos, á quien consideraban enemigo de la revolución de Buenos Aires y que debido á la insistencia del doctor Somellera, el influyente asesor del gobernador Velazco, fué incluido en el gobierno, por considerarlo «el único capaz de dirigirlos».

Faltaba allí el alma popular: el día sucedió á la noche sin que se alterase la existencia monacal de la ciudad. La transición se había producido suavemente, á la manera de un hecho vulgar de la vida cuotidiana. Por la mañana, un hombre pensativo por la visión del porvenir, que había venido lentamente por el camino arenoso del Este, halló la ciudad de su futuro dominio con el mismo aspecto de su quietud ordinaria, y se detuvo instintivamente, creyendo que hubiera sido una quimera la carta que le llamaba y el hecho

que se le refería. Aquel hombre era el advenedizo del momento, que después debía transformarse en el genio oscuro del despotismo paraguayo.

VIII

Descendiente de un paulista y de una criolla asuncena, nació don José Gaspar Rodriguez de Francia, el 6 de enero de 1756, en Yaguaron, pueblo de indígenas distante diez leguas de la ciudad, donde su padre dirigía como mayordomo algunas plantaciones para la elaboración del tabaco negro.

Tuvo la infancia querelladora de un niño desobediente; luego fué al internado del Colegio, bajo la tutela de un maestro que solo se empeñó en enseñarle el latín y los rudimentos de una teología llena de abstracciones imposibles, burilándole el cerebro para el hábito de la simulación y el reconcentramiento, forma primera que constituyó su caracter. Dejó sus estudios á los veinte años, saliendo del Colegio con el temperamento nervioso é irascible, enconado contra esa reclusión forzosa que le había absorbido los años mas entusiastas de su adolescencia sin consentirle las libres expansiones á que se sentía inclinado.

Era de práctica en la educación de entónces, entre los buenos padres,—severos amantes de sus hijos,—reprimir los ímpetus de la sangre á que impulsaba el desarrollo precoz, peculiar á los países tropicales. Los consejos, sin embargo, no podían bastar para moderar al jóven estudiante, que resueltamente se insubordinó y fué

ésta la causa de que le enviaran á un convento de Córdoba, bajo el pretexto de que debía completar su carrera.

Creíase que el convento, monótono y austero, sin las tentaciones del mundo, refrenaría radicalmente aquel espíritu travieso y altivo.

IX

Llevó al claustro el vigor de una naturaleza sofocada por extrañas opresiones y la idiosincracia de un espíritu contrariado. Huraño, esquivó las compañías francas de la juventud, devorando solo sus íntimas desesperaciones y secando á fuerza de retraimiento, las fibras sensibles de su corazón.

Monserrat fué para Francia como el infierno del condenado: «Cuatro años de teología revelada, dice un autor, deben ser para el espíritu algo como la gravitación de un tumor semejante á una montaña, y si á ésto se agrega la masticación casi diaria de las *Eneadas* de Plotino y del *Prologium hiperemiante* de San Anselmo; si se agrega el extravío que causaría en aquellas pobres cabezas la idea de que terminado ese suplicio irían á refrescar la inteligencia adormecida por el estilo tenebroso de sus textos herméticos, en la deglución obligada de alguna rapsodia filosófica llena de congestiones cerebrales; se tendrá una idea vaga de lo que era en aquel tiempo y la influencia que podría tener aquella educación lóbrega y estéril como sus claustros. Eran larvas de locuras incurables, algo como cuerpos extraños, angulosos y ásperos que se echaban dentro

del cráneo indefenso de esos pobres filósofos, y que les estaba pinchando, oprimiendo, irritando el cerebro, si cerebro les quedaba después de cuatro mortales años de abstinencias y flagelaciones intelectuales inícuas».

Más de una vez movido por sus ódios inflexibles, se decidió á pequeñas venganzas, que gozaba antes con la mordacidad de un espíritu frío, y cuyo éxito retemplaba su natural propensión. Los pocos años que pasó en esa penosa y contínua flagelación moral, habían corroído lentamente el sentimiento de sus afecciones queridas.

Dejó la Universidad después de haber obtenido el grado de doctor en teología, sin el ánimo de seguir mas adelante en esa ingrata carrera que seca la inteligencia con el recargo de una filosofía mística y abstracta, y volvió á su pátria, furioso y resignado, con la rabia interior de sus sordas cóleras.

X

Sondeando ensimismado el porvenir quizá no percibió ni una vislumbre de lo que después sería. Se encontró solo, en una sociedad atrasada y decadente, imbuída en todos los errores que nacieron del coloniaje. El pueblo, habituado á la inacción, gozaba en el reposo humildemente.

No era un arcano aquella multitud que estudiaba; era sí un muro inconmovible de indiferencia, y Francia debió haberse sentido con el deseo de sacudirlo. Consideró detenidamente su situación y entró de lleno á su nueva vida. Tenía treinta años y un título que le daba derechos,

vestía traje talar, poseía el latín y el francés, conocía las matemáticas, la geografía, la historia y los principios generales del derecho; estaba desligado de todos los compromisos sociales; su temperamento flemático hacía impenetrable su rostro napoleónico á las fuertes impresiones, y sabía medir sus palabras, contener sus arrebatos y dirigir sus pasiones. No debió ser la ambición lo que le infundiera ánimo, sino el afan íntimo de agitar á los simples que entónces gobernaban y á quienes veía con el sentimiento de un gran desdén. Ya germinarían en él quien sabe qué dolorosas y trágicas pasiones.

XI

Entró como Catedrático de latín al Seminario de San Cárlos, pero pronto sus ideas antipapistas lo indispusieron con el Vicario y se vió obligado á abandonar ese cargo, que atendía gratuitamente.

La época era de profunda ignorancia, y como en los tiempos feudales, solo la progenie daba derecho á las distinciones. Más que todos los conocimientos y más que todos los talentos, valía entónces una ascendencia ilustre, y fué por esto que Francia, á su vez no titubeó en demostrarla, probando que era nieto, por línea materna, de don Fulgencio Yegros, que había sido Gobernador de la Provincia. Admitida su hidalguía, buscó medio de abrirse camino á pesar de los obstáculos y sinsabores.

Su conversación, severa é intransigente, sin los giros expansivos que atraen las amistades, le mantenían alejado del pequeño mundo en que se

desenvolvía y no pudo evitar que se formase á su rededor una atmósfera instintiva de repulsión; antipatía á la cual oponía su desprecio, acentuando á la vez el temperamento que engendró las singulares cualidades de su futura tiranía.

Por otra parte, como en todos aquellos en quienes la juventud ha pasado sujeta á círculos estrechos, sin seducciones ni encantos, pensó recuperar sus años perdidos entregándose al sensualismo, y sea que ésto calmara sus ímpetus, sea que desquitara con el deleite las largas horas de tedio sufridas silenciosamente en Monserrat, de la lascivia pasó á la salacidad.

Por aquel tiempo, su padre que le había amado, muy enfermo, y en las angustias de la agonía oyó la contestación del hijo que se negaba á recibir su último abrazo. Francia, sin arrepentirse, debe haberse reconocido insensible hasta para las supremas afecciones, inferior aún á Tiberio, que adoraba á su hermano. Lo cierto es que cada día fué reconcentrándose más en sí mismo.

XII

En medio de esa profunda displicencia de su espíritu que nunca más debía abandonarle, se volvió misántropo, en toda la acepción de la palabra; sinceramente detestaba á los demás, y si en el trato con el mundo tenía que reprimirse, sus cordialidades contrastaban con su seca fisonomía.

La hipocondría que le vino de los excesos, le hacía aún más desgraciado. Esta afección moral

tiene la peculiaridad de aumentar males imaginarios, entre los que brotan presentimientos sombríos que graban en el alma amarguras indelebles. Quizá porque comprendía esta propensión, se alejaba á veces, durante sus accesos, y vivía solo, en una oscuridad sin horizontes, en tanto que el reposo ejerciera su acción sedante y le permitiera volver bajo apariencias mas pasables.

Poseído de un espíritu plebeyo, agradábale ponerse en pugna con la aristocracia local, más ignorante que insolente, atizando los rencores y divulgando sátiras picarescas é hirientes. No descuidaba sin embargo el cultivo de relaciones que podían serle útiles, y asociado á miembros del clero secular, persistía en propagar, aunque veladamente, algunas de las ideas innovadoras que trajo de Córdoba contra la autoridad del Papa, de manera que halagando las pasiones del sacerdote criollo se aseguraba un apoyo para ulterioridades que le pudieran sobrevenir.

Andando el tiempo, la lectura de los libros que logró obtener á pesar de las interdicciones, despertó á su imaginación anhelos que acariciaba en su vuelo fugitivo. La demagogía de Mario, las proscripciones de Sila, la dictadura y las glorias de César, y sin duda también, la tiranía de los sucesores de Augusto, deben haberle hecho experimentar la vaga aspiración de revivir en sí alguno de ellos, ó bien la sensación de un ideal muy remoto, aunque posible en la rara anomalía de ciertos acontecimientos humanos, cuando hay una voluntad inquebrantable y un carácter que persevera. ¡Quien sabe! ¡quizá allá en el fondo de sus días alejados, suspirando en sus cavilaciones, apoyado sobre el libro que acababa de cerrar, sintió por primera vez la presciencia que le iluminaba el porvenir!

XIII

La revolución le sorprendió en su retiro. No sé si en los años que precedieron aquel suceso decayó su ánimo ó se acendró la fé que tenía en sí mismo; es oscura la historia en esa parte de su vida, pero sea que tuviese alguna alta protección, sea que realmente estuviera dotado de cualidades, lo cierto.es que había crecido en consideraciones. Ocupó sucesivamente varios cargos públicos, como el de Defensor de Capellanías, promotor fiscal de la Real Hacienda, diputado interino del Real Consulado y Síndico Procurador General.

Era entónces de regular estatura, delgado, el rostro grave y macilento como el de un hombre que sufre, los lábios delgados, los ojos negros, con la mirada fija, firme y fría, que intenta penetrar hasta el pensamiento íntimo del interlocutor. Tenía el ademán reposado, usaba la expresión medida, era sóbrio en sus juicios, pero con cierto fondo de extravío, y es fama que ejercía marcado ascendiente entre sus allegados.

Al saber el movimiento de Mayo, pensando indudablemente que sus apreciaciones comprometerían su posición, se retiró á Ibiraí, á tres leguas de la ciudad, léjos de rumores y sospechas posibles á que no quería aventurarse. Desde su modesta quinta oyó el rumor de la expedición de Belgrano, sin inquietud y sin preocupación ostensible.

Independientemente de esta actitud de expectativa, su opinión íntima era decididamente

favorable á la revolución, la esperaba y la deseaba; pero calculando su conducta, no se había atrevido á apoyarla. En la primera mañana de la emancipación, cuando recibió el llamado del doctor Somellera, sintió no haber sido el iniciador y el protagonista de una causa que le atraía.

XIV

El doctor Francia no vaciló en posesionarse del gobierno y dirigirlo con la previsión que debía tender á la realización de sus planes. Lo aceptó entónces por amor á la independencia para después continuarlo por amor á sí mismo. Se hizo el alma de los negocios y fué el único en dar tono á la dirección gubernativa. Todas las resoluciones que se adoptaron, la prisión de Velazco y de los cabildantes, la reunión del primer Congreso, la proclamación de la autonomía del Paraguay como antes de la organización de las colonias en 1782, y las disposiciones con respecto al gobierno de Buenos Aires, fueron por inspiración suya.

Sus colegas le dejaban hacer. Salidos de la oscuridad de una vida de aspiraciones de aldeano, de horizontes muy estrechos, se habían encontrado de pronto encargados de la marcha de los asuntos públicos de su propio país; pero la falta de conocimientos preparatorios, la inexperiencia de la práctica política, pronto debía hacerles incurrir en una série de inútiles errores. Se abandonaron á sus pasiones, lisonjeándose con grados militares, con fiestas y disipaciones, mientras que Francia, retraído en el misterio de su bufete, iba absorbiendo lentamente toda la influencia del mando.

XV

Cuatro meses después del movimiento revolucionario, Francia combinó, hábilmente tramada, una contra-revolución restauradora, en el interés de reprimirla rápidamente para merecer nuevos títulos y elevarse ante la consideración de sus conciudadanos. Las horcas que mandó levantar para la ejecución de los conjurados, fueron la primera muestra del terror con que había de dominar.

Por aquel tiempo llegaron á la Asunción dos comisionados del gobierno de Buenos Aires, el general Belgrano y el doctor Echevarría. El astuto vocal de la Junta formuló con ellos aquel célebre tratado, en el que se establecía el reconocimiento de la independencia política de la Provincia á la vez que la unión federal con la capital del antiguo vireinato.

En el curso de las conferencias y de las conversaciones que tuvieron, un espíritu observador hubiera podido adivinar en Francia cual sería la norma futura de su conducta, cuando declaró que el régimen de la libertad en toda su extensión, era inaplicable á la América Española. Era más afectada que sincera su admiración por los grandes hombres, y es de suponerse que al ofrecer á los comisionados argentinos, como recuerdo suyo, la estampa de Franklin grabada en acero, se deshacía de un juez inflexible, testigo severo que en la soledad de su gabinete le impediría trazar mentalmente los siniestros propósitos de sus sueños de antes, renacientes en una ambición calculada.

No se había equivocado al decir al doctor Echevarría, que pasarían cuarenta años antes de que se pudiera gozar de una libertad á la que no estaban preparados los países de entónces. Su visión no le engañaba: por lo que á él tocaba, conocía el centro en que vivía y donde iba á desarrollar su plan.

XVI

Su vida hasta entónces había sido agitada: silenciosas desesperaciones, temores, destierros, sospechas calumniosas á menudo injustas. La transición fué brusca, y de pronto se encontró rodeado de individuos sencillos, que fácilmente podía dirigir, pero sin adularlos ni complacerlos, independiente de carácter hasta en sus ambiciones. No había influido en la revolución y aprovechaba de su éxito, convirtiéndose en su primer paladín, resuelto á mantener el principio de independencia que entónces se proclamó y que había de rebajar después á una monstruosa acepción.

Tuvo no obstante las vacilaciones que surgen en las grandes empresas. A veces dudó, tal vez quiso retroceder, y desalentado por el prestigio ascendente del militar y del sacerdote, muro de resistencia para su programa, se retiraba á su quinta como antes, para absorberse en sus reflexiones. Pero pronto su ausencia se hacía notar, porque el gobierno quedaba impotente, sin la cabeza que pensaba y resolvía: entónces le llamaban con urgencia, acrecentando así la atmósfera de respeto que se formaba en torno á él.

Estos hechos iban cimentando su valer, y así, cuando ya se consideró seguro, pudo obligar á la Junta á convocar un Congreso de mil miembros para que decidiese la nueva forma de gobierno que debía adoptarse, de acuerdo con las instituciones aceptadas en países adelantados. Aquella representación desproporcionada en un país cuya población, incluyendo los indios de Misiones, no pasaba de ciento cincuenta mil habitantes, de los cuales seis mil correspondían á la Capital, se reunió á mediados de 1813. Se componía de una multitud de pobres gentes campesinas, incapaces aún para resolver los problemas de la propia individualidad. En realidad su presencia no debía llenar sino una fórmula, aconsejada subpreticiamente para encubrir fines premeditados.

El Congreso se inclinaba en favor de Yegros, personalidad poco notable, creada por el acaso en la revolución; pero que poseía en cambio los rasgos de generosidad y las francas costumbres del soldado, que tanto cautivan á las masas. Poco inquieto, por lo demás, de una popularidad que creía sólida, prefería retraerse en los momentos graves para demostrar que no le impulsaban ambiciones personales. Su émulo, el doctor Francia, era tenido en la consideración á que se hace acreedor el hombre que había dirigido hábilmente durante dos años los negocios del Estado; pero ni uno ni otro podían contar con una supremacia fija en una asamblea sin opinión, que no deseaba la lucha y que estaba dispuesta á aceptar sin combatir.

Los rústicos delegados no querían perder su tiempo en inútiles demoras: habían dejado abandonados sus pequeños bienes en el campo y no pensaban sino en apresurarse por terminar. No

sabían qué hacer, pero al fin era menester disponer algo. Francia, consultor y consejero de sus deliberaciones, señalándoles una historia romana, el último libro de Rollin, les indicó el Consulado para la nueva forma de gobierno; pero suprimiendo el Senado, de modo que quedase así subsistente lo malo del sistema y eliminado lo bueno. El abogado Mariano Molas, agente de Francia en el Congreso, y una de sus futuras víctimas, prohijó decididamente aquel plan, y como sucede en las asambleas sin nervio, la proposición fué aceptada sin vacilaciones, sobretodo cuando allanaba las dificultades, manteniendo en el poder á los dos hombres más capaces, los únicos que los acontecimientos habían impuesto. Debían gobernar alternativamente, cada cuatro meses, y ser reemplazados ó reelectos al año por el mismo Congreso.

Francia, maniobrando con su hábil previsión, con promesas que no debían realizarse, logró ser el designado para empezar el primer término, de manera que al cabo del año su autoridad iba á ser ejercida en dos períodos, si no había reelección. Empleó su tiempo captándose con sigilo la adhesión de las milicias, salvando las formas escrupulosamente en todos los procedimientos para inspirar mayor confianza, alejando á las personas sospechosas y á las que podrían serle hostiles, y abatiendo la influencia del elemento extranjero con el célebre decreto, en que con el pretexto de mejorar la raza por la amalgama, condenaba á los españoles al celibato, antes que consentirles su unión con mujer blanca...

Cuando el Congreso se reunió nuevamente, se reconocía ya la decadencia del prestigio de Yegros, que durante su Consulado fué como otro

Bibulus, el eclipsado colega de César. El doctor Francia aprovechó las circunstancias: no esitó en proponer la dictadura para hacer más eficaz la dirección del gobierno, y fué electo por tres años.

Hé aquí como en una proclama presagiaba entónces las consecuencias de ese gobierno, Velazco, el sacerdote: «Mandando despóticamente en el ánimo de los sufragantes, se coronó por sus propias manos y ciñó sus sienes con la corona de orla y laureles que le deparó una asamblea compuesta de espíritus cuitados, faltos de nociones políticas. ¿Cuál es el carácter genial que adorna á vuestro Dictador? Es de genio hipocondríaco y atrabiliario, de presunción exclusiva, de audacia insufrible y tiene el corazón lleno de amarguras. Yo sé que todos los políticos de común acuerdo fallan contra los hipocondríacos y de genio desigual, que varían como el camaleón en todos los momentos, de color en color, según los reflejos del sol, inhibiéndolos como ineptos para todo gobierno público. En efecto, Aristóteles excluye en sus libros políticos á los genios melancólicos y atrabiliarios, inhabilitándolos para toda superioridad. Platón los abomina cuando forma el plan de su República, y Cicerón los juzga como casta de hombres indignos. Inferid de aquí el desacierto que habeis cometido en el Congreso en que votasteis unánimemente en favor de la promoción de un sujeto que os hará sufrir dolorosamente largo tiempo».

El pueblo, aunque sorprendido en su indolencia, no se agitó y se dejó arrastrar por la corriente de los sucesos.

XVII

Aquí empieza para el tirano como para el país una nueva época. El mandatario trasformó sus hábitos, se hizo casto después de haber sido salaz, abandonó las pasiones que lo ponían en contacto con las gentes, y en su fisonomía ya seca por la atrofia de los músculos faciales se acentuaron las líneas de un temperamento taciturno. El país asombrado, escuchaba con miedo las disposiciones del Dictador.

Se empeñó más que todo, en afirmar su poder explotando el sentimiento de la independencia, que trataba de arraigar cuanto podía en provecho de su plan. Se afanó en reunir armas que obtenía por el cambio de maderas; modificó la administración de la justicia; relevó á los oficiales que le eran sospechosos; prohibió las procesiones nocturnas; creó un cuerpo de granaderos, guardia pretoriana que debía cuidarle á todas las horas y trasmitir sus órdenes; hizo prisiones secretas, y obligó á la humilde obediencia por el respeto inmediato á sus resoluciones para asegurar mejor sus secretos designios.

Todo esto lo hizo paulatinamente, sin ostentación ni ruido, midiendo sus disposiciones á fin de que la sorpresa que produjeran le permitiera obrar con mayor desembarazo. Cuando estuvo seguro de la situación, al cabo de tres años, convocó nuevamente al Congreso que le había dado el poder y se hizo acordar la dictadura vitalicia, Era la última apariencia que cubría: en adelante él iba á ser el Estado, como Luis XIV, y solo él

podría dar leyes, procesar, confiscar, imponer contribuciones, resolver contiendas, disponer del país entero como propiedad suya, y ser su voluntad la única valedera. *César dixit!*

XVIII

Hubo alguien que se atrevió á expresar su descontento por medio de caricaturas: pronto lo encarcelaron y ejecutaron. Con este solo ejemplo bastó: la mordaza quedó colocada para siempre.

El clero, que mantenía el legado de su antigua influencia, persistía en sostener sus fueros y era un secreto enemigo de su poder. Solo con resoluciones rápidas y decisivas podría librarse de él: disolvió el Cabildo eclesiástico, dejando el culto regido por un vicario de maravillosa ignorancia; fomentó luego el matrimonio de los sacerdotes para anular el prestigio que debido al ascetismo tenían entre el vulgo, y se declaró único patrono de la Iglesia, pretextando que al fin, él no sería capaz de propagar absurdos y supersticiones.

Luego resolvió no consentir más estorbos á su dictadura: los que le eran sospechosos fueron apresados y sometidos al tormento de grillos y cadenas; por leve que fuera la inculpación la pena era siempre dura y difícilmente la atenuaba. Una de sus víctimas, soportó largo tiempo pesadísimos grillos por no haber disponibles otros más livianos, y fué debido á insistentes súplicas que consintió en renovarlos por cuenta de la familia, hecho raro de clemencia que mencionan las crónicas de la época. Se afanaba vivamente en mantener viviente la reverencia á su poder y se

propuso conseguirlo por diversos medios: entre otros, al verificar su paseo cuotidiano por las calles de la ciudad, con su escolta de tres lictores, obligaba á los transeuntes á detenerse y descubrirse.

Pretendía que le temieran pero que no le odiaran. Temer es someterse; odiar es rebelarse, y él se inquietaba ante cualquier irreverencia, por silenciosa que fuera.

XIX

Una mañana de 1819, un creyente incauto que esperaba la absolución de sus culpas por la confesión, reveló á un sacerdote todo el secreto de una conspiración y le pidió consejo. El confesor, imaginando su inmensa responsabilidad, obligó al penitente á denunciarlo todo al Dictador. El castigo no se hizo esperar: Yegros, el antiguo Cónsul, sus hermanos y cuarenta de los supuestos cómplices fueron azotados y fusilados sucesivamente. Al mismo tiempo, una carta del General Ramirez que cayó en manos del tirano, le evidenciaba que otros más habían tramado una invasión de acuerdo con el caudillo.

Pronto los herreros fueron insuficientes para forjar cadenas y las prisiones se llenaron de sospechosos que desperdiciaron las ocasiones de huir, entónces todavía posible, detenidos tal vez por esa inclinación irresistible del amor al hogar, que Spurzhein explica por el fenómeno de la habitabilidad. Su obsecación les fué fatal: los colocaron aglomerados en las estrechas prisiones, donde penaron durante dieciocho meses, para ser

entregados después á las duras pruebas del proceso.

La ley Caldaria, que sometía al acusado á colocar el brazo desnudo en una fuente de agua en ebullición para probar su inocencia, si lo retiraba ileso, no fué tan horrible como el sistema ideado por el Dictador. El preso era llevado á la «Cámara de la Verdad», antro tenebroso que escuchó ayes y maldiciones infinitas, y allí, sujeto al potro, sufría lenta flagelación. Cada veinticinco golpes el vapuleador se detenía: si la víctima no daba una contestación satisfactoria, continuaba impasible su tarea hasta completar doscientos, que al día siguiente debían repetirse en la misma forma. El tirano, testigo incógnito, dirigía por medio de señas, mudo é impávido, la terrible flagelación.

Eran trescientos: solo uno, Montiel, no confesó, muriendo bajo los golpes de la correa anudada, que siguió cayendo sobre su cuerpo helado hasta completar la cifra;—otro, Caballero, que en los primeros días de la emancipación ayudó á Francia con su prestigio, se suicidó en la prisión; otros compraron su libertad entregando su fortuna, como si la libertad pudiera hallarse bajo la coyunda de la tiranía; los más fueron sepultados vivos en subterráneos para no ver nunca más ni un rayo de sol, ó perecer de hambre, como en el drama de Ugolino; y sesenta y ocho, seguramente más felices, fueron fusilados. La ejecución empezó una mañana de invierno, el 17 de julio de 1821, en grupos de ocho, al pié de un naranjo secular, situado frente al palacio del Dictador, el cual presenció la exterminación paseándose bajo los largos corredores, sin inmutarse ni apresurarse.

«Con esta horrorosa catástrofe, dice Molas, quedó el pueblo aterrorizado. Los calabozos,

llenos de presos sobrecogidos de terror, esperaban la misma suerte que habían tenido sus compañeros. Un silencio de dos meses por parte del gobierno, sucedió también á este lúgubre acontecimiento. Al terminarse éstos, vimos exaltarse este hombre feroz y se advertían movimientos que anunciaban iguales catástrofes. En efecto, se prosiguió el proceso criminal: se llamaron reos á declaraciones, se abrieron las puertas de aquella execrada habitación de justicia y empezó una nueva carnicería. Ignacio Noceda y su hijo, que habían sido los primeros que en el Congreso donde se nombró Dictador á Francia, le habían designado el sueldo de doce mil pesos, fueron también los primeros que en esta ocasión llevaron cada uno cuatrocientos azotes. Siguieron á éstos muchos otros, sin más diferencia que en la mayor ó menor dósis de castigo que se les aplicaba. El Dictador se ocupó en azotar y seguir causas criminales desde fines de setiembre del año 21 hasta fines de diciembre del año 24. Los sumarios marchaban con mucha lentitud: tomaba estas cosas como por entretenimiento. Siempre quedaban inconclusos y dejaba la puerta abierta para seguirlos cuando el frenesí le atacaba».

Los españoles no escaparon al castigo: reunidos en número de cuatrocientos, fueron detenidos en la prisión por largos meses, y un testigo sobreviviente de aquella época refiere después en sus CARTAS SOBRE EL PARAGUAY haberlos visto privados sucesivamente de todos sus derechos, «de ser testigos en juicio, de apadrinar en casamientos y bautismos, de poder montar á caballo, de tener casas de negocio, de recibir monedas de plata, de testar los solteros, de poder heredar sus hijos legítimos que no fueran nacidos

allí, porque el Estado se declaró heredero de todos ellos con la intervención de un alcalde que antes de morir tomaba nota de sus bienes. Doce de los presos fueron fusilados por delaciones falsas y otros después por no tener como entregar las contribuciones que les exigía».

La tentativa de 1819 fué la última y la que originó consecuencias más funestas. El tirano la vengó desterrando á un sitio lejano y solitario á todos los correntinos por ser comprovinciales de Ramirez, y la invasión fracasada le inspiró la resolución de aislar más el país evitando todo comercio. Decretó la completa interdicción, obligando á quedar á todo aquel que llegase: las comunicaciones quedaron suprimidas y las gentes se resignaron á la esclavitud, sin que ninguno tendiera á buscar en otras tierras el amparo de la libertad.

Aquella secuestración de todo un país fué como una inmensa lápida colocada sobre una tumba llena de séres vivos!

XX

Había satisfecho por el terror, su vanidad de poder absoluto; pero á su vez temía, porque no se convencía de la paciente resignación de aquel pueblo en someterse: dudaba de su silencio y se precavía, recordando de Rollin, su autor favorito, que está en peligro aquel que es bastante poderoso para cometer injusticias impunemente. En lugar del decreto que obligaba á descubrirse á su paso por la calle, dispuso que á la hora de su salida nadie debía encontrarse en su camino: sus

lictores se encargaban de ello, adelantándose alguna distancia del Dictador y obligando á sablazos al transeunte á volverse atrás, al grito famoso de *chaque caray!*—cuidado con el señor! —tal como acostumbraban los antiguos emperadores de Constantinopla por medio de los badariotas.

Pretendía el tirano extinguir hasta los signos de vida como para complacerse mejor en sus paseos por las calles silenciosas y desiertas. Como un relámpago corría el rumor de sus salidas cuotidianas, y entónces la población se apresuraba á esconderse, temerosa de incurrir en la severa pena á que la condenaría una infracción, por casual que fuese: se tenía presente el ejemplo de Rivera, muerto á golpes, y el de Sirio, destinado á quince años de presidio. Este hábito de ocultarse á la vista del Dictador, predominó tanto años después, que nadie, ni el más osado, ni el más curioso, ni el más ingénuo se atrevió á mirarlo, aunque fuera por las pequeñas hendijas de una puerta mal cerrada. Era como un deber de conciencia, respecto al cual nadie ni se imaginaba dudar.

Celoso después de las reverencias que los soldados tributaban al obispo Panes, aniquilado por los tormentos, le arrebató la poca influencia que le quedaba y acabó con el clero regular, secularizándolo y trasformando sus conventos en cuarteles, donde pasaba las horas y las noches, alternativamente, huyendo de ese delirio de las persecuciones que le hacía ver sombras por doquier. A la aurora, que tantas veces habrá deseado en sus largas horas de insomnio, se levantaba confundido, sin poder todavía apartar los siniestros presentimientos y las espantosas luchas interiores

que tanto debían turbar su espíritu. Hacía formar la tropa, dirigía sus ejercicios, él mismo las proclamaba, les explicaba los sucesos recientes haciéndoles notar los peligros de una dominación extranjera y les instilaba con frases insinuantes la pasión por el aislamiento de la pátria!

XXI

Los doctores Rengger y Longchamp llegaron al Paraguay en 1819, con la misión de recoger datos nuevos sobre la historia natural del país, muy desconocido hasta entónces al mundo de la ciencia. En cuanto desembarcaron recibieron la consigna de guardar debida circunspección: la observaron escrupulosamente, pero aún así, debieron gestionar después su salida del pais durante cuatro años, que fueron otros tantos de detención forzosa. En la obra que publicaron posteriormente dando á conocer por primera vez los misterios de aquel país aislado, refieren la entrevista que tuvieron con el Dictador. Parece que el tirano los recibió en un buen día de galomanía, de modo que la conversación versó sobre las glorias de la Francia y las pequeñeces de España.

«Tuvo la condescendencia, dice Rengger, de mostrarnos su biblioteca, muy pequeña por cierto, pero la única, por decirlo así, que existía en el Paraguay. Al lado de los mejores autores españoles estaban allí las obras de Voltaire, Rousseau, Raynal, Rollin, Laplace y otros que se había procurado desde el principio de la revolución. Poseía también algunos instrumentos de matemáticas, globos, cartas geográficas, y entre otras una del

Paraguay, la más exacta que existe de aquel país, levantada por don Félix de Azara cuando la demarcación de límites, en los veinte últimos años del siglo pasado, y regalada al Cabildo de la Asunción, sin haberse publicado jamás. Como el Dictador se servía de su globo celeste para conocer las constelaciones, y por la carta estaba orientado de todo el país sin haberlo nunca recorrido, el pueblo estaba persuadido que leía en las estrellas; pero jamás se sirvió de semejantes medios para engañar; me consta al contrario que ha procurado destruir las innumerables preocupaciones en que están imbuidos sus compatriotas. Nos despidió con estas palabras: ‹Haced lo que gusteis, profesad la religión que os acomode, nadie os inquietará; pero guardaos de mezclaros jamás en los negocios de mi gobierno». Nosotros seguimos este consejo mientras estuvimos en el Paraguay, y el Dictador por su parte cumplió fielmente su promesa».

XXII

Debía el tirano prever y velar por interés de su sostenimiento: tenía también sobre sí las responsabilidades de esa situación, creada más por los sucesos y por la propensión hereditaria á la sumisión, que por un plan expresamente imaginado. Es seguro que Francia siempre alimentó la ambición del dominio, pero debe decirse en su homenaje que jamás fué concebido un sistema tan absoluto como el que entónces desarrolló. Nerón, espíritu artístico en una naturaleza buena, fué corrompido por el poder y por la adulación; Francia

que era un carácter friamente malvado, se pervirtió sobre todo por la impunidad que encontraron sus actos. El alma inferior de aquella multitud jamás se agitaba.

La vindicta, que podía venir del extranjero, le había inspirado la idea del aislamiento; el abatimiento del comercio le hizo pensar en el futuro. Para impedir las necesidades próximas, impuso, no al hombre sino á la mujer, la ruda tarea de la agricultura;—la obligó á alternar la rueca, el huso y la lanzadera, con el cultivo del maíz, la mandioca, el arroz, el algodón y las plantas textiles, y dejó al varón entregado al dominio de las sensaciones para que se entorpeciera y se debilitara más. Así le inutilizó por varias generaciones.

Jamás ha sido infecundo el trabajo en aquella tierra, y por eso en los años más silenciosos del aislamiento, hubo esa abundancia que regocija al esclavo. La vida pasaba en la paz sedentaria, y el pueblo parecía preferirla antes que la anarquía de las repúblicas vecinas, donde los ciudadanos nacían soldados, como en Esparta, y corrían sin cesar en pos de los peligros y los azares cruentos, despedazándose por la libertad.

La llegada de Artigas desencantado, confirmó aquella opinión. El caudillo, cansado de las revoluciones, derrotado por los portugueses en Tacuarembó y luego seis veces consecutivas por Ramirez, pensando que cambiaba el escenario de sus hazañas, fué al Paraguay á buscar un asilo, y el tirano, sin concederle ni la gracia de una audiencia, lo recluyó á un punto lejano, donde por muchos años vegetó en la soledad. De este modo el vencedor de las Piedras terminó desde aquel momento su vida agitada de guerrero, dejando su nombre y sus hechos á la apreciación de la historia.

XXIII

Meses después, en 1821, fué violentamente apresado un modesto sabio, amigo de Arago y compañero de Humboldt. La confinación forzosa de Aimé Bonpland, que influyó tanto en el curso de su vida, forma un capítulo interesante en el curso de la dictadura de Francia.

El nombre de Bonpland se había hecho conocer por su viaje de cinco años, con Humboldt, á través de la región ecuatorial, y fué en esa excursión que clasificó seis mil plantas desconocidas, determinando sus propiedades medicinales y su uso en las industrias. Vuelto á su pátria con la colección que donó al Museo, fué nombrado Director del parque de la Malmaison, y después de la caída de la Emperatriz Josefina, no pudiendo resistir al deseo de volver á ver la tierra que tanto encantó su imaginación, se resolvió á emprender un largo viaje de estudio por las Pampas, el Chaco y Bolivia.

A fines de 1816 llegó á Buenos Aires, donde dictó una cátedra de medicina, que pronto abandonó, obedeciendo á sus impulsos de constante investigación. Conoció entónces, en la infusión del mate, el ilex paraguayensis, y se resolvió á ir á estudiarlo en sus fuentes más fecundas. Se trasladó á Corrientes, obtuvo un permiso de Ramirez, y seguido de una pequeña escolta y un convoy con o s elementos necesarios, pasó á establecerse en Santa Ana, antigua misión jesuítica situada sobre luna colina, entre dos arroyos, á seis millas del

Paraná, y entónces convertida en ruinas. Reconstruyó el antiguo colegio, trabajó un mes en los arreglos que le eran más indispensables, y cuando ya iba á instalarse, una partida enviada por el tirano del Paraguay lo sorprendió bruscamente. Prisionero, después de una corta resistencia, fué maniatado y conducido á Santa María de Fé, pueblo principal de Misiones, con la consigna de no dejársele ultrapasar sus contornos.

El sabio sufrió con noble estoicidad el ostracismo á que lo condenaba el tirano. Todo su delito consistía en haberse instalado sin el consentimiento de Francia en un territorio que este consideraba correspondiente á los límites del Paraguay. Fueron vanas las tentativas que se hicieron para libertarlo, y los empeños de Mr. Grandshire, de la Corte de Río Janeiro, y de Chateaubriand, entónces Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, no dieron más resultado que aumentar la vigilancia en rededor del sabio.

Bonpland se sometió á las circunstancias con espíritu filosófico. Dedicóse al estudio de la agricultura, á la vez que practicaba una modesta filantropía: empezó en aquella fecha el diario de su vida, que duró treinta años—consignando cuotidianamente el resultado de sus observaciones—y en tanto se distraía con sus sencillos cultivos, fué haciéndose el ídolo de los pobres habitantes del lugar. El 12 de mayo de 1829 el delegado de Santiago le intimó la órden de abandonar al instante el territorio paraguayo. El sabio recogió sus colecciones y sus manuscritos, y partió, sentido y llorado por todos.

El también tenía corazón y no quería dejarlos: hubiera sentido alejarse de aquella tierra en que se había aclimatado y que le atraía. Los ocho

años de su confinamiento habían predispuesto su espíritu á la serena observación de esa naturaleza prodigiosamente múltiple, que jamás creyó haber analizado y profundizado bastante. Esperó ocho meses en Itapúa la órden de Francia que aún no había llegado para que se le dejara salir, y se retiró á San Borja, situada en la ribera izquierda del Uruguay, donde pasó trece años, herborizando y completando sus colecciones mineralógicas.

Cuando en Europa se supo la noticia de su libertad, Luis Felipe ordenó al gefe de la estación naval en el Plata que repatriara al sábio, y Humboldt anunció al Instituto de Francia la próxima llegada de su ilustre compañero.

Pero el sábio se rehusó. «Estoy habituado á vivir bajo la sombra de los árboles seculares, le decía á Angelis. Si voy á París, encerrado en una bohardilla, tendré que trabajar por cuenta de algun librero que se encargará de publicar mis obras, sin tener yo otro consuelo que ver nacer de tiempo en tiempo una rosa sobre la ventana de mi cuarto. Perdería lo que más amo: las plantas queridas en cuya compañía he vivido».

Le dominaba la pasión por la vida agreste. Regresó á su sencillo alojamiento de San Borja, de la que salía todas las mañanas á visitar sus enfermos, y recorría largas distancias, infatigable en el caballo, que había llegado á constituir su equitación favorita y que contribuía á la par de su frugal alimentación á mantener su cuerpo sano y su memoria fresca. En 1843 pasó á Santa Ana, cinco leguas más abajo, para fundar en un pequeño rádio que obtuvo del gobierno de Corrientes, un establecimiento de agricultura y ganadería. Entónces, á pesar de sus setenta y dos años,

empezó esas vastas plantaciones de naranjos que tanto prosperaron después.

En su humilde retiro recibió la visita de dos viajeros distinguidos, Alfredo Demersay y Arsene Isabelle, á quienes suministró los datos más interesantes, encantándolos con su dulce y atrayente conversación.

Por aquel tiempo sintió el deseo de ver á su pátria. «El vivo anhelo de volver á ver la Francia, escribía á Demersay, está profundamente grabado en mi corazón;—los diversos trabajos que os he enseñado están en buen camino; nada pues, me detendrá más aquí y podré ver otra vez la Malmaison. Pero este viaje será de corta duración: ofreceré al gobierno mis colecciones botánicas y mineralógicas para depositarlas en el Museum, y volveré para vivir en medio de mis plantaciones del Uruguay».

Este deseo, sin embargo, no se realizó. «Me he ligado, decía después, á ese suelo que el dictador Francia me obligó á amar»,—y tuvo que contentarse con enviar á su pátria una colección completa de la flora del Uruguay, con un manuscrito en que determinaba sus observaciones sobre los árboles que podían utilizarse en la Algería.

En 1850, cuando terminó su estudio sobre la preciosa ninfácea bautizada con el nombre de Victoria Régia, y que él llamaba más propiamente «maiz del agua», hizo una excursión á Porto Alegre y descubrió las selvas de ilex que llevan su nombre y que debido á él se explotaron. Al volver á Santa Ana estableció una fábrica de licores, un taller de carpintería y un aserradero.

Años después recibió un recuerdo querido de su pátria, la cruz de la Legión de Honor, que le fué acordado durante el ministerio Falloux; y

luego una carta que despertó en su alma los más bellos recuerdos. Era de Humboldt, que le escribía á los ochenta y cuatro años de edad, en medio del fausto de Berlín, enviándole con el médico polaco Chrzeinski, la traducción francesa de los CUADROS DE LA NATURALEZA, «para darte un signo de vida, le decía, ó lo que es igual, de amistad afectuosa y de vivo reconocimiento. Mi salud, agregaba, se sostiene por la asiduidad del trabajo mismo. El último cuarto volúmen del COSMOS, aparecerá este invierno. Tus importantes manuscritos botánicos, escritos durante nuestro viaje, se encuentran conservados con mucho cuidado y muy completos en el Museo de Historia Natural del Jardin de Plantas, como propiedad tuya, de la cual puedes disponer. Te ruego de rodillas, querido Bonpland, los dejes en París, donde tu nombre es venerado. Es un monumento de tu inmensa actividad». Le noticiaba la muerte de Jussieu y le decía luego: «El rey de Prusia te nombró hace cinco años caballero de su órden del Aguila Roja. Esto se ha publicado en todos los diarios pero la noticia oficial del diploma aún no te habrá llegado».

En 1855, Bonpland hizo su último viaje á Montevideo, y cuando regresó, todavía tenía valor para hacer una excursión á la Colina de la Cruz, donde suponía la existencia de minerales mercuriales.

La muerte le sorprendió en Restauración, á siete leguas de Santa Ana, el 12 de Mayo de 1858, cuando terminaba su obra sobre la constitución geológica de Corrientes y Río Grande del Sur, y la no menos importante, en cuatro grandes volúmenes con 357 muestras, describiendo 2449 especies vegetales. Esas obras se extraviaron, del

mismo modo que los de su émulo el naturalista aleman Haenke, que murió en Cochabamba en 1819.

Así fué el pasaje de Aimé Bonpland en aquel rico pedazo del Continente; una víctima á quien el tirano cambió los rumbos de su existencia, ligando un gran nombre á la época culminante de su despotismo.

XXIV

Hay tiranos en quienes en el fondo de sus bajas pasiones, entre sus impulsos y crueldades, puede brillar por un instante un relámpago de nobleza. Francia era la aberración mental, el hombre sin escrúpulos ni remordimientos, sin pretensiones á dirigir un partido ó sostener un principio, porque á todo sobreponía su interés personal. Actuaba en su propia tierra sin vinculaciones cariñosas ó simpáticas, y se ensañó con frenesí, sin hallar vallas á su voracidad, con el temple de la hiena implacable.

Para abatir la petulancia de cándidas aristocracias, hizo demoler los mejores edificios, pretextando las conveniencias estéticas de una nueva delineación,—y para evitar la unión de las familias por el matrimonio, aplazó indefinidamente las peticiones de casamiento, dando lugar al concubinato y aún á una poligamia consentida. Sus decisiones irrevocables produjeron el caso de novios, que amándose silenciosamente, pasaron veinte años con una misma intención, hasta la muerte del tirano, en que el epitalamio los sorprendía para realizar una promesa mútua, ya en el ocaso de la vida.

Francia demostró siempre una singular aversión por el matrimonio. La causa del enojo con su padre, fué el segundo enlace de éste; posteriormente castigó al sacerdote que casó á su hermano; obligó á divorciarse á su hermana, y el día en que ésta se sintió de nuevo atraída á la vida conyugal, apresó y fusiló al marido. Al principio de la dictadura prohibió el casamiento de los españoles, luego el de los no nacidos en el país, después el de ciertas familias y por último el de todos. Veía el tirano una sombra y una amenaza en esa consagración íntima, que es el triunfo de la vida y del amor.

Las confesiones de los hijos contra los padres, que antes nacían en el dolor de los tormentos, brotaron después expontáneas, bajo la forma hipócrita de la delación. Después, una honda desconfianza llegó á dominar en todas las clases; la gente, por naturaleza y por educación poco comunicativa, se reconcentró más, y el hermano, aislado en la propia familia, sospechó hasta de su hermano.

«Muchísimos, dice Andrés Gelly, se confinaron voluntariamente en sus casas de campo, evitando cuanto podían toda comunicación. Un delator en cada hombre que se acercaba, era lo primero que se representaba la imaginación de un paraguayo, y lo primero de que se acordaba era de envolverse en un mutismo completo, sin otro objeto que conservar una existencia penosa é incierta. La mayor parte de la juventud, sin ocupación, sin distracciones honestas, sin medios de instruirse, se entregó á los juegos de azar y á los placeres. Semejante estado de cosas debía producir y produjo la pobreza, la miseria y la ignorancia más profunda: todos procuraban aislarse cuanto

podían, renunciaban con gusto el único medio de cultura que la sociedad podía ofrecerles, el de una comunicación franca y frecuente con sus vecinos y allegados: era preciso privarse de visitar y hasta de hablar con parientes y amigos de lo que se pensaba, de lo que se deseaba y de lo que se necesitaba».

Después de algunos años se extinguió la última esperanza en una regeneración;—el tirano contagió su carácter á la multitud: se había impuesto hasta en el fondo de las conciencias y de las costumbres.

XXV

No era él el único: así como los delatores ofrecían voluntariamente sus denuncias, en la campaña paraguaya surgieron otros tiranos, tan crueles, más pequeños, tan profundamente perversos como aquel que era el ejemplo. Las contribuciones forzosas se repitieron, se triplicaron hasta arruinar, y se ejecutaron más violentamente de lo que eran ordenadas. En 1823, por causa de haber sido detenido en Santa Fé un armamento que le venía consignado, fueron presos en represalia todos los santafecinos que residían en el país, y estos destinados á la expiación se consumieron en las mazmorras durante diecisiete años, al fin de los cuales no obtuvieron la libertad sino los pocos que no habían muerto.

Sus arrebatos producían en el pueblo un terror respetuoso. Tanto le temían, que una vez su secretario, convencido de haber cometido algunos errores, prefirió el suicidio antes que el castigo.

En otra ocasión, probablemente en un momento lúcido, repugnó tanto las bajas delaciones, que mandó azotar un negro esclavo denunciador de sus amos. Sin embargo, el espionaje era obligatorio: cundió tanto, se hizo tan sencillo, tan natural, tan expontáneo, que sobrevivió á su tiempo. Estaba al cabo de todos los actos de la vida íntima, como si tuviera una bien organizada falanje de inquisidores; los más afanosos por el espionaje eran espiados á su vez, y si por acaso llegaba á sospechar una falsedad, condenaba al calumniador á un severo escarmiento. El premio de Falaris á Perillo.

No buscaba Francia las adulaciones, pero las recibía y le envanecían. Cuando cumplió setenta años, un abogado cordobés, Isasa, expresó en una arenga el elogio de la dictadura: «La naturaleza, decía, tiene sus épocas fijas en que manifiesta su poder y su fuerza, forja séres que hermosea con sus dones, produce sábios militares que bajo una benéfica combinación traen el consuelo á sus pueblos, políticos profundos que bajo una ilustrada administración enriquecen sus comarcas y las llenan de abundancia y felicidad; por fin, ella presenta en el teatro del universo héroes que, elevados con el tiempo al último grado de sublimidad, hacen feliz á una nación entera».

«Cuando tu carrera termine en este mundo—había cantado Lucano á Neron—ascenderás lentamente á la bóveda celeste, ya quieras regir el cetro de los cielos, ya nuevo Febo, desees alumbrar al mundo, que no echará de menos su Sol; no habrá divinidad que no quiera cederte su sitio y la naturaleza se permitirá que marques qué dios deseas ser y donde deseas colocar el imperio del mundo».

Al concluir el primer cuarto del siglo, Francia, íntimamente complacido con la corrupción creciente del clero, que tanto se había empeñado en facilitar, secularizó los tres conventos que aún quedaban. Poco después consintió la partida del doctor Rengger, el último que dejó la ciudad, y continuando persistente en sus designios, apresó á Mariano Molas, su antiguo instrumento en el Congreso de 1813, que distrajo el ócio de su encierro, modelando sobre las obras de Azara un bosquejo de la Geografía del Paraguay, y también á don Manuel Pedro de la Peña, que en el aburrimiento de trece años de prisión, aprendió de memoria el Diccionario de la Academia Española.

XXVI

Desde entonces el país quedó totalmente secuestrado: el mundo terminaba en sus confines. Acostumbrado á la esclavitud, el pueblo temía y se doblegaba, pero no sufría. Sea por convencimiento ó por una profunda ignorancia de la libertad, á más de ser obediente, vivía en muda sumisión. Nadie intentaba huir, nadie pensaba en la fuga realizable, por más que fuera difícil y peligrosa; ninguno tampoco, á excepción de Escoffier, que pagó su osadía con la vida, quiso trasponer esa frontera tras la cual no creían encontrar ni otra pátria ni otra tierra.

En la ciudad, la vida infinitamente monótona no se alteró; fué espantosamente igual: si algo ocurrió en ese espacio de tiempo, no se refirió; si alguno conoció algun suceso jamás lo comentó.

Los anacoretas de la Laura se veían una vez en la semana para la cena común; ellos en su profundo retraimiento pasaban las estaciones sin encontrarse. En la familia, el jóven no aprendió nada que pudiera ilustrarle: ninguno llegó á adquirir la menor noción de la pátria, de la historia, de las ciencias. Ni una idea pasaba por el cerebro. El padre, temeroso de una delación involuntaria ó expontánea, evitó referir á sus hijos los hechos de la revolución ó explicarles los deberes dél ciudadano: de este modo el niño crecía sin civismo, marchito ya en plena adolescencia, y llegaba á hombre con su sencilla ignorancia. Los hábitos de la vida ordinaria lo extenuaban á su vez.

Yo he interrogado á un anciano de aquella época, queriendo penetrar en el misterio de esa vida, vislumbrar al menos la uniformidad de esos treinta años. Aún medio siglo después, los hombres de entónces, al referir los episodios sombríos que presenciaron en silencio, experimentan cierta timidez y por momentos hablan en voz baja: el terror á la tiranía sobrevivió á la tiranía misma. No se imaginaban que sobre ellos pesara la tutela despótica, y tanto se habían acostumbrado, que la soportaban sin estuerzo. Jamás tuvieron la sensación del verdadero dolor: ignoraban por el hábito el valor de la libertad y no la extrañaban. Eran completamente agenos á cuanto concerniese á la política, y la enseñanza que se les daba se reducía á lo imprescindible de los usos ordinarios, algunas nociones de agricultura y el cómputo de las fiestas religiosas. Reían poco y no hablaban con frecuencia: el tema de sus conversaciones, lentas, medidas y sóbrias, eran narraciones sencillas, sin importancia, sin gracia y sin

consecuencia; el retraimiento los había habituado á comprimir sus alegrías, á disimular sus pensamientos. No podían vanagloriarse de haber aprendido nada de nuevo en el largo período de la tiranía. El despertar de todos los días era siempre invariable; las faenas cuotidianas se repetían del mismo modo, y en las noches, cuando el badajo golpeaba marcando la queda, las luces todas se apagaban como á un solo soplo; en las calles desiertas no se oía ni un éco, y solo una que otra patrulla de andar pesado recorría la silenciosa ciudad. En ese escenario, el drama se desarrollaba mudo como en una pantomina. Como contraste, en ciertas épocas, esta monotonía se alteraba con la celebración de fiestas, licenciosas como las lupercales, que el Dictador consentía. La necesidad de ceremonias bulliciosas, dice Loyzaga en su RESEÑA DEL TERROR, dió orígen á la propagación de un culto conocido con el nombre de «fiestas de San Baltazar». Este culto nació en un pueblo de la campaña, donde descubrieron que la protección milagrosa del Santo era el mejor curativo de las enfermedades, de manera que toda persona atacada de una dolencia hacía promesa de contribuir á las funciones en el rango que su piedad y su fé le sugería. En la víspera de la fiesta, los prometientes se dirigían en numeroso cortejo al son del pífano y el tamboril á la habitación del patrono del santo, cuya efigie debía conducirse en procesión al templo. A caballo y vestidos de gala iban con la tiesura y circunspección de un acto sério. Seguíanles mayor número de prometientes de segundo órden, también de ambos sexos, disfrazados y enmascarados, verdaderos payasos de la fiesta, que empleaban su devoción en hacer reir á los concurrentes con

gesticulaciones y dichos, á los que mezclaban algunas obscenidades en obsequio al disfraz y para sazonar el chiste. Al día siguiente volvía la misma comitiva al templo, se celebraba la misa, y concluida ésta regresaban con igual solemnidad de la víspera á la habitación del patrono. Luego se organizaban las diversiones, en la que como en todas las fiestas, San Baltazar era el pretexto, y Vénus y Baco el fin. Estas fiestas tuvieron su principio en la campaña, pero cundiendo pronto por todo el país, fué en la capital donde se realizaron al fin con mayor algazara. Comenzaban el 6 de Enero, su duración se prolongaba hasta el último día de Carnaval y continuaban después de Páscua. Estaban dedicadas al natalicio de Francia».

Después de estos breves períodos del placer sensual, veíase de nuevo el lento pasaje de las estaciones, las horas sucedían á las horas en los largos días del verano paraguayo, sin ninguna impresión, en el silencio humilde y formal, consumiendo todos los vigores en una perpétua siesta.

La existencia del Paraguay en el exterior parecía fantástica, hiperbólica, imposible, más misteriosa que Catay.

XXVII

No gobernaba Francia desde una Cáprea, con el sibaritismo del César, ostentando la pompa de sus vicios y de sus crueldades. No deseaba para sí ni lujo ni honores, ni placeres;—solo en su bufete, insociable en su soledad, continuó siendo como al salir del convento, un misántropo frío é

implacable. Disminuía gradualmente *sus salidas* para reconcentrarse más, pensando solo en sí, como un idiólatra, y recordando con desprecio al humilde pueblo que avasallaba. Sus únicos familiares eran su barbero Bejarano, su acensus Patiño, su médico Estigarribia, «con la clarovidencia semeyológica que ilumina el raro buen sentido del curandero y que se adquiere á los treinta ó cuarenta años de una práctica diaria y constante»,—el negrito Pilar, espía y bufón á quien Francia en uno de sus malos días mandó fusilar en castigo de una licencia que se permitió; y parodiando á Calígula, que tenía á Incitatus, el caballo proclamado cónsul, él ostentaba á Sultan, el perro que lamía la sangre derramada al pié de los ajusticiados. Los tiranos suelen tener parecidas predilecciones: los únicos favoritos de Luis XI fueron su verdugo y su barbero, dos confidentes que saben cortar.

Cuando tenía accesos, en la concepción delirante de su imaginación enferma, era implacable. Entónces mandaba matar á azotes, como á Pedro Trigo, porque pretendía realizar pequeños negocios, ó se deshacía de su amanuense fusilándolo, ó evitaba la presencia de sus parientes encarcelándolos, ó renegaba de su propia sangre desterrando á su hermano á un sitio lejano; otras veces fusilaba por un capricho pasajero ó por una exaltación momentánea, y cometía ingratitudes inexplicables con sus mejores servidores. Iba acelerándose la debilidad de su cerebro.

Temores involuntarios, enfermizos seguramente, le impulsaron á rodearse de armas para su seguridad personal, con las precauciones de un Denis Se hizo avaro de la pólvora, al punto que él mismo entregaba los cartuchos para la ejecución

de esa série de misteriosos fusilamientos que empezaron con el de José Isasi y Andrés Gomez, después de veintiun años de prisión, y que continuaron á la entrada de las estaciones, cuando iba á abismarse en la casa que tenía hácia el lado del norte, cerca del cuartel del Hospital, en una colina, desde donde podía contemplar la ciudad silenciosa. Pero por mucho que hubiera logrado satisfacer su vanidad, es difícil creer que encontrase el placer de la vida: si bien dominaba como señor absoluto hasta los últimos límites del país, desconfiaba siempre de esa sumisión tan grande y vivía en sobresaltos contínuos. Con excepción de sus pocos familiares, nadie podía acercársele, de modo que para conservar esa inmensa prisión, él debía ser prisionero á su vez.

Desde 1835 sus concepciones adquirieron el tono triste y uniforme de la melancolía, con las desesperantes alucinaciones y los horribles efialtes de sus sueños mórbidos, en que más de una vez se le habrán aparecido los espectros acusadores de sus numerosas víctimas.

En ocasiones, cuando reinaba el viento húmedo del noreste, cargado de electricidad, aumentaba su desastre cerebral. En la ciudad, todos angustiosos, esperaban entónces algo pavoroso de los arrebatos del tirano. Como en todos los que han llegado á una avanzada edad, perdía el recuerdo de los hechos recientes, conservando solo en la memoria sucesos muy anteriores,—y entonces, al evocarlos, bien era algun viejo casi olvidado en un báratro, que era sacado á la luz para recibir otra barra de grillos, ó bien algun preso, hundido veinticinco años antes en un subterráneo, que salía nonagenario, como Grance, para marchar hasta el lugar de su ejecución,

sonriendo idióticamente, no imaginándose quizá que todavía estaba vivo el cuerpo inerte que arrastraba.

El terror no tenía límites: un granadero de su guardia, que solo conocía el guaraní y á quien el tirano había encargado trasmitiera una órden en castellano, calló tres años, sometiéndose al mutismo antes que confesar su ignorancía del idioma. Algo semejante pasó á un zapatero que trabajó para el Estado durante veinte años y que prefirió perder sus salarios por no incurrir en el delito de cobrarlos. Era el espanto en el silencio.

El Obispo Panes, privado de su secretario primero, y luego abandonado hasta de sus últimos feligreses, se había relegado de tal modo al silencio, que muchas veces se dudó de su existencia. No existía en efecto, aquel sér que se había impuesto el alejamiento por norma absoluta de su vida, y que respondía con un vocablo humilde á todo cuanto proviniese del tirano. Desde 1823, durante quince años, había observado esa regla de conducta, hasta que un buen día, el Dictador, arrepentido de alguna falta ó premeditando algun plan, le hizo preguntar si estaba dispuesto á ejercer nuevamente las funciones de su magisterio. Panes, muy decrépito ya por la doble acción de la inmovilidad y del silencio, dió humildemente su respuesta habitual de sumisión. Oyéronse entónces débiles repiques de campana y vióse á la muchedumbre de mujeres y niños, acudir silenciosa á pedir la bendición del Obispo, que sin movimiento en el cuerpo, sin expresión en la mirada, apenas movía la mano, sin levantar el brazo, agitando ligeramente los lábios ante el niño que se le presentaba para la confirmación.

De la apatía parecían despertar, y hasta viejos granaderos de la escolta acudían con más curiosidad que reverencia, á ver aquella resurrección de una práctica olvidada. Esta manifestación silenciosa, que no tenía ni en un átomo la idea de una rebelión, indignó al tirano, que creyó ver una amenaza en ese icono inofensivo surgido involuntariamente ante él,—y pocos días después el obediente curandero Estigarribia obsequiaba al obispo con el brevaje que debía producirle una muerte desesperada.

En 1838, Francia ya en sus últimos impulsos, para distraer el tormento nocturno de la gota punzante, sometía al martirio de azotes á los presos que aún le quedaban. Como el emperador romano parecía empeñarse en que el paciente sintiera el sufrimiento, y entónces, en las sombras de la noche podíase escuchar, entre los ahullidos de los perros, los ayes quejumbrosos de los torturados. Durante ese período de oscuras trajedias, en que las horas amargas del insomnio se adivinaban á la mañana siguiente en la mirada vaga del tirano, las gentes habrán experimentado al levantarse el movimiento instintivo de aquel esclavo que se tocaba la cabeza para sentir si aún la llevaba sobre sus hombros.

XXVIII

En la mañana del 20 de setiembre de 1840, las campanas que tañían lúgubremente anunciaron á la población la muerte de su opresor.

La noticia cundió lentamente, sorprendiendo al pueblo. Hubo durante algunas horas un sentimiento inexplicable, á la vez de consternación y

de duda. Recien á la tarde, seis horas después se confirmó el rumor, y los más osados se atrevieron á presentarse en el palacio donde yacía el cuerpo del dictador, colocado en un ataud negro, sobre una mesa rodeada de cirios y pronto de mujeres que lloraban. Las descarnadas manos teníalas cruzadas sobre el pecho y en su rostro lívido y enjuto, los párpados levantados dejaban ver en sus ojos fijos la última expresión de sus infinitos ódios.

El había visto venir el momento supremo, pero entónces como antes había querido disimular sus dolencias para ocultar las debilidades de la materia. Aún cuando declinaba visiblemente, veinticinco días antes cruzaba las calles á caballo, embozado en su capa colorada y afectando una perfecta entereza. De la voluntad arrancaba vigor para resistir, y estaba levantado cuando á los ochenta y cuatro años de edad le acometió el ictus mortal: como Vespasiano, dejando la cama en la agonía, él también había querido morir de pié. No sufrió ni un temblor, ni un remordimiento, ni una pena. Sobre esta tierra no hubo justicia para él: murió en plena eutanasia, con esa muerte rápida que los antiguos tanto anhelaban!

Retumbó el viejo cañón sobre el barranco secular, al lado del árbol solitario de las ejecuciones, y la salva fúnebre en homenaje al tirano, consumió en tres días esa pólvora guardada veinte años, en la que Francia había confiado la fuerza, el prestigio y la amenaza de su poder.

XXIX

Su muerte fué sentida. Un dios era para el vulgo aquel sér misterioso que las gentes se habían acostumbrado á creer inmortal y á quienes muchos no conocieron sino por la omnipotencia feroz de sus implacables voluntades. Los que se sometieron le admiraban, los que le temían le respetaban, ellos que jamás debían haberle perdonado el haber vivido; y para muchos, su nombre era el de un protector ó el del padre que solo velaba por la felicidad del país.

Se habían habituado á vivir á su amparo, á ser siempre conducidos y de pronto se encontraban sin conductor: por eso le lloraban, y fué entre las cadencias del sollozo de la multitud desesperada que llevaron el cadáver al templo de la Encarnación y lo depositaron cuidadosamente al lado del altar de Cristo. Allí fué visitado con respeto, muchos días, muchas semanas después, hasta por los deudos de sus víctimas, y sobre su laude helado cayeron más lágrimas que flores sobre la tumba de Nerón. Muchos por algun tiempo esperaron su resurrección como una bendición del cielo, y todavía más de medio siglo después, Francia sigue recibiendo alabanzas!

Los ruegos cariñosos por su alma fueron generales. Pasado un mes, el sacerdote Manuel Antonio Perez, subió al púlpito y declamó la oración hímnica en que proclamaba la excelsitud del tirano.

«No podía haber acontecido, dijo, suceso más triste que el que con el mayor dolor nos reune en

este templo. Desde los primeros días de su enfermedad, entró el pueblo en grandes temores, al verse amenazado con la pérdida de tan gran bien. Por fin, el clamor de la campana que anunciaba la fatal noticia, pareció una voz articulada, pues al momento desde los confines de la ciudad corrieron tumultuosamente las gentes dirigiéndose á la casa de gobierno, y el llanto universal aseguró que el dictador había pagado el tributo impuesto á los descendientes de Adan . . . Avisos repetidos, agregó al ocuparse de la vida del tirano, le certificaron el estado peligroso en que se hallaba la República. Cuántas providencias fué preciso adoptar para sofocar este enemigo en su cuna: se aseguró de las cabezas de los partidos y hechos los procesos resultaron reos de lesa pátria. Qué contraste experimentaría en su corazón! Estoy en la firme inteligencia de que si manteniendo las personas en prisión hubiera sido suficiente para la seguridad del Estado, no hubiera tomado el partido de pasarlos por las armas. Portóse en esta circunstancia como los sábios cirujanos que, á los miembros que amenazan gangrena les aplican el cauterio ó cortan la parte infecta . . . Julio César y Octavio Augusto, dijo al final de la apología apenas oída por el murmullo de las lamentaciones, no fueron más dignos de la memoria de los romanos, que nuestro Dictador de la de los Paraguayos: si aquellos para perpetuar la memoria de estos dos personajes colocaron su nombre en el calendario romano, mandad que en el Paraguay se coloque entre ellos el de nuestro Dictador, suprimiendo el nombre de Setiembre para denominarlo en adelante: Francia».

XXX

Treinta años pesó su dominación sobre esa tierra del Paraguay, y si el término de su vida no hubiera llegado, mucho más habría durado, sin estremecimientos de la dignidad humana, sin que nadie hubiese violado ese terrible Rubicon trás del cual se ocultaba algo más pesado que la maldición de los dioses y de los hombres. En la antigua Roma, bajo el reinado del César matador de Britanicus, muchos penados rehusaron la gracia para no perder la oportunidad de morir; —aquí la cualidad de la raza se reflejó en ese instinto involuntario por la vida en el silencio, y al pueblo de entónces que tanto amó la tranquilidad, hoy le queda la eternidad entera para reposar...

Todos mantuvieron imperturbables su quietismo; estuvieron tranquilos é indiferentes en sus desgracias, sencillos en la aridez de su ociosidad, humildes en la hora de la muerte, pasivos siempre. Pobre pueblo! Sufría sin quejarse y no tenia ideales. Creó á Francia y se abandonó á él con esa humildad resignada que aún no ha desaparecido, y Francia, estremadamente superior al medio, recogió el legado, lo sometió á un régimen más preciso, lo grabó sin piedad, profundamente, y gobernó en la paz, sobre la multitud inclinada, sin escuchar jamás, ni dentro ni fuera importunas protestas. Hay en la historia ejemplos análogos de estas tiranías, pero es en otros tiempos ó en países habitualmente abyectos, ya embrutecidos, en que llega á extingirse la personalidad y donde

jamás existió el sentimiento de la libertad, como en las naciones orientales, donde la prosternación al déspota es un deber, un culto que no se discute, que se siente.

Francia es la encarnación refinada del déspota por convicción esencialmente egoista. No le halagaban las grandezas ni aspiraba á la inmortalidad: quería el poder simplemente como un recurso para satisfacer la tendencia de su temperamento. Jóven todavía, se había inspirado en Franklin y en Voltaire, como si hubiese querido aprender la libertad en los grandes ejemplos para saber dominarla mejor. Luego reasumió el Estado en su persona, no por usurpación sino por seguridad; confiscó todas las fortunas del coloniaje, no para enriquecerse sino para abatir la importancia del individuo por el dinero. El temor le hizo cruel: dominaba por el terror; se impuso hasta el fondo de las conciencias, y como su conducta no tendía sino al colmo de una intención personal, quemó todo papel que hubiese reflejado su pensamiento ó sus hechos, para no dejar á la posteridad ni una idea, ni una explicación, ni un secreto de su gobierno. Antes de morir, si hubiera hecho un análisis retrospectivo al través de las brumas de su vida, que lapidante hubiese sido el proceso de sus propios actos: en aquel país de las flores ni un perfume hubiese sido para él!

Mucho después de su muerte algunos han querido justificar esta tiranía execrable pretendiendo que su móvil fué asegurar la independencia de su pátria. Es cierto que en sus primeros tiempos se reveló esa intención; pero no se funda una pátria sobre la base del crímen y la secuestración. Casi todos los tiranos han iniciado su vida

pública con hechos simpáticos y honestos ó con acciones muy dignas. Tiberio, que había obtenido victorias gloriosas para Roma, tué el primero en recibir los honores de la ovación pública, con los ornamentos del gran triunfo, y una vez en el poder absoluto fué también el primero en declarar que en una ciudad libre, la lengua y el espíritu debían ser libres. Nerón en sus comienzos era un modelo de humanidad: «quisiera no saber escribir»—dijo al firmar la condenación de un criminal... Calígula señaló los primeros actos de su gobierno con hechos que le valieron el renombre popular de «piadoso, padre de los soldados, el muy grande, el muy bueno». Claudio fué justiciero y humano. Ivan el terrible, vencedor de la Gran Horda que había dominado dos siglos á la Rusia, fué el matador de su hijo y el más formidable opresor de su país. Luis XI ganó para la Francia sus mejores provincias. Todos ellos también quisieron agitar el sentimiento pátrio para escudar sus actos; pero la historia no se detiene sino para trazar su tremenda condenación. No son un modelo á seguir y no cabe justificación para esos mónstruos del pasado, vaciados todos en el mismo molde.

Francia, indiferente á los sufrimientos de los otros, movido siempre por un egoismo enfermizo, abominable en todos sus planes y en sus extravíos, con la dureza de alma de un Borgia, perpetuó su vida en el dominio absoluto y dió á su tiempo el tinte inquisitorial que le sucedió. Bajo el pretexto de asegurar la independencia, aisló á su país para dominarlo mejor: no era por cierto la independencia el afan que perseguía, sino el temor al espíritu nuevo que vendría del extranjero. Pensaba con acierto: el soplo de otra tierra pronto lo

hubiera conmovido. Fué funesto aún después de morir: su sistema ha durado más que su época, y tan arraigado como estaba, ha renacido y renace todavía bajo otras faces; aún su nombre es temido: los hombres de entónces, ancianos hoy, no se dan cuenta de la manera como pasaron su juventud, y recuerdan todavía con pavor los episodios de aquel tiempo que grabó en ellos una tristeza sombría y terrible.

XXXI

Francia ha podido repetir como Sila en el diálogo de Montesquieu, cuando demostraba que su poder sobreviviría al ejercicio de su terrible dictadura: «Tengo un nombre que basta para mi seguridad personal y la del pueblo romano. Este nombre detiene todas las empresas y no hay ambición que ante él no se espante. Sila respira y su genio es más poderoso que el de los romanos; Sila ha dado á cada familia de Roma un ejemplo doméstico y terrible; cada romano me tendrá siempre ante sus ojos y en sus sueños me le apareceré cubierto de sangre; él creerá ver las funestas tablas y leer su nombre á la cabeza de los proscritos. Se murmurará en secreto contra mis leyes, pero ellas no se borrarán sino con olas de sangre, porque son mios el Senado, la justicia y las leyes».

Ese corazón de tan temibles energías no tuvo ni un cariño ni una bondad: ningun rayo del sol ardiente de aquella tierra, pudo fundir el hielo de su cerebro. No amaba y odiaba mucho,—pero á falta de las afecciones que atemperan, están las

luchas que conmueven, porque la altivez aplaca más que la humillación,—y Francia, que era un espíritu de combate, se estrelló en la inercia de su pueblo, cuya impasibilidad le hacía el efecto de un reto y cuya incapacidad de reacción despertaba á su egoismo extrañas ideas de venganza. Llegó hasta ignorar lo que era la contradicción. Sus enemigos fueron la resignación, la persistencia en el reposo y las abdicaciones del patriotismo. No tuvo contra sí ni un revolucionario, ni una explosión, ni una virtud, ninguno murió protestando como Séneca, no se oyó el grito de un héroe; y en vez de mártires solo cayeron inútiles víctimas.

En otro centro aquel temperamento severo y adusto, cuya reconcentración se realzaba por el mutismo general, hubiera seguido otros rumbos, y sin dejar de ser tirano, quizá hubiera sido progresista como Pedro el Grande ó bien obediente á un principio como Luis XI y Enrique VIII. Su perversidad se retempló por causa de la esfera en que obraba; logró ahondar la huella del coloniaje y puede decirse con entera verdad que fué un tirano fatal en el más sumiso de los pueblos americanos.

XXXII

El día en que el toque de la campana rompió la monotonía del silencio para anunciar el fin del tirano, el país pareció despertar del largo sueño del despotismo. Pero el sopor lo invadía, y se dejó estar, en la misma actitud del esclavo, la cabeza baja y en silencio, porque no se imaginaba que

un golpe sonoro en el bronce del templo anunciaba la hora de su regeneración.

Los pueblos pacientes que no tienen oídos para escuchar la voz del porvenir, sufren su propio error,—y cuando no precipitan á Spurius de la roca Tarpeya ó cuando no impulsan el brazo de Casius Chereas, legan la tradición secular de su paciencia, y es de ley entónces que la tiranía suceda á la tiranía. La humanidad es lógica para consigo misma!

La lidia de los aucas

I

El instinto del hogar se dilata en el hombre libre hasta el amor heróico de la pátria. Liga, atrae y seduce la tierra en que se ha nacido, y sobre ella siempre hay un cielo amado y para ella un recuerdo en el alma y un sacrificio en el corazón. Son para la pátria nuestras adoraciones predilectas en todos los tiempos, en todos los países y bajo todos los climas. Padre, quiere decir, porque ampara, proteje y dignifica. Más se agiganta aquel que la ama más, y si la abnegación por ella llega á la superstición, es por lo menos una superstición sublime.

El divino egoismo que hace de la pátria el núcleo de todas las aspiraciones y cuyo sentimiento llega á sobreponerse á todos los otros, condensándolos en una inmensa pasión, es innato por herencia, y repercute más intensamente cuanto más el hombre está entregado á los libres esfuerzos de su voluntad. Pero en la esclavitud ó bajo el despotismo, estos entusiasmos se limitan, el suelo nativo no tiene horizontes, se extingue

la espontaneidad de ese noble culto y desaparece la predisposición á los sacrificios voluntarios ó á las defensas heróicas.

Por eso el Perú, donde bajo los Incas se había creado una nación de servidumbre, apenas pudo resistir el primer empuje de los aventureros; y también cayó la poderosa Méjico, á pesar de sus grandes ejércitos de guerreros escojidos.

Solo la libertad puede engendrar el sentimiento de la pátria;—y allí en el sud, casi en los confines, entre los libres moluches, más tenaces que los sioux, más valientes que los cachalquies, más ebnegados que los natchez, habíamos de ver ancarnado el genio de la independencia indígena.

II

Los quíchuas habían dado el nombre de *Tchili* —nieve—á la región que los promancaes defendieron valerosamente contra las huestes del inca Sinchi-Roca. Noventa años después, Almagro se estrellaba á su vez y volvía desalentado por el mismo camino de la derrota, dejando como huella de su paso, sobre la ceniza de los hogares, los cuerpos de Moncardeo y de sus veintiocho compañeros, y «á Chile intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla».

Las tradiciones contaban que tesoros prodigiosos se ocultaban dentro de sus fronteras, de modo que con este incentivo el espíritu de conquista no debía tardar en agitarse de nuevo. Un héroe casi desconocido que había aprendido en las campañas de Italia el arte de la guerra, fué el

encargado de la expedición. Después del desastre de Almagro la empresa se presentaba llena de obstáculos, pero el entusiasmo no podía decaer: allí donde el peligro se presentaba más formidable, allí se dirigía primero el genio aventurero de la época, y fué de la antigua capital de los Incas de donde partieron los ciento setenta conquistadores que Valdivia debía conducir hasta más allá del Bio-Bio.

Recién siete meses después de la partida penetraron al desierto de Atacama, donde en más de cien leguas las arenas movedizas impiden la vejetación y presentan el espectáculo silencioso de la soledad, en que no repercuten ni las borrascas del océano ni las tempestades que se suceden en las cumbres de los Andes ó en los precipicios sombríos de sus faldas.

Llegó Valdivia hasta el Mapocho, donde fundó la ciudad de Santiago, pronto convertida en el foco de una insurrección que le obligó á mantener una actitud más bien de defensiva, en medio de todas las privaciones y penalidades, durante los siete años que necesitó para someter á los promancaes, sus futuros aliados en la lucha con Otranco.

III

Aucas libres formaban la rama principal de la extendida raza de los moluches, que habitaban desde el Atacama hasta el archipiélago de los Chonos, divididos en multitud de tríbus, unidas por el idioma y la semejanza de las costumbres.

En la región más fértil y más bella de Chile,

estaba Arauco, situado como la Armórica, en la costa agitada del mar, y teniendo al oriente las perspectivas de las ondulaciones caprichosas del suelo, formadas por las serranías, los valles, las cúspides andinas y ese imponente volcán de Antuco, de base negra y cima blanca, cuyas frecuentes erupciones acompañaban tan violentos huracanes. El suelo árido y accidentado, la temperatura fría que caía con la nieve de las altas cumbres, y el aire rudo del mar, creaban las condiciones que ya Hipócrates había establecido como determinantes del valor del hombre y de su aspiración por la libertad. En la montaña, hasta la región de las nieves, crecían las hayas y los cipreses; en el llano, de entre las verdes gramíneas se destacaban las verdes encinas y los árboles seculares, y en los valles sombreaba con el follaje espinoso de sus arandelas horizontales, la araucaria imbricada, el árbol de la paz.

Una tetrarquía dominaba á Arauco: toquis independientes gobernaban las naciones, con los gúlmenes y los gefes de las tríbus. Su poder se refería al bien general, que por lo que toca aisladamente, los aucas eran lo que su nombre decía, y disponían de su libre albedrío al punto que eludían establecer agrupaciones numerosas y formar pueblos, á fin de poder ejercer mejor su acción individual, constituyendo esto entre ellos un timbre de orgullo y de honra. Aún la autoridad del toqui era nominal, porque para cualquier asunto regularmente importante era convocado al instante el vutacoyag, senado de los gefes, de mayoría imperante, que se reunía en una plaza pública circundada de altos árboles. En sus leyes el talion era de aplicación general.

La asamblea discutía los asuntos para los cuales era congregada, después del sacrificio de una llama, de una vírgen ó de un niño. Deliberaban con interés, pronunciando largas arengas y réplicas acaloradas que á veces terminaban en contiendas personales. Se envanecían de su oratoria; la poesía era su arte. Hacían versos que no carecían de cierta armonía y en los que trataban de perpetuar, por medio de frases atrevidas y concepciones fantásticas, sus hechos heróicos y las glorias de sus antepasados.

Poseían un idioma eufónico cuyos lindos modismos facilitaba notablemente la expresión de sus ideas. En el chiliduga se forma el verbo de casi todos los sustantivos, usando de terminaciones uniformes. Las palabras, compuestas de mayor número de vocales, son de fácil estructura, y por su abundancia y sonoridad, así como por la especialidad de su sintáxis, forma uno de los más ricos y enérgicos entre los idiomas indígenas de América, conservado hasta hoy, tan puro como sus costumbres antes de la conquista.

Los aucas en su religión no adoraban: temían y eran supersticiosos. No tenían ídolos que representasen á Villvemvoe, el creador de todo, ni á Ivumbre, el genio de las tinieblas, ni á Pillan, Huecuvu y Epanumun, los demonios araucanos. Creían en las apariciones y en el poder secreto de sus curanderos, los machis: las enfermedades, cuando no cedían á una terapéutica sencilla, las inculpaban como los apalaches, al dardo envenenado de enemigos ocultos, y entónces la cura no era otra que el exorcismo. Si el doliente moría, como su espíritu era inmortal, debía ir al eliseo del ocaso, más allá del gran mar, donde gozaría de una vida inmaterial en compañía de los suyos.

El cadáver lo llevaban al bosque ó á la montaña, lo proveían de maíz y pulque, le dejaban sus armas ó sus instrumentos, lo cubrían con piedras y con tierra, y luego que el gúlmen decía el epicedio ó entonaba algun treno triste, lo dejaban en paz.

Eran sérios los soberbios aucas: jamás se abrieron en una sonrisa sus espesos lábios, que ocultaban magníficos dientes. En la tríbu la tarea se dividía: cultivaban el maíz con preferencia, trabajaban los metales, se esmeraban en la alfarería, usaban el quillay en el lavado de sus ropas y colorantes para teñirlas. Contaban por la numeración decimal; dividían el tiempo y calculaban las estaciones por las sombras equinocciales. De la lana de los rebaños de llamas y vicuñas, hilada por las mujeres, tejían los aucas sus vestimentas. El macuñ, que es el poncho de hoy, formaba lo principal del traje masculino, y en la mujer la larga túnica azul sujeta con una faja á la cintura. La mujer era como entre los patagones un sér pasivo obligado á seguir por doquier á su marido y sometida del todo á su dominio: aún de su vida podía disponer. El niño se criaba según sus instintos y aprendía de su padre por el ejemplo, el trabajo, el idioma, el uso de una sola arma y el amor á la gloria.

La gloria de los aucas era la guerra. Gentes de guerra es el significado de *moluches*, su nombre de raza. Niño aún, se ejercitaba corriendo por las ásperas sierras ó en peleas singulares; aprendía el sufrimiento y las privaciones; sometía su cuerpo á las pruebas durísimas de la vida campal. En la lucha eran valientes, apasionados y terribles: llevaban á la guerra, como antes los combatientes de la pequeña Rusia, el puñado de

tierra pátria que debían besar al sentirse morir. Cubríanse la cabeza con cascos y el pecho con pieles de tigre; peleaban en grupos de cien, armados alternativamente con lanzas, boleadoras, hachas de basalto, dardos, flechas y pesadísimas mazas puntiagudas. En los ataques eran rápidos, y en su táctica usaban de la sagacidad, el secreto y la vigilancia. Amantes de la independencia de su pequeño territorio, no atentaban contra la de sus vecinos, y dedicaban su valor á mantener inalterable los límites tradicionales de su suelo, para poder ser en último caso la tribu vengadora, ya fuera de los curies, los cauquis, los pencoas, ó de los hombres de Huill, Puel, Tehuel y Pehuen.

Eran los aucas de naturaleza dura y de formas sólidas. En su rostro bronceado y adusto, al lado de la nariz ligeramente achatada, situábanse como dos luminarias inmóviles sus negros ojos lánguidos, y de la ancha cabeza caían largos cabellos lacios retenidos con un cintillo de cuero, de manera que ondeasen sobre la ámplia espalda, dejando la prominencia de la frente, libre y despejada.

Un rasgo le caracterizaba de soberbia altanería: *huenthu*, quiere decir hombre y valiente, y solo él se consideraba huenthu. Así era el tipo de esa raza indómita y valerosa, que había de preferir la muerte antes que vivir en un destierro triste, alejado del suelo que sus hijos en las derrotas regarían con lágrimas y sangre.

IV

A su regreso del Perú, Valdivia vengó el incendio de la Serena con la derrota de los penconnes, fundando después sobre la tranquila bahía de Penco su ciudad favorita.

Entónces los aucas inquietos al clamor de los fugitivos corrieron á la venganza mandados por Ayllavilú. En una noche estrellada las tropas del conquistador oyeron en las sombras cuatro mil voces provocantes que se acercaron con tanta impetuosidad y con gritos tan violentos, refiere el Capitan, como si la tierra fuera á partirse. Pero se estrellaron en las picas, se aterrorizaron al ruido del arcabuz y el gefe toqui pagó con su vida aquel primer esfuerzo. Lincoya, gigante hercúleo fué á su vez derrotado, y entónces la primera sombra del desaliento cubrió la tierra de Arauco.

Aquellos instantes aprovechó Valdivia: el territorio le quedaba despejado y entró á él sin timidez, como impelido por la violencia del destino. No halló ni un enemigo, no oyó ni un grito de guerra. Llegó al Cauten y fundó la Imperial; en las orillas pintorescas del Lauquen, al pié de la Cordillera, cimentó á Villa-Rica; sobre el Catlacallo instituyó la ciudad de su nombre, y embriagado en sus expediciones siguió aún al sur y no se detuvo hasta encontrar el río de la impetuosa corriente que parecía decirle: «de aquí no pasarás». Volvió á Concepción, despachó expediciones y fundó en Angol la séptima ciudad.

Entretanto el genio de la raza se agitaba. Un viejo gúlmen corría de pueblo en pueblo, como Vercingentorix, alentando los espíritus é incitándolos á la lucha. Colocolo había emprendido esa cruzada del patriotismo, evocando el recuerdo de sus glorias y las cenizas de sus antepasados. Entónces, como cuando se trataba de las grandes resoluciones, los toquis se reunieron en el valle de Tucapel. Allí fueron todos, el tuerto Capoulican, juicioso y fuerte, Peteguelen, el señor de Arauco, el viejo Mallarapué, Lincoya el sediento de sangre, el formidable Tucapel, Elicura, Ongol, Marianta y los gúlmenes de la comarca con sus veinte mil guerreros. La fibra del entusiasmo vibró al unísono y debieron haber formulado en aquel acto, el voto que ellos y sus descendientes sostuvieron decididamente en las generaciones que les sucedieron. Capoulican fué el designado para dirigir la guerra. La lucha iba á empezar con los esfuerzos capaces de crear una epopeya: y puede decirse de ellos, como Píndaro de los Argonautas, que cada cual temía ser el solo que acabara sin gloria una vida estéril, no conociendo desde aquel instante otro remedio para la muerte que las heróicas hazañas que los llevarían juntos á la inmortalidad.

De las guarniciones de Arauco y Tucapel no quedaron ni las piedras. Aquella tentativa llamó de nuevo á Valdivia. Vino confiado, dispuesto al combate y á la victoria é inauguró su última campaña con un día de pelea, que solo la noche impidió proseguir. Comprendió entónces que empezaba á lidiar con el enemigo de valor que no había hallado todavía en el delirio de sus conquistas.

V

Aparece ahora en la escena, como Arminius en el campo romano, un tipo viril de temple homérico, cuyo nombre aún suena con adoración, repetido por los restos de los aucas en sus cantos nostálgicos. La vida entera de Lautaro se condensa en ese salvaje entusiasmo por la independencia, que demostró en un breve espacio de tiempo lleno de peripecias y sacrificios. En la noche de la derrota de Valdivia abandonó el campo de los españoles y fué á denunciar á sus hermanos la retirada premeditada por éstos. Lanzó en la arenga resuelta el fuego simpático de su patriotismo, conmovió á sus oyentes, y antes del alba los invasores vieron bajar por las sombras de la sierra, como á los héroes de Ossian que descendían de entre las nieblas, un círculo compacto que los estrechaba silenciosamente. En el combate inmediato Lautaro enseñó á los suyos á no temer ni ceder en los asaltos, á trepar sobre la grupa de los caballos para neutralizar la acción del ginete, y á abalanzarse con esa impetuosidad irresistible que debía dar por resultado, después de la prisión de Valdivia, el destrozo de sus tropas.

Había sonado la última hora del más noble de los conquistadores. Llevado ante el senado araucano, pidió con arrogancia la vida prometiendo en cambio la independencia del territorio que había ganado, y cuando el éco de su palabra ya estaba próximo á seducirlos, el feroz Lencuaton levantó en lo alto la pesadísima maza y hundió en el cuerpo la cabeza del héroe extranjero.

Valdivia representa una de las figuras más interesantes de aquellos tiempos. «Era de ancha frente y ancho pecho», dice un historiador. Luchaba con valor, conquistaba por gloria, incansable en la ambición que guiaba sus pasos, sin desfallecer, á través del desierto, el hambre y las fatigas. Pertenecía á una raza enérgica de hombres de hierro que empezó con Viriato y acabó con Riego; era de los que con calma sabían arrostrar los peligros, salvar con fé todas las dificultades y acometer con constancia las empresas más atrevidas.

La lucha de los araucanos trasformóse en la ofensiva. Lautaro alcanzó una victoria casi decisiva, y mientras Capoulican fué á destruir las ciudades de Angol y Puren, el vencedor de Valdivia, completó su obra incendiando á Penco, la ciudad querida de aquél, y con sus manos arrancó hasta los cimientos de los edificios. Un año después, entregó otra vez á las llamas la ciudad que empezaba á reedificarse, é incansable comò nunca, escogió seiscientos guerreros y se dirigió al Mapocho, con temeraria decisión. Desafió á combate singular al capitan que salió á su encuentro, y después de vencerle en batalla, se retiró al sur del Bio-Bio á organizar nuevos elementos. Allí, en el campo de sus triunfos, lo sorprendió Villagra y lo derrotó, de la misma manera que Germanicus, vengador de Varus. Allí también halló la muerte con todos los suyos, la muerte valerosa que tanto había buscado, cayendo sin vida en la pelea, con la porra en la mano, y á su lado su amada en la paz y su compañera en la guerra, la Guacolda, que se inmolaba por seguirle hasta más allá.

Una luz, un aliento, una inspiración, fué Lautaro para los combatientes de Arauco. El nervio que enardeció no se ha extinguido, y su nombre quedó como en Irminsul, reflejando las abnegaciones heróicas por el amor á la pátria.

VI

Al año siguiente los aucas estaban reorganizados. Capoulican siguió siendo el jefe principal,—el valiente de los valientes,—y su nuevo rival fué Mendoza, aquel afortunado jóven de veinte años que se había impuesto la dura misión de sujetar la raza más indómita del Continente. Contra la fortaleza del monte Pinto, parapetado con fosos y trincheras, dirigieron el ataque los araucanos, divididos en trece grupos de mil. Embistieron con vigoroso entusiasmo, y á cada rechazo, atacaban de nuevo con impetuosidad inusitada, torrente de arrojo que la pólvora apenas bastaba para detener. La ventaja de las armas los obligó al fin á ceder, y se retiraron con la ira en el corazón, para incendiar, por consejo de Capoulican, sus cabañas y sus pueblos, como los galos cuando la invasión de César.

Con todo, el dominio de Arauco seguía incierto: los españoles no poseían sino el territorio que pisaban, pero los refuerzos que recibieron los decidió de nuevo á emprender la ofensiva. Entónces pudieron oirse en los combates los insultos estentóreos de Renco, y en los valles, la queja aterradora y doliente de Galvarino que iba de pueblo en pueblo, mostrando sus brazos tronchados, clamando venganza, con el acento

elocuente de las penas que exaltan. La guerra iba á desarrollarse con un timbre de terrible ferocidad.

Capoulican fué otra vez vencido en la batalla en que hasta las mujeres formaban grupos y disparaban la flecha á la par de sus hermanos y de sus padres; pero con la tenacidad del convencido no se desalentó, y una y otra vez buscó la pelea y encontró la derrota, hasta que una mañana el estampido del cañón resonó tremendo en la quebrada sombría del Puren. La metralla penetraba implacable en las fllas compactas de los aucas asombrados. Ellos revoleaban las mazas con ímpetu, pretendiendo detener en medio de su grave silbato las balas de hierro ensangrentadas que caían á lo lejos «cansadas de matar», y mostrando al cielo los puños, maldecían á ese enemigo que los vencía sin acercarse, impunemente. La artillería debía definir por el momento aquella lucha titánica. Capoulican fugitivo fué hallado por una partida y llevado ante el español, que lo condenó á la muerte afrentosa. Pero en su último momento, cuando le negaron ser herido con la espada, como hombre digno, lanzó el horrendo ultraje, y sin alterar el semblante, sufriendo penosísimo tormento, murió con la misma impasibilidad con que veía el peligro, de cerca, en los combates.

Su hijo, que llevaba el mismo nombre, fué elegido toqui. Se apresuró á la venganza y fué hasta Concepción, donde dos veces derrotó al matador de su padre, sin poder alcanzarle en la carrera rápida del caballo. Desesperado, se retiró y se fortificó en Queipo: allí Mendoza le atacó. Perecieron los suyos sin dejar de luchar, y cuando comprendió que podía huir pero no triunfar,

cuando ya no oyó ni sus gritos de aliento apagados por el éco del cañón, no esperó más, y como el galo Vindex se hundió en el pecho su propia lanza.

Entónces, después de veinte años, el viejo Colocolo obtuvo la paz, y los aucas se retiraron á sus hogares, persuadidos que durante esa tregua habían de rehacerse para proseguir la dura misión que se habían impuesto y que no debían olvidar.

VII

Entre los ciénagos profundos de Lumaco se reunieron las hordas deshechas, llamadas por Antiguenu. Deliberaron sobre la tierra húmeda que se hundía bajo los piés; adoptaron como en la antigua Lacedemonia la divisa de matar y hacerse matar por la gloria de la pátria, y se dirigieron silenciosamente á la montaña de Mariguenu, en cuya cima tallaron el reducto donde pocos días después habían de hallar la muerte Villagra y sus compañeros. Aquel triunfo los animó de nuevo. Antiguenu destrozó á Cañete, y mientras Antunecul iba con dos mil hombres á sitiar á la Concepción, él avanzó sobre Arauco. Lo destruyó, y pasó luego á ejercitar sus tropas en el límite norte de su territorio, pronto á rechazar una nueva invasión.

Ya los aucas disponían de algunas armas de fuego, conquistadas en sus victorias; pero les faltaba el elemento aún más poderoso que en la confluencia del Bio-Bio y el Vergara señaló su poder. La caballería rompió las filas de los tenaces indígenas, y Antiguenu, arrastrado por el

torbellino de los fugitivos, pereció en la corriente rápida del río.

El español por su parte no se convencía que aquella obstinación pudiera durar más. Rodrigo de Quiroga recibió refuerzos y con ellos arrasó el Arauco, reconstruyó las fortificaciones y sometió á la más penosa esclavitud á los prisioneros que cayeron en su poder. Los aucas no se desconcertaron. Paillataru rechazó la paz que le ofrecieron, derrotó á Melchor de Bravo deshaciendo sus escuadrones, y al atacar á Cañete fué rechazado á su turno; pero volvió y venció. La tierra era de los aucas y por ellos quedaba. Durante cuatro años,—mientras vivió el temible toqui,—las partidas españolas se detuvieron dudando.

Por aquel tiempo, los mestizos, ya numerosos, sintieron el impulso de la sangre de los aucas, y de entre ellos eligieron jefe á Alonso Díaz con el nombre de Paismancú. Era alto, formidable y temerario. En su primer combate lo derrotaron, y por la noche, las araucanas prisioneras, que habían sido tomadas con las armas en la mano, temiendo el martirio á que serían condenadas, se mataron desesperadas. Paismancú era el guerrero del malon: organizó sus partidas, las lanzó á las correrías, sitió los fuertes y los pueblos indefensos, mantuvo en jaque á los conquistadores durante seis años, y perseguido al fin hasta los confines, presentó con doscientos lanceros el combate en que terminó su misión.

En 1583, Alonso Sotomayor con setecientos soldados, devastó el territorio de Angol y aterró la comarca repitiendo por doquier el suplicio de Galvarino. Pero como antes, el dolor exaltaba, y la causa de los aucas llegó á alcanzar su mayor

grado de prestigio. Mestizos, mulatos y aún hispanos se unieron á sus filas.

Cajaneura dirigió las tres divisiones que atacaron el campamento de Carampangue, con tan ciego furor, que los combatientes se mezclaron en sangrienta confusión. Rechazado de allí, fué también vencido, frente al fuerte de Arauco, á pesar de todas sus precauciones, y pensando que acaso estaba bajo el peso de una fatalidad, se retiró al fondo del bosque y entregó á su hijo la lanza del toqui, bajo la promesa de que hasta morir arrastraría á los aucas á la pelea. Nangoniel, «el amado de todos», más desgraciado aún, al marchar contra la Trinidad cayó en una emboscada, una bala de cañón le llevó el brazo con que sostenía la lanza, y murió, sintiendo abandonar sus compañeros, sin haber vencido.

A medida que el tiempo pasaba, los aucas disponían de nuevos elementos. Bajo el mando de Cadeguala, se formaron escuadrones hasta con doscientos caballos. Era singular aquella caballería, en la que los jinetes, armados de largas lanzas y el pecho cubierto con durísimas pieles, montaban de un salto el noble animal, obediente á una sencilla brida. Auxiliados con este refuerzo, el fuerte Puren estuvo sériamente amenazado, y ya estaba por ceder al sitio, cuando Cadeguala impaciente, montado en un brioso corcel, se acercó al baluarte y retó al capitan español á combate singular. García Ramon acudió á la mañana siguiente al llano designado: á su frente estaba el toqui, que al verlo dió el grito de guerra y se lanzó hácia él á toda carrera. El encuentro fué tremendo. Cadeguala cayó con el pecho traspasado, pero sin demudarse, se levantó rápido, se arrancó la lanza con las dos manos, la arrojó

á su adversario y pretendió seguir la contienda. El esfuerzo era vano: el frío de la muerte le llegó al corazón y cayó sin vida.

Poco tiempo después, cuando Guanoalca penetraba al Angol, Quipotan abandonaba el fuerte de Líben, que tanto tiempo había defendido. Juntó gente en los Andes para rescatar á su mujer, dejada en el llano, y cuando bajó á buscarla, en medio de la noche, rodeado de pronto por enemigos numerosos, se dió la muerte, ejemplo tantas veces repetido por temor á la esclavitud.

VIII

Tras él quedaba la amada que buscaba, la Némesis vengadora de Arauco. Janequeo no escucha sino el grito de sus pasiones, siente la fuerza y la inspiración del valor, un extremecimiento salvaje la agita hasta en lo recóndito de su alma y vá altiva y confiada á incitar la guerra á los Panches. Cuando éstos la siguen, entusiastas por su actitud viril, organiza el grupo de las mujeres matadoras, las Walkyries de Arauco, destinadas á llevar al combate la saña feroz é implacable. Ellas eran las que en la pelea debían atacar los puntos débiles, para cebarse furiosas en ellos; las que después del triunfo debían martirizar los prisioneros; las que en el asalto, armadas de teas, debían incendiar los hogares; ellas, las que al terminar el combate debían entonar los cánticos vengadores ó el grito estrepitoso de la victoria.

En su primer acción Jenequeo derrotó al gobernador español que la había atacado con todas

sus fuerzas, y pasó luego á sitiar el fuerte Pachanquí. Armada con un hacha, como Juana Laisné, reta á Aranda, cuya cabeza parte en dos en una salida que hizo al frente de su guarnición. De allí, siguiendo su plan premeditado, escala las montañas de Villa-Rica y se fortifica en un punto estratégico, inexpugnable por los precipicios que lo rodean. Todos los días baja rápida en sus correrías, ya de un lado, ya de otro, por desfiladeros estrechos y peligrosos que solo ella conoce, y lleva al llano ó á las poblaciones inmediatas la desolación y la muerte. Su nombre vuela en alas de sus hechos, de una á otra extremidad del Arauco, para los aucas como una esperanza, para los conquistadores como la encarnación misma del terror. Es tal su fama portentosa, que aún Sotomayor no se atreve á perseguirla y se detiene hasta recibir nuevos refuerzos de hombres y de artillería: la halla, y ella, la Zenobia araucana, alínea sus huestes, á las que había comunicado el vértigo de la venganza, y se precipita adelante en la pelea. Por primera vez su valor se estrella contra el granizo de la metralla, y apenas logra salvarse sola. Su hermano Guenuchitereo cae prisionero, pero le conceden la vida si induce á Janequeo á dejar las armas;—y cuando se presenta al concejo de los gúlmenes á formular su pedido, Catipinque el gigante, «le arranca la cabeza del tronco y arrojándola al suelo la aplasta bajo sus talones».

Janequeo sonríe por la primera vez con expresión satisfecha, bate las palmas en señal de regocijo y recogiendo las cenizas de su esposo vengado, se retira á la caverna andina, oculta en las faldas del Chigual. Allí pasó los años en el

silencio, oyendo una voz de ultratumba que le hablaba con acentos de venganza, y pronunciando en sus éxtasis misteriosos, conjuros tan siniestros como los de la pitonisa de Endor.

IX

A fines del siglo XVI vivía aún, querido y respetado, con los restos deshechos de su tríbu, el hijo de Colocolo, que cuidaba sus tierras á orillas del mar, como sacro legado. Hasta esos lugares tan alejados y tan tristes no había alcando aún la planta del conquistador; pero á su vez le llegó el día. El gúlmen al intentar rechazarlos cayó prisionero, y luego le dejaron libre á condición de someterse con los suyos. Pero entre los aucas nadie dispone de otro, y Colocolo, despreciado de su tríbu y desdeñado aún de su mujer, semejante á Asdrubal en la última hora de Cártago, volvió solo á pedir la muerte en cambio de la palabra que había empeñado.

En los desastres descollaba aún más su espíritu indómito. Quintuguenu, «el amador de la gloria», se posesionó con dos mil guerreros de la cima de Mariguenu, donde Lautaro se hizo ilustre. Allí lo buscaron los conquistadores, empezando desde lejos la pelea, con las descargas del cañon. Cuando rompieron las filas, se abalanzaron, trabándose la lucha cuerpo á cuerpo. Horas después, aquellas palabras de Quintuguenu moribundo:—«Araucanos, compañeros, defender hasta morir la libertad de la pátria»,—no las oyó en la agonía ni el último de sus compañeros.

Con Paillamachu la lucha asume un carácter decisivo para los aucas. El viejo toqui convocó á los suyos al ciénago legendario de Lumaco, donde trabajó sin descanso para poner en ejecución su plan de campaña. Empezó primeramente á ejercitar sus tropas en rápidas y frecuentes excursiones, sembrando el espanto por donde iba, é impidiendo la persecución por la habilidad que tenía para perderse en los desfiladeros. Cuando creyó estar suficientemente preparado, tomó por asalto el fuerte de Lumaco, que los españoles levantaron próximo al ciénago, y amenazó á Valdivia y Villa-Rica, cuyas guarniciones se vieron obligadas á retirarse á Angol. Era Oñez de Oyola en aquella época el gobernador, y creyéndose seguro, se había retirado con sesenta oficiales á pasar la estación hibernal en el dulce valle de Cabalava. No debía gozar de ese reposo, en vida. En la noche de su llegada, Paillamachu, que había espiado sus movimientos, pudo penetrar sigilosamente al valle, entendiéndose con los suyos por señas que imitaban el silbido de las aves noturnas. Ya próximo, se lanzó sobre los confiados conquistadores, y ni uno solo quedó vivo. Aquel hecho, halagando las pasiones de los indígenas, levantó de tal modo su espíritu, que la insurrección abarcó las más vastas proporciones. Aucas, cauches y huilliches en número de treinta mil, destruyeron las poblaciones de Cañete, Angol, Arauco y Coya. En seguida el incansable toqui pasó el Bio-Bio, incendió la Concepción y Chillan y arrasó el país, con mano implacable. El terror no tuvo límites. Los habitantes de las ciudades que aún quedaban á salvo iban á ser abandonados, y Chile iba á quedar entero para los araucanos, cuando un militar

septuagenario, Pedro de Viscarra, pudo contener á los suyos con la esperanza de la pronta venida de refuerzos.

Llegaron éstos en momentos de desesperación suprema, al mando de un militar que se señaló por sus hechos crueles. La jornada empezó con escaramuzas, hasta que en la orilla derecha del Bio-Bio, en la llanura de Yumbel, se hallaron los dos ejércitos. El toqui, al frente de dos mil guerreros, atacó impetuoso, soportando con arrojo el fuego destructor de la mosquetería y de ocho cañones. Llegada la noche, aprovecharon los momentos de indecisión de Quiñones, y pasaron el Bio-Bio, salvando todo el botín que habían arrebatado. Paillamachu se organizó nuevamente en mejores condiciones, pues reunió tres mil lanceros de caballería, trescientos arqueros, sesenta arcabuceros y doscientos guerreros armados con hachas y mazas y resguardados con la cota de malla. Con todo su ejército se precipitó sobre Valdivia, la incendió, pasó por las armas sin piedad á sus cuatrocientos habitantes, y luegó corrió á destruir el Paparten, el otro fuerte que estaba sobre el Lumaco. Así, cargado con un botín de más de dos millones de duros, con cuatrocientos prisioneros y toda la artillería enemiga, se unió á Millacalquen, á quien había dejado defendiendo el paso del Bio-Bio. Al mismo tiempo Villa-Rica se rendía á los aucas después de un sitio de treinta y cinco meses. Osorno caía después que sus habitantes, durante un año, se habían visto obligados á alimentarse con hojas secas, y hasta la Imperial, que era la ciudad principal de las colonias meridionales, también caía, dejando las huellas de la heróica resistencia que dirigió Inés de Aguilera, valerosa, aún en presencia del cadáver de su marido y de sus hermanos.

X

La liberación del Arauco quedaba terminada. En un lapso de tres años, de las trece ciudades que fundaron Valdivia y sus sucesores entre el Bio-Bio y Chiloé, seis habían sido destruidas y siete estaban en poder de los aucas. Muchos prisioneros, atraidos por el prestigio del toqui, se unieron á mujeres araucanas, generando hijos que fueron después los más terribles enemigos de la conquista; algunos fueron cangeados por prisioneros aucas, y otros, entre los que se contaban dos nobles castellanos, Basilio Rojas y Antonio Baseugnan, seducidos por el heroismo de aquella lucha, prefirieron quedar acompañándolos. El gobernador Quiñones, declaró que el Arauco era invencible y pidió su retiro...

Huenecura, electo toqui en 1603, siguió afianzando el poder de su antecesor, para poder resistir al enemigo formidable que esperaba. En efecto, García Ramon se presentó con tres mil soldados y penetró en Arauco con un numeroso cuerpo de tropas auxiliares. Dos años después, Huenecura, que no había podido rendir el fuerte de Boroa, se dirigió contra el grueso del ejército, dividido en las dos fracciones que mandaban Negrete y Pineda. Una tras otra las batió, y raro fué el que escapó á la muerte ó á la cautividad.

Tan espantosos é inesperados desastres alarmaron á la corte de España, y un afamado capitan fué enviado entónces especialmente, para que se cerciorase de los sucesos. Entre tanto, García Ramon pasaba el Bio-Bio y atacaba á

Huenecura en un desfiladero próximo al célebre ciénago. La batalla presentó diversas alternativas, y los españoles tuvieron que retirarse desconcertados, dando lugar á que Luis de Valdivia informase á Felipe III que las hostilidades debían suspenderse, de manera de poder intentar la conquista por medio de misiones pacíficas. La paz fué rechazada terminantemente por Aillavilú; pero la aceptó al fin su sucesor Auconamon, estableciendo por límite el Bio-Bio.

La trégua no debía ser larga. Los misioneros lograron convertir y llevarse á las mujeres del toqui, que enfurecido, se dispuso de nuevo á la guerra, legando después su ódio á Loncotegu.

En 1618, Lientur alcanzó el éxito más completo. Habían pasado ochenta años de la invasión de Valdivia, y los hijos de los primeros defensores no decaían y peleaban con el mismo valor. Con empuje y arrogancia continuaban lanzándose á la batalla y vencían ó quedaban muertos, «con heridas recibidas de frente». Lientur, después de asolar la provincia de Chillen, destruyó á Ymbel y á su guarnición, mató á su jefe aprisionando los treinta y seis sobrevivientes, y cansado de triunfar, ya muy viejo, abdicó siete años después en favor de Butapichon.

Con él se inició una série interminable de desastres para los aucas. Queriendo dar una prueba de su valor, acometió la temeraria empresa de tomar el fuerte de la Natividad, situado en la cima de una montaña escarpada. Se acercó al frente de sus fuerzas é intentó quemar las empalizadas con flechas encendidas; pero pronto se vió obligado á retirarse con grandes pérdidas. Posteriormente pasó el Bio-Bio, atacó sin resultado el fuerte de Quinel y se retiró arrebatando

los habitantes de Chillan. Luis de Córdoba entró á su vez al Arauco, por tres puntos, derrotó á Butapichon y terminó la campaña con dos mil aucas prisioneros. Lazo de la Vega llegó en seguida con mil quinientos soldados, pero principió mal sus operaciones, porque perdió trescientos hombres en una emboscada y fué luego derrotado en la batalla de los Robles, en donde durante una hora los combatientes, confundidos ferozmente, hicieron uso de sus puñales para herirse. Indeciso para emprender otras expediciones, propuso la paz, que los aucas nuevamente rehusaron.

Entónces la suerte de las armas se volvió singularmente favorable para los españoles. Lazo atacó en Petaco á los aucas con mil trescientos españoles y otros tantos auxiliares, y cuando se encontraba en la mayor angustia, próximo á ser despedazado, una bala hirió á Butapichon y decidió la victoria, porque los aucas prefirieron la derrota antes que dejar abandonado á su jefe. Poco después, Longuinilla murió en pelea, y Queropoante en combate singular con Loncamallan, el jefe de los auxiliares, cayó traspasado por la lanza. Sus compañeros le lloraron, como Brutus sobre el cadáver de Casio, creyéndole el último de los araucanos.

Lazo envió sus divisiones á rumbos distintos. Zea ganó la batalla de la Imperial é hizo mil quinientos prisioneros. Rebolledo penetró al Puren y derrotó á Licipichion, que, intiminado, pasó el Cauten y se refugió en lo inaccesible de las montañas. Curinamon, se sometió, Pilentauru, Curimilla y otros gúlmenes valientes cayeron prisioneros. Las tenaces persecuciones durante cinco años, siempre con buena fortuna, halagaron á Lazo, que se decidió á pedir nuevos

refuerzos, obligándose á terminar la conquista en dos años más. Pero no debía prolongarse el cruel sistema de su guerra: la corte negó el pedido y lo reemplazó con Lopez Zúñiga.

XI

Había el cansancio de esa lucha cuyo término no se divisaba ni en lo más remoto, y defensores é invasores necesitaban descanso: la tregua era imprescindible. Licipichion aceptó la paz, en las mismas condiciones que Auconamon.

Quince años después, renace la lucha. Cleuntaru, que se había preparado lenta y silenciosamente, señaló su primer campaña derrotando al ejército español y tomando los fuertes de Arauco, Colcura y Rosendo. Al año siguiente pasó el Bio-Bio, derrotó al gobernador Acuña en los llanos de Yumbel, destruyó dos fuertes y quemó la ciudad de Chillen. Guerreó durante dos lustros y se retiró con la promesa de Meneses de que en adelante los aucas no serían ofendidos.

Pero en 1722, las insolencias y atropellos de los oficiales españoles, provocaron la gran insurrección de Vilumilla. Este, con sus legiones bastante numerosas y secretamente aleccionadas, se proponía expulsar á los conquistadores, no ya del territorio araucano, sino de todo Chile, desde el Bio-Bio al Atacama. Mató cuatro jefes españoles, les cortó los dedos y los envió á las diversas tríbus como señal convenida, previniéndoles que debían prepararse para la insurrección el día que vieran en las montañas la llama de la hoguera. Pasados diez meses, en medio de la noche,

brilló el fuego á un tiempo en las altas cumbres de Coquimbo, Quillota, Copiapó, Rancagua y el Maule. Pronto fueron atacados los fuertes de Tucapel, Arauco y Yumbel, barreras principales de los españoles. El Puren, que no pudo ser tomado, fué incendiado en presencia del ejército del gobernador Gabriel del Cano, de cinco mil plazas. Siguiéronse ligeras escaramuzas, y aquel vastísimo movimiento, que hubiera sido invencible bajo una dirección inteligente, terminó con la paz de Negrete que ratificaba la de Quillen: el Arauco para los aucas.

Veintidos años después, Gil Gonzaga obligó á los aucas á reunirse en ciudades. No encontrándose éstos preparados para la guerra, fingieron obedecer y rápidamente se organizaron, dirigidos por Curiguancu, hermano del gúlmen de Encol. Una vez listos, se precipitaron sobre los constructores de Nininco, derrotaron á los pehuenches, que vinieron contra ellos, y después de matar á su gefe Coliguru, formularon para siempre su reconciliación y alianza. Combates parciales, repetidos cotidianamente, terminaron con una batalla reñidísima que dejó la victoria indecisa.

La quinta paz iba á celebrarse. Los toquis reunidos en Santiago aceptaron por última vez la ratificación de los tratados de Quillen y de Negrete y se retiraron tranquilos á deponer sus armas, dejando antes en la misma ciudad, alojado en el colegio de San Pablo, un representante que velara por el cumplimiento del pacto.

XII

Terminó así esta guerra de doscientos dieciseis años, tan decididamente emprendida, tan virilmente sostenida.

Los españoles, vencidos y convencidos, renunciaron definitivamente á establecerse en Arauco y se decidieron á ocupar con preferencia las tierras que median desde el Bio-Bio á la frontera del antiguo imperio de los Incas. Más que la conquista de la América toda les había costado, y abandonaban para siempre esa tierra arrogante del Arauco, dejándola humedecida con la sangre de doscientos mil españoles y los aucas de cinco generaciones. En cada palmo de su territorio hubo un hecho heróico; hasta en las sierras de sus confines retumbó una imprecación guerrera, y de esa lucha tremenda queda un poema de impresión triste y patriótica.

Arauco no fué domada. Fué la presa querida, siempre escapada de entre las manos del conquistador. Un empuje inconcebible hallaron allí y un valor sobrenatural, sustentado con persistencia, á pesar de los azares y de las peripecias más horrendas. Como en Maraton, un génio ejético siempre los acompañó. La Galia resistiendo la invasión de César no fué más grande. No un héroe hubo en la defensa: todos lo fueron con la gloria del saber morir, todos siguieron con fé, como en la antigua Isauria, el legado guerrero de sus padres, lo sostuvieron con el ímpetu soberbio de la raza y la sangre no se agotó en el infinito derramamiento de sus incesantes y viriles

contiendas, por amor al suelo donde nunca hubieran querido ver el último día de la libertad.

Epica, gloriosa y sacra, es la guerra de la Araucania. Al bosquejarla así, en el relámpago de la evocación, he recordado las abnegaciones sinceras y los tiempos heróicos de la Grecia. Aquí los hemos visto siempre incansables: Colocolo incitando á la guerra, Lautaro inspirado, Capoulican tenaz, Galvarino doliente, Paismancú astuto, Cadeguala temerario, Janequeo vengadora, Lientur terrible, Huenucura cruel y Antiguenu abnegado en el ciénago profundo de Lumaco. Tenaces en los reveses, implacables en la adversidad y trágicos en la victoria, los aucas representan en la América el génio indómito de la independencia.

Jamás habían deseado sino la libre posesión de su territorio, y con él se quedaron.

Que más gran ejemplo puede darse para los pueblos que quieren mantener su independencia, que el ejemplo magnífico de estos salvajes aucas, en la constancia para sufrir las luchas y las persecuciones y en la perseverancia inalterable para alcanzar sus propósitos!

La emancipación americana

WASHINGTON

I

Siempre hay un nombre que simboliza las epopeyas, como un homenaje natural al valor, á las virtudes y á la constancia de los prohombres de las grandes causas. Y entre triunfos efímeros ó conquistas prodigiosas que la inmortalidad corona con sus palmas, descuella sobre todo con su elocuente sencillez el heroismo y el sacrificio por la pátria.

No es la gloria una vanidad: es la recompensa acabada que disciernen los pueblos como el título más puro para la admiración y el ejemplo de la posteridad,—y cuando esta recompensa no es solo de la pátria, cuando por su misma grandeza es un tributo de la humanidad entera, entónces se puede afirmar que aquel que la obtiene ha llegado á la cumbre de la más legítima de las aspiraciones personales.

Jorge Washington reivindica para sí ese título por haber sido la más noble personalidad de la revolución, el actor y el inspirador de la primera epopeya de la independencia americana.

II

El núcleo de las colonias inglesas establecidas en Norte América lo formaban hombres libres, que abandonaron su pátria con la garantía de que se respetaría su independencia personal y sus libertades comunales. Ese fué el credo y la tradición que los guió y que no debía más alterarse en ninguna de las generaciones sucesivas. La prosperidad no cambió sus costumbres, ni modificó su educación, ni formó categorías: todos se reconocieron siempre iguales, en la buena como en la mala fortuna, enalteciendo su condición ó su pasado de *pionniers*, sin variar su firme y enérgico temperamento de hombres de derechos.

La guerra penosa contra los indios—tenaces por mantener sus hogares—y aquella que sostuvieron contra los franceses durante siete años, creó un pueblo de combatientes endurecidos en las campañas, fortalecidos para la lucha, y conscientes, además, por sus hábitos comunales para el ejercicio de la libertad.

Massachusetts fué en todo tiempo el centro de las principales resistencias. La primera tentativa remonta de muy atrás, cuando la restauración de Cárlos II, en que la asamblea general de las colonias declaró «que los ciudadanos americanos tenían la facultad de elegir su autoridad y que todo impuesto nocivo al país ó contrario á sus leyes, sería considerado como violatorio de sus derechos». Pero la Inglaterra no prestó atención á este suceso, descuidable entónces á la grandeza de su poder.

Posteriormente, como se encontrase exhausta de recursos, vióse obligada á gravar con nuevos impuestos los productos principales de las colonias, y ante la viva protesta de éstas, lord Granville pidió se concretara á la sanción del bill estableciendo el timbre en los documentos públicos.

Recuérdase que entónces resonó la voz del viejo Chatham en la Cámara de los Lores, defendiendo la causa de los americanos, apoyado por las declaraciones de Burke, el Cicerón inglés, y las del coronel Barre, en la Cámara de los Comunes: «Estad bien persuadidos, dijo éste al terminar su célebre réplica, el mismo espíritu de libertad que anima á este pueblo en su orígen, le animará mientras exista. Conozco la América, he vivido en aquel país: el pueblo es celoso de sus libertades y sabrá defenderlas».

La noticia de haber sido votada la ley fué recibida en Virginia, Massachusetts, Connecticut y Rhode-Island con las más enérgicas protestas; la sociedad de los *Hijos de la Libertad*, creada para la propaganda, agitó los ánimos, y las campanas doblaron fúnebremente, respondiendo al sentimiento general, el día que entró en vigor. Las demostraciones sucesivas que se produjeron en este sentido, obligaron al Parlamento á suspender su ejecución; pero pronto sancionó otras leyes de peores consecuencias, como la del impuesto al té.

Los movimientos se iniciaron nuevamente para rechazarlo, no por su naturaleza, sino por el principio que establecía al someter á las colonias á una potestad que ya no querían reconocer. El primer cargamento que llegó á Boston fué arrojado al agua, y el gobierno británico, juzgando que dominaría la rebelión con medidas severas,

dispuso la clausura del puerto de Massachusetts y envió al general Gaye, célebre después por sus crueles decisiones, para sostener los bills sancionados. Las colonias, considerando este acto como un ataque á sus prerogativas, se dispusieron á sostenerlas por los medios de que disponían.

El 5 de setiembre de 1774, los delegados de once provincias sancionaron la declaración de sus derechos, estableciendo la autonomía de las colonias para decretar impuestos y redactar sus leyes, sin desconocer empero, la autoridad real, puesto que solo querían ser considerados «como hermanos y no como menores». Organizáronse cuerpos de voluntarios, reuniéronse milicias y se prepararon á todas las eventualidades. Seis meses despues, el combate de Lexington abrió definitivamente la éra de la lucha de la independencia.

El Congreso dispuso la creación de un ejército con el contingente de todas las provincias y declaró que aún en presencia de los gastos de la guerra, nada era más ruinoso que la esclavitud. A los pocos meses, diecisiete mil soldados americanos bloquearon el puerto de Boston,—donde se habían concentrado las fuerzas de Burgoyne, Howe y Clinton,—levantaron en una noche un reducto frente á las posiciones inglesas, y al día siguiente, el 4 de Junio de 1775, se libró la batalla de Bunker's Hill, en la que los americanos no cedieron sino después de haber perdido su primer gefe, el General Warren, y quemado el último cartucho. Aquel hecho de armas, que probó la fuerza de la insurrección, decidió el ánimo de los que hasta entonces habían vacilado.

La guerra quedó empeñada resueltamente y su éxito no debía depender sino de una dirección

inteligente: el segundo Congreso Continental, que así lo había comprendido, reunido en Filadelfia, designó á Jorge Washington como general en gefe de las tropas de la defensa.

III

El modesto obrero de la independencia americano pertenecía á una honrada familia inglesa, cuya genealogía se remonta á los tiempos de Guillermo el Conquistador. Nació sobre el Bridge's-Creck, y los estudios de su infancia se refirieron principalmente á la matemáticas. A los diecinueve años fué nombrado mayor de la milicia cívica de la Virginia, y pasó su juventud en los trabajos de la agricultura, ó aprendiendo la guerra en la expedicion contra los franceses, cuando fué menester oponerse á su avance en el valle del Ohio. En 1758, siendo coronel, consiguió la rendición del fuerte Duchesne, y se retiró luego por quince años á su hacienda heredada de Mount-Vernon. Electo primeramente miembro de la legislatura de su provincia, donde siempre abogó en contra de las contribuciones que pretendía imponer la Inglaterra, se encontró al tiempo de la rebelión como diputado al Congreso General.

Cuando se le designó para el mando del ejército, comprendió el peso de su responsabilidad, y si aceptó sin vacilar, fué cediendo á impulsos del patriotismo y confiando en la justicia de su causa. Las fuerzas de que podía disponer después de Bunker's-Hill, no pasaban de catorce mil soldados, indisciplinados, mal armados, sin el espíritu de perseverancia que asegura el éxito de las

grandes empresas. Severamente y con la fría persistencia característica de todas las acciones de su vida, emprendió la moralización de sus tropas, propendiendo á su mantenimiento, en tanto que trataba de obtener su aumento con nuevos contingentes.

Mientras hostilizaba la navegación inglesa con numerosos corsarios, la expedición al Canadá se frustaba con Montgomery el valiente muerto en el asalto de Quebec, y Arnold herido; sin embargo el sitio de Boston continuaba, y debido á movimientos hábilmente combinados, el general Howe se vió obligado á embarcarse con sus tropas precipitadamente, terminando esta primera campaña con la entrada triunfal de Washington, el mismo día, á banderas desplegadas, en la ciudad abandonada.

Pequeñas concesiones de parte de la Inglaterrra hubieran podido, aún en este estado contener la rebelión, pero fiaba bastante en su poder para ceder á las justas demandas de los americanos. Se decidió por el contrario á la guerra severa: compró al Hesse y al Brunswick diecisiete mil soldados mercenarios para remontar á cincuenta mil el número de sus tropas en operaciones, y las lanzó apoyadas en formidables escuadras.

Al anuncio de estos contingentes el espíritu patriótico de los americanos se exaltó. Tomas Payne, escritor ingles inducido por Franklin á defender la causa de las colonias, publicó en febrero de 1776 el folleto que con el título de *Sentido Común* influyó notablemente en la revolución, destruyendo las vacilaciones de los cuáqueros, que se unieron al movimiento, y resolviendo á la Georgia á compartir la suerte de los demás Estados.

Simultáneamente Franklin lanzó la idea de la emancipación, que en aquellos momentos fué acogida con todo entusiasmo. El Congreso no esperó más: el 4 de Julio sancionó la declaración formulada por Jefferson, proclamando la libertad é independencia de las trece colonias bajo el nombre de Estados Unidos de América.

La gran campaña iba á empezar: Washington estableció en Nueva-York el cuartel general de su ejército de diecisiete mil hombres,—pero atacado allí por todas las tropas enemigas, que habían renunciado al sometimiento de las provincias del Norte, libró el combate de Long-Island, causa de la evacuación de Nueva-York. Ante la série de desastres que siguieron, el general americano tuvo que ceder, abandonando todas sus posiciones y retrocediendo hasta más allá del Delaware para proteger la ciudad de Filadelfia. Fué ésta la peor época del ejército de la defensa: el desaliento, las deserciones, la falta de armas y municiones, el egoismo de algunos Estados que querían sustraerse á las cargas comunes y el abatimiento de todos, parecían aproximar la última hora de la revolución. El genio de Washington se manifestó entónces en toda su grandeza, con el carácter de prudencia, de actividad y energía. En lucha con los elementos y con los ejércitos, reducido á no comandar sino dos mil soldados desmoralizados, con los que estaba resuelto á retirarse más allá del Susquehanah y aún hasta los Alleghanis si hubiera sido necesario para no abandonar la bandera de la revolución,—fué capaz, sin embargo, de esperar y reunir nuevos refuerzos, á fin de poder operar y batir, como lo hizo en Trenton, antes de terminar el año, á los mercenarios anglo-alemanes.

El Congreso trasladó su asiento á Baltimore, sancionó el acta de la confederación perpétua de los Estados y acordó á Washington la dictadura militar.

La campaña de 1777 empezó bajo buenos auspicios, con motivo de la llegada de Lafayette, á quien el Congreso acordó el grado de mayor general. La derrota de Cornwallis en Princetown, alcanzada poco antes, volvió la confianza al ejército, si bien Washington tuvo que sufrir dos reveses en Brandiwine y Germantown. Esto sin embargo, no debía desmerecer su reputación: el Congreso declaró «estar persuadido de que ciertos accidentes imprevistos pueden hacer fracasar los planes mejor concebidos y los esfuerzos más valerosos», y le acordó por segunda vez la dictadura, al mismo tiempo que se recibía la noticia de que Horacio Gates, general inglés al servicio de la causa americana, había conseguido en Saratoga la rendición de Bourgoyne con cinco mil soldados. Esta victoria dió por resultado la celebración de un tratado de alianza entre Francia y los Estados Unidos y seguidamente el reconocimiento de la independencia por parte de España.

Con la llegada de los seis mil soldados de Rochambeau, enviados de Francia y puestos al mando de Washington, los americanos pudieron tomar la ofensiva con probabilidades de éxito. Pero hubo de variarse el plan primitivo á causa de la traición de Arnold, la defección de Lee en el combate de Monmouth y el desastre de Savannah, donde halló la muerte que buscaba el polako Pulaski, ese viejo terror de los rusos, que al ver su pátria dividida, vino á la América para continuar su vida de héroe en una causa gloriosa.

Los ingleses, acosados en el sur por las guerrillas de Sunter y Morgan, y en el centro por las tropas aliadas, recurrieron á medios pacíficos y luego á hábiles esfuerzos para seducir á los hombres de la revolución. Reed contestó á los emisarios del Jugurta una frase de virtud catoniana; Gates, el vencedor de Bourgoyne, derrotado en Cambden por Cornwallis, fué acusado injustamente de traición, y Arnold, cuyo complot con Clinton para entregar el ejército fué descubierto, logró salvarse huyendo al campamento enemigo, donde continuó su carrera bajo el pabellón inglés. Librado al poco tiempo de caer en una emboscada, preguntaba á un prisionero americano:—«Que hubiéseis hecho de mi en vuestro poder?—Hubiéramos separado de tu cuerpo, respondió éste, la pierna que fué herida en servicio de la pátria y hubiéramos ahorcado lo demás». El amotinamiento de las tropas en Pensylvania y en Jersey en 1780, las deserciones y la escasez de recursos del ejército de la independencia, revelaron de nuevo el templo sereno del general en gefe para resolver con juicio las mayores dificultades.

En 1781, los combates de Guilford-House, Entard-Springs y Jamestown, debilitaron de tal modo á Cornwallis que se vió obligado á dejar sus posiciones de la Virginia á Lafayette, su incansable perseguidor, y refugiarse en Yorktown. Aprovechó Washington la posición de las tropas inglesas concentradas en Nueva York, Charlestown, Savannah y Yorktown para concertar con Rochambeau el más feliz plan de su larga campaña. Por medio de una hábil maniobra, en la que contribuyó admirablemente el almirante Grasse, quedaron cortadas las comunicaciones entre

Cornwallis y Clinton, engañó á éste con un movimiento simulado, salvó precipitadamente trescientas leguas con las tropas francesas cruzando Nueva Jersey y Pensilvania, entró á la Virginia, se unió á Lafayette y puso sitio á Yorktown. El 19 de octubre, cuando Clinton salía de Nueva York con siete mil soldados para socorrer la plaza sitiada, Cornwallis deponía las armas de sus nueve mil ingleses.

Esta capitulación decidió la campaña. Al recibirse la noticia en Inglaterra, dimitió el ministro North, instigador de la guerra y causa de los desastres. Sucediéronle espíritus conciliadores como Fox y Rockingham, y posteriormente Guillermo Pitt, que reconoció la conveniencia de la paz. El 30 de noviembre de 1782, Franklin, Adams. Jay y Laurens, comisionados del Congreso, firmaron en París con los delegados británicos el tratado preliminar, y el 3 de setiembre del siguiente año, la Inglaterra reconoció solemnemente la libertad, soberanía é independencia de los Estados Unidos.

IV

Con Yorktown termina la vida militar de Washington, cuya gloria comparten las figuras arrogantes de Green, Lincoln, Ward, Putnam, Shuyler, y también Howe, el general inglés, su más noble competidor en los combates en que fué vencedor y vencido.

Otro héroe, Kosciusko, contribuyó á su éxito: había abandonado la Polonia muy jóven, sin haber sostenido otra lucha que con el padre de su

prometida, y desde entónces, desesperado, no tuvo otro amor que el de la gloria. Acompañado de otros voluntarios sentó plaza desinteresadamente en esta cruzada de la libertad americana, en la que fué ingeniero, coronel, ayudante de Washington y general de brigada, para volver después, como guerrero bien aleccionado, á hacerse temible á los enemigos de su pátria.

Franklin, el hombre de más ciencia de su época, fué el Mentor de la revolución. Sin él, sin su pensamiento de templado civismo, la lucha se hubiera prolongado más; fué un astro tranquilo, siempre brillante y puro en el cielo de la Unión.

Antes de terminar el primer año de la paz, Washington licenció sus tropas y se trasladó á Annapolis, asiento del Congreso, para rendir cuenta de su dictadura. Sus gastos extraordinarios de toda la guerra no alcanzaban á dos mil esterlinas. Luego de haber dimitido el mando, declarando que el triunfo solo había sido debido al valor de sus soldados y á la justicia de la causa americana, se retiró, cobijado por la veneración y la gratitud de su país, á su dulce morada de Mount-Vernon para dedicarse en la soledad, á la contemplación y al trabajo de la naturaleza.

V

Seis años duró la elaboración de la Constitución federal, y una vez aprobada por las convenciones especiales de los Estados, Washington fué electo Presidente de la Unión. Reelecto nuevamente al cabo de los cuatro años, continuó en el primer cargo hasta 1797, en que declaró su

firme intención de rechazar la tercera presidencia y retirarse á la vida privada, como efectivamente lo hizo.

En su despedida al pueblo de los Estados Unidos, llena de sanos consejos, trazó la senda democrática por la que debían encaminarse para perpetuar su libertad. «Llegado el momento de terminar mi carrera como hombre público, decía, no puedo menos de reconocer la deuda de profunda gratitud que he contraído con mi querida pátria, por los muchos honores que tuvo á bien conferirme, por la ilimitada confianza que en mí depositó y por las ocasiones que me ha proporcionado para probar mi constante amor al país y prestarle mis servicios que nunca podrán ser tan grandes como mi celo. Si de aquellos ha resultado algun bien para la nación, recuérdese siempre en alabanza vuestra, y sirva de ejemplo en los anales de nuestra historia, que en circustancias en que las pasiones se agitaban en todos sentidos, entre contínuas viscisitudes de la fortuna, situaciones en que con frecuencia los reveses de la suerte contenían el espíritu de la crítica, vuestro constante apoyo secundó mis esfuerzos y fué una garantía para llevar á cabo nuestros planes. Penetrado de esta idea, yo la conservaré hasta bajar á la tumba, con el ardiente deseo de que vuestra unión sea perfecta y se mantenga esa constitución, obra de vosotros mismos y á la cual debeis vuestra libertad».

Algún tiempo después, en Mount-Vernon, el 14 de diciembre de 1799, murió á los 68 años, querido de todos, como el Padre de la Patria, «el primero en la guerra, el primero en la paz y el más amado de sus conciudadanos».

«Los hombres verdaderamedte amantes de la verdad y esclavos de sus deberes, dice su biógrafo Tuckerman, se convierten, no en deslumbrantes meteoros ni en heróicos conquistadores, sino en oráculos de la fé pública, en representantes de lo que hay más elevado en nuestra naturaleza y por lo tanto en una autoridad que debemos enorgullecernos en reconocer. El apelativo aplicado á Washington, es una prueba admirable de ésto, y dá una profunda significación á la magnífica idea, de que la Providencia no quiso concederle hijos para que su país pudiese llamarle Padre!».

VI

En Washington no hay anomalías. Bajo cualquier aspecto que se le considere, siempre se vé en él al hombre recto, íntegro, modesto y enérgico, con el patriotismo de Cincinato y el desinterés de Fabricius. Es el modelo de las altas perfecciones humanas, sin una mancha que empañe su nombre, sin una sombra en su gloria.

En las guerras se destaca moderado, friamente previsor, calculando todas sus operaciones y dominando con impasibilidad los grandes peligros. Los descalabros no le desalentaron, porque era soldado y comprendía que todos los percances eran inherentes á la guerra. En los momentos supremos del primer movimiento, fué la entidad salvadora que supo aplacar los arrebatos y los errores de las situaciones violentas,—y proclamada la independencia, continuó siendo el símbolo de las esperanzas generales.

El desastre de Long-Island, que aumentó con la deserción y la falta de todos los elementos, le sirvió para aprender como se improvisan ejércitos, moviendo las fibras íntimas del sentimiento público. La retirada fugitiva al Delaware, con los restos desmoralizados de un ejército de milicianos, en la destemplada estación hibernal, señala el más duro trance de su vida. Desamparado de todo recurso, apenas con dos mil hombres con que hacer frente al poderoso ejército de la Inglaterra, sin armas ni municiones y con las perspectivas dolorosas del más completo fracaso de la revolución, debe haber experimentado inexplicables angustias. Pero no se desconcertó: llamó á los pueblos á la lucha, agitó el entusiasmo adormecido, señaló al Congreso fuentes seguras de donde se debían arrancar elementos, y fué capaz de reorganizar sus tropas, disciplinarlas y conducirlas á la pelea.

No tuvo Washington los movimientos inspirados de un guerrero antiguo, como Alejandro, César ó Anibal, para presentar batallas inesperadas, impeler sus tropas al lujo de asaltos providenciales ó abandonarlas á la eventualidad insensata de combates desiguales, en que el azar de las armas dá más veces victorias inútiles que triunfos seguros. Teniendo mayor suma de responsabilidades, sabiendo que la causa americana no podía ser expuesta á perecer en un día, en una hora de derrota, fué previsor, matemático en sus campañas, siempre convencido de que no debía someter uno solo de sus soldados á una acción estéril. Por eso se explica que sus desastres nunca fueron decisivos, porque sometía todo á la razón práctica, investigaba, observaba y no esperaba ni la casualidad de los sucesos, ni los

resultados fortuitos. Si calculó la victoria en Brandiwine y en Germantown, y la victoria le faltó, la derrota no fué un desastre, ni oscureció su gloria. La marcha previsora á Yorktown, sin la cual la suerte de la guerra hubiera adquirido rumbos inciertos, es el movimiento atrevido que mejor caracteriza su genio estratégico, y jamás capitulación alguna produjo un éxito mejor buscado y más completamente alcanzado.

En la vida pública Washington demuestra el valor de una voluntad firme y sana, para calmar las pasiones, conciliar los ánimos, sacrificar las conveniencias propias al interés público y salvar al país de la guerra civil por el triunfo de un principio: *pluribus unum*.

Su retiro á Mount-Vernon es el magnífico ejemplo, pocas veces practicado, de las grandes virtudes cívicas. Fué un acto sin afectación, casi silencioso, realizado sencillamente, con la satisfacción del deber cumplido,—y cuando el Congreso le llamó á completar la obra, constituyendo el primer gobierno de la república americana, no fluctuó un instante, tomando por base y divisa: «la honradez como la mejor política». Inauguró esa nueva era de la vida pública, llamando en su auxilio á Franklin, á Jefferson el constitucionalista, á Hamilton el federalista, á Samuel Adams el Caton americano, á Patrick Henry el Demóstenes de la defensa, á Jay, propagandista del pacto federal, á los patriotas de la guerra y á los héroes de la reorganización.

Washington enseñó á sus conciudadanos cual es la moderación y prudencia con que se debe gobernar; y dió un alto ejemplo abdicando voluntariamente la continuación de su poder, para no pervertir las instituciones y evitar un precedente

que podía ser funesto al gobierno republicano. Todas las virtudes del hombre, del patriota y del militar se confunden en él para formarle una aureola sin igual. La vida de Jorge Washington no se compara á ninguna otra porque nadie como él ha sido el modelo de las cualidades completas, y ninguno atrae y seduce tanto con una gloria tan pura y magnífica!

La emancipación americana

MÉJICO

I

Entre las naciones del Continente, Méjico ha sido el centro más activo del fanatismo religioso y de los ensayos funestos de la conquista; y débese á ese pernicioso influjo el carácter vandálico de sus revoluciones.

A principios del siglo, la población de la Nueva España no excedía de seis millones, repartida en dos y medio millones de criollos y tres y medio de indígenas. El número de españoles apenas alcanzaba á quince mil; pero habían siete mil quinientos clérigos y frailes distribuidos en cuatrocientos conventos y misiones, que mucho pesaban con su influencia sobre la población aborígene, infiltrada por una presión de tres siglos, en todas las prácticas y creencias supersticiosas. La inmensa mayoría, mestizos, mezcla de nahua y de español, pero mucho más de nahua, envilecida por la acción colonial, estaba sujeta al capricho de «la gente de razón», minoría retrógada y felina, corrompida por los placeres, el juego y las

diversiones bárbaras, indiferente en el órden progresivo á todo aquello que no proviniese de la madre pátria. El vasallaje impuesto el primer día de la conquista había continuado cada vez más acentuado, con las tendencias á la esclavitud perenne y al estacionamiento indefinido. Las leyes severas del monopolio más absoluto habían coartado su expansión, y las riquezas naturales del país no podían ser explotadas por no perjudicar al comercio de España. Las minas de mercurio no se trabajaban porque el mercurio no debía venir sino de Almaden; el cultivo de la viña y de la oliva eran prohibidos, á fin de protejer los productos similares de la nación conquistadora, y aún el pulque, la bebida nacional de los mejicanos, quedó un tiempo en interdicto, para que se consumieran en cambio los alcoholes catalanes.

En la inmensa porción oprimida, sujeta á un sistema que le impedía toda iniciativa, bullía sin embargo el deseo ardiente de la libertad, alimentado por una secreta esperanza, en el porvenir. Era el clamor ahogado, reprimido largo tiempo, que debía estallar al primer llamado en una explosión sangrienta de pasiones violentas.

II

En 1808, al llegar la noticia de la abdicación de Fernando VII, un patriota que después se hizo célebre, Francisco Azcárate, sugirió al virey Iturrigaray la idea de establecer un gobierno provisional. Las vacilaciones de éste en aquella situación decidieron al partido español á deponerlo y embarcarlo; pero quedaba lanzada, aunque

vagamente, una idea nacional que debía ser fecunda.

Sin embargo, en aquel medio de la influencia y de la dominación española, el elemento criollo se encontraba comprimido y de tal modo fusionado, por lo que respecta á la porción principal, que más bien participaba del sentimiento pátrio de la raza conquistadora que del ideal americano, y las raras excepciones no podían formar un núcleo bastante fuerte para contrarestar esa opinión.

Fué pues de la parte más baja del pueblo, de la raza oprimida trescientos años, sordamente desesperada por recuperar sus derechos y sus costumbres, de donde partió la gran conmoción. Dos años habían bastado para prepararla, sin necesidad de una propaganda organizada. De Dolores, en Guanajuato, salió la insurrección proclamada por el cura Hidalgo, el 16 de setiembre de 1810.

III

Hidalgo, que era un sacerdote instruido, tenía en el momento de la revolución 63 años. Había hecho sus estudios de teología en el colegio de Valladolid, donde fué rector, y se estableció á principios del siglo en el curato de su villa natal. En una época tan profundamente atrasada como aquélla, en la Nueva España, Hidalgo tuvo la rara audacia de aprender el francés, considerado entónces en las posesiones coloniales como un idioma peligroso y revolucionario;—pero solo de los libros así escritos pudo obtener los conocimientos científicos que tanto utilizó en la agricultura

y en las modestas industrias que dirigía, valiéndole ésto el prestigio reverente debido á su doble carácter de sacerdote y de hombre ilustrado. Por otra parte, el estudio minucioso que hizo de los dialectos mejicanos, facilitó el incremento de su influencia entre el elemento indígena, llegando así á contar con la feligresia más numerosa y más seducida del país. El sacerdocio, sin embargo, era para él, no tanto una convicción como una comodidad y un medio.

Causa primordial de la desafección de Hidalgo al órden reinante, fué la prohibición que se le impuso para que no continuara en la elaboración del vino, y por ésto cuando llegó el momento, no dudó en asistir al centro conspirador de Querétaro y asociarse á sus planes. Descubierto el movimiento con mucha anterioridad, Hidalgo creyó no poder salvarse sino precipitando el golpe, y al alba del día 16 de setiembre, en compañía de Allende, su más íntimo partidario, y diez individuos armados, se lanzó á la plaza, puso en libertad sesenta presos, reunió al vecindario y desde el púlpito formuló con acento exaltado el programa del levantamiento, sintetizado en los gritos de: «Viva Fernando VII! Viva la Santa Vírgen de Guadalupe! Mueran los Gachupines!».

En veinticuatro horas logró formar el plantel de un ejército. Se dirigió *inmediatamente* á San Miguel el Grande, donde se le incorporó el regimiento de la Reina, y el 21 entró á Celaya. Allí, el Ayuntamiento le nombró general; pero al mismo tiempo el obispo de Michoacan lanzaba contra el insurgente la excomunión solemne y la Inquisición lo aplazaba. El 28, su ejército ascendía á veinte mil hombres: tomó la Alhóndiga, entró á Guanajuato y se apoderó del inmenso tesoro allí depositado.

Desde entónces la insurrección se propagó rápidamente: en muchos pueblos y villas, al llamado de los curas se sublevaron los indígenas, impacientes por ejercer las venganzas tanto tiempo deseadas. Con los contingentes que recibió, partió para Valladolid, donde entró el 17 de octubre, y allí le proclamaron generalísimo del ejército con el tratamiento de Alteza Serenísima. Recién entónces cambió la sotana por el traje militar. El 30 de octubre, en el Monte de las Cruces, derrotó á los realistas mandados por Trujillo, y amenazó á la consternada capital, distante treinta kilometros. En esos instantes la entrada á Méjico le hubiera sido fácil y segura, pero la superstición olvidada renació en el cura ante la idea de tener que combatir contra la Vírgen de los Remedios, patrona de los españoles, hábilmente colocada en el sendero por el virey Venegas para defender la ciudad. Aquel enemigo imprevisto, le obligó, á pesar de la oposición de sus tenientes, á retroceder para precipitarse en su perdición.

Cuatro días después, el 7 de noviembre, en la llanura de Aculco, se encontró con el contingente de tropas que Calleja llevaba á la capital. Al primer cañonazo, los cuarenta mil insurgentes, entre los que se encontraban quince mil de caballería, huyeron confusamente. Hidalgo pasó por Valladolid el 20 de noviembre y se dirigió á Guadalajara, donde se le unió Allende, perseguido por los realistas. A pesar de estos desastres, la sublevación cundía en las provincias del Norte y del Pacífico: la reorganización duró hasta enero, en que la aproximación del enemigo obligó á los insurgentes á elegir posiciones cerca del puente de Calderón.

La batalla que allí se libró demostró de nuevo la extremada incapacidad de los improvisados gefes de la revolución. El ejército constaba de cincuenta mil indígenas; pero de éstos, solo siete regimientos se consideraban disciplinados, y disponían además de noventa y cinco cañones. Imagínese la singular disposición de la batalla: el centro, situado en una colina, formábalo una batería de sesenta y siete cañones con los flancos apoyados por el inmenso pelotón de la caballería, aglomerada sin órden, en tanto que los batallones de infantería, armados con palos y con hondas, fueron colocados detrás de la artillería, como si se hubiese buscado la mejor forma de inutilizar el núcleo principal del ejército.

Al reconocer el campo, el gefe español Calleja, muy complacido, prometió á sus oficiales una victoria segura: «Esas inmensas masas de caballería, dijo, en las que se pierde la vista como en un vasto océano, han de asegurar mi triunfo; yo sabré introducir el desórden en las primeras filas y la fuga ha de precipitar la ruina de tan orgulloso ejército». Así sucedió.

Los seis mil soldados que mandaba atacaron el centro en columnas cerradas y desalojaron de sus posiciones á los insurgentes con solo una pérdida de cuarenta muertos y setenta heridos. La dispersión fué inmediata, con las proporciones de un desastre: armas, bagajes, tesoros y provisiones quedaron en poder de los realistas, obteniendo el éxito de una batalla, viva reminiscencia de los tiempos de la conquista.

En la informe retirada se incorporaron á los insurgentes las tropas de Iriarte, y después, cuando á su vez se agregaron las de Allende, éste depuso á Hidalgo del mando militar, conservándolo

sin embargo á su lado. Continuando hácia el Saltillo una marcha que había adquirido los caracteres de una fuga, Hidalgo con setenta clérigos y generales fueron presos en Monclava por el contra-revolucionario Elizondo, y entregados á las autoridades realistas. El 10 de mayo empezó el fusilamiento: el 20 de junio le tocó el turno á Allende y un mes después a Hidalgo, prévia su degradación eclesiástica.

La insurrección del cura Hidalgo no tuvo por ideal un alto pensamiento: fué la explosión de los ódios comprimidos y feroces de las pasiones más implacables. Fué funesta aún para la causa de la independencia, porque los excesos de sus hordas obligaron al elemento criollo amenazado á tomar las armas en favor de los realistas, prefiriendo ser fieles á la tutela opresora antes que sufrir una regeneración salvaje. Los saqueos, los destrozos y las inútiles matanzas realizadas por la turba desenfrenada, obligaron á las represalias sangrientas, estableciendo un precedente que debía repetirse sin cesar en el curso de las guerras siguientes.

IV

Morelos es el discípulo de Hidalgo en el colegio, en la religión y en la guerra. Era de sangre indígena pura, hijo de un carpintero. En 1810, siendo cura de Curacuaro, tenía cuarenta y cinco años.

Al ruido de la insurrección, encabezada por su antiguo maestro, se ofreció voluntariamente, y enviado á sublevar el Sud, arrojó de allí á los

realistas en una série de rápidos y atrevidos ataques, de tal manera ruidosos, que al terminar la primera campaña en el puente de Calderón, se imponía forzosamente como el gefe más prestigioso para continuarla. El sitio de Cuautla levantó su nombre aún más.

Cuautla Amolpas es el Missolonghi mejicano, aunque sin un poeta como Byron ni un mártir como Botzaris. Estaba situada á veintidos leguas de Méjico, en un lugar abierto, ingrato para la defensa.

Cuando Morelos llegó allí con sus cinco mil hombres, en febrero de 1812, empezó precipitadamente las obras de fortificación y pronto rechazó el primer ataque de Calleja: los asaltos, las salidas y los combates parciales se repitieron con encono, á cada hora, pero el cura no cedió ni al bombardeo ni al indulto que se le ofreció. Recién á los setenta y dos días de heróica resistencia, la falta de agua, el hambre y las enfermedades le obligaron á retirarse hasta el pié del Popocatepetl, donde se reunieron todas sus fuerzas. En julio batió á los realistas que sitiaban á Tujano en Huajapan, tomándoles catorce cañones y mil fusiles y se posesionó nuevamente del Sud, estableciéndose en Tehuacan, punto estratégico, para disciplinar sus tropas. En octubre tomó á Orizaba y al mes siguiente á Oajaca. A principios de 1813, el nombramiento de Calleja para el vireynato le libró del más empecinado de sus perseguidores. El sitio de Acapulco, que empezó el 6 de abril y que duró siete meses dió tiempo á los realistas para que se reorganizaran.

En setiembre, el Congreso reunido en Chilpanzingo sancionó la independencia de la nación, estableciendo la religión católica con exclusión

de toda otra, restringiendo la inmigración, restableciendo á los jesuitas y aboliendo la opulencia!

En noviembre, cuando los realistas ya habían sufrido sérios reveses, sobre todo en los sitios de Palamar y Coscomatepec, Morelos partió para Valladolid con diecinueve mil soldados regularmente disciplinados y treinta cañones, el mejor ejército que había logrado formar. Derrotado por Iturbide y Lano y viendo dispersas sus tropas, tuvo que huir á su vez con la guardia de los *Cincuenta Pares*. Un mes después, en enero de 1814 perdió con tres mil hombres la acción de Puruarán, donde cayó prisionero el terrible Matamoros, á quien, á pesar de los empeños de Morelos, el virey no quiso canjearlo por doscientos españoles.

Aquellas dos derrotas iniciaron su desprestigio y decadencia. El Congreso, inspirado por Rayón, su émulo en la revolución, le quitó el mando y distribuyó en diversos puntos las fuerzas que aún quedaban. La situación de los patriotas, empeorada por la anarquía de los caudillos, obligó al Congreso á trasladarse á Tehuacan, distante seiscientos cuarenta kilómetros. El 5 de noviembre, Morelos, que protegía la retirada, obligado á presentar combate á Concha en Tezmalaca, fué tomado prisionero. «Mi vida, había dicho momentos antes, es de poca importancia, con tal que el Congreso se salve».

Fué conducido á Méjico y encerrado en las cárceles secretas de la Inquisición, degradado de sus hábitos eclesiásticos y fusilado el 22 de diciembre.

Morelos fué el gefe más inteligente de la insurrección; pero se halló inutilizado por las restricciones del Congreso, en momentos en que hubiera podido ser el símbolo de la unidad de los

caudillos. Era organizador, de cierta capacidad militar y hábil para las expediciones audaces. Bajo su dirección aparecieron y brillaron el abogado Rayón, Osorno en los campos de Apan, Mier, Rossain, Bravo, Victoria, Guerrero, y en el Bajío de Guanajuato el indómito Albino García, cuya divisa consistía en no reconocer otra alteza que la de los cerros.

Excede á un cómputo razonable y podría contarse por miles el número de caudillos que surgieron durante los tres años de aquella revolución de Morelos. Curas más ó menos oscuros, indígenas de la nobleza azteca que habían conservado su genealogía á través de los siglos, y también criollos, se levantaron en todos los puntos de Méjico para hostigar á los realistas, como los llaneros, las republiquetas y los gauchos, á pesar de las contínuas derrotas que sufrieron y que no consideraban sino como éxitos momentáneos de sus opresores, despertándoles nuevas fuerzas é ingeniándoles para emprender asaltos y ataques aventurados.

Durante la revolución los desbordes continuaron y los fusilamientos llegaron á adquirir la poca importancia de un sencillo procedimiento. La horca, la matanza y el robo se reunían por doquier: el salvaje se había despertado con toda su ferocidad, tanto en el indígena como en el criollo y en el español.

Morelos en su última hora, acosado por el interrogatorio de los inquisidores, no disculpó sus hechos sinó declarando que las muertes hechas eran un resultado necesario en todas las revoluciones, no buscadas por él, sin embargo, sino obligado á consentirlas. Aún con todos los

crímenes y desaciertos, su revolución asumió el carácter definido que faltó á su antecesor, porque declaró por medio de su Congreso, la independencia de la nación mejicana.

V

A principios de 1815 el número de insurgentes organizados ascendía á veintiseis mil, con ocho mil fusiles y doscientos cañones. Y sin embargo, el ejército realista, fuerte de más de cuarenta mil soldados, se encontraba impotente para dominarlos.

«Seis millones de habitantes decididos á la independencia, decía Calleja al ministro de la guerra, no tienen necesidad de acordarse ni de convenirse: obra cada uno en favor del proyecto universal, según su posibilidad y arbitrios: el juez y sus subalternos cubriendo y disimulando los delitos; el eclesiástico persuadiendo la justicia de la insurrección en el confesionario y no pocas veces en el púlpito; los escritores corrompiendo la opinión; las mugeres seduciendo con sus atractivos hasta el extremo de prostituirse á las tropas del Gobierno porque se pasen á los rebeldes; el empleado paralizando y revelando las providencias de la superioridad; el jóven tomando las armas; el viejo dando noticias y conduciendo correos; el rico franqueando auxilios, el literato dando consejos y dirección; las corporaciones influyendo con su ejemplo de eterna división con los europeos, de cuya clase no admiten ni uno en su seno y evitan que les alcance la elección popular, dificultando todo auxilio al Gobierno,

haciéndolo odioso y representando contra él y contra sus fieles agentes, bajo pretestos especiosos que no faltan á su fecunda malicia».

La revolución en efecto se hacía sentir, siempre renaciente, y así continuó dos años. A principios de 1817, Teran, que había reemplazado á Morelos en la dirección de la guerra, se rindió en Tehuacan, en momentos en que el sanguinario virey Calleja era reemplazado por Apodaca, gobernante humano que inició por medio del indulto la pacificación del país. Los sitios de Cóporo y Remedios, épicos para los insurgentes, terminaron también con la rendición de Rayón y la fuga del cura Torres, asesinado poco después por sus partidarios. Victoria se sometió á una árida vida de troglodita, refugiado en una caverna de donde no salió hasta 1821. Solo quedaron en pié, Guerrero en las tierras calientes de Valladolid y algunos cabecillas en el Bajío de Guanajuato, en las sierras de Jalpa y en la provincia de Michoacan.

La llegada del aventurero español Mina con el propagandista Mier en 1817, puso nuevamente en conmoción varios puntos, pero una vez que sus intenciones se reducían á restablecer la constitución de 1812 y estrechar más íntimamente á Méjico con España, fué completamente abandonado por los insurgentes. Sus pequeños triunfos y sus audaces tentativas, terminadas con su fusilamiento en el Crestón del Bellaco el 11 de noviembre, no tuvieron ninguna influencia.

Desde entónces, hasta 1821, la insurrección quedó reducida á la actitud de protesta de sus últimos caudillos.

VI

A Iturbide corresponde el complemento de la gran obra. Formado en las guerras contra los indígenas, desde 1810, había conquistado todos los grados y merecido la confianza absoluta del virey Apodaca.

En 1820, cuando la noticia de haber jurado Fernando VII la constitución hizo renacer el espíritu de la independencia, Iturbide fué designado para reemplazar á Armijo en el mando de las fuerzas del Sud. Entónces, sin reflexionar más en su premeditado plan, partió resuelto á realizarlo.

Ganó á sus tropas, se puso de acuerdo con el insurgente Guerrero, á quien iba á batir, despachó emisarios, y el 24 de febrero de 1821 lanzó en un manifiesto el Plan de Iguala, que debía ser sostenido por el ejército de las «Tres Garantías». El plan reconocía la religión católica exclusiva y la independencia de la Nación,—estableciendo la monarquía constitucional, que debía ser ofrecida á Fernando VII con el título de Emperador.

No tuvo Iturbide entre sus tropas la acogida que esperaba; las deserciones, sin embargo, coincidieron con los pronunciamientos de Bustamante en el Bajío, Santa Ana, Victoria, Bravo y otros. Pronto la insurrección se hizo general y las ciudades principales de Méjico, con excepción de la capital y Veracruz, se adhirieron al plan. Iturbide se apoderó de Querétaro y el 2 de agosto entró á Puebla. El 23 firmó con el capitan general O'Donouju el tratado de Córdoba, que ratificaba

el Plan de Iguala, y el 27 de setiembre entró triunfalmente á Méjico con su ejército de dieciseis mil soldados. Había sido uua campaña sin guerra, de siete meses. Al día siguiente la Junta provisoria sancionó la independencia y organizó la regencia, presidida por el gefe de la revolución.

El Congreso instalado el 24 de febrero de 1822, declaró la igualdad en derechos civiles de todos los habitantes de la nación. A la vez, los antiguos patriotas, disidentes sobre la forma de gobierno, se agruparon para trabajar unidos en favor de la República. El rechazo hecho por la Corte al Plan de Iguala produjo la exaltación de Iturbide al Imperio, dando lugar al movimiento liberal de Santa Ana y Guerrero, más tarde á la caída del Imperio, y por último al fusilamiento del monarca destronado, el 12 de julio de 1824, cuando por la fuerza intentó rescatar la corona y el poder perdido.

San Juan de Ulúa, último baluarte de los españoles en Méjico, como el Callao en el Perú, no capituló hasta el 18 de noviembre de 1825.

VII

Iturbide no es de la talla de los grandes libertadores, y su vida no tiene sino un destello, en el Plan de Iguala, al declarar la independencia de su pátria. Por lo demás, apareció siempre reflejando su educación y el centro en que se desarrolló. Como militar al servicio de la opresión, sus abusos sangrientos son una mancha de su vida; como gefe del último levantamiento, la intolerancia religiosa y las ambiciones prematuras, forman contraste con el título de su gloria.

La revolución mejicana solo encuentra paralelo en el Perú, en las insurrecciones indígenas de Tupac-Amarú y Pumacagua. Los actos de ferocidad que realizó, nacidos y alimentados del instinto semi-salvaje, podían haberse ahogado, si no los hubieran sostenido las inspiraciones supersticiosas de la muchedumbre de curas, esparcidos como alimañas, allí donde había seres pacientes que dirigir. Bajo otra dirección, el primer movimiento habría terminado rápidamente; con Hidalgo, que huía con un ejército victorioso de cincuenta mil indígenas ante la Vírgen de los Remedios, adquirió el carácter de una inmensa é insensata asonada, proseguida por Morelos y por las feligresías sedientas de crímenes, durante cinco años, inútilmente.

A la insurrección popular de los curas, sucedió la revolución aristocrática de los obispos, que dió curso á las ambiciones, iniciadas con el Imperio y la intransigencia religiosa, continuadas por el Padre Arenas para el restablecimiento de la Inquisición y del gobierno teocrático y no terminadas ni con los pronunciamientos militares, ni con el fusilamiento de Guerrero, ni con el ostracismo de Victoria, los dos héroes más puros de la insurrección.

La emancipación americana

BOLIVAR

PRIMERA PARTE

I

No repercutió en la América Meridional la revolución de los Estados Unidos, y solamente por una singular coincidencia, al mismo tiempo que los unos peleaban por su independencia, en el Sur los descendientes de los incas luchaban por su libertad.

Fué en 1780 cuando Condorcanqui, el prestigioso caudillo de Tangasuna, abrumado por los abusos de los corregidores, se puso á la cabeza de la más grande insurrección contra el coloniaje, movimiento que llegó hasta Nueva Granada en el grito de los comuneros por la abolición de los impuestos. Condorcanqui inició primeramente gestiones pacíficas abogando por el derecho de los indígenas, y como no obtuviese resultado, tomó el nombre de su abolengo Tupac-Amarú, decapitado en Lima dos siglos antes —durante los cuales no había cesado la opresión. Habiendo fracasado en su tentativa de entenderse

con los criollos para destruir á los españoles, reunió todo su ejército de treinta mil quíchuas y sitió á Cuzco, que poco después abandonó para ir al encuentro del general Valle, enviado de Lima. Pero sin armas y sin disciplina, fué derrotado y hecho prisionero. Conducido á la ciudad que acababa de amenazar, presenció el suplicio de su mujer y de sus hijos, el verdugo le cortó la lengua, y luego, bien sujeto, fué descuartizado por cuatro caballos lanzados á galope, cruel castigo que debía irritar profundamente á los calmosos indígenas.

Dirigidos entónces por el hijo y el vengador de Condorcanqui, y aumentado su número considerablemente, sitiaron á Sorata, la tomaron por asalto y excitados por el furor de las represalias, no dejaron con vida ni uno de sus opresores. Pero pronto un armisticio terminó aquella fugaz explosión de los sentimientos indignados, y el país volvió de nuevo á su silencio secular.

II

Las colonias españolas al demorar la insurrección, obedecían, más que á los instintos de la raza, al aislamiento y á la educación que habían soportado, contraria á toda tendencia nueva. Había sido menester que pasaran varias generaciones para que se desarrollara el gérmen de una nueva nacionalidad y se despertase en los criollos, hijos de criollos, el amor y el culto á la pátria propia.

Los precursores de los movimientos de la emancipación irradiaron de la Nueva Granada,

donde por su posición geográfica, que la aproximaba á los Estados-Unidos y á Europa, se despertó antes que en los otros países la idea de las primeras aspiraciones patrióticas. El reconocimiento de la independencia americana y las grandes declaraciones de la revolución francesa abrieron al espíritu horizontes vastos y gloriosos. Desde 1780 hasta 1797 no cesó la actitud de protesta iniciada por los comuneros y continuada después, vivamente, por la juventud granadina embebida en las ideas filosóficas de la revolución.

Nariño, Zea,—el aventajado discípulo del célebre Mutis,—y Miranda, forman la trinidad iniciadora de la revolución de la independencia. Joven aún, Nariño organizó en Santa Fé la sociedad patriótica de la que formaba parte Cabal, general después y fusilado por Morillo, y de esa asociación íntima, en la que cambiaron las primeras expansiones y se confesaron mútuamente sus secretos deseos, surgió la aspiración patriótica que debía conmover todos los corazones en un mismo esfuerzo por la emancipación.

Fruto de esa propaganda fué la traducción y publicación de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, que cayó como un aliento revelador en la entusiasta juventud de la época. La prisión de Nariño, Zea y otros más, acusados de sedición intentada y circulación de pasquines, fué la consecuencia inmediata. Enviados luego á España, Nariño logró escaparse desde Cádiz para presentarse al reaccionario Tallien á solicitar la protección de la Francia en apoyo de la independencia de su pátria, y después á Pitt, á quien ofreció la cesión del istmo de Panamá en cambio del apoyo de la Gran Bretaña. Vuelto á su pátria con una promesa efímera, fué nuevamente preso y

amordazado. Pero la idea estaba lanzada y la semilla empezó á germinar.

Zea, su compañero, llegó á infundir tanto respeto por su saber y sus convicciones, que el gobierno español prefirió encomendarle misiones científicas y nombrarle catedrático de botánica en Madrid, por temor de consentirle el regreso á su pátria.

Independientemente de ellos, Miranda iba de nación en nación, incansable en la misma propaganda. Conspiró en Guatemala contra las tropas realistas, se expatrió para unirse á Lafayette en los Estados Unidos, y aprendió en ese medio como se hace la guerra por la libertad. En 1783, cuando volvió á Caracas, sospechado por sus ideas avanzadas, fué obligado al destierro. Entónces recorrió la Europa, estuvo en Rusia con Catalina II y pasó á París en 1791, donde se unió á Petion, Brissot y á los girondinos, á fin de interesarlos después por su causa. Tenía una pasión instintiva por las revoluciones y por las guerras gloriosas, en las que conquistó el grado de general de división, más por el mimo de la fortuna que por su talento militar. Acusado de complicidad en la defección de Dumouriez, fué llevado al tribunal revolucionario, donde le absolvieron y reintegraron. Después de la caída de los girondinos sufrió un año de prisión; en 1795, habiendo sido deportado á Inglaterra, escapó y volvió á París para pedir la revisión de su proceso; pero fué definitivamente desterrado por Napoleón en 1802.

Entónces juzgó llegada la hora de libertar á su pátria. Trabó relaciones con reyes y ministros, con Pitt y el Conde Carli, de quienes jamás pudo obtener el cumplimiento de sus promesas. En

1806, ayudado oficiosamente por Cochrane, realizó con quinientos voluntarios un desembarco en Coro, donde no habiendo obtenido sino algunos éxitos parciales, tuvo que retirarse á la Trinidad para reorganizarse y esperar oportunidades más favorables.

La invasión de Napoleón, los sucesos del 2 de mayo y la abdicación de Fernando VII, presentaron el momento silenciosamente esperado en todas las colonias de América para dar el primer paso en el movimiento revolucionario. Al llegar la nueva de la Junta Central instalada en Sevilla, el ayuntamiento de Caracas á nombre del monarca caído, obligó al capitan general Emparan á entregar el mando á una Junta que él presidiera. De una manera semejante se procedió en Bogotá con el virey Amar, en Chile con Carrasco, en Quito con Ruiz de Castilla, en Buenos Aires con Cisneros, en Bolivia con Pizarro y en Méjico con Iturrigaray.

De aquí arranca la epopeya de la independencia, personificada desde el Plata á Venezuela en las dos grandes figuras de Bolivar y San Martin.

III

Huérfano Bolivar á los seis años, fué enviado á España bajo la tutela del marqués de Ustaiz y siguió sus estudios sin vocación especial para ninguna carrera. Muy jóven, á los diecinueve años, contrajo matrimonio y regresó á Venezuela. Poco después hizo su segundo viaje á Europa; visitó España y Francia; presenció en Notre-Dame la suprema ceremonia de la coronación

del Emperador; se inspiró en el estudio de los hechos de la revolución y lleno de unción patriótica, se dirigió á Italia. En el Monte Sacro, en Roma, juró ante su maestro el célebre educacionista Simón Rodriguez, libertar á su pátria ó morir por ella, y este acto voluntario y espontáneo le señaió el rumbo futuro de su destino. Recorrió la Alemania, se detuvo algun tiempo en Estados-Unidos y volvió con la cabeza bullente de grandiosos proyectos.

En 1810 la revolución no le sorprendió; después que el Ayuntamiento se hubo constituido en Junta Revolucionaria, desconociendo la autoridad de la regencia de Cádiz, Bolivar partió para Lóndres con Luis Lopez Mendez, comisionado para celebrar con la Inglaterra un tratado de amistad. Habiendo sido infructuosas las negociaciones, regresó el mismo año con el general Miranda.

Miranda era entónces la personalidad culminante y á él se unió Bolivar para fundar la sociedad patriótica, que en 5 de julio de 1811 coronó su obra obteniendo del primer Congreso la solemne declaración de la Independencia de Venezuela. Lanzado así de frente el reto al poder realista, era menester disponerse á la lucha. Las provincias de Coro, Maracaibo y Guayanas no habían respondido al movimiento, y los resabios innatos de la dominación colonial se oponían á aceptar la éra, recién inaugurada de la libertad.

Bolivar quedó al frente de la importante plaza de Puerto Cabello, y cuando Miranda organizaba sus elementos de defensiva y ofensiva, cuando con su ejército de cinco mil hombres se había dirigido sobre Valencia y obligado á los españoles á una capitulación, el terremoto del 26 de marzo de 1812 vino á frustrar todos sus planes.

Aquel suceso produjo en las poblaciones un efecto supersticioso: considerándolo como castigo del cielo por el desconocimiento de la autoridad del rey, dejaron las armas y la guarnición de Puerto Cabello se sublevó, obligando á Bolívar á refugiarse en la Guaira, al mismo tiempo que los esclavos de la costa oriental se insurreccionaban instigados por los emisarios españoles.

Las bajas rivalidades y las deserciones que se sucedieron, decidieron á Miranda á celebrar una capitulación que aseguraba la libertad de los revolucionarios. Sin embargo, cinco días después, el convenio de San Mateo fué traidoramente violado, y el Doctor Peña entrego á su gefe, que iba á expatriarse, á la autoridad de Monteverde. Preso Miranda y enviado á Cadiz, fué sumido en una cárcel inquisitorial, y murió cuatro años después, el 14 de julio de 1816, con la cadena que le sujetaba el cuello á la pared.

Ese fué el desgraciado fin del maestro revolucionario de Bolívar. No fué gran militar el general Miranda, ni siquiera genial, pero sí un sincero patriota, emprendedor y firme. Su centro de acción no le era bien conocido, y operaba con las vacilaciones que suscitan las hostilidades de las medianías. Pertenecía él á otra escuela, en que la lucha responde á los recursos y el éxito á la disciplina; pero no era el hombre de las circunstancias, capaz de contrarrestar las preocupaciones y de inflamar el espíritu con arrebatos entusiastas y oportunas inspiraciones. No obstante, su nombre, inscrito en el Arco de Triunfo, que recuerda las glorias de la República y del Imperio, ocupa también como fundador de la Era Colombiana una página luminosa en la revolución de la independencia.

IV

Bolivar fué uno de los pocos que escapando de la traición de Peña, pudo llegar á Cartagena, donde obtuvo la protección del general Nariño. Se señaló con la toma de Cúcuta y en seguida requirió permiso del Congreso Granadino para emprender la expedición á Venezuela.

Esta campaña, para la que no disponía sino de cuatrocientos hombres, es la primer gloria de Bolivar. La acometió exasperado por el fusilamiento de Briceño y por el asesinato de los patriotas en Venezuela, dispuesto á hacer una guerra asoladora, sin cuartel. Derrotó á Izquierdo, hizo huir á Monteverde, entró triunfalmente á Caracas en un carro tirado por doce niñas, restableció la República y asumió la dictadura.

«Nosotros hemos visto, dijo entónces en su proclama, á esos valientes que en otro tiempo haciendo el papel de fieras sableaban á vecinos indefensos hasta hacerlos pedazos, huir de un puñado de los nuestros, que acometían á sus tropas, formadas en número superior. Desde Cúcuta hasta Caracas solo se dejaron ver siete veces para ser inmediatamente derrotados y su terror ha sido tanto que el famoso Monteverde que se presentaba en Caracas contrahaciendo á los déspotas del Asia en sus maneras, estilo y conducta abandonó á Valencia, dejando un inmenso parque de artillería, para encerrarse en Puerto Cabello precipitadamente y sin otro recurso que rendirse».

Poco después, la llegada de dos mil doscientos realistas le obligó á levantar el sitio de Puerto Cabello, que restableció derrotando á Monteverde en las Trincheras. El terrible Campo Elías le ayudó con la victoria de Calabozo, y si sufrió luego Bolivar el desastre de Cabedare, fué para desquitarlo en seguida con la brillante acción del Araure, que ganó con las tropas de Rivas y Urdaneta.

El ano de 1814 es de bellas y duras alternativas para Bolivar. «No daré trégua á mi espada, dijo á la asamblea del 2 de enero, mientras no asegure la libertad de la pátria». Para resistir á Boves que con setecientos hombres acababa de destrozar á Campo Elias y de batir al bravo Rivas, Bolivar se retiró á San Mateo. El 25 de febrero se realizó el asalto. Las tropas españolas atacaron á tambor batiente, impetuosas, irresistibles. El triunfo les parecía asegurado, cuando el general Ricaurte, que observaba y temía aquel momento, tomó la tea encendida del cañón cercano, la comunicó á la pólvora,—admirable por su abnegación en el trance supremo—y pasó á la inmortalidad, en la detonación espantosa que salvó á sus compañeros, llevando el pánico y la derrota á los vencedores.

Un heroismo presagia una victoria, y Bolivar la alcanzó sobre los seis mil soldados de Cajigal y Ceballos. Pero desde aquí empiezan los desastres. Derrotado por Boves, fué luego deshecho por Morales en la desesperada acción que dió por resultado la pérdida de cuatro mil setecientos patriotas, muertos como combatientes ó degollados como prisioneros.

El año no terminó sin la victoria de Bermudez con mil doscientos cincuenta soldados sobre seis

mil quinientos realistas, en Maturin;—pero Bolivar se vió obligado á retirarse á Tunja, rindió cuenta al congreso granadino de la expedición á Venezuela y fué nombrado, después de reducir á Bogotá, capitan general de los ejércitos de la Confederación. Emprendió con dos mil hombres la expedición que tenía por objeto someter varias plazas realistas, pero no pudo conseguirlo á causa de la obstinación de Castillo en no entregar las municiones de Cartagena. El 8 de mayo partió con Nariño para Jamáica, donde un esclavo pagado para herirle, asesinó equivocadamente á Amestoy, el emigrado de Caracas, compañero del Libertador.

En Haití, Bolivar halló no solo la protección del presidente Petion, sino también el valioso concurso del almirante Brion, que dedicó su inmensa fortuna en favor de la independencia americana. Con él organizó una escuadra y la expedición que con Zea, Soublette, Nariño, Piar y Briceño, debía imprimir un gran impulso á la revolución. Ocupado Curúpano sin resistencia, empezaron las maniobras rápidamente.

No ocurrieron sucesos de importancia hasta el establecimiento del gobierno en Angostura, donde fué fusilado Piar, el vencedor de San Félix, y obligado á huir Mariño, acusado también de sedición y desconocimiento á la autoridad de Bolivar. El fusilamiento de Piar, inspirado por Brion, tenía por objeto evitar la repetición de hechos que podían ser fatales á la revolución.

V

En 1815, con el restablecimiento de Fernando VII en el trono de España y la llegada de los once mil veteranos de Morillo, que se unieron á los cinco mil de Morales, la revolución cedió.

Morillo fué para Bolivar lo que Howe para Washington: su más formidable competidor, su vencedor y vencido. Era un soberbio soldado, de valor y energía, salido del molde de los Cortés y los Pizarros, y con sus mismos instintos. Empezó la carrera de las armas en la escala más inferior, como soldado, y llegó á coronel en la guerra contra las huestes de Napoleon. Wellington lo había recomendado como al único capaz de dominar la revolución americana. Por su parte venía íntimamente convencido de alcanzar rápidos y decisivos triunfos: consideraba la lucha con los patriotas de poco valor para competir con la gran táctica de la guerra y esta prevención errónea debía ocasionarle después desastres que no podría reparar.

Su extreno, muy siniestro, se inició con la toma de Cartagena, á donde entró después de una heróica defensa, para encontrarla cubierta de heridos y moribundos. Se apoderó luego de Santa Fé, restableció la Inquisición, quemó, siguiendo la práctica de sus antepasados, los libros escritos en inglés y en francés, fusiló doscientos patriotas, entre los que se contaban ocho generales y veintitres abogados, cometió atrocidades incalificables y remitió preso al ya célebre Nariño,

que libertado por Riego en 1820, salió de las mazmorras españolas con el proyecto de Constitución para su pátria libre, concebido y corregido en los largos años de su prisión.

VI

Un héroe casi desconocido hasta entónces, casi fantástico por sus increibles hazañas, se une ahora á Bolivar en la gran campaña contra Morillo.

Cinco años antes, en 1813, cuando Tiscar sublevaba á los llaneros para batir á Bolivar, el sargento Paez prefirió ser soldado con los patriotas antes que capitan con los realistas. Sus actos de valor y de audacia, siempre afortunados, lo rodearon pronto de un círculo de admiradores y de fieles aliados, con los que supo sobrepujar las dificultades y salir airoso en todas sus empresas. No tenía la menor instrucción, pues había pasado su infancia y su juventud como peón de campo, á veces como esclavo, pero tenía el raro buen sentido y el instinto sagáz, realzado ante sus compañeros por una fuerza prodigiosa. En la pelea, el león desesperado no se abalanzaba con más furia; palidecía, lleno de ira, cuando se encontraba frente al enemigo, y si le detenían, sufría unos de esos ataques epilépticos que más de una vez pusieron en peligro su vida. Pero terminado el combate, para el vencido, Paez no era un verdugo, sinó un amigo, que olvidaba el pasado, conquistándolo para el porvenir. Sus soldados le respetaban y le temían, porque el insubordinado tenía por castigo someterse á una lucha personal con su jefe, en la cual seguro

debía estar de ser vergonzosamente herido, y las cicatrices que dejaban las armas de Paez jamás se borraban. Era caballeresco en sus acciones y prodigaba los rasgos generosos que atraen prosélitos y cautivan el soldado indisciplinado, para quién un caudillo de tales dotes es un ídolo, invulnerable como Aquiles, querido de la victoria, al que se puede seguir, confiadamente, sin temor del peligro ni de la muerte.

Paez es el hijo de los llanos y el jefe invicto de los llaneros.

El llanero se armaba con una lanza de fuste elástico, larga hasta de doce piés, y su elemento de movilidad, como el gaucho de la Pampa, era el caballo. No era tan solo su medio de movilidad, sinó también su elemento de combate y de triunfo; su gran recurso en todas las ocasiones, buenas ó malas, en la acción, en la persecución, en la retirada y en el descanso. Por lo demás, él no tenía exigencias, no pretendía vestuarios, ni armas, ni raciones, ni sueldos. La carne sin sal le saciaba y el hambre no le dominaba, ni la intemperie le afligía, ni la lluvia le molestaba, ni temía al invierno. Encontraba un río: lo pasaba á nado; había un pantano, se hundía en él y lo salvaba,—y el llano prolongado como el desierto, lo cruzaba silencioso, al paso monótono del animal. Cuando hallaba al enemigo, si era superior, atacaba al centro, impetuosamente, para desordenarlo y deshacerlo; si era inferior, lo rodeaba con una maniobra rápida, para aprisionarlo. Nacido en el llano, lo había recorrido mil veces y conocía como por intuición las hondonadas, los arroyos, los atajos, las esplanadas y hasta las sierras escabrosas de sus confines, donde podía perderse, en último caso. Su estratégia consistía en la traslación

rápida de un punto á otro, su táctica en la sorpresa y su ataque en la impetuosidad valiente de la carga. Peleaba sinceramente, por índole, sin vanidad. Solo sabía que todo hombre debe morir por su pátria y que á esa pátria subyugada era menester libertarla. Buscaba al opresor y jamás olvidaba la alegría de las veces que lo derrotó.

«El sistema de guerrillas, escribía medio siglo después el célebre caudillo, es y será siempre el que debe adoptarse contra un ejército invasor, en países como los nuestros, donde sobra terreno y falta población. Sus bosques, montañas y llanos convidan al hombre á la libertad, y le acogen en sus senos, alturas y planicies para protejerle contra la superioridad numérica de los enemigos. En las montañas y bosques nunca debe el patriota tomar la ofensiva; pero en las llanuras jamás despreciará la ocasión que se le presente de tomar la iniciativa contra el enemigo y acosarle allí con tesón y brio. A este género de táctica debimos, los americanos, las ventajas que alcanzamos cuando no teníamos aún ejército numeroso y bien organizado. A la disciplina de las tropas españolas, opusimos el patriotismo y el valor de cada combatiente; á la bayoneta, potente arma de la infantería española, la formidable lanza manejada por el brazo más formidable del llanero, que con ella, á caballo y á pié, rompía sus cuadros y barría sus batallones; á la superioridad de su artillería, la velocidad de nuestros movimientos, para los que nos ayudaba el noble animal criado en nuestras llanuras. Los llanos se oponían á nuestros invasores con todos los inconvenientes de un desierto, y si entraban en ellos, nosotros conociámos el secreto de no dejarles ninguna de las ventajas que tenían para nosotros. Los rios

estorbaban la marcha de aquellos, miéntras para nosotros eran pequeño obstáculo que sabiámos salvar cruzando sus corrientes con tanta facilidad como si estuviéramos en el elemento en que nacimos. Todo esto y la esperanza de que los pueblos adquirirían al fin conciencia de la santidad y justicia de la causa que defendíamos, nos hacían tener en poco las formidables fuerzas que pretendían someternos de nuevo al yugo de la dominación española».

El general Paez es una de las figuras más interesantes de la revolución. Durante muchos años hizo la guerra por su cuenta, sin dirección, sin auxilio, sin recursos, contando apenas con la voluntad de sus llaneros del Apure y el Casanare para molestar y hostilizar constantemente al ejército realista. En el combate nocturno de Nata de la Miel, su primer acción séria, desplegando extraordinario heroismo, derrotó al enemigo inflingiéndole una pérdida de cuatrocientos muertos y quinientos prisioneros.

Su primer tentativa de abordar en el Apure las lanchas enemigas con la caballería, refleja la singular audacia de los llaneros, que tan hábiles se hicieron en surtirse con los elementos de los realistas. Peleaban siempre contra un enemigo superior en número y en armas, y al que debían contrarrestar con la astucia y los recursos de que disponían en el llano. En el combate de Nacuristas, vencieron incendiando un campo que obligó á los realistas á una fuga desesperada.

Paez nunca quizo abandonar su centro de operaciones, porque estaba persuadido de que, sosteniendo los llanos del Apure, la causa patriótica tendría siempre un lugar seguro de refugio para rehacerse ó esperar. Cuando llegó el momento

de unirse á Bolivar, podía haberle desconocido, contando con la fidelidad de sus soldados; pero reconociendo la superioridad de la inteligencia, no hesitó en someterse á su autoridad.

VII

Fué cerca de Payara donde lo encontró por vez primera. El libertador estaba en el apogeo de su virilidad. «Formaba contraste, dice Paez, la apariencia exterior de Bolivar, débil de complexión y acostumbrado desde sus primeros años á los regalos del hogar doméstico, con la de aquellos habitantes de los llanos, robustos atletas que no habían conocido jamás otro linaje de vida que la lucha contínua con los elementos y las fieras. Puede decirse que allí se vieron entónces reunidos los dos indispensables elementos para hacer la guerra: la fuerza intelectual que dirije y organiza los planes, y la material que los lleva á cumplido efecto, elementos ambos que se ayudan mútuamente y que nada pueden el uno sin el otro. Bolivar traía consigo la táctica que se aprende en los libros y que ya se había puesto en práctica en los campos de batalla; nosotros por nuestra parte íbamos á prestarle la experiencia adquirida en lugares donde se hace necesario á cada paso variar los planes concebidos de antemano, y obrar según las modificaciones del terreno en que se opera.

«Impaciente Bolivar por comenzar la campaña, estuvo tres ó cuatro días en San Juan de Payara, meditando de qué manera pasaría el río Apure con el ejército, no teniendo embarcaciones en

qué hacerlo, y estando las del enemigo guardando el único lugar por donde podíamos pasarlo sin riesgo del cañón de la plaza. En gran incertidumbre se hallaba, por no encontrar el medio de allanar aquel obstáculo, miéntras yo le animaba á que se pusiera en marcha, asegurándole que le daría las embarcaciones necesarias. El me preguntaba:—Pero hombre, ¿dónde las tiene Vd? —Yo le contesté que las había en el paso del río para oponérsenos.—¿Y de qué manera podemos apoderarnos de ellas?—Con caballería.—¿Donde está esa caballería de agua? me preguntó él, porque con la de tierra no se puede hacer el milagro.

«Al fin resolvió marchar y acercarse al río, no con la esperanza que la operación prometida se efectuase, sinó para resolver que se hiciera alto con el ejército para sacar de él la gente con que íbamos á tomar las lanchas enemigas, y todavía le parecía que todo aquello era un sueño ó una broma; sin embargo, accedió á mis deseos. Solo cincuenta se tomaron de la Guardia de caballería, y con ellos llegamos á la orilla del río con las cinchas sueltas y las gruperas quitadas para rodar las sillas al suelo sin necesidad de apearnos del caballo. Así se efectuó, cayendo todos juntos al agua, y fué tal el pasmo que causó al enemigo aquella operación inesperada, que no hizo más que algunos disparos de cañón, y en seguida la mayor parte de su gente se arrojó al agua. La misma partida de caballería corrió á ponerse al frente de la plaza para impedir que se diera parte al general Morillo, el cual se hallaba en Calabozo. Catorce embarcaciones apresamos entre armadas y desarmadas. Asombrado Bolivar, dijo que si él no hubiera presenciado aquel hecho, nadie habría podido hacérselo creer».

VIII

En los tres años que siguieron es cuando Bolivar desplegó su mayor actividad, acudiendo de un punto á otro, realizando los movimientos rápidos con que debía asegurar sus triunfos.

La sorpresa de Morillo en Calabozo se frustró por causa de la diversidad de pareceres, antes del ataque, entre Bolivar y Paez. A fines de marzo, librado milagrosamente el Libertador de una segunda tentativa de asesinato y debilitado por algunos desastres, se dirigió para organizar sus fuerzas á la Angostura, donde el almirante Brión le aguardaba con ocho mil fusiles y los pertrechos de guerra necesarios. A principios de 1819 se dirigió al Apure para batir á Morillo, y se unió á Paez en San Juan de Payara. Se le había incorporado entónces el general d' Evereux, venido de Dublín con setecientos irlandeses, el general Mac-Gregor y los coroneles Elson y English, que entusiastas por la causa de la independencia, reunieron enganchados en Europa y se apresuraron á presentarse en el teatro de los sucesos.

El general Paez, que recién había tenido algunas derrotas sérias en encuentros parciales fuera de los llanos, pudo desquitarse en la atrevida acción de las Queseras del Medio. Con solo ciento cincuenta llaneros provocó al ejército entero de Morillo, que lanzó sobre él mil quinientos ginetes: el llanero simuló entónces una retirada, y cuando se habían alejado bastante del resto de sus compañeros, volvieron cara y poniendo en juego las

célebres cargas, los atacaron y destrozaron, persiguiéndolos hasta llegar á las avanzadas realistas.

Bolivar dejó á Paez en el Apure, comprendiendo que allí quedaba en su elemento, y emprendió luego la campaña de Nueva Granada. Atravesó la escabrosa cordillera de los Andes, pasó el páramo solitario de Pisba, entró al valle de Songamoso, batió á Barreiro en la hondonada de Vargas, se apoderó del parque y guarnición de Tunja y libró el combate de Boyacá, en el que con dos mil hombres hizo mil seiscientos prisioneros y tomó el parque de los realistas.

Este hecho de armas aseguró la independencia de la Nueva Granada. Tres días después, el 10 de agosto de 1819, hizo su entrada triunfal á Bogotá, donde el Congreso le proclamó Libertador. Pasó en seguida á la Guayanas y se encontró con el tercer desconocimiento del ambicioso Mariño; pero sin ejercer ningún castigo, convocó al Congreso, que decretó la incorporación de Venezuela á Colombia y Quito, y el nombramiento de Bolivar como Presidente de la Confederación.

IX

La revolución liberal de la España, en 1819, impidió la venida de auxilios y refuerzos á los realistas y obligó á Morillo á pedir un armisticio, que dió lugar á la memorable conferencia de Santa Ana.

La entrevista fué cordial: al encontrarse se abrazaron, y el militar español alabó las proezas

del Libertador. Convinieron amigablemente en dar una forma más culta á sus luchas futuras, eximiéndolas de las venganzas, las crueldades y las represalías crueles. Después de diez años de guerras odiosas y salvajes, sellaron aquel pacto humano con la colocación de la piedra fundamental del monumento conmemorativo que allí se levantaría. En el banquete, Bolivar, recordando los años de sus infinitas peripecias, brindó por la «heróica defensa de los combatientes de uno y otro ejército, y por los hombres dignos que al través de males horrorosos defendían y sostenían la libertad».

Un mes más tarde, Morillo, palpando la ineficacia de aquella guerra que decaía para la causa realista, partió para España. Una huella negra dejó en Colombia: entre sus fusilamientos y sus vandálicas correrías se destaca la ejecución de ese sábio granadino, autor de la *Fotografia del Ecuador*, el viejo Caldas, á quien no le consintió ni el placer de corregir antes de morir, el gran libro que escribió.

X

La campaña de 1820, es definitiva para la independencia de la confederación Colombiana. Vencido el plazo del armisticio, Bolivar se incorporó á Paez y marchó sobre el campo de Carabobo, donde estaba el ejército de La Torre, compuesto de seis mil soldados.

Bolivar se acercó con su gran ejército, en cuyas divisiones, mandadas por Paez, Cedeño y Plaza, se encontraban el batallón de la Muerte, la

Legión Británica, los llaneros, el Bravo del Apure, los vencedores de Boyacá, y el escuadrón Sagrado, mandado por Aramendi. Tomado el desfiladero que conducía al campo realista, el batallón Apure penetró protegido por el Británico, y si bien las maniobras se hacían difíciles por causa de los arroyos y los accidentes del terreno, Paez decidió en seguida la batalla cargando con sus ginetes bajo el fuego de la infantería escalonada en las colinas. El batallón Barbastro rindió las armas; otros, intimidados, siguieron el ejemplo; la caballería fué destrozada: el ejército español deshecho; solo el Valenecy consiguió replegarse rápidamente y unido á otros dos cuerpos, se retiraron á Puerto Cabello, que Paez rindió poco después con un asalto temerario.

Cartagena cayó en poder del general Montilla con su enorme material de guerra, y pronto las otras plazas, rendidas ó abandonadas, dejaron libre el campo á los patriotas.

En tanto, Bolivar á quien se habían rendido los homenajes de la victoria, despachaba á Sucre para que le precediera en la campaña de Quito, y declinaba ante el Congreso de Cúcuta una autoridad que nuevamente conferida, con más amplitud, debía utilizarla en la libertad de otros pueblos.

XI

Como todas las demás colonias, al recibirse la noticia de la abdicación, Quito también dió su grito de libertad el 10 de agosto de 1819; organizó una junta popular el 2 de setiembre y siguió

después el ejemplo de Venezuela, proclamando su independencia. Pero la contra-revolución de 1812, promovida por los mestizos semi-salvajes del Pasto y de Pati, instigados á su vez por los realistas, debilitó á los patriotas derrotados en Mocha por el general Toribio Montes, que se apoderó de Quito y ejecutó á Caicedo y Montufar, los prohombres del movimiento. Hasta 1822 continuó en poder de los realistas.

Al anuncio de los triunfos de Mirés en Piteyo y en Popanan, y de la llegada de San Martin á las aguas del Perú, la población de Guayaquil se insurreccionó, proclamando otra vez la independencia y estableciendo una Junta presidida por Olmedo, que poco después debía ser el cantor de Junin. Las derrotas del Guachi, del Tamisagua y del Juananvú, sufridas por Valdés, fueron luego vengadas por Sucre en Babahoyo y Yaguachi; pero la batalla del segundo Guachi perdióla éste, para empezar en 1822 su brillante série de triunfos.

Penetró á la provincia de Loja, se unió á las tropas que le envió San Martin á las órdenes del general Santa Cruz, y libró el 2 de Mayo, en las faldas del Pichincha, á 3750 metros de altura, donde por primera vez flamearon unidas las banderas Colombiana, Argentina y Peruana, la gran batalla que terminó con la capitulación del ejército realista, asegurando la independencia de Colombia y abriéndole las puertas de Quito, en el día preciso que marcaba el 280º aniversario de la dominación española.

Días antes, Bolivar había vencido con dos mil hombres en las alturas escarpadas de Bomboná, al ejército realista, rindiéndolo después en Pasto,

de donde le quedó despejado el camino para entrar á Quito con los laureles del triunfo.

Obtenida la incorporación de Guayaquil á Colombia, el Libertador se preparó á recibir, para resolver la marcha de los ejércitos, á San Martin, el digno rival de sus glorias.

La emancipación americana

SAN MARTIN

I

El gérmen revolucionario en Buenos Aires nace al día siguiente de la reconquista, para destruir en 1810 el largo crepúsculo del coloniaje. A la cabeza de los patriotas en el movimiento de Mayo estuvieron Belgrano, Saavedra, Castelli y Rodriguez Peña.

Obtenida la renuncia del virey Cisneros, se instaló la Junta Revolucionaria que trasformó el vireynato en una pátria y dió impulso decisivo á la revolución. «Belgrano y Moreno, dice Mitre, eran allí la más genuina expresión de los elementos constitutivos del nuevo gobierno, armonizados por el interés común. Sus demás colegas, ó reflejaban sus cualidades, ó cooperaban á sus trabajos ó corregían las exageraciones que eran propias de sus cualidades. Castelli era el patriotismo inteligente y exaltado. Passo la razón tranquila y elevada; Larrea el hombre práctico en los negocios; Matheu el representante vulgar de los españoles decididos por el nuevo órden de

cosas. Alberti y Azcuénaga, el reflejo de las distintas clases de la sociedad, conmovidas por las ideas liberales. Saavedra era el poder moderador de esta memorable corporación, que echó los fundamentos del gobierno democrático en el Río de la Plata».

La Junta Revolucionaria de Mayo, Junta también de acción y de energía, organizó en seguida las expediciones que tendían á completar el gran movimiento. Rodeada de enemigos, se encontraba obligada á resoluciones decisivas que ahogaran las tentativas de la contra-revolución realista.

Castelli, ese tribuno implacable de la revolución, que en los momentos de prueba propuso la emancípación absoluta y el régimen del país por leyes propias, fué el inspirador de la ejecución del reaccionario Liniers, el prisionero de Ocampo.

La expedición al Alto Perú, dirigida por el mayor general Gonzalez Balcarce, pero subordinada al pensamiento de Castelli, tenía por objeto difundir y asegurar la idea de Mayo hasta en los últimos límites del vireynato.

Ya en 1809, en Charcas primero y luego en la Paz ocurrieron tumultos populares contra los cuales enviaron tropas á un tiempo, Abascal del Perú y Cisneros de Buenos Aires. Sofocados en su cuna, reprimidos por Goyeneche con ejemplos inhumanos que impidieran una reacción, la revolución no dió más señales de vida hasta el día en que la victoria de Suipacha, alcanzada por las armas argentinas, provocó la nueva rebelión. A los triunfos siguientes de Cotagaita y Tupiza, los cochabambinos respondieron con el célebre combate de Arruhuma, ganado á los realistas con dos mil hombres armados de macanas.

El presidente de Charcas, Vicente Nieto y el mayor general realista José Córdoba, sufrieron la represalia del trágico desenlace de 1809, y las tropas argentinas no se detuvieron hasta llegar á los límites fijados en el Desaguadero.

El 20 de junio de 1811, el ejército, que se había abandonado por causa de su fé en el armisticio, fué batido en Huaqui y Sipe-Sipe, obligando á las guerrillas patriotas, restos del ejército deshecho, á retirarse hasta las fronteras de Salta, mientras Goyeneche estableciendo su cuartel general en Potosí, preparaba su invasión á Tucumán.

II

Un militar improvisado por la revolución, que había fracasado en la expedición al Paraguay, dejando sin embargo la simiente que germinó y fructificó poco después, enarbolaba á principios de 1812 en las baterías *Libertad é Independencia*, sobre el Paraná, la bandera blanca y celeste, y recibía el encargo de dirigir las operaciones del Alto Perú, en reemplazo de Pueyrredon.

Belgrano partió á hacerse cargo de un ejército destrozado, con el cual debía resistir á las aguerridas tropas de Goyeneche. Sin elementos, sin esperanza de recibir los auxilios pedidos á la Junta Central, ocupada en atender preferentemente á la Banda Oriental invadida por los portugueses, y sin conocimiento del terreno, no contaba más que con el concurso de los patriotas, su talento para organizar y su resignación para todos los desastres que pudieran sobrevenir.

En julio, cuando supo la caída heróica de Cochabamba y la derrota de Arce en Pocona, comprendió que estaban eliminados los últimos obstáculos que se oponían al avance de los realistas. Pero para entónces, ya instruido del país y con su pequeño ejército disciplinado, pudo emprender la penosa retirada de Salta á Tucumán, en la que fué molestado contínuamente por Huici, jefe de la vanguardia realista, quien á pesar de considerarse suficiente para derrotar á los patriotas, fué vencido en el combate de las Piedras y hecho prisionero.

En tanto el brigadier Tristan, que seguía su marcha con pocas precauciones, muy confiado en poder entrar á Tucuman sin grandes obstáculos, fué sorprendido por el ejército patriota que salió á su encuentro, el 24 de setiembre. Belgrano, considerando impracticable la retirada ordenada por Rivadavia para salvar la división, se vió obligado á presentar batalla, prefiriendo sus inciertos resultados antes que exponerse al desbande de sus tropas en una fuga precipitada, en presencia del enemigo. La acción de Tucumén, victoria providencial que Belgrano ignoró hasta el día siguiente, fué de gran importancia para la revolución, porque detuvo una invasión formidable que podía haber esterilizado todos los trabajos y todos los triunfos anteriormente alcanzados.

Iniciada la campaña ofensiva en 1813 con los elementos que se había logrado reunir, tuvo lugar el 20 de febrero el ataque de Salta, donde Tristan, instalado en sus cuarteles de invierno, sin la menor idea de una agresión, esperaba la buena estación para empezar también las operaciones ofensivas. La brillante batalla no obtuvo

las ventajas que podía haber alcanzado, porque en vez de una rendición incondicional, el vencedor admitió la capitulación y retiro de dos mil ochocientos realistas, á quienes no debía ligar su juramento de dejar las armas contra la causa de los patriotas. Sin embargo, la gran cantidad de armamento y pertrechos que se tomaron, les facilitó notablemente la continuación de la campaña.

En junio el triunfador entraba á Potosí, y el Alto Perú se sublevaba, dispuesto á contribuir en auxilio del ejército expedicionario. Pero á la vez que el teatro de la guerra se trasladaba á las ásperas serranías y á los tortuosos senderos de la altiplanicie andina, un competidor muy superior á Tristan venía á oponerse á Belgrano.

Sin la desesperación de Pezuela al encontrar cortadas sus comunicaciones, Vilcapujio no hubiera tenido lugar. De manera que, en esta batalla obligada, los realistas no esperaban hallar el triunfo sinó la casualidad, y las casualidades se pueden esperar siempre que se opera contra un enemigo que no es estratégico. El día de Vilcapujio, Belgrano fiado en sus posiciones, vió impasiblemente descender al valle las tropas realistas, que precipitaban un combate desventajoso, temiendo encontrarse más tarde en peores condiciones. A las once de la mañana los patriotas ganaban la acción, cuando un toque de reunión, inmotivado, misterioso, coincidiendo con la llegada de Castro en apoyo de los españoles, decidió la victoria en favor de estos y obligó á sus enemigos á la terrible y silenciosa retirada de la noche del primero de octubre. Vilcapujio fué el Waterloo de Belgrano, en que Castro representó el papel de Blucher, llegando á tiempo de resolver

la batalla, y Zelaya el de Grouchy, que demoró la hora de la cita.

En el intermedio de Vilcapujio y Ayohuma figura la hazaña valerosa de La Madrid y la de los tres sargentos de Tambo Nuevo. Ayohuma hubiera podido ser evitada; pero con una confianza infundada, Belgrano había garantido su éxito, y la derrota fué la consecuencia, una derrota que solo el valor sereno de Zelaya, sosteniendo la retirada, impidió que alcanzara las horribles proporciones del desastre. La campaña, sin embargo, quedaba fatalmente terminada, y Belgrano llegó á Jujuy apenas con un puñado de los vencedores de Salta y Tucumán.

Desde entónces su esfera de acción queda en segundo órden. Belgrano tiene el mérito del patriotismo perfecto, desinteresado, heróico y noble. No tenía talento para las batallas; le faltaba la ciencia de la estratégia, pero era inquebrantable en los reveses y firme para proseguir sus mandatos. En el gobierno hubiera sido el alma de la unidad y de los grandes esfuerzos; en la guerra no fué feliz. Belgrano, como fundador de la bandera, tiene su gloria imperecedera, y como patriota en los primeros tiempos de la libertad, es la figura más abnegada y sincera de la revolución: descubrámones ante él y pasemos!

III

El que le reemplazó en la escena debía llevar victoriosamente la bandera hasta la línea del Ecuador y engrandecer su nombre hasta la inmortalidad.

San Martin llegó á Buenos Aires en el *George Canning* en mayo de 1812, con Alvear y Zapiola, dos argentinos que habían de hacerse ilustres después en las guerras de la independencia. Venía con el aprendizaje completo del arte militar, hecho desde cadete á los once años y terminado como comandante agregado del regimiento de dragones de Sagunto en 1811, ganando sus grados sucesivamente en combates de mar y tierra, primero en Portugal, después contra los franceses, en que obtuvo la medalla de Bailen, luchando en favor de una independencia, para continuar después, como el génio de su pátria, de manera que toda su vida de soldado no tuviese sinó el mismo móvil glorioso.

La lógia Lautaro, fundada por Miranda, fué introducida á Buenos Aires por los recién venidos para la propaganda de las ideas y de las aspiraciones de la libertad. «No reconocerás por gobierno legítimo de tu pátria, decía el primer día al neófito, sinó aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el gobierno republicano el más adaptable al gobierno de la América, propenderás por cuantos medios estén á tu alcance, á que los pueblos se decidan por ese sistema». Monteagudo fué el nervio ardiente de la Lógia Lautarina en Buenos Aires, como otros debían serlo depués, con poder omnipotente, en Chile, Perú y Colombia, para hacer fracasar todos las tentativas de la monarquía, del despotismo ó de la monocracia americana.

Los trabajos de la lógia tuvieron siempre los rasgos firmes que irradiaban de su gran credo: *Independencia y República.* En 1811 obtuvo en Venezuela ese paso atrevido, pero no prematuro

de la declaración de la independencia, y en 1813 creó en Buenos Aires la memorable asamblea que juró conservar y sostener la libertad, integridad y prosperidad de las Provincias del Río de la Plata.

IV

Dos meses después de su llegada, San Martín empezó á organizar el célebre cuerpo de los granaderos á caballo, que más tarde debía recorrer triunfante, las repúblicas, en la gran jornada de la independencia!

Eran los granaderos á caballos hombres escogidos, altos, fuertes, arrogantes y marciales, sometidos á la disciplina absoluta, armados con el sable largo, filoso, de punta redondeada como el de los coraceros de Napoleón. Como cuerpo estaba bien dispuesto para romper los cuadros, correr por los flancos deshaciendo batallones, resolver los combates con las cargas repetidas y completar el éxito con la persecución.

«San Martín se propuso economizar hijos á las madres y brazos á la industria, dice Sarmiento, montando esa mecánica humana que se llama regimiento, compuesto de articulaciones animadas, pero con una sola alma y un solo espíritu, máquinas de vencer resistencias, de matar en regla con pocos brazos y mucha potencia de destrucción. La táctica y la disciplina eran mucho, pero más era el espíritu moral de estos veteranos que debían imprimir su sello á todos los ejércitos. Tomó al efecto jóvenes robustos, bellos, educados en las maneras cultas, susceptibles de todos los sentimientos nobles. Hízoles llevar la cabeza erguida

con exageración y avanzar el pecho hácia adelante con altanería. Para atusarse los bigotes debían levantar ambos codos más arriba de la altura de la mano y no dar vuelta la cara sin volver el cuerpo entero. El lenguaje insolente de estos matones debía corresponder á su talante y sus actos á su lenguaje. Una sociedad secreta cuidaba de que todo insulto fuese lavado con sangre, y que toda acción innoble trajese en pos la excomunión del mal caballero, á quien ninguno de sus compañeros dirigía la palabra hasta su separación del cuerpo. Permitidas las calaveradas extravagantes ó licenciosas, con tal que fuesen de buen género y en buena compañía, estos bizarros ginetes, galanes rendidos, sableadores insignes, han dejado por toda la América rastros de proezas que es lástima no pueda la historia recoger como el polvo que se pega á los grandes acontecimientos. De diez cuadras podía conocerse á la distancia un oficial del ejército de San Martín, por esa trasfiguración del aspecto humano, obrada por la dilatación del espíritu; y hasta ahora es fácil conocer un viejo coronel ó un simple soldado por la manera de llevar la cabeza á la Saint-Just, mirando más arriba del horizonte».

El plantel del gran regimiento, en número de ciento venticinco, se inauguró el 3 de febrero de 1813 en el combate de San Lorenzo, que fué también el primer triunfo de su fundador—salvado entónces por la abnegación del sargento Cabral—y terminó su misión once años después, en la batalla de Ayacucho, que arrojó de la América los últimos guerreros de la opresión.

Esta poderosa legión, arma de combate de San Martin, produjo diecinueve generales y casi todos los héroes de la independencia que no serán

más olvidados. En 1826 volvieron á Buenos Aires, á las órdenes del coronel Bogado, ciento veinte granaderos á caballo, de los cuales solo siete eran sobrevivientes de los mil salidos del Plata.

Su acción en la guerra es toda una epopeya de grandes hechos y valerosos triunfos; una marcha heróica y victorial, más prolongada y difícil que la de la falanje macedónica, y con más títulos que esta, para la gloria en la posteridad.

V

Después de las derrotas de Vilcapujio y Ayohuma, San Martin fué el encargado de reorganizar el destrozado ejército.

Bullía ya en su cerebro el secreto de la campaña continental, porque comprendía que la independencia no quedaría asegurada miéntras más allá de las fronteras subsistiesen, con ejércitos en pié, países sometidos. Penetrar hasta el Perú, foco de la más poderosa resistencia realista, herir al enemigo en su propio centro, unir á su ejército el contigente de los pueblos sublevados, incorporar las naciones al juramento de la independencia, y llevar auxilios hasta Colombia, hasta Méjico si fuese necesario, era por entónces su pensamiento más acariciado.

Bien pronto comprendió que el paso por el Alto Perú, donde no recibiría otro auxilio que las turbas de indiadas sublevadas,—para contrarrestar á los soldados aguerridos de Pezuela, en un terreno difícil de conocer,—era aventurado para un ejército improvisado. Tuvo entónces sobre

Rondeau el génio de comprender, que despues de la pampa de Ayohuma, podía estar el valle de Sipe-Sipe. La guerra por aquel lado debía quedar reducida á la defensiva, á la guerrilla de los gauchos, prácticos en las sorpresas, tenaces en la persecución y siempre prontos para huir, volver, perderse trás una sierra, surgir impensadamente en la loma cercana y vencer por la astucia, sin presentar batalla, quebrantando al enemigo con derrotas parciales: una guerra segura para la montonera de Güemes, pero imposible para la estrategia de San Martin.

Dejó á Tucumán fortificada con la ciudadela, y pasó como intendente de la provincia de Cuyo, á la ciudad de Mendoza, donde contaba poder unir sus elementos, trasponer los Andes por senderos practicables, y penetrar hasta Chile, á ese país de héroes resueltos, donde á la sazón revivía la fibra viril de los viejos aucas. Los granaderos á caballo fueron entónces su base de ejército. Recurrió á todos los medios; recibió suscriciones y dádivas; reunió contingentes de patriotas; consiguió armas, pertrechos, artillería ligera, y se dispuso, aparentemente tranquilo y sin precipitación á emprender la campaña. El estudio de los pasos de la cordillera, por medio del cuerpo de los arriesgados baqueanos, fué para él un problema de concienzuda atención, porque como militar de estudio mucho esperaba de la gran táctica, confiando además en el secreto de sus planes, íntimamente convencido de su eficacia.

En 1814, la capitulación de cinco mil cuatrocientos realistas en Montevideo, coincidió con la derrota de Rancagua, desgraciada para los patriotas, pero favorable al ejército libertador por el contingente de tropas chilenas que se incorporaron.

VI

Corresponde á Rosas, O'Higgins y á los hermanos Carrera la gloria de la revolución chilena.

El movimiento de Mayo, en Buenos Aires, coincidió el mismo día en Santiago con la prisión de tres patriotas, Rojas, Ovalle y Vera, hecho que sublevó el espíritu público, imprimiendo fuerza á la revolución latente. Reemplazado Carrasco por el Conde de la Conquista, este convocó para el 18 de setiembre un Cabildo abierto compuesto de cuatrocientos miembros, y declinó su autoridad. La Junta que le sucedió, presidida por él, en apariencia conservadora, pero evidentemente revolucionaria, componíase del elemento patriota, decidido desde aquel momento á asegurar el primer acto con medidas de firmeza. Rosas formuló en su notable discurso la marcha futura de la revolución, proponiendo la unión americana para su seguridad recíproca, contra el único enemigo que entónces debía combatirse.

Las vacilaciones del Congreso pronto produjeron el motin del 4 de setiembre, del cual surgió el triunvirato que exaltó á Rosas al apogeo de su poder. Pero su influencia fué luego contrarrestada por la de José Miguel Carrera, el enérgico revolucionario que le reemplazó á los pocos meses, obligándole al destierro. En marzo de 1813, con la llegada del general Pareja, enviado por el virrey Abascal para sofocar la revolución, empieza en Chile el gran período de la lucha por la independencia. Carrera asumió la dictadura, y en los momentos del peligro, desplegando una

actividad extraordinaria, levantó empréstitos, creó recursos y formó un ejército bastante fuerte para resistir á la invasión. Después de la valiente sorpresa realizada por el coronel Puga, Pareja se vió obligado á refugiarse en Chillan. El sitio de Carrera no tuvo éxito, y favoreció por el contrario la reorganización del deshecho ejército realista, de manera que pudiese emprender de nuevo la ofensiva. La acción del Roble, en que por primera vez se señaló la serena intrepidéz de O'Higgins, produjo la caída de Carrera.

Con la toma de Talca, defendida por el heróico Spano, y la malograda expedición de Blanco Encalada, que enviado á reconquistar aquella plaza, fué derrotado en Cancha Rayada, empezó la desmoralización del ejército patriota. Las escisiones que se suscitaron al mismo tiempo con motivo de la deposición del director Lastra, cedieron ante la nueva invasión de Osorio, para resistir unidos, Carrera y O'Higgins, en la desgraciada defensa de Rancagua. El 2 de octubre de 1814, después de treinta y seis horas de combate, O'Higgins tuvo que abandonar desesperadamente la plaza, abriéndose paso por entre las tropas realistas, para salvar las banderas que dos años después debían trasponer los Andes en alas de la Victoria.

VII

El espíritu inquieto de los Carrera era incompatible con el caracter severo de San Martín. Desterrados á Buenos Aires, como elemento peligroso, dos de ellos Luis y Juan José, que intentaron volver á Chile en 1818 con intenciones

sediciosas, fueron fusilados en Mendoza, suerte reservada también en el mismo sitio á José Miguel Carrera, el más caracterizado de los tres hermanos, en 1821, después de una agitada vida de revolucionario.

San Martín y O'Higgins representan durante dos años la firme unidad de acción en pró del mismo pensamiento para completar la revolución con la libertad de los países trasandinos. Es admirable la lenta y misteriosa formación del ejército de los Andes, en la que San Martín acude de uno á otro recurso, llamando contingentes, improvisando elementos, utilizando servicios y estableciendo en Mendoza «el deber de la hospitalidad» para los emigrados chilenos. Poco á poco los cuerpos aumentaron y se perfeccionaron en las maniobras, tomando por modelo el regimiento de los granaderos, bien iniciado ya en la táctica que entónces hacia de la caballería el más poderoso elemento de las batallas.

El secreto era la base esencial de sus planes de campaña, y lo observaba tan fielmente, que nadie llegó jamás á traslucir cuando emprenderia una marcha ni cual seria su derrotero. Tenía esa voluntad inflexible inherente solo á los hombres seguros de su privilegiada voluntad, que no vacilan en aceptar todas las responsabilidades de una empresa.

Débese á San Martín el haber contribuido á disipar las vacilaciones del Congreso de Tucuman para declarar la independencia, porque este gran acto, franco y resuelto, terminaba la obra de Mayo y ligaba á todos los patriotas á la misma causa. Una vez sancionado «que era voluntad unánime de las Provincias Unidas de Sud-América, romper los violentos vínculos que las ligaba

á los reyes de España », San Martín formuló definitivamente el programa de sus operaciones.

Perfeccionó el minucioso detalle de sus conocimientos sobre el laberinto de los desfiladeros andinos, calculó las distancias, el tiempo probable en que podrian ser salvadas, previendo hasta las menores dificultades, con la intención de lanzar sus tropas en distintas direcciones y reunirlas matemáticamente el mismo día en un sitio señalado. «Queria caer sobre los españoles, dice Damian Hudson, como un golpe de rayo: aparecer y vencer!».

Chacabuco es la batalla estratégica por excelencia, la batalla querida de San Martín, porque fué obra de su genio, profundamente meditada, victoriosamente coronada.

En la tarde del 20 de enero el ejército libertador emprendió la marcha, ignorando su rumbo preciso, contra un enemigo desorientado por infinitas maniobras anteriores, hábilmente calculadas, como las de Cabot, Freire y Rodriguez, que operaban simultáneamente en Coquimbo, Talca y el Paso del Planchon. Güemes, el Paez del Sud, quedaba entretanto con Belgrano, deteniendo con sus famosas guerras gauchas á los aguerridos de La Serna.

El 8 de febrero de 1817, el coronel Las Heras, que había seguido el Camino de Uspallata, entraba al valle de Aconcagua después de algunos brillantes encuentros, y se unía al grueso del ejército, que por el camino de los Patos había cruzado en dieciocho días ochenta leguas de cordillera, dividido en los dos cuerpos que mandaban Soler y O' Higgins.

El ejército realista había tomado posiciones en la cuesta de Chacabuco. El día 12 de febrero,

San Martín, temiendo que llegaran los refuerzos enemigos, dispuso el ataque: Soler mandaba la derecha, O' Higgins la izquierda, Necochea el 5º escuadrón de granaderos, Martinez la artillería y Zapiola los escuadrones 1º, 2º y 3º. El brigadier Soler llegó á la cumbre áspera de la cuesta sin ser advertido por el enemigo y allí se libró el gran combate, decidido después de una hora por el ataque á la bayoneta que dirigió O' Higgins con los batallones 7 y 8, simultáneamente con la carga de los granaderos, mandada por Zapiola.

«En veinticuatro días, decía después San Martín en el parte oficial, hicimos la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluímos con los tiranos y dimos la libertad á Chile».

VIII

Al día siguiente de Chacabuco, San Martín entró á Santiago y rehusó la presidencia para elevar á O' Higgins, reservándose, sin embargo, la dirección militar de la guerra. Las Heras marchó al sur y derrotó á Ordoñez en los combates de Curupalingue y Gavilán, obligándolo á refugiarse en las fortificaciones de Talcahuano donde el ejército de O' Higgins, que acudió en su auxilio, sufrió un glorioso desastre, viéndose obligado á levantar el sitio ante la llegada de los tres mil realistas mandados por Osorio.

En el primer aniversario de Chacabuco fué sancionada solemnemente la declaración de la emancipación chilena. San Martín, que disponía entónces del mejor organizado y más completo

ejército de la independencia, vió frustados todos sus planes en la noche horrible de Cancha Rayada.

La sorpresa se verificó poco después de la incorporación de O' Higgins y Balcarce, en la víspera de haber sido irremisiblemente envuelto todo el ejército realista. La obra infatigable de un año pereció en la confusión espantosa de aquella noche en que los batallones patriotas, desconociéndose, se hicieron fuego y se desbandaron en medio del pánico, dejando abandonados al enemigo sus armas, bagajes y pertrechos. Solo Las Heras, héroe lengendario y caballeresco, salvó intacta su división de cuatro mil hombres, y la sometió á San Martín para la base del nuevo ejército que debía inaugurarse triunfante en Maipú; Melian presentó mil quinientos dispersos y Blanco Encalada la artillería volante. A los trece días del tremendo desastre y después de ochenta leguas de retirada deshecha, el ejército patriota hallábase reunido, reorganizado y pronto á recomenzar la lucha. Recién entónces, Osorio, vuelto del asombro de su fácil victoria, dejaba los muros de Talca y dirigiéndose á Santiago se encontraba con un enemigo que no había esperado.

El sol de Austerlitz brilló para San Martín el 5 de abril.

A las doce del día empezó la batalla: Las Heras mandaba la derecha, Alvarado la izquierda, Balcarce la infantería, Quintana la reserva, Zapiola y Freire la caballería, y Manuel Rodriguez, el héroe de las montoneras, estaba al frente de los Húsares de la Muerte. Al sonar el primer disparo, O' Higgins, que había sido herido en Cancha Rayada, abandonó el lecho para ir á alentar á sus compañeros. La órden del día mandaba

que al levantarse las banderas de Chile y Buenos Aires en el sitio donde estuviese el general, gritaran todas las tropas: Viva la pátria! y cargasen al arma blanca al enemigo inmediato. Y el arma blanca fué el arma con que vencieron los cinco mil combatientes de Maipú pronunciando el grito entusiasta.

La derecha realista empezó avanzando sobre la izquierda patriota, pero en el ataque se dispersó y faltándole su unidad, fué fácilmente vencida por la reserva. Este hecho resolvió la victoria: el centro no se sostuvo más ante la forminable carga de los granaderos y la derrota se hizo general. Todos los del ejército realista con su parque y pertrechos, á excepción del general Osorio que escapó con doscientos ginetes, quedaron muertos ó prisioneros. A las cinco de la tarde, cuando sonaban alegremente los clarines con las dianas de la victoria, San Martín escribía con frase rápida el parte oficial que debía ser llevado á Santiago:

«Acabamos de ganar completamente la batalla. Un pequeño resto huye: nuestra caballeria lo persigue hasta concluirlo. La pátria es libre».

«Todas las personas que habían tratado íntimamente al general San Martín, dice el doctor Lopez, me aseguraban entónces como una cosa notoria, que al general no le placía hacer partes prolijos ó encomiásticos de los movimientos que había ejecutado. Y en efecto, la modestia era tan natural en su carácter, que creo digna de la historia, esta anécdota que me ha referido el general Las Heras:—A los tres días de la batalla de Maipú me hizo llamar don José y me dijo: Lea usted amigo, el borrador que he tirado para pasar á nuestro gobierno el detalle de la batalla, y dígame

si le parece bien.—Lo leí y me pareció muy incompleto.—General, le dije, esto que usted refiere aquí, *que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo presentando un órden oblícuo sobre este flanco*, fué como usted sabe, todo el mérito de la victoria, y puesto así como usted la pone nadie lo vá á entender, sino yo, que estaba en la idea de usted.—El general se sonrió y me dijo: Pero con esto *basta y sobra.* Si digo algo más, han de gritar por ahí que quiero compararme con Bonaparte ó con Epaminondas. Al grano, Las Heras, al grano! Hemos derrotado á los godos y vamos al Perú! El órden oblícuo nos salió bien? Pues adelante, aunque nadie sepa lo que fué. . . . . y refregándose las manos, agregaba: *Mejor es que no sepan*, pues aun así mismo habrá muchos que no me perdonarán haber vencído».

Con Maipú quedó abatido el estandarte realista, sellada la independencia de Chile y despejado el camino del Norte para destruir el último y más poderoso baluarte de la dominación española.

IX

En 1819, San Martín, á la vez que desde Mendoza trataba de calmar el ardor de los partidos en la lucha civil, preparaba de acuerdo con O' Higgins la expedición al Perú. En tanto, Blanco Encalada acometía con éxito la temeraria empresa de abordar, bajo el fuego de las baterías de Talcahuano, á la fragata española de guerra *María Isabel*,—y Cochrane se acercaba al Callao, provocaba inútilmente al virrey Pezuela á un combate

singular entre dos divisiones de sus respectivas escuadras y volvía por fin de su expedición con las ricas presas tomadas en Guayaquil.

Al finalizar el año, Belgrano abandonaba la guerra del Alto Perú para entregar su ejército á la guerra civil y caer él mismo como primera víctima, mientras San Martín huía de la anarquía, repasaba los Andes desobedeciendo las órdenes del Gobierno central, deponía el mando en Rancagua ante el ejército, era reelecto por sus soldados, aceptaba con la expresa condición de marchar al Perú, y asistía en seguida al júbilo que despertó la hazaña del almirante inglés, con la toma de la plaza de Valdivia, considerada como posición inexpugnable.

El 20 de agosto de 1820, zarpó de Valparaiso con una escuadra de siete buques de guerra y dieciocho trasportes la expedición militar libertadora del Perú. Monteagudo, ese mulato terrorista y sanguinario que había escrito con sus arrebatos hirientes *El Mártir ó Libre* y *El Censor*, acompañaba á San Martín como secretario. Jamás hombre alguno unió á sus consejos tan buenas cualidades y tan malas inspiraciones.

A los veinte días, cuatro mil setecientos soldados con treinta y cinco piezas de artillería desembarcaron en Pisco, donde Las Heras plantó el árbol de la Libertad, y donde San Martín al proclamar su ejército exclamó imitando á Napoleón: «¡Soldados, acordaos de que la América os contempla!»

Ante el fracaso de las negociaciones iniciadas por el virey Pezuela, el ejército se reembarcó y se dirigió á Huacho. Su llegada produjo la sublevación de Guayaquil, otros movimientos parciales y la deposición del virey Pezuela. Dos grandes

acciones siguieron inmediatamente: la victoria de Arenales, y el ataque audaz de Cochrane, en que bajo el fuego de los cuatrocientos cañones de la fortaleza del Callao, apresó con catorce lanchas y remolcó triunfante la fragata *Esmeralda.*

Arenales, ese esclavo de la disciplina y del honor militar, es una de las figuras más interesantes de la independencia. En 1809 se presenta en la escena política, sosteniendo la revolución de Chuquisaca, y tres años después, á la noticia de la derrota de Tucumán, encabezó la sublevación de Salta y se unió á Belgrano para batir á Tristan. Al tiempo de la derrota de Ayohuma, siendo gobernador de Cochabamba, sostuvo la insurrección, libró diversos combates, alcanzó el heróico triunfo de la Florida, en que cayó con catorce heridas, y mantuvo en un punto y otro esa tenaz y formidable guerra de recursos que distraía los elementos de los realistas, dividiéndolos para sofocar constantemente sublevaciones siempre renacientes. Incorporado á la expedición de San Martín, éste lo envió á la primera campaña de las Sierras con una división de mil hombres, con los que consiguió sublevar Jauja, Guanta y Tarma, y derrotar en Pasco una división española, tomándola prisionera con su jefe O' Reilly. A los tres meses se reincorporaba al ejército grande despues de una fatigosa campaña de doscientas leguas por caminos desiertos.

X

Fué plan invariable de San Martín durante su permanencia en el Perú, vencer al enemigo sin exponer su ejército al azar de una batalla. Veintitres mil realistas estaban posesionados entónces del imperio de los Incas, bien aguerridos, provistos con exceso de municiones y acostumbrados ya á las fatigas de las marchas por las sierras y las alturas andinas. Evitar un ataque en lo posible, dividirlos, fatigarlos con marchas, llamándoles la atención por diversos puntos á la vez, sublevar los pueblos y atraerse prosélitos, debían ser consiguientemente las primeras operaciones. «Yo me he propuesto un plan de guerra, escribía á O'Higgins, con el que pienso entrar á Lima con más seguridad que fiando el éxito á la suerte de una batalla. Los muchachos desearían esto último para terminar pronto la guerra; pero es menester que tengan la misma calma que yo».

Las guerrillas de Miller, Villar y Aldao, la nueva expedición de Arenales, el sometimiento espontáneo del marqués de Torre-Tagle intendente del Trujillo, imitado poco después por la guarnición de Piura y la deserción del Numancia, que se pasó entero á los patriotas, por el momento favorecieron completamente estos planes.

Las disidencias de Cocharne con San Martín son una etapa triste de la expedición al Perú. El altanero y temerario marino, impaciente por señalarse con hechos aun más aventurados que los qne ya habían sentado su temible fama, se lanzó sin dar aviso, á la prosecución de sus campañas

navales, despojando de esta manera la expedición de la unidad de las operaciones.

Pero por otra parte, Aldao fraile de Cancha Rayada y teniente de Maipú, con la actividad más asombrosa había sublevado cinco mil índios, y ejercitándolos día y noche, pretendía formar batallones completos con que batir á los realistas. «En cuatro días más, escribía á San Martín, prometo tenerlos prontos». El improvisado ejército fué poco después perdido por Gamarra.

En tanto las defecciones, las intrigas y rivalidades convertían el campo realista en un caos de proyectos y fracasos. La fiebre amarilla y el hambre se unían al estado desmoralizado del ejército, manteniendo la indecisión del virey Pezuela, que fué al fin depuesto y sustituido por La Serna. El nuevo virey inició á su vez negociaciones pacíficas, que fracasaron felizmente, evitando al Perú la venida de un príncipe español, que gobernara constitucionalmente, segun lo había propuesto San Martín.

Cambió la faz de los sucesos la entrada de los patriotas á la ciudad de Lima, abandonada por el ejército realista á principios de julio. Nuevos planes imaginó San Martín para terminar la campaña, y tuvo la idea de llevar la guerra á España misma, mortificando su comercio, por medio de una escuadra que mandaría el bravo Guisse. No se precipitó, sin embargo, y fiado en la marcha natural y forzosa de los acontecimientos, se resignó á esperar el triunfo definitivo por la propia disolución de las tropas enemigas.

Los resultados probaron después esa ciega confianza en lo venidero.

Este plan pasivo adoleció por entónces de un grave error, el llamado de Arenales, en momen-

tos que iba á batir á Canterac. «Arenales y San Martín, dice con este motivo el historiador Paz Soldan, tenían muy distinto modo de llevar á cabo la independencia del Perú: el primero creía que con operaciones militares y con un ejército numeroso debía resolverse todo en un combate, aprovechando las ocasiones favorables que le ofreciera el enemigo; el segundo lo esperaba todo del entusiasmo de los pueblos, de la desorganización en que se hallaban los españoles y de la guerra de recursos y estratagemas con que los hostilizaba; este plan, aunque lento, lo consideraba más seguro para coronar el éxito de su misión y asegurar los resultados; el uno esperaba conseguirlo todo como guerrero, el otro como político: sin embargo, las circunstancias y el atraso en que se hallaban los pueblos aconsejaban valerse de las armas, pues era el único medio posible de desbaratar al enemigo».

La declaración de la independencia del Perú fué resuelta por la intervencion de San Martín y proclamada por él mismo el 28 de julio en la plaza mayor de la ciudad de Los Reyes. «El Perú, dijo aquel día levantando el nuevo pendón nacional, es desde este momento libre é independiente por la voluntad general de los pueblos, y por la justicia de su causa, que Dios defiende».

El 3 de agosto siguiente, San Martín asumió francamente la dictadura, con el título de Protector, prometiendo dimitir el día en que el territorio quedase libre de todo enemigo extranjero. En setiembre, Canterac, que había salido de Jauja con tres mil hombres, avanzó hácia Lima, se mantuvo algunos días á poca distancia como retando al ejército patriota, y ejecutando una hábil maniobra, marchó hasta el Callao. Pero allí no encontró

sino una plaza bloqueada, sin elementos de resistencia, y tuvo por esto que abandonarla, perdiendo por causa de la deserción, como lo había previsto San Martín, hasta la mitad de sus tropas. Dos días después capitulaba La Mar y flameaba un nuevo pabellón en las fortalezas del Callao; pero el hecho de no haber atacado á Canterac, levantó protestas y dió lugar á una conspiración que San Martín desarmó generosamente. Sin embargo, no pudo impedir que Las Heras y Necochea abandonaran el ejército.

A la rendición del Callao siguió un laborioso período. Decretóse la emancipación de los esclavos, la libertad de imprenta y la regeneración de la clase aborígene; se sancionaron todas las reformas que tendían á la abolición de los resabios del coloniaje; creóse la Legión Peruana y se distribuyeron las medallas que tenían por inscripción estas elocuentes palabras: *Yo fuí del Ejército Libertador.—El valor es mi divisa.*

XI

Los actos posteriores de San Martín tendieron todos al establecimiento de la monarquía americana, guiado en este sentimiento por la convicción sincera de que las instituciones republicanas eran contrarias á la reorganización pacífica de países nacientes en el ejercicio de su vida política. La anarquía de su pátria le había confirmado en esa opinión.

No trepidó pues, en mantener los títulos de Castilla y crear la Orden del Sol, con sus jerarquias correspondientes, para una nueva nobleza.

La Sociedad Patriótica de Lima, formada sobre la base de cuarenta miembros vitalicios nombrados por el Gobierno y presidida por Monteagudo, no tuvo otro objeto que la propagación de las ideas monárquicas, violentamente atacadas á su vez por Muriáteguí en *La Abeja Repnblicana,* y por Sanchez Carrion, el solitario de la Sayan.

Garcia del Río y Diego Parroisien fueron enviados al mismo tiempo á Europa, con la comisión expresa de solicitar un príncipe de la dinastia reinante de Inglaterra, de Alemania ó de Prusia, y en último caso de España, para el Imperio Constitucional del Perú.

El desarrollo de los sucesos impidió la consumación de estas tentativas erróneas, cándidamente concebidas. A la vez que la independencia, la república era la prometida de la Atlántida.

XII

Se acercaba la gran hora de la historia.

Los dos colosos de la independencia, cargados con las glorias de sus triunfos, iban á encontrarse frente á frente en el linde de los pueblos recien libertados.

Un momento crítico precedia á San Martin en aquel acto supremo. El desastre de Tristan en Ica, la negativa de Buenos Aires y Chile á contribuir con más recursos, y la presencia de diecinueve mil veteranos realistas á los cuales no podia oponer más de ocho mil, en gran parte reclutas, le colocaban en la difícil posición del navegante feliz que encuentra el escollo al término del viaje.

Entónces, ante Bolivar vencedor, que le proponia la Liga Americana y le ofrecia auxilios, el Protector no vaciló. «Iré á Quito, contestó, para combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, de manera que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su independencia. Nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos.»

«Voy á encontrar, dijo al partir, al Libertador de Colombia: los intereses generales de ambos Estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino á que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el órden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa. Yo volveré á ponerme al frente de los negocios públicos en el tiempo señalado para la reunión del Congreso, volveré al lado de mis antiguos compañeros de armas, si es preciso que participe de los peligros y la gloria que ofrecen los combates, y en todas las circunstancias seré el primero en obedecer la voluntad general y sostenerla.»

El 26 de Julio, el Protector y el Libertador entraban á Guayaquil en medio del regocijo y de las aclamaciones públicas.

San Martin, vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, con un ejército debilitado por seis años de esfuerzos, impotente para proseguir en persecución de un enemigo todavía poderoso,—y Bolivar, héroe de diez campañas, árbitro de dos naciones, incontrastable, dueño de un ejército,—se encontraban en un mismo sitio, iguales en grandeza, para decidir los destinos de un mundo; —pero en circunstancias evidentemente diversas.

Tres puntos formaron el objetivo de la ansiada entrevista: la cuestión de Guayaquil, la forma de gobierno que debía adoptarse y la dirección de la guerra.

San Martin, haciéndose solidario de las conveniencias del Perú, objetó que la anexión de Guayaquil debía quedar reservada á los respectivos gobiernos, una vez concluida la guerra; á lo que Bolivar repuso exhibiendo las presentaciones hechas por los notables de la rica provincia para su incorporación á Colombia.

La monarquia en América sostúvola el Protector francamente, como una garantía necesaria para la estabilidad de los gobiernos futuros. Bolivar no era del todo ageno á esta idea. La monocracia, como base para la solidez y seguridad del gobierno y acaso también la idea de un imperio americano, hubieran encontrado en él acogida completa; pero se rebelaba ante la perspectiva de una nueva dominación extranjera, aunque estuviera sometida á fórmulas constitucionales, porque el solo hecho de demandar un príncipe á las decrépitas dinastias europeas, imponía el vasallaje y la herencia de sus resábios. Prefirió pues rechazar ese pensamiento en absoluto, presentándose como decidido republicano y partidario de las más avanzadas instituciones democráticas.

Respecto á la dirección de la guerra, el Libertador opuso excusas constitucionales y poderes de que no estaba investido, pero ante la noble y abnegada resolución de San Martin de militar bajo sus órdenes,—como poco ántes lo había hecho Sucre con Arenales,—el Libertador ofreció enviar, para contribuir á la libertad del Perú, tres batallones colombianos.

En secreto y sin la presencia de un solo testigo se verificó la conferencia. San Martín silencioso, casi sin réplica á la verbosidad brillante de Bolivar, pronto comprendió la dificultad de su posición, y la distancia que desde luego le separaba de aquel con quien hubiera deseado pactar la gran alianza libertadora. Veinticuatro horas después de su llegada, abandonaba la ciudad, que seguia celebrando su hospedaje.

Al llegar á Lima, escribió al Libertador:—«Sin el apoyo del ejército de su mando, le decia, la expedición que se prepara para intermedios no podrá conseguir las grandes ventajas que debian esperarse, sino se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes, y por consiguiente, la lucha continuará por un tiempo indefinido; digo indefinido porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes estan confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males. En fin, General, mi partido está irrevocablemente tomado: para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que solo mi presencia es el obstáculo que le impide á Vd. venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo los órdenes de un General á quien la América del Sud debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse».

El 20 de setiembre, como lo había prometido, instaló el Congreso y dimitió el mando. El Congreso le acordó honores, premios y una pensión vitalicia: él no aceptó sino el título de generalísimo del Perú, y formuló en seguida, en breves términos, su despedida de la vida política.

«Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y el Perú; existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar al imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público; hé aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra. Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible á los Estados que de nuevo se constituyen: por otra parte, ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme Soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más».

El 22 de setiembre partió de Lima. «Bolivar y yo, dijo al general Guido al despedirse, no cabemos en el Perú.»

XIII

Quedó en Santiago algún tiempo, enfermo, irritado por las ingratitudes, y se dirigió luego á Buenos Aires, donde tomó el paquete que le condujo á Europa con la hija que adoraba.

Cuatro años permaneció en Bruselas, en una modesta pensión, casi en la miseria, el que era generalísimo del Perú y capitan general de Chile. En 1829 volvió al Plata y bajó en Montevideo. La anarquia aun no había terminado en su patria, y supo con pena que Lavalle, el héroe de Rio Bamba, acababa de fusilar á Dorrego. De todos los partidos recibió emisarios que le proponian la supremacia, la dictadura absoluta;—pero aceptarla hubiera sido empañar un nombre y una gloria que ya pertenecian al dominio de la historia. Respondió entónces con la misma expresión que diez años atrás dirigió á Lopez y á Artigas:

«No: el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la América.» Y sin ver á Buenos Aires, partió por última vez, condenándose voluntariamente á la larga pena del destierro.

A la caida de los Borbones se trasladó á Paris y compró la pequeña finca de Grand-Bourg, sobre el Sena. Allí, en el solitario retiro, vivió veinte años, austero y sencillo, sin variar sus costumbres de viejo soldado, recordando á veces, con semblante iluminado, la epopeya de sus grandes campañas.

En 1850, el 19 de agosto, la muerte le sorprendió, casi repentinamente. Dos años ántes había formulado en breves términos su voluntad postrera: pedia la repatriación de sus restos, devolvia al Perú el estandarte de Pizarro y legaba su espada á Rozas.

XIV

No se extingue en el último suspiro el fulgor de estas existencias que han llenado con sus proezas y sus virtudes las páginas más queridas de la historia. Al tiempo de su muerte se acallaron las calumnias que amargaron su vida, y las nuevas generaciones, ansiosas por reivindicarle, se apresuraron á sacar del olvido el nombre que más pronto viene á la mente, cuando se recuerda la éra de la emancipación americana.

A medida que huye el tiempo, se consagra más la fama ilustre del soldado de los Andes y parece que se destaca hasta la inmortalidad, con la claridad tranquila de las estrellas.

No duró sino diez años su acción política y no presentó sino dos batallas, que fueron dos victorias;—pero en ese espacio de tiempo, tan breve y tan rápido en la marcha vertiginosa y agitada de su época, meditó y realizó el vasto plan de una campaña, que por sus móviles y resultados, fulgura en grandeza y no tiene igual en la historia militar de la independencia. Vencer y asegurar la integridad de la pátria es digno; pero trasponer las fronteras en pos de los peligros, por el convencimiento de que no hay límites para la santidad de una causa, es sublime—y tal fué la misión de San Martín. La independencia de la América era su anhelo, y estuvo decidido á no abandonar la espada hasta verla completada.

Una historia de sacrificios es la organización del ejército libertador, en la que un espíritu observador podria descubrir que el secreto de las

empresas maravillosas consiste, más que en los elementos, en la persistencia metódica y abnegada de un plan sencillamente combinado. Ese estudio perfecto de las cosas y de las circunstancias, esa fría calma que le hacia penetrar en lo incomprensible, le habian dado tanta posesión de si mismo, que jamás se persuadió de la posibilidad de un desastre. Dos veces, al pasar los Andes, recibió órdenes que desobedeció, de retroceder ó detenerse. Para qué? Hubiera acaso eludido una victoria por contribuir á la anarquia de su país? Ninguno de sus triunfos fué casual. Para vencer en San Lorenzo anduvo día y noche sin descanso. Para hallar la victoria en Chacabuco, pensó dos años. Cancha Rayada fué lo imprevisto, superior al cálculo; pero una imprevisión no es una falta, sobretodo cuando se repara, como lo hizo en la mañana de Maipú, en que sonriendo auguró el triunfo. Para entrar á Lima no tuvo otro trabajo que su tenacidad en esperar.

No tenía la inspiración rápida de Bolivar, pero en cambio poseia una reflexión segura, y aunque con menos ruido, también escaló la cumbre andina. Tenía talento para combinar y disimular, poder moral para dominarse y dominar. «La mirada terrible del general San Martín, dice Vicuña Mackenna, ha quedado en Chile como una especie de leyenda, pero á nuestro juicio había en la severidad de su semblante más aparato que ira, más estratégia que pasión. San Martín, por no gritar, miraba. Y uno de sus pestañeos acusaba más miedo á un godo que la lectura de su sentencia de muerte».

Solo en el Perú cometió errores; su entrada á Lima le embriagó. El pensamiento de la monarquia no fué una ambición, sino un deseo íntimo—

una sencilla aspiración á lo mejor—nacida del alma, fecundada por la lógica vehemente, á veces delirante de Monteagudo.

En la conferencia de Guayaquil cedió á los elementos de su rival: comprendiendo que la guerra no podria terminar sin el concurso de los vencedores del Norte,—ya que los del Sur se negaban,—prefirió dejar su obra sin el último toque, ántes que comprometerla. Bolivar ambicionaba la gloria;—el objetivo de San Martín parecia no ser otro que la independencia, y al llegar el momento querido, inmoló su aspiración, cediendo la gloria á aquel que más la buscaba.

Desde entónces, juzgando terminada su vida pública, formuló su resignada despedida al Perú, y se condenó al ostracismo—que encadena á los ciudadanos virtuosos y á los guerreros eméritos á una tierra extranjera—cobijados por la sombra protectora de las glorias pasadas—sin otro consuelo que amar á la pátria desde lejos, melancólicamente. San Martín es la única personalidad que se asemeja á Washington, porque como él fué íntegro y desinteresado, y como él salió puro del caos de las revoluciones.

Andrade, que con Olmedo comparte el alma de la poesia épica de la América, ha escrito en estrofas proféticas, el epitafio elocuente de su tumba:

«No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía!»

La emancipación americana

BOLIVAR

SEGUNDA PARTE

XII

Una de las primeras disposiciones del triunvirato que sucedió á San Martín en el mando gubernativo, fué rechazar el auxilio de tropas ofrecidas por Bolivar para libertar el Perú, temiendo quizá peligros posibles ó creyéndose bastante fuerte para continuar la guerra con sus solas fuerzas. Las dos derrotas de Alvarado en Toratá y Moquegua, produjeron la caida de la Junta y el nombramiento de Riva-Aguero como presidente.

La situación se hizo desesperante ante la amenaza de una reconquista que iba á destruir sin esfuerzo los difíciles triunfos alcanzados. En aquellos momentos el nuevo ofrecimiento de seis mil colombianos fué considerado como un recurso salvador, y el Congreso no vaciló en aceptarlo, pidiendo á Colombia consintiera en la venida del Libertador para la dirección del ejército. Tres mil soldados se anticiparon á su llegada, pero á

la aproximación de los ocho mil realistas mandados por Canterac y Valdés, el Congreso peruano abandonó á Lima, dejando la ciudad al amparo del general Sucre, que se retiró al Callao.

La noticia de estos sucesos llegó á Bolivar en momentos en que se tramaba la disolución de la Confederación Colombiana, que evitó asumiendo una actitud resuelta: «Fiel á mi promesa, escribió al Congreso, de obedecer la ley fundamental de la República, reitero á los legisladores de Colombia mi promesa de morir con la espada en la mano, á la cabeza del ejército de Colombia, antes que permitir se huelle el pacto de unión que Venezuela y Nueva Granada han presentado al mundo. La Constitución de Colombia es sagrada por diez años; no se violará impunemente mientras mi sangre corra por mis venas y estén á mis órdenes los Libertadores.»

En seguida batió con un grupo de reclutas á los fanáticos contra-revolucionarios de Pasto y se dirigió al Perú. Reinaba alli la anarquia: dos presidentes y el Congreso se disputaban el poder en presencia de un enemigo cada vez más próximo y amenazante. Bolivar fué el genio salvador de aquella situación: aceptó la suprema autoridad militar que le confió el Congreso, prometiendo vencer y libertar al país de la dominación extranjera. Su primer acto fué el sometimiento de los tres mil hombres de Riva-Aguero, en momentos en que este negociaba con los realistas el establecimiento de la monarquia;—pero el desquicio persistia fatalmente: el ejército de Santa Cruz que ascendia á cinco mil plazas fué totalmente perdido sin librar batalla, y aumentó después la desmoralización con la traición de los dos batallones que entregaron á los españoles la fortaleza del Callao.

En medio de tanto contratiempo el temple de Bolivar se agigantó. «Está esto lleno de partidos, escribia al general Salom, todo plagado de traidores: unos por Torre-Tagle, otros por Riva-Aguero, otros por los españoles y muy pocos por la independencia; pero debemos libertarlos á su pesar.» Y fiel á esta promesa emprendió la organización del ejército, uniendo á su plantel de cuatro mil colombianos los restos dispersos de los batallones formados por San Martín. Sucre fué encargado del mando del ejército auxiliar, Lamar del ejército peruano, Necochea de la caballería, con Miller que mandaba los jinetes peruanos, Carvajal los de Colombia y Bruix los granaderos de á caballo.

Entretanto la expedición de los realistas que en número de doce mil se había preparado contra Bolivar, fracasó por causa de la rebelión de Olañeta, que mandaba cinco mil hombres en el alto Perú y contra quien tuvo que marchar Valdés, abandonando el plan de las operaciones á Canterac, que se retiró al valle de Jauja con siete mil infantes, dos mil de caballería y ocho cañones á esperar los resultados de la campaña inter-española.

El ejército libertador partió de Huaras á principios de junio con el material de guerra de que se podía disponer para una gran campaña ofensiva. El paso penoso de los Andes por las escarpadas sierras, es la operación atrevida en la que Bolivar debía competir con San Martín y á quien igualó al ejecutarla.

Hasta el primero de agosto, Canterac, ignorante del derrotero de los patriotas, no se había movido de Jauja; pero entónces Bolivar, que ya había llegado á la llanura del Sacramento, pasaba

la revista de su ejército y lo arengaba con recuerdos simpáticos y gloriosos: «Soldados! les dijo en la proclama, vais á completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar á los hombres: la de salvar á un mundo entero de la esclavitud».

XIII

Junin se aproximaba, Junin que no debía ser una batalla, sino un combate, un encuentro sangriento reservado á la caballería y al arma blanca.

Bolivar había buscado la batalla, pero no el combate. El día antes, cuando los dos ejércitos seguian una marcha paralela, el Libertador resolvió el ataque al llegar á la pampa de Junin y por la noche acordó sus últimas disposiciones. El 6 de agosto de 1824, todo el ejército patriota marchaba á paso redoblado hácia el pueblo de Reyes. A las dos de la tarde se supo que Canterac continuaba su retirada, que su vanguardia de infanteria había cruzado la pampa y entrado al camino de Tarma, continuando la marcha el resto del ejército, apoyado por la caballeria. Entónces, comprendiendo Bolivar que se escapaba la oportunidad de una batalla, desprendió novecientos ginetes y se apresuró á hostilizar la retaguardia enemiga. Desde ese momento una y otra infanteria quedaron separadas: la acción iba á ser exclusiva de la caballeria.

Al penetrar en la pampa los primeros escuadrones patriotas, cargó la caballeria realista con doble número. Necochea cayó herido de siete lanzadas y sus tropas desordenadas por la carga se

retiraron precipitadamente. En aquel instante, el comandante Suarez, que recien había logrado desplegar, cargó desesperadamente con sus húsares la retaguardia realista, cambiando con este acto la derrota en completa victoria. Toda la brillante caballeria realista, en la que tanto fiaba su gefe, quedó desecha.

El combate de Junin, en el que no se disparó ni un tiro, empezó á las cuatro de la tarde y no duró sino cuarenta y cinco minutos; pero sus resultados fueron decisivos: el ejército español, incompleto y desmoralizado, quedó inútil para presentar batalla y se resignó á continuar una rápida retirada de ciento cincuenta leguas hasta más allá del Apurimac. Lima fué abandonada y el virey Laserna, que estaba en el Cuzco, al conocer el desastre, llamó apresuradamente las fuerzas de Valdés para concentrarlas.

El ejército victorioso se detuvo en Huamanga, donde lo dejó Bolivar al mando de Sucre, el Murat americano. Sus instrucciones al despedirse fueron breves:—«Más vale, le dijo sencillamente, aventurar el triunfo con fuerzas desiguales que perder el ejército en una mala retirada.»

En el camino le aguardaba una nueva inespe-

rada: el Congreso de Colombia, obedeciendo á las sujestiones ambiciosas de Santander, pretestando que el Libertador había asumido la dictadura del Perú, le derogaba las facultades extraordinarias que tenía desde 1821, y le privaba del mando del ejército, nombrando á Sucre general en gefe.

XIV

A fines de octubre, el virey Laserna con todas sus tropas se puso en marcha y pasó el Apurimac. El 2 de diciembre los ejércitos se avistaron en la pampa de Matará: allí debía librarse la última batalla de la guerra de la independencia.

El ejército patriota, dispuesto y entusiasta, deseaba la pelea. El 5, Sucre recibió comunicaciones del Libertador en que este le anunciaba que no debia contar con más auxilios. En la tarde del día 8, la tropa realista, fuerte de nueve mil trescientas plazas con catorce piezas de artilleria, acampó en la parte occidental de la montaña de Condorcanqui, á tiro de cañon de las posiciones patriotas, cuya retirada desde aquel momento quedó cortada. El campo de Ayacucho quedaba en medio: la batalla era irremediable al día siguiente.

El 9 de diciembre, al alba, las dianas distintas de los dos ejércitos resonaron al mismo tiempo, perdiendo unidas su éco en la sierra agreste de Condorcanqui. Sucre extendió una línea angulosa en columnas cerradas, en el llano, donde debian esperar el ataque. El general Córdoba mandaba la derecha con cuatro batallones colombianos; Lamar la izquierda con tres batallones, la Legión Peruana y los Húsares de Junin; Miller el centro con la caballeria; Lara la reserva. En todo cinco mil setecientos soldados con un solo cañon. A las once de la mañana empezó el ataque: Valdés con cuatro batallones escogidos inició el fuego avanzando sobre Lamar, que cedió al

ímpetu; pero auxiliado por el batallon Vargas, se reorganizó, para cargar luego con los vencedores y los Húsares de Junin, hasta arrollar la división enemiga, al mismo tiempo que por otro lado se decidia la batalla.

Cuando la carga de Valdés hizo retroceder á la infanteria patriota, un jóven militar que había peleado en Boyacá y obtenido el grado de general á los veintidos años, levantando el primero la bandera de Colombia en la plaza de Quito, el general Córdoba, recibió órden de atacar el centro realista. Entónces, en aquel instante supremo y decisivo, desmontóse, mató á su caballo con la espada, como Espartacus en el día de su última batalla, para no tener el recurso de huir en la derrota,—y dirigiéndose altivo á sus soldados lanzó un grito de guerra: «Armas á discreción, ¡Adelante al paso de vencedores!»

Y al frente de sus filas marchó denodado al ataque: deshizo los batallones de Villabobos, arrolló al Imperial Alejandro, no dejó desplegar á los batallones de Monet, envolvió el resto de la reserva realista, trepó la montaña y no se detuvo hasta aprisionar el virey Laserna, resolviendo con esta hazaña el éxito de la jornada.

La batalla de Ayacucho no tiene igual en la guerra americana: quedaron prisioneros el Virey, diez brigadieres, ochenta y cuatro gefes, cuatrocientos ochenta y cuatro oficiales y tres mil docientos soldados. El número de muertos alcanzó á mil cuatrocientos, el de heridos á setecientos; —el resto quedó disperso.

«La campaña del Perú está terminada, su independencia y la paz de América se han firmado en el campo de batalla», dijo en su parte de victoria

el que desde aquel día fué el gran mariscal de Ayacucho.

Era en realidad un supremo acontecimiento. «El general Sucre, dijo Bolivar al saber la fausta nueva, es el padre de Ayacucho: él es el redentor de los Hijos del Sol; el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro al imperio de los Incas. La posteridad lo representará con un pié en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas rotas por su espada».

Cuzco se rindió, Tristan capituló en Arequipa, y Olañeta, que hasta entónces había seguido resistiéndose, pereció en Tusmala, víctima de sus propias tropas sublevadas. De esta manera terminó la rápida y gloriosa campaña del Perú, en dos años de actividad infatigable y de triunfos que decidieron definitivamente la libertad de la América. El poderoso ejército realista, que llegaba á un total de diecinueve mil soldados, quedó reducido á la nada.

Un nuevo período empezó para Bolivar.

XV

Bajo la influencia de los recientes sucesos se reunió el Congreso Peruano, el 10 de febrero de 1825. En el acto de instalarlo, el Libertador renunció el mando: «Al restituir al Congreso, dijo, el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo que se vea librado de cuanto hay de más terrible en el mundo: de la guerra con la victoria de Ayacucho, y del despotísmo con mi resignación. Proscribid

para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad».

Sin embargo, el mandó le estaba reservado. El Congreso le mando erigir una estátua, le declaró Padre y Salvador de la Pátria, y le destinó un millon de duros. Bolivar aceptó los honores y declinó la dádiva.

Entónces dió principio á su viaje triunfal á través del alto Perú.

XVI

Ni los lianeros ni los gauchos sostuvieron con más teson, ni con más éxito que las republiquetas, la guerra de la independencia. Esta lucha de las republiquetas empezó con el primer grito de libertad, en Cochabamba, en 1809, y duró hasta el día de Ayacucho, en 1824, produciendo ciento dos caudillos, de los que solo nueve sobrevivieron. Sostenida por los indígenas y por los mestizos, armados con piedras y con palos, sin disciplina, pero con constancia, no cedieron nunca, ni en los desfiladeros, ni en las sierras, ni en los caminos donde sorprendian convoyes y comunicaciones, manteniendo esa alerta contínua que fatigó y debilitó al enemigo.

Arenales la inició, y la continuaron después de Sipe-Sipe, el terrible Warnes,—Padilla, que peleaba al lado de su esposa la capitana Juana Azurday, —el cura Muñecas, que surgió de la insurrección de Pumacagua;—José Miguel Lanza, que se hizo invencible en Ayopana hasta 1825,—el rico indio Camargo, que pereció en el cerro de Arpajo al lado de sus valientes del Cinti,—y La Madrid, que en su audaz expedición de diez meses, acometió

las tentativas denodadas dignas de formar la leyenda heróica. Betanzos, Cueto, el indio Lira, Mercado, Fernandez, Zerna, Miranda, Rabelo, Rojas y Uriondo, completan después, á la par de tantos otros, cuyos nombres han quedado más ó menos olvidados, los episodios maravillosos de aquella célebre guerra, «que fué, dice Mitre, una de las más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias y la más heróica por sus sacrificios oscuros y deliberados. Como guerra popular, agrega, precedió á la de Salta y le dió el ejemplo, aunque sin alcanzar igual éxito. Como esfuerzo persistente, que señala una causa profunda y general, ella duró quince años, sin que durante un solo día se dejase de pelear, de morir y de matar en algun rincon de aquella elevada región mediterránea.»

XVII

Una série de recepciones triunfales y de grandes resoluciones forma la cadena no interrumpida en aquel período de la vida del Libertador. El Arequipa creó por un decreto la nueva nación del Alto Perú, con sus límites casi precisos; en el Cuzco fundó la escuela de ciencias y artes: estuvo en Puno, visitó las ruinas silenciosas de las orillas del Titicaca; en la Paz supo que la nueva república llevaría eternamente el nombre de su Libertador; en Potosí prometió vengar los agravios de los argentinos contra el Brasil, y eligió para teatro de la guerra la Banda Oriental; llegó á Chuquisaca, pasó el Desaguadero, se detuvo en Tacna: por último llegó á Arica, después de haber

creado escuelas é instituciones, abolido los caci-cazgos, mandado levantar censos y abrir caminos; y favorecido las industrias, las artes y el comercio.

Su cerebro bullia en grandes empresas. Al tiempo de enviar las circulares del Congreso de Panamá, el rescate de Chiloé, que había pensado, realizáronlo los chilenos, y la expedición libertadora á Cuba, encomendada á Paez, se demoró primero por las incidencias civiles, para fracasar después ante las objeciones del gobierno Norte-Americano.

A su vuelta á Lima le esperaba la noticia de la rendición del empecinado Rodil, el gefe de la fortaleza del Callao, que no cedió sino después de haber arrojado sobre el ejército sitiador colombiano mandado por Salom, setenta mil balas, mil docientas granadas y ochocientas bombas, todo el material de guerra de que disponia.

XVIII

La Constitución pedida por el Alto Perú á Bolivar, fué aprobada en mayo de 1826. El guerrero, que había llegado á la cumbre de la gloria militar, siempre anhelante por lo extraordinario, se había trasformado en legislador y formulado la ley modelo que imaginó en Jamáica y que consideraba como la base más segura de un buen gobierno.

Era en efecto la institución popular, libre y republicana, con un poder emanado del pueblo; pero con el caracter esencialmente monárquico, que confería las facultades más ámplias á un

presidente vitalicio, inamovible, irresponsable y autorizado á elejir sucesor. Se aseguraba el derecho electoral de todos los ciudadanos, se creaban tres Cámaras, la de los tribunos, los senadores y los censores, con veinticuatro miembros cada una y con atribuciones diversas, reservando sin embargo al primer gefe, por un singular mecanismo, la dirección política y administrativa que concentraba en uno solo la suma de la influencia y del poder. Era aparentemente democrática, evidentemente autocrática.

Aprobada en Bolivia y designado Sucre para la presidencia, que aceptó solo por dos años y con la condición de mantener un ejército de dos mil colombianos á sus órdenes, Bolívar pensó en dar mayor alcance á su Código: «Después de haber pensado infinito, escribia, hemos convenido entre las personas de mejor juicio y yo, que el único remedio que podemos aplicar á tan tremendo mal, es una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de los Estados-Unidos, mandada por un Presidente y un Vice-Presidente y regida por la Constitución Boliviana. La Capital será un punto céntrico. Colombia deberá dividirse en tres Estados: Cundimarca, Venezuela y Quito; la federación llevará el nombre que se quiera; habrá una bandera, un ejército y una sola Nación. De cualquier modo que sea, es indispensable que se dé principio á este plan por Bolivia y el Perú, como que por sus relaciones y situación local se necesitan más uno á otro. Después me será fácil hacer que Colombia adopte el único partido que le queda de salvación.»

El día que Bolívar señaló este plan, empezó la decadencia de su prestigio y de su gloria. La idea

del Imperio de los Andes vino al tapete, á pesar de que el Libertador rechazaba toda tentativa de monarquia.—«Usted no ha juzgado bastante imparcialmente del estado de las cosas y de los hombres, escribia á Paez al contestar su proposición. Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. El era grande, único y además sumamente ambicioso. Aqui no hay nada de esto. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo: tampoco quiero imitar á César, menos aun á Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior á todos los que ha recibido el orgullo humano.»

No obstante, el grupo adverso á Bolívar difundió contra él versiones calumniosas que le hicieron desmerecer en el aprecio de la opinión pública. Se murmuraba por el alejamiento de las tropas colombianas que debian haber sido reempatriadas en febrero; ocurrió en Huancayo la sublevación de dos escuadrones de los Húsares de Junin, dando lugar al fusilamiento del heróico Aristizabal, y hasta se conspiró contra la vida del Libertador. «Me halló sumamente disgustado de los acontecimientos y de las pasiones de los hombres, escribia entónces al general Paez. Es en verdad horror al mando y aun al mundo, el que se ha apoderado de mi.»

La nueva reelección para la presidencia de Colombia y el desconocimiento de Paez al vicepresidente Santander, produciendo esa anarquia que tanto temia, le decidieron á abandonar al Perú, y asi lo anunció formalmente. Pero entónces se hicieron esfuerzos casi tumultuosos por retenerlo, y para el efecto el colegio electoral de Lima sancionó el código boliviano y le nombró

presidente vitalicio. Veia realizado su pensamiento; pero los peligros de Colombia le seguian preocupando: declinó pues el poder en el general Santa Cruz, y partió.

XIX

Nuevo era el centro en que iba á desenvolverse. Ya Zea había muerto dejando narradas en su *Historia de Colombia* las primeras campañas de la independencia, y Nariño, ese implacable enemigo de Morillo, soñador de otra Constitución, también había desaparecido de la escena, pidiendo para su tumba un epitafio sencillo: *Amé á mi pátria.* Otros quedaban, contemporáneos de las épocas de abnegación y de sacrificio: pero el tiempo había cambiado las condiciones y el caracter de la vida pública. Otros anhelos, nuevos intereses, más pasiones habian sustituido al noble amor por la libertad de la tierra natal.

Venezuela, donde germinaba tanto el gusto por la monarquia, como el ódio á la monocracia, era la primera en oponerse al plan del Código Boliviano, iniciando á la vez el movimiento separatista que la constituia en nación, una é indivisible, soberana de su poder y capaz de sustentar todas las ambiciones. Esto fué lo que indujo á Bolívar á seguir directamente, sin detenerse en Bogotá, al centro de la efervescencia, poseido de un sincero espíritu de conciliación. No se engañaba: el decreto de armisticio calmó la agitación, y Paez reconocido, se sometió. Dominó el llanero por el perdon y con él entró triunfante á Caracas, su capital querida.

En febrero, cuando Santander costeaba la publicación de invectivas contra el Libertador, este enviaba su cuarta dimisión al Congreso de Colombia, declarando que no quedaba ni un español en el continente americano, y pidiendo solo la gracia de la simple ciudadania.

Sus planes de reorganización sufrian en tanto graves tropiezos. En el Perú, la tercera división del ejército auxiliar se sublevaba con Bustamante, rechazábase su Código, anulábase su elección de presidente vitalicio y reemplazábanle con Lamar, que envió á Gamarra con cinco mil soldados para sublevar á Bolivia, donde también era revocado el Código, á la vez que obligado Sucre á dimitir y retirarse del país que libertó.

La situación de Colombia se hizo en 1828 sumamente difícil. El 27 de agosto, en presencia de los planes disolventes de la convención de Ocaña, la ciudad de Bogotá y luego las principales poblaciones y los prohombres de la República, confirieron á Bolívar la dictadura, para evitar la anarquia. Las medidas que entónces adoptó para reprimir la subversión, extendiendo la jurisdicción militar, provocaron la funesta tentativa del 25 de setiembre.

XX

Los más escogido de la juventud granadina tomó parte en aquel movimiento. Santander lo inspiraba; pero no apoyaba el asesinato proyectado y contaba con poder evitarlo ántes del día prefijado. Sin embargo, una denuncia hizo anticipar el golpe.

Florentino Gonzales, Vargas, Tejada, Zuláivar y otros atacaron el palacio de Bolívar á los gritos de ¡Viva la Libertad! ¡Muera el tirano! El Libertador estaba en aquel momento en una casa amiga: al oir las detonaciones, se dispuso á la defensa, pero convencido de la inutilidad de ese esfuerzo, se tiró del balcon y en compañía de su repostero, que encontró al paso, se cobijó en la hondonada del puente del Cármen desde donde oyó el tiroteo y los gritos de los combatientes. Al alba volvió al palacio, desalentado, triste por aquella tentativa odiosa que no había esperado, y dispuesto á alejarse de la vida pública. Pero se lo impidió el grupo de los gefes que sofocaron la revolución. El general Padilla, el coronel Guerra, el teniente Hibestron, Aguero, Hormet, Zuláivar, Silva, Galindo y catorce soldados fueron ejecutados, otros huyeron, Santander y los demás cómplices fueron desterrados.

Al fin del año, los sucesos provocantes y recientes del Perú obligaron á Bolívar á declararle la guerra, y partió para dirigirla personalmente. El 2 de febrero, Sucre encontró al enemigo, superior en fuerzas, en el Portete de Tarqui, y se decidió á presentar batalla. La órden del día fué sencilla: «Cien campos de batalla, dijo á sus soldados, y tres repúblicas redimidas por nuestro valor en una carrera de triunfos desde el Orinoco al Potosí, os recuerdan en este momento vuestros deberes con la pátria, con vuestras glorias y con Bolívar.»

Los peruanos fueron completamente derrotados, pero el gran mariscal de Ayacucho no quizo llevar la victoria más allá, y concedió al ingrato Lamar una generosa capitulación. Era inútil y vergonzosa esa guerra al día siguiente de la emancipación; no obstante, para que constara el

ejemplo, mandó levantar en el mismo sitio una columna de jaspe con esta inscripción: «El ejército peruano de ocho mil soldados, que invadió la tierra de sus libertadores, fué vencido, por cuatro mil bravos de Colombia el 27 de febrero de 1829.»

XXI

Continuando la série de ingratitudes, á la guerra del Perú sucedió la sublevación de Córdoba. El jóven é ilustre gefe, héroe de Ayacucho, deslumbrado por la gloria de su protector y anheloso por igualarle, proyectaba, como Paez en Venezuela, la idea de deshacer la confederación proclamando la autonomia de Nueva Granada bajo la salvaguardia de un gobierno militar.

Contando con las tropas que dirigió en la expedición al Sur para batir á Lopez y Obando, exasperado por las intrigas y mal aconsejado sin duda, dió su grito insensato el 12 de setiembre. O'Leary recibió órden de atacarlo con una columna de ochocientos veteranos, doble de lo que disponia el insurgente, que no obstante rehusó todo arreglo.—«Es imposible vencer,» le dijo O'-Leary.—«Pero no es imposible morir,» repuso Córdoba, imposibilitado á retroceder en la pendiente en que había caido.

En la acción inmediata su valor no desmereció, pero fué impotente ante el número. Hostigado en un último refugio, cumplió su palabra prefiriendo el suicidio como Fimbria, antes que entregar su espada. Una gloria inmolada por una vanidad!

En seguida Arizmendi en Caracas, retaba á Bolívar declarando la independencia de Venezuela.

XXII

1830 fué el último año de Bolívar. El 20 de enero se reunió en Bogotá el Congreso que había convocado y ante el cual resignó nuevamente el mando, jurando, para ahogar las imputaciones que le dirigian sus enemigos, que nunca había manchado su mente la ambición de un reino.

Esta renuncia no le fué aceptada, pero como la revolución de Venezuela continuaba, ya encabezada abiertamente por Paez, el Libertador desalentado por estos sucesos y débil por las enfermedades que contrajo en Guayaquil, entregó su autoridad al general Caicedo. El congreso colombiano sancionó entónces la nueva Constitución y eligió á Mosquera para la presidencia.

El 13 de mayo las provincias de Asuai, Quito y Guayaquil, formaron el estado independiente del Ecuador.

Al mes siguiente, el 4 de junio, el general Sucre que iba de Bogotá á Quito, cruzando la provincia de Pasto, fué asesinado por sicarios del general Obando. Advertido del peligro, no lo había creído. «Había pasado ya, dice Larrazabal, los límites occidentales de Cundinamarca, de Popoyan y el Mayo. Entró después en la tierra montuosa y triste de Pasto, y allí fué precisamente donde Sucre, como si le arrastrase á la muerte un destino inexorable, se manifestó menos cauteloso, omitiendo hasta las precauciones que hacen precisas en aquel país los malhechores que de ordinario abriga en sus guaridas. Había dejado

adelantar las personas que le acompañaban, y con un criado atravesaba el 4 de junio la oscura montaña de Berruecos. En un estrecho del camino y ocultos en el tupido arbolado de sus altos bordes, acechábale, como á fiera bravía, una banda de asesinos armados de fusil, los cuales al pasar hicieron sobre él una descarga á quema ropa, que hiriéndole en el pecho, la espalda y la cabeza, le derribó instantáneamente muerto. «Ay! balazo!» exclamó Sucre cuando oyó el tiro.... y cayó».

Cuando se aproximó su asistente el sargento Caicedo, se encontró en presencia del gran mariscal de Ayacucho, ya cadáver. Solo, en el silencio del sombrío paraje, le contempló largo rato y le lloró. Toda la noche siguió velándole con militar respeto: nadie pasó por aquella encrucijada de la muerte. A la mañana siguiente cavó una fosa en el prado cercano y lo depositó cuidadosamente en el seno de la tierra que tanto había querido, semejante á aquel viejo soldado romano que en la orilla solitaria del Egipto quemó el cuerpo de Pompeyo, su general asesinado.

Al pié del cerro de la Popa, el primero de julio, supo Bolivar la muerte de Sucre. Al instante se aisló para recordarle y sentirle, y fué en aquella noche de abatimiento que le sobrevino el reagudecimiento de la tísis pulmonar que pronto debía llevarle al sepulcro.

XXIII

En su ostracismo había empezado á sufrir las ingratitudes, más duras aun de su pátria que de los pueblos que redimió. En el Congreso de Venezuela todas las voces se levantaron contra él. Osío y Cabrera pidieron su expulsión de todo el territorio de Colombia; Ayala y Gonzalez que se le declarara fuera de la ley; Fortique clamó por el destierro perpétuo.

En agosto el batallón del Callao se sublevó en Bogotá invocando su nombre y depuso al gobierno de Mosquera. Bolivar, á quien se le ofreció el mando, no aceptó. En octubre y noviembre permaneció en Soledad, luego en Barranquilla, postrado, melancólico, irritado en sus últimos días por los ataques injustos con que persistían sus compatriotas. El primero de diciembre llegó á Santa Marta, con el gérmen de la enfermedad mortal. El diez, conociendo que se consumía, dictó su despedida á los colombianos: «Mis últimos votos, decía al terminar, son por la felicidad de la pátria. Si mi muerte contribuye á que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».

La enfermedad se agravó: el 17 á medio día, debilitado gradualmente por la consunción, su corazón dejó de latir. El grupo reducido de sus últimos amigos le rodeaba en aquel instante.

XXIV

De mucho tiempo antes de morir, solo él había quedado, destacándose en la gran escena revolucionaria y solo su nombre se repetía con entusiasmo y admiración.

San Martín expatriado, Iturbide fusilado, O' Higgins en el destierro, Artigas secuestrado en el Paraguay, Monteagudo asesinado y muchos en tierra extranjera ó mezclados en la guerra civil, dejaron un vasto campo al genio de Bolivar, cuyas proezas, aclamadas en todo el mundo, le formaban una aureola de grandeza.

Su vida política empezó á los veintisiete años y terminó el día de su muerte, más joven que la de César y Napoleón; agitada, heróica y tempestuosa como la de aquellos. Como Anibal, siendo niño, juró el ódio á los enemigos de su pátria, y como él escaló las elevadas montañas dos veces, —en Colombia, para vencer en Boyacá, y en el Perú para brillar en Junin.

Tuvo la gran virtud de la constancia en sus propósitos. Los primeros desastres no le quitaron su entereza. Alejado Miranda del teatro de la revolución, le fué fácil sustituirle, realizando una campaña atrevida y rápida desde Cúcuta á Caracas. Este triunfo le abrió el camino del porvenir: desde entónces, el que siguiera su vida de cerca, se sentiría atraído como por un vértigo deslumbrador. Formó ejércitos, reunió partidarios, abolió sistemas, despertó á los pueblos, libró batallas, las perdió y las ganó, impávido, siempre adelante, con la perseverancia que hace incontrastable el triunfo definitivo de las grandes intenciones.

XXV

Sabía aprovechar todas las oportunidades en la derrota ó en la victoria, de sus soldados, de sus generales y hasta de los mismos pueblos que lo aclamaban.

En sus proclamas se daba á conocer: «Yo soy, decía á los venezolanos cuando preparaba la expedición de Cúcuta, uno de vuestros hermanos de Caracas, que arrancado prodigiosamente por el dios de las misericordias de las manos de los tiranos que agobian á Venezuela, he venido á traeros la libertad, la independencia y el reino de la justicia, protegido generosamente por las gloriosas armas de Cartagena y de la Unión».

Una vez se dirigió á las naciones del mundo para demostrar la santidad de sus planes. Alentaba á la gloria tributando honores pomposos, como á Girardot, que pereció valientemente al plantar la bandera en el baluarte de las Trincheras. Luego elogiaba á los suyos, para despertar el estímulo: «Nariño, les decía, es el salvador de la pátria, Rivas el vencedor de los tiranos, Sucre el experto, Salom el justo, Brion el magnánimo, Cedeño el bravo de los bravos, Paez el intrépido».

Jamás se lamentó de sus desastres. «La derrota, decía á sus gefes, enseña dos cosas: á morir y á reparar el golpe».

Una muestra de su energia la recibió Urdaneta, que acosado por Ceballos y Cajigal, le pidió auxilios. El Libertador le contestó: «Defendereis á Valencia, ciudadano General, hasta morir, porque

estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola, se perderá la República.»

Poseia una oratoria fácil, elocuente y halagadora. Ensalzaba á sus generales, lisonjeaba á los pueblos. «Hijas del Sol, llamo una vez á las mujeres de Arequipa, sois tan libres como hermosas».

Al término de su campaña continental, escaló el cerro de Potosí, y ya en la cima, estando en presencia de sus generales, tomó la bandera de Colombia y levantándola en lo alto, pronunció la arenga inspirada: «Venimos venciendo desde las costas del Atlántico, dijo, y en quince años de una lucha de gigantes, hemos derrocado el edificio de la tirania formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. En cuanto á mí, de pié sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de la España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traido victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo!»

XXVI

En 1824, cuando el Congreso de Colombia le retiró las facultades extraordinarias y le privó del mando del ejército, contestó que su misión era la libertad de América y que no desmayaria hasta terminarla. Por lo demás, aquel fué su año de mayor gloria. En el Perú, deshecho por la anarquía,

abandonado, próximo á la reconquista, formó el ejército que le proporcionó la jornada de Junin, preludio de la de Ayacucho. No se embriagó sin embargo, cuando en la cumbre de los triunfos vió coronada su gran expedición, y públicamente declaró su buena intención: «¡Que las valientes espadas que me rodean, dijo en el banquete de Huamanga, atraviesen mil veces mi pecho si alguna vez oprimiere las naciones que conduzco ahora á la libertad. Que la autoridad del pueblo sea el único poder que exista sobre la tierra. Y que hasta el nombre mismo de la tirania sea borrado y olvidado del lenguaje de las naciones!»

Al día siguiente de Ayacucho creyó terminada su misión. «No mandar más», fué entónces su pensamiento, y lo demostró dimitiendo la presidencia de Colombia y disponiéndose á separarse de la vida pública, cumpliendo la promesa tantas veces hecha á su pátria cuando ya no hubiese enemigos en América. Entónces fué sincero, pero los sucesos lo arrastraron. Siendo guerrero y vencedor, alcanzaba una gloria; pero ser guerrero y legislador era llegar á la altura de Napoleon. Bolivia, al pedirle un código, tuvo la culpa de esa vanidad.

La monocracia que imaginó, monarquía sin cabeza, según le llamaba, mezcla de anfictionia y areópago, hubiera sido un desvario, si no hubiese estado ligada á una gran idea: la confederación americana que debia resistir á la Santa Alianza, y luego el afianzamiento de una organización po lítica bien definida.

Creia sinceramente en la eficacia de su código, y esa fué la causa que levantó tantas resistencias á su poder y á su influencia.

XXVII

Todos los documentos publicados después de su muerte, han comprobado la falsedad de las imputaciones que se le dirigieron, como aspirante á un trono. En 1822, cuando un agente de Metternich le surgió la idea de proclamarse rey, garantiéndole el inmediato reconocimiento de las potencias europeas, Bolívar envió los antecedentes al Congreso de su pátria, manifestando sencillamente «que su única aspiración era vivir ciudadano y morir libre.» Cuatro años después, cuando Paez le propuso de nuevo la monarquía como medio salvador, contestó demostrando las inconveniencias de esa forma de gobierno. «Un trono, decía, espantaria tanto por su altura como por su brillo.»

Las tentativas renovadas después, le encontraron firme en la misma persuación y tuvo el valor de resistir á ellas noblemente. De haberlo querido, lo hubiera realizado. «Yo no concibo, escribia en sus últimos días al general O'Leary, que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerogativa con derechos incontestables. La nueva nobleza, indispensable en una monarquía, saldria de la masa del pueblo, con todos los celos de una parte y toda la altaneria de la otra. Nadie sufriria sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza é ignorancia y animada de pretensiones ridículas. No hablemos, por consiguiente, de esta quimera.»

Libertador de su pátria, de Colombia y del Ecuador, salvador del Bajo y Alto Perú, dueño de sus ejércitos, ídolo de sus soldados, árbitro de todas las situaciones y capaz de combinar planes aun más vastos, podia haber fundado con los cinco Estados confederados el gran Imperio de los Andes; pero por no pugnar contra la voluntad general de los pueblos que libertó, ni consolidó siquiera el pensamiento de la federación.

«Si Bolívar, había dicho Benjamin Constant, muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En lo pasado no tiene semejante, porque Washington no tuvo nunca en sus manos en las colonias británicas del Norte, el poder que Bolívar ha asumido entre los pueblos y desiertos de la América del Sur.»

Por no ir contra la corriente de las ideas, prefirió ver su código roto, al Perú ingrato, á sus protegidos sublevados, á sus amigos asesinados, desterrado él mismo de su pátria anarquizada y desmembrada esa gran potencia Colombiana que tanto le costó fundar.

XXVIII

La mirada de los ojos negros de Bolívar, era como la de San Martin, penetrante y dominadora. —«Tal es su influencia y la fuerza secreta de su voluntad, decía su adversario Santander en la convención de Ocaña, que yo mismo, infinitas ocasiones, me he acercado á él lleno de venganza, y al solo verle y oirle me he desarmado y he salido lleno de admiración. Ninguno puede

contrariar cara á cara al general Bolívar, y ¡desgraciado del que lo intente! un instante después habrá confesado su derrota.»

Era de inspiración rápida y espontánea, y seguia sus ímpetus sin meditarlos, seguro de su resultado, como hombre de génio. Así ganó Boyacá, Carabobo que fué su Chacabuco, y Junin. Poseia para las grandes guerras, la alta cualidad que consiste en la concepción rápida y en la pronta ejecución de un plan, por medio de esos movimientos precisos que tanto maravillaron á Morillo, y que tanta enseñanza proporcionarian al militar que emprendiera un estudio detenido de sus expediciones.

En las primeras campañas Paez fué su incomparable colaborador;—en la guerra continental, Sucre, el jefe más notable de la revolución, representa su más leal é inspirado ejecutor. Con Bolívar, Ayacucho no hubiera tenido lugar ó su éxito habria sido mediano; con Sucre fué tan decisivo que determinó el fin de la dominación española y el día más bello de la larga lucha por la independencia.

Bolívar acabó la obra de Washington, porque á ella consagró desinteresadamente veinte años, los mejores de su vida, y tuvo la gloria de decir al mundo entero, después de catorce años de combates desiguales y lamentables desastres, que el continente americano quedaba libre de opresores.

Pueblos libertados y ejércitos victoriosos deberían representar la alegoría de su tumba, inscribiendo con letras gigantescas en las faldas turgentes del Chimborazo, el nombre del prócer inmortal!

XXIX

Aquí termina el cuadro sincrónico de la revolución americana, en que fulgura la trinidad ilustre de Washington, Bolivar y San Martín, unidos en la inmortalidad para el culto de los pueblos.

Con York-Town terminó en el Norte la dominación inglesa, y con Ayacucho, trescientas cincuenta mil millas cuadradas de la América española, quedaron libradas de la opresión, debido á quince años de luchas, iniciadas á una misma hora, por un impulso idéntico.

La fibra del patriotismo vibró con igual fuerza y no se debilitó ni ante las sangrientas represalias de Méjico, ni ante los ejércitos aguerridos, ni ante los grandes generales, vencedores de Napoleón, enviados de España para perpetuar la esclavitud. Los combatientes surgieron movidos por el mismo sentimiento, los militares se improvisaron, los jefes se engendraron en la precipitación de las revoluciones y los pueblos todos, acogidos á la sombra de su nueva bandera, proclamaron el himno sagrado de su redención. Solo al Brasil, retardatario en esta hora gloriosa de la historia, no le corresponde ni una página, porque después del esfuerzo de Tiradentes no luchó ni se incorporó al movimiento de la libertad americana.

No brilló sin embargo la paz para la Atlántida independiente después de Ayacucho, el último día de la dominación. Donde no quedaron los tiranos forjados por los vicios del coloniaje, aparecieron los caudillos—que son otra especie de

tiranos—y con ellos la guerra civil, cumpliéndose la triste profecia de Bolivar, proferida poco antes de su muerte.

«La América es ingobernable, decía. Los que han servido á la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América, es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar á la de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por los crímenes y extinguidos por la ferocidad».

De manera que á las guerras pátrias sucedieron las turbulencias de las ambiciones personales, la prepotencia fugáz de los partidos y el militarismo criollo amparado por ideas bastardas surgidas á flor de politiquerias locales.

Tributo que no pueden eludir los pueblos nuevos que aspiran á su independencia y á su libertad!